KIM RICHARDSON

AUTORA BESTSELLER DEL *USA TODAY*

MAGIA DE SANGRE Y CENIZA



LAS BRUJAS *de* MOONFELL

LIBRO 2

Magia de sangre y ceniza
las brujas de moonfell, libro dos

kim richardson

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Magia de Sangre y Ceniza, Las Brujas de Moonfell, Libro Dos
Copyright © 2024 por Kim Richardson
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Magia de Tormenta y Furia
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

descargaepub.com

CAPÍTULO 1

SÉ LO QUE ERES.

Volteé la tarjeta entre mis dedos. No importaba cuántas veces lo hiciera, siempre decía las mismas cinco palabras. Y sólo esas palabras. Nada más. Ningún nombre. Ni dirección. Nada. Nada que pudiera ayudarme a identificar quién lo envió.

La tarjeta se había caído en el porche esta mañana cuando iba camino a hacer unos mandados. Alguien la había metido en el marco de la puerta a última hora de la noche o a primera hora de la mañana.

Si el único propósito del propietario de la tarjeta era ponerme nerviosa, lo logró.

Dichos mandados consistían en buscar unas hierbas e ingredientes para mi tía Luna.

—¡No te olvides de la cola de lagartija! —me gritó cuando iba saliendo—. Voy a darme un chapuzón en mi caldero esta noche.

No sé si se refería literalmente, lo del chapuzón *o* lo de la cola de la lagartija. No quería saberlo.

Pero mi primera parada tenía que ser en la casa de Dash. No había sido capaz de entender lo que había pasado hace dos días. Las preguntas sin respuesta y las emociones a flor de piel eran como un enredo dentro de mí, dejándome insegura de cómo acercarme a él. Estuve espiando a Dash ayer por la tarde, sentada en mi Jeep. En ese momento sentía que no estaba preparada para enfrentarme a él.

Ahora sí.

Mi mente estaba llena de preguntas, cada una me jalaba en una dirección diferente. ¿Realmente tenía lazos con Los Renegados? Y si es así, ¿por qué los traicionó para ayudarnos? ¿Fueron ellos los responsables de borrar su memoria?

Pero a pesar de todas estas dudas e incertidumbres, una parte de mí no se atrevía a entregárselo a Blake, el jefe de policía del condado. Iba en contra de mis instintos, pero no podía deshacerme de la sensación de que había algo más en esta situación de lo que se veía a simple vista.

Normalmente, no dudaría en facilitarle al jefe toda la información que necesitara para efectuar una detención. Al fin y al cabo, era mi trabajo y mi deber como investigadora.

Pero esta vez era diferente. Dash había jugado un papel crucial en ayudarnos a derrotar a Los Renegados, y no podía entregarlo así nada más. Necesitaba respuestas de él, y no podía dejarlo ir hasta que las tuviera.

Dash era un misterio que no podía resolver, y delatarlo significaría perder la oportunidad de

descubrir sus secretos.

¿Y el jefe? Blake estaba furioso conmigo, y no lo culpaba. Si yo estuviera en su lugar, sabiendo que alguien tenía información que podría resolver las muertes de Tim y Samuel, así como el atentado contra la vida de Emma y la invocación de un rey demonio, yo también estaría furiosa. Y por desgracia, yo formaba parte de ese grupo que guardaba secretos.

Sí, yo también me odiaría.

Sykes, el asistente de mi padre, había sido el cabecilla del grupo, por lo que pude ver. Aunque estaba muerto, muchos de los miembros de Los Renegados habían escapado. Sin contar que tenía la sensación de que todavía quedaban muchos más, más que en el ritual que hubo un par de noches atrás. Si llevaban aquí tanto tiempo como mi tía había sugerido, unos cuantos siglos, temía que el pueblo de Moonfell estaba infestado de Los Renegados.

Y aún quedaban preguntas. ¿Acaso Dash era un miembro excomulgado como Eli? ¿Fue hechizado para no revelar los nombres de los miembros? Posiblemente.

Lo que sí sabía era que quizás detuvimos el ritual, pero no detuvimos al grupo. Si quería eliminar la oscuridad de Moonfell, tenía que destruir a cada uno de sus miembros. Pero no sabía quiénes eran ni cuántos.

Al ser Dash el único que quedaba vivo, que yo supiera, no podía deshacerme de la inquietud que me producía el inminente descubrimiento de Blake. Cada vez estaba más cerca de descubrir la verdad.

Sentía que el corazón se me estrujaba cada vez que pensaba en el alto y seductor metamorfo no felino.

Ese era el otro detalle. ¿Qué demonios era Dash?

Había pasado toda la noche buscando en la base de datos Merlín qué tipo de metamorfo era. Por lo que había leído, la mayoría de las veces, los cambiaformas y los metamorfos sólo podían transformarse en *una* criatura o bestia específica. No en tres como lo había hecho Dash.

Esta mañana había decidido enfrentarme a él. Había planeado todo en mi cabeza, había ensayado mis palabras. Sólo que no esperaba ser interrumpida por esa adorable nota.

SÉ LO QUE ERES.

Si eso fuera cierto, el que envió la nota sabía más de mí que yo misma.

Y ahora, encontrar esta tarjeta me desvió de mi camino por un momento.

—¿Más café?

Mi mirada se alzó para encontrarse con el rostro de un hombre negro, fuerte y musculoso. Estaba parado frente a mí como una imponente montaña, robusto e inamovible. Su piel, del color del ébano, brillaba bajo la luz. No pude evitar sentirme pequeña e insignificante ante su presencia. Parecía que la jarra de café estaba a punto de romperse en mil pedazos en sus gruesas manos.

—Claro. —Vi cómo el dueño de The Blue Demon me servía café humeante en una taza. Apenas ahora estaba asimilando los sonidos del restaurante ocupado con la tripulación de la mañana.

—Me enteré de que tu tía Luna resucitó. —Kolton se giró y volvió a poner la jarra de café en el quemador.

—Las noticias vuelan. —Sabía que fingir su propia muerte y asistir a su propio funeral —porque así de excéntrica era ella— le traería problemas.

Kolton apoyó sus fornidos antebrazos en el mostrador, con una sonrisa curvándole los labios.

—Los secretos en Moonfell nunca se quedan enterrados por mucho tiempo. Es una comunidad pequeña. A la gente le encanta hablar.

Un hecho desafortunado para mi tía. Pero le dije que tarde o temprano se descubriría su plan de su muerte fingida. Supongo que esperaba que aún le quedaran unos años más.

Tomé un sorbo de mi humeante café.

—Haces que parezca que todo el mundo en este pueblo tiene secretos.

—Y los tienen —dijo el gran hombre lobo—. Todos tenemos secretos.

No se equivocaba. Yo era la reina de los secretos. Pero esa afirmación me hizo sentir curiosidad por *sus* secretos.

—Supe que vas a quedarte por aquí un tiempo —continuó el hombre lobo—. Ayuda a tu tía a poner esa casa en forma.

Asentí y bebí otro trago de café.

—Ese es el plan. Quizás me tarde unos años con mi sueldo. Quizás una década.

Kolton se echó a reír, una risa sincera y profunda ante la que no pude evitar sonreír.

—¿Y tu media naranja? ¿Vendrá a acompañarte?

Solté una carcajada fingida.

—¿Cuál media naranja? Está mejor sin mí.

—De verdad lo dudo. —La expresión de Kolton se volvió seria—. Aquí hay una historia. ¿Qué pasó?

Me di cuenta de que era una pregunta muy personal, pero aun así terminé sincerándome con el gran hombre lobo. Había algo en él que me tranquilizaba. Su voz inspiraba calma, como la de un psicólogo.

—Nos distanciamos —le dije—. No era un mal hombre. No me engañó ni nada por el estilo. Y si es culpa de alguien, fue mía. No lo dejé entrar en mi vida. —Así como nunca dejaba que nadie lo hiciera—. Lo alejé y al final se fue. —Se me revolvió el estómago por la culpa que aún sentía.

—Lo siento.

—No te preocupes. Me enteré de que se volvió a casar y es feliz. Debería serlo. Y me alegro por él.

—Qué maduro de tu parte.

Le dediqué una sonrisa y bebí otro trago de café.

—Este café sabe increíble. —Quería desviar la conversación rápidamente.

Kolton se enderezó con orgullo.

—Es colombiano. Me lo envía una manada de hombres lobo de allí. Sólo ofrezco lo mejor en mi restaurante.

Le di toquecitos a mi taza de café con la punta de los dedos.

—Espero que les estés pagando bien.

El hombre lobo sonrió.

—Así es.

—¡Kolton!

La voz aguda de una mujer me hizo girar. Su baja estatura se veía acentuada por su esbelto cuerpo y su pelo rojo fuego recogido en una cola de caballo. De mediana edad, tenía una cara bonita con pómulos altos y una nariz delicada. El delantal que llevaba a la cintura era pequeño y estaba manchado de ingredientes de cocina, pero llevaba bordadas en negrita las palabras The Blue Demon. Llevaba una bandeja en su mano derecha, y en la izquierda un trozo de papel.

—¿Has visto a Jessie? Está retrasada para su turno. —La camarera golpeó el papel sobre el mostrador—. Estoy hasta arriba de clientes. ¿Y ahora tengo que atender a los de ella también? No me pagan lo suficiente para esto.

Se apretó la elástica de su cabello. El olor a perro llegó a mi nariz, y las energías que emanaban de ella eran en su totalidad de mujer lobo.

Kolton sacó su teléfono.

—La llamaré.

—Llama a Maggie también —dijo la camarera—. No quiero estar aquí sola todo el día .

—Yo me encargo, Sela —dijo Kolton, con el teléfono en la oreja.

—Tengo bebés que alimentar —continuó Sela—. Una familia de la que cuidar desde que murió su papi.

Rayos.

—Y ahora estaré agotada cuando llegue a mi casa —continuó. Su postura cambió de repente y se inclinó y apoyó pesadamente en el mostrador—. ¿Cómo se supone que voy a cuidar de mis bebés si estoy muerta de cansancio? Mis hijos necesitan a su mamá. Soy todo lo que tienen.

—Hoy cobrarás el doble, Sela —dijo el hombre lobo.

El semblante de Sela cambió, se enderezó y mostró una rápida sonrisa.

—Bien.

Me sorprendió mirando su sonrisa. Luego me miró como si yo fuera responsable de que Jessie no apareciera antes de darse la vuelta y dirigirse a la cocina.

—¿Te das cuenta de que acaba de manipularte?

La rapidez con la que Sela se desenvolvía me decía que no estaba cansada en absoluto, y que tenía la resistencia de una adolescente en un cuerpo de cuarenta años. Lobos.

Kolton encogió los hombros y su gruesa voz resonó en el bar mientras hablaba con alguien por teléfono. Solo pude distinguir las palabras «turno» y «tarde».

Me acerqué y agarré el periódico justo cuando el hombre lobo guardaba su teléfono en el bolsillo.

—¿El Festival Anual de Tallado de Calabazas? —Leí—. ¿De verdad existe? —No recordaba si lo había habido cuando era joven y vivía aquí.

—Ha existido durante los últimos cuatro años —respondió Kolton—. Desde que Helen es alcaldesa. Se toma la competición demasiado en serio. Es una zorrita competitiva.

Sólo había visto brevemente a la alcaldesa de Moonfell unas cuantas veces, pero desprendía una energía nerviosa que parecía empujarla constantemente hacia adelante.

—No me sorprende. —Volví a dejar el periódico sobre el mostrador del bar—. Apuesto a que Dash gana todos los años. —Mierda. Me encogí cuando las palabras salieron volando de mi boca. No quería hablar de Dash, no hasta haber tenido una conversación con él.

Kolton secó una taza con un paño de cocina.

—No recuerdo que él haya competido alguna vez. ¿Por qué pensaste que Dash ganaría?

Porque es un artista increíble.

—Porque tiene dedos muy talentosos. —Maldición. Eso sonó pervertido.

Kolton se echó a reír y sentí una oleada de calor subiéndome por la cara.

—No sabría decirte.

Caí por completo. Me aclaré la garganta.

—Lo que quise decir es que es un artista con talento. Su trabajo es increíble. Su granero está lleno de muebles intrincados y hermosos tallados de madera. Tiene mucho talento.

El hombre lobo colocó la taza debajo de la barra.

—¿Está mejor? No le he visto últimamente. Y la última vez que hablamos de él, dijiste que estaba mal.

Cierto. Kolton no sabía que Dash era parte de Los Renegados o que nos había salvado el culo

hace dos noches. Kolton sólo pensaba que era un tipo solitario muy discreto.

Y ahora todo tenía sentido.

—Así es —respondí y luego bebí un buen trago de mi café—. Había perdido la memoria, pero ya la recuperé.

Una imagen suya pasó por mi mente justo cuando él había terminado de beber la contra-maldición de mi tía. Se veía tan perturbado, como una persona que se odiara a sí misma.

—Me alegra oírlo —dijo Kolton—. Nadie debería ir por ahí sin recordar quién es. No está bien. Más bien una pesadilla.

Pero algunos desearían no haber recuperado la memoria. Como Dash.

Se me revolvió el estómago al pensar en volver a verlo. Tenía tantas preguntas para Dash. Como investigadora que trabajaba para el Grupo Merlín, lo que debería haber hecho era entregárselo a Blake y acabar con él.

Pero no podía. No cuando nos había salvado. No cuando sabía que en el fondo había bondad en él. O al menos, eso es lo que me dije a mí misma.

Y si no lo hacía ahora, hoy, nunca me enfrentaría a él.

Decidida, me bajé del taburete, agarré el bolso y saqué la cartera.

—¿Cuánto te debo por el café?

Kolton negó con la cabeza.

—Tu dinero no vale nada aquí —dijo el apuesto hombre lobo.

Se me abrió la boca.

—¿Y eso por qué?

Los ojos oscuros de Kolton se clavaron en los míos.

—Cuando salvas a uno de los nuestros, considero que es una deuda que tenemos contigo.

Se me encogió el corazón al ver la sinceridad en el tono de sus palabras. No estaba acostumbrada a este tipo de amabilidad. Demonios. Nunca había recibido ninguna.

Pero aquí, en este pueblo sobrenatural —donde convivían hombres lobo y brujos, el pueblo al que había jurado no volver jamás—, había un rayo de esperanza. Las palabras de Kolton resonaron en mí, recordándome que no todo el mundo se movía por intereses personales. Tal vez había más aliados que enemigos en esta lucha contra la oscuridad.

Con el corazón lleno de gratitud, le sonreí a Kolton.

—Gracias —le dije sinceramente—. Pero de verdad que no hace falta. Puedo pagar un café. —Al menos, por ahora.

—Al ritmo que lo bebes, no estoy tan seguro. —El hombre lobo sonrió.

Me quedé mirando la taza grande y ahora vacía. Me había bebido dos tazas de café en menos de quince minutos. ¿Qué decía eso de mí?

Que en cualquier momento tendría temblores por cafeína.

Un grito agudo interrumpió mis pensamientos.

—Ese grito vino de afuera. —Salí corriendo hacia la cocina, en dirección al grito. Kolton, al ser un hombre lobo, había saltado por encima del mostrador y ya estaba afuera de la puerta trasera de la cocina justo cuando llegué a ella. Sí. Los hombres lobo y su velocidad sobrenatural. Incluso en sus formas humanas, sobresalían en habilidades físicas y resistencia.

Golpeé la puerta trasera con el hombro, la abrí de un empujón y salí.

El rostro lloroso de Sela se giró al oír que nos acercábamos. Tenía los ojos bien abiertos y desorbitados, y corrió a esconder su cabeza en el pecho de Kolton.

Pasé junto a ellos y el aire fresco de octubre me acarició las mejillas.

Fue entonces cuando vi el cuerpo.

Al principio, lo confundí con una bolsa de basura negra tirada descuidadamente junto a los contenedores metálicos. Pero al acercarme, sentí el hedor de la sangre y las vísceras, y me di cuenta de que eran los restos desmenuzados y desgarrados de un ser humano. El cuerpo estaba en un estado espantoso, tendido en un charco de su propia sangre y vísceras, con trozos de ropa esparcidos por todas partes. Pude distinguir dónde estaba la cabeza, pero la mayor parte de la cara estaba arrancada. Por lo que quedaba, pude ver que era una mujer. Apenas. La luz del sol brillaba en la caja torácica expuesta, revelando profundas marcas de mordiscos que podían triturar huesos fácilmente. Sólo algo con mandíbulas increíblemente fuertes podría haberle causado un daño tan extenso a un cuerpo humano.

El aire estaba impregnado de un hedor a sangre y vísceras que dominaba cualquier otro aroma, como el de los pinos, la tierra o el perro mojado, que yo solía asociar con los hombres lobo. En su lugar, una curiosa mezcla de bastones de caramelo y caramelo de mantequilla permanecía en el aire, empañada por una pizca de azufre.

Ella es un hada. Corrección. Ella *había sido* un hada.

—¡Está muerta! Ay Dios mío, ¡está muerta! —gimió Sela, su voz alcanzó un estado de histeria—. ¡La mataron!

—Lo sé. Lo sé. —Kolton envolvió a Sela en un fuerte abrazo, sorprendiéndome con su dulzura a pesar de su gran estatura. No estaba segura si él era un alfa o el líder de una manada, pero sin duda actuaba como tal. Después de soltar a Sela, le indicó que llamara a Blake mientras la sujetaba por los hombros con fuerza—. Date prisa y entra.

La camarera asintió en silencio, secándose las lágrimas antes de desaparecer por la puerta trasera.

Mis ojos volvieron a posarse en el cuerpo.

—¿Sabes quién es? —Por la cantidad de sangre perdida y la decoloración de su piel, llevaba muerta un rato. Probablemente fue asesinada durante la noche.

La mandíbula de Kolton se tensó, sus ojos estaban clavados en el cuerpo.

—Es Jessie.

Ah, diablos.

CAPÍTULO 2

No tardó en aparecer Blake, alias el jefe de policía del condado de Moonfell.

Yo todavía estaba fotografiando el cadáver cuando oí que se acercaban unos pasos fuertes.

Era alto, me superaba con una altura de por lo menos 1.90 m, o incluso 1.95 m. Su figura era impresionante, con más de cien kilos de músculos macizos. Sus mechones oscuros le caían en cascada por el cuello y enmarcaban su atractivo rostro. Una barba bien recortada aumentaba el atractivo de su esculpida mandíbula. Cuando me miró con sus inteligentes ojos marrones, me pareció que me estaba estudiando. Tenía una camisa bien pegada al cuerpo, resaltando sus tonificados abdominales, mientras que los ajustados jeans revelaban la fuerza de sus piernas.

Bello. Pero sigue siendo un imbécil.

Blake me miró con el ceño fruncido mientras se acercaba al cadáver. Esa mirada decía que yo no debería estar aquí. Este no era mi lugar.

No lo había visto desde ayer, en esta misma cafetería, cuando me amenazó con meterme en la cárcel porque no quise entregarle a mi fuente. Supongo que eso todavía estaba en su mente.

—¿Quién la encontró? —preguntó Blake.

—Sela. —Kolton cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho—. Ella vino para acá a sacar la basura.

—¿Que tan bien la conocías? —preguntó el jefe.

—Tan bien como cualquiera aquí—respondió el hombre lobo—. Estuvo trabajando para mí durante los últimos seis meses.

Blake se arrodilló junto al cuerpo y lo olfateó. Aunque yo también me consideraba una paranormal, seguía asustándome un poco cuando veía a los hombres lobo hacer eso.

Vi cómo la cara del jefe se ensombrecía y sus cejas se fruncían.

—Estoy percibiendo un olor animal. Tal vez incluso de hombre lobo.

—Sería consistente con la forma en que el cuerpo está todo desgarrado —dije—. Se necesita tener grandes garras para hacerle eso a la carne. Y dientes grandes para poder masticar el hueso. —No había sentido ninguna energía paranormal aparte de la de la mujer muerta. Pero los hombres lobos tenían sentidos increíbles, y cualquiera sería un tonto si no lo notara.

Los ojos oscuros de Blake se entrecerraron en mí.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

Me estremecí ante la animosidad de su tono, como si me hubiera abofeteado.

—Eh... tomando mi café de la mañana. —Sí. Todavía estaba furioso.

Lentamente, el jefe se puso de pie, y tuve la sensación de que lo hizo sólo para demostrar que

era mucho más alto que yo. Si quería hacerme sentir pequeña e insignificante, no funcionó.

Un músculo se tensó a lo largo de la mandíbula de Blake.

—¿Por qué estás aquí? ¿Quién te llamó?

La ira se apoderó de mí.

—Estaba tomando café. Eso no es un delito en este pueblo. ¿Verdad? —Puede que para mí lo fuera.

Blake suspiró por la nariz. No estaba segura, por la forma en que me miraba, si quería hacerme pedazos como Jessie o meterme en la cárcel.

—Lo que pase en este pueblo ya no te concierne —dijo el jefe, todavía con ese tono de enfado—. Te contrataron para un caso y ya se cerró. Lo consulté con Jack. Dijo que el grupo Merlín cerró el caso.

Jack Spencer era el subdirector del Grupo Merlín en Nueva York y el que me había dado el caso del asesinato de Tim. Lo llamé la mañana siguiente al asesinato de Sykes y lo puse al día. Técnicamente, Blake tenía razón. Pero no necesitaba saberlo.

—Se terminó tu participación aquí —Blake señaló el cuerpo—. Ahora mismo, estás ensuciando mi escena del crimen.

Desgraciado. Y pensar que había «considerado» cenar con él.

—Sigo siendo una investigadora. Investigar crímenes como este es lo que hago. Y soy muy buena en lo que hago. —Y el caso de Los Renegados estaba lejos de terminarse. Mi instinto me decía que eso era sólo la punta del iceberg.

Blake entrecerró los ojos, obviamente escéptico de mis habilidades a pesar de que habían quedado claramente en evidencia con el secuestro de Emma y la eliminación de la amenaza inminente: Sykes y el ritual.

—No, en este pueblo no lo eres. Ya no necesitamos tus servicios. De hecho, puedo arrestarte por entrometerte en esto.

Guao. Realmente no entendía lo que Tilly le veía a este tipo.

—¿En serio? ¿Eso quieres? —Pude haber sacado la carta de «si no fuera por mí, o por Dash, en realidad, Los Renegados se habrían salido con la suya, y Emma habría sido asesinada». Pero no lo hice. No era tan vacía. Y no resolvía casos por la atención o la gloria. Lo hacía porque quería acabar con los malos. Y me gustaba.

Blake me observó durante un momento. Era imposible saber lo que pensaba tras aquella máscara externa de ira y acero, pero la intensidad de su mirada me hizo sentir ligeramente incómoda.

—La cuestión es, *Kate*… —continuó—. Tú puedes ser investigadora todo lo que quieras. Pero aquí. En este pueblo. *Mi pueblo*. No lo eres. No trabajas para nosotros. Trabajas para los Merlín. Y nadie te contrató, así que deberías irte.

Mierda. Tenía razón. Técnicamente, yo era sólo una residente más de este pueblo, sin ninguna razón legítima para involucrarme en el caso. No tenía autoridad aquí.

Pero seguía siendo una investigadora paranormal. Ese era mi trabajo. No podía simplemente dejar de hacerlo ahora, especialmente con un cadáver a medio metro de mí.

Respiré hondo, con la esperanza de que mis palabras salvaran la creciente brecha que nos separaba.

—Puede ser que el Grupo Merlín no me haya contratado oficialmente, pero eso no significa que no haya un caso que merezca la pena investigar aquí. Te sería útil la ayuda de alguien como yo en este caso.

Blake soltó una carcajada fingida y yo quise darle un puñetazo en los dientes.

—No necesito mentirosos y farsantes.

Mi cara se puso al rojo vivo.

—No soy una farsante.

Blake se metió en mi espacio personal hasta que su pecho quedó a un centímetro del mío.

—Escondes información importante intencionalmente sobre asesinos que podríamos encerrar para siempre. Pero en lugar de eso, los proteges. Proteges a unos asesinos de niños.

Sacudí la cabeza. No había nada que odiara más en el mundo que a los que acababan con la vida de los inocentes.

—No es así, y lo sabes. Ya te lo dije. —Comprendí que aún estuviera furioso por eso. Pero ahora... ahora esto se sentía personal.

—¿Por qué no me dices quién es tu fuente? —Lo dijo como si yo se lo hubiera hecho personalmente. Como si fuéramos cercanos y yo estuviera haciendo esto para fastidiarlo.

No se trataba de él o de mí. Se trataba de obtener la verdad. Tenía que proteger a Dash hasta que tuviera toda la información que necesitaba de él.

Lo miré a los ojos y vi un momento fugaz de emoción, de ternura. La expresión severa de Blake se suavizó, su ira disminuyó mientras me miraba como un hombre mira a una mujer cuando quiere que seamos algo más que amigos.

Maldita sea. No necesitaba esto ahora.

—Como dije. —Di un paso atrás, creando algo de distancia entre nosotros—. No revelaré mi fuente. —Levanté la mano—. Y antes de que te me vuelvas a lanzar encima, no se trata de proteger a asesinos ni a nadie. Se trata del panorama general —dije, con voz tranquila pero firme.

Arqueó una ceja, aparentemente intrigado por mi respuesta.

—¿El panorama general?

Asentí con la cabeza, mi determinación se fortalecía a cada segundo que pasaba.

—No puedo confirmar si mi fuente está involucrada con Los Renegados, pero mi fuente podría ser la clave para desentrañar un mal mucho mayor. Si nos precipitamos sin reunir toda la información necesaria, corremos el riesgo de ponerlo todo en peligro. —Listo. Eso era suficiente.

El gran hombre lobo me observaba atentamente, con una intensa mirada. Pude ver la batalla de emociones que parpadeaba en aquellos ojos penetrantes. La ira y la frustración seguían ahí, pero ahora también veía un destello de interés.

Y... entonces desapareció.

La expresión de Blake se contorsionó con furia.

—Mantener tu fuente en secreto te hace igual de culpable. Y ahora volvieron a matar a alguien.

Mis labios se separaron.

—¿Crees que Los Renegados hicieron esto? —No era imposible, pero diría que altamente improbable. Pero, de nuevo, no sabía mucho sobre el grupo. ¿Podrían haber hecho esto? Si es así, ¿por qué? ¿Con qué propósito? ¿Por qué matar a Jessie de esta manera? ¿Acaso Jessie era miembro también? ¿Se había peleado con ellos?

Si de alguna manera este era obra de Los Renegados, tenía más razones para buscar a Dash.

Sin embargo, este asesinato fue muy descuidado. No se había pensado mucho en ello. Fue salvaje e incontrolado. Muy diferente de lo que había visto y aprendido de ese grupo.

—La única forma de saberlo con seguridad es si volvemos sobre sus pasos —dije—. Por lo que puedo decir, parece que ella nunca salió del restaurante. Se abalanzaron sobre ella. Nunca los vio venir. —Y por lo que parece, no tuvo ninguna oportunidad de defenderse. Lo que sea que haya hecho esto era extremadamente poderoso para derrotar a un hada.

—No necesito tu ayuda —siseó Blake, mirándome con dureza—. No vas a trabajar en este caso. Ya puedes irte. Nadie te contrató.

Abrí la boca para protestar, pero Kolton se me adelantó.

—Yo lo hice.

Blake y yo nos giramos y vimos a Kolton de pie con las manos en la cadera. Me había olvidado por completo de que estaba allí.

—Yo la contraté. —Los ojos de Kolton contenían un desafío mientras le hablaba a Blake.

El jefe se burló.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puede —interrumpí, agradecida por el apoyo de Kolton en esto. Al menos sabía que me respaldaba. Pero también sospechaba que él sabía que yo podía ayudar—. No sólo trabajo para el Grupo Merlín. Tengo clientes de diversas procedencias y llevo casos muy variados.

Kolton dio un paso adelante, su estatura era tan imponente e intimidante como la de Blake. En una pelea, no estaba segura de quién sería el vencedor. Pero en Moonfell, Blake era el jefe de policía. ¿Eso significaba que era el alfa aquí? Por la expresión desafiante de Kolton, no parecía haber entendido el mensaje, o simplemente no le importaba.

Yo estaba en el equipo de Kolton.

Blake parecía imperturbable ante la presencia de Kolton. De hecho, por la pequeña sonrisa en sus labios, parecía que pensaba que el desafío era divertido.

—Este es mi pueblo, Kolton. Yo soy el jefe. No tú. Perdiste esa votación. ¿No lo recuerdas?

Me sobresalté. ¿Kolton había intentado ser jefe de policía y había perdido? Interesante. La trama se complicó. Me hizo preguntarme qué tan diferentes habrían sido las cosas si Kolton hubiera sido el jefe.

—Eso es porque te acostaste con la mitad de las mujeres de este pueblo para conseguir sus votos. —La voz de Kolton destilaba indignación, su mirada era inquebrantable.

Demonios. Ojalá tuviera palomitas.

Blake soltó una carcajada fingida.

—Sigue creyendo eso.

Obviamente, su rivalidad iba más allá de los desacuerdos superficiales. Aunque no conocía mucho a Blake, su actitud arrogante y su irresistible encanto desde nuestra primera interacción me sugirieron que podía haber algo de cierto en ello.

Como había dicho la tía Luna, Blake era sexo andante.

En mi corta estancia en Moonfell, pensé que la gente del condado había hecho bien al elegir a Blake. Claramente, él quería lo mejor para ellos.

Pero Kolton también.

Observé cómo se intensificaba la tensión entre Blake y Kolton, con palabras llenas de hostilidad. Era como presenciar el choque de dos titanes, y ninguno estaba dispuesto a retroceder.

—Yo digo las cosas como son —dijo el dueño del Blue Demon. La voz de Kolton destilaba burla y sus ojos no se apartaban de los de Blake. La tensión en el aire era palpable, y no pude evitar quedar atrapada en la lucha de poder entre los dos hombres lobo.

Blake apretó la mandíbula.

—¿Crees que puedes desafiar mi autoridad? He estado dirigiendo Moonfell durante años. Nunca he tenido problemas.

—Hasta ahora. —La expresión de Kolton era ilegible.

Los labios del jefe se curvaron en un gruñido.

—¿Qué carajo estás tratando de decir?

Intercambié una rápida mirada con Kolton, instándole en silencio a que mantuviera la calma. No podíamos permitir que esto se convirtiera en una guerra total. Al menos, todavía no.

—Escucha, Blake —intervine, tratando de calmar la situación—. Estoy aquí para ayudar. Sólo quiero ayudar.

Blake me lanzó una mirada.

—Si eso fuera cierto, me darías el nombre de tu fuente.

Otra vez esto no.

—Tengo mis razones. —No iba a volver a hablar de esto.

Blake miró a Kolton.

—No confío en ella. Tú tampoco deberías.

—Gracias —dije, con mi irritación a flor de piel.

—Por lo que sabemos, podría estar trabajando para Los Renegados —acusó Blake.

Me puse las manos en las caderas.

—No trabajo para ellos. Y lo sabes.

Blake se volteó para mirarme.

—El hecho es, *Kate*, que no sé. No te conozco. Apareces ahora después de todos estos años. Quién sabe dónde están tus lealtades. ¿Toda esta mierda que ha pasado? Todo empezó cuando llegaste.

—Llegué aquí después de que Tim fuera asesinado. No estuve involucrada en eso.

—Eso dices tú. Pero no podemos saberlo con seguridad.

Bien, ahora sí que estaba empezando a enfurecerme.

—El hecho es —continuó Blake—, que no confío en ti.

—Yo sí —interrumpió el dueño de The Blue Demon—. Este es mi local. Y una de mis camareras fue asesinada. Le pregunté a Kat si podía averiguar quién lo hizo. Este es un pueblo pequeño. Se correrá la voz sobre lo que le pasó a Jessie cuando llegue la hora del almuerzo. Es malo para el negocio. Mientras más rápido los encuentre, más rápido podré poner mi local en orden.

Al principio, pensé que Blake seguiría objetando. En lugar de eso, se limitó a decir:

—De acuerdo. —Me miró y añadió—: Pero apártate de mi camino.

Le hice un saludo militar.

—Sí, capitán. —Qué imbécil.

Kolton y yo intercambiamos una rápida mirada, entretenidos por la evidente frustración de Blake. Parecía que el jefe no estaba acostumbrado a que lo desafiaran, y menos en su propio pueblo.

Lástima. No iba a dejar que su actitud agria afectara mi determinación. Ahora que estaba «oficialmente» en este caso, estaría encima como una garrapata.

—Gracias, jefe —dijo Kolton con una pizca de sarcasmo—. Estoy seguro de que Kat no interferirá en tu investigación. Sólo quiero justicia para Jessie. Encontrar a los imbéciles que hicieron esto.

Blake resopló, claramente irritado por el comportamiento confiado de Kolton.

—Asegúrate de mantenerme informado de cualquier progreso. —Sacó su celular y nos dio la espalda, alejándose.

No estaba segura si me había dicho eso a mí o a Kolton.

Cuando Blake ya no podía escucharnos, me volteé hacia el dueño del restaurante.

—Bueno, eso fue mejor de lo que esperaba.

Kolton negó con la cabeza.

—Tienes talento para presionar a la gente.

Encogí los hombros.

—¿Qué te puedo decir? Es parte de mi encanto.

Enemistarse con Blake no era lo ideal, especialmente en un pueblo pequeño como Moonfell. Pero él empezó.

Iba a actuar como una profesional. Ahora estaba en la nómina de Kolton, por así decirlo, y siendo la bestia curiosa que soy, quería averiguar qué le había pasado a Jessie. Y lo más importante, ¿quién o qué la había matado y por qué?

Y lo averiguaría.

CAPÍTULO 3

La mañana había dado un giro inesperado. Entre la misteriosa nota y la trágica muerte de Jessie, sabía que estaría muy ocupada en el futuro inmediato. Probablemente tendría mucho que hacer durante el resto de la semana. O tal vez durante un mes.

Y ahora tenía una cosa más que añadir a esa creciente lista, algo que ya había pospuesto demasiado.

Miré por la ventana de mi Jeep. La última vez que estuve aquí, me había estacionado al final de la calle, al borde de la carretera, con el Jeep parcialmente oculto por los árboles y los arbustos. Hoy había conducido hasta la enorme granja. No tenía sentido esconderme. No para lo que estaba a punto de hacer.

En el largo camino de entrada había un Land Rover verde bosque. Parecía que Dash estaba aquí.

Apagué el motor y me froté los muslos con las manos temblorosas. El corazón me latía con fuerza en el pecho y respiré hondo tratando de controlarlo. No sabía por qué estaba tan nerviosa. No era yo quien guardaba todos esos secretos. Bueno, sí, tenía algunos secretos, pero Dash estaba relacionado de algún modo con Los Renegados, el horrible grupo de magos que se dedicó a matar para invocar a un rey demonio.

Él me había puesto en una posición imposible con Blake. Sin mencionar que estaba poniendo en peligro mi trabajo y mi reputación. Bastaría con que Blake denunciara mi comportamiento a la junta del Grupo Merlín para que pudiera despedirme de esos contratos. No podía permitirme estar en la lista negra de los Merlín. Ellos pagaban bien, y era un trabajo constante. No podía perder ese contacto, no cuando había trabajado tan duro durante tantos años para conseguirlo.

Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya.

Decidida, empujé la puerta del auto y la cerré de golpe con la cadera. Subí las escaleras hasta el porche y toqué la puerta. Esperé. Pasó un minuto y estaba a punto de volver a tocar cuando el ruido de una sierra para madera me empujó hacia el granero.

—Por supuesto, estás ahí.

Volví a bajar los escalones y me dirigí hacia el inmenso granero rojo. Las puertas dobles estaban cerradas. Pensé en tocar la puerta, pero con el ruido que hacía, no me oiría.

Abrí una de las puertas dobles y entré en el granero. El olor a madera recién cortada me llenó la nariz al entrar en la habitación. Tenía el mismo aspecto que recordaba, con bancos de trabajo y mesas repletas de herramientas como cuchillos y cepillos. Había muebles esparcidos por todo el espacio, pero lo que más me llamó la atención fueron los preciosos diseños tallados de algunas de las piezas: una combinación de animales y plantas entrelazados de forma intrincada.

En medio del granero había una gran sierra de mesa. En ese momento, Dash estaba encorvado sobre ella, pasando un gran trozo de madera por la hoja.

Al verlo, una descarga de electricidad recorrió mis venas y me aceleró el corazón. No podía negar que era impresionantemente guapo, con un físico fuerte y bien trabajado. Cada movimiento que hacía —desde cortar y astillar madera hasta flexionar los músculos de la espalda — destilaba fuerza y confianza.

No me había oído entrar.

Podría escabullirme ahora, y él nunca sabría que estuve aquí.

Sentí que mi cuerpo se inclinaba hacia atrás...

No.

Tenía que hacerlo.

Tomé aire y caminé hacia la sierra de mesa, maniobrando entre los muebles para colocarme en su campo visual. Lo último que quería era asustarlo y hacer que se cortara accidentalmente uno de sus bonitos dedos en el proceso.

Su cabeza giró en mi dirección.

Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo.

Vi un momento de sorpresa en los ojos de Dash, seguido de un destello de aceptación. Agarró con fuerza el trozo de madera y apagó rápidamente la sierra de mesa. El silencio ensordecedor que llenaba el granero era casi sofocante.

Había ensayado las palabras que quería decirle innumerables veces, pero ahora, de pie frente a él, todos los pensamientos coherentes huían de mi mente.

Impresionante.

—Me preguntaba cuándo aparecerías por aquí. —Lentamente, se acercó a mí, recorriendo con los dedos los intrincados bordes tallados de los muebles. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado, cada paso lo acercaba más hasta que se quedó a escasos centímetros de mí.

En mi interior se arremolinaban muchas emociones: nerviosismo, expectativas y una vulnerabilidad indescriptible. Pero, sobre todo, sentí una sensación de anhelo.

—¿Entonces sabías que iba a venir? —Por supuesto que lo sabía. Él sabía que yo no desistiría.

—Así es.

—Entonces sabes más de mí que yo de ti.

Dash suspiró pesadamente y cerró los ojos por un breve instante antes de abrirlos de nuevo para mirarme con un anhelo casi desesperado en su mirada.

—¿Qué quieres saber? —preguntó en voz baja.

—¿Quién eres? ¿*Qué* eres? ¿Y por qué estás involucrado con Los Renegados? —solté rápidamente, sintiéndome más valiente ahora. Un destello de aquella noche en la que Dash se había transformado en una criatura de pesadilla para salvarnos a todos de Sykes apareció en mi mente. Sí, definitivamente no tenía ni idea de lo que era.

—Soy Dash. Ya lo sabes.

—Pero, ¿quién es ese Dash? ¿Y por qué puede transformarse en diferentes bestias? No eres un cambiaformas ni ningún tipo de metamorfo que yo conozca. He investigado. No encuentro nada que me diga lo que eres.

Desvió la mirada antes de contestar en voz baja.

—No me parezco a nada ni a nadie.

—No me digas. —Teníamos eso en común.

—Podría decirse que soy un tipo de metamorfo.

—Eso no me ayuda exactamente. —Me acerqué más. El olor de su transpiración era embriagador. No puede ser. ¿Por qué tenía que oler tan bien y estar tan bueno?

Dash me observó, y pude ver el enjambre de emociones detrás de esos ojos oscuros y penetrantes.

—¿No puedes aceptarlo?

No pude evitar fijarme en cómo había evitado la pregunta.

—No. Quiero saber qué eres. Quiero saber por qué huiste así después de recuperar la memoria. Quiero saber si formas parte de Los Renegados.

Dash se secó el sudor de la frente con un paño que sacó del bolsillo de sus jeans.

—Estoy seguro de que ya has adivinado esa parte.

Se me cortó la respiración.

—¿Así que no lo niegas? —Sus palabras me tocaron la fibra sensible. Realmente esperaba que me dijera que no pertenecía al grupo.

Dash era un miembro de Los Renegados. Era mi enemigo.

—¿Por qué?

Hizo una pausa, como si estuviera reflexionando, y luego continuó en voz baja.

—En cuanto a por qué me relaciono con ellos.... Se interrumpió y sacudió ligeramente la cabeza antes de volver a mirarme con una sonrisa triste en los labios.

—Eso es complicado.

Sacudí la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Cómo pudiste formar parte de ese grupo? ¿Cómo pudiste cuando volviste e impediste que Sykes matara a Emma? Fuiste en contra de ellos. ¿Acaso no era parte de tu grupo?

Un ceño fruncido dibujó el atractivo rostro de Dash.

—No formo parte de ningún grupo.

Se acercó un paso, con los ojos fijos en mí, como si intentara convencerse de que realmente estaba allí, delante de él. El olor a madera recién cortada se mezclaba con la expectativa que flotaba en el aire.

—Puedes llamarlo como quieras. Pero está claro que estás vinculado a ellos de alguna manera. ¿Por qué?

Mientras estudiaba la expresión de Dash, buscando respuestas en el fondo de sus ojos, pude ver la confusión que llevaba dentro. Su silencio lo decía todo, revelando una batalla que se libraba en su alma. Parecía como si estuviera en un precipicio, dividido entre dos mundos, lidiando con una lucha interna que amenazaba con consumirlo.

Finalmente, exhaló con fuerza y se pasó una mano por el pelo alborotado.

—Me uní a Los Renegados hace años —comenzó, con la voz teñida de arrepentimiento—. Fue una decisión fruto de la desesperación y de una lealtad equivocada. Me prometieron poder, control y todo lo que yo creía querer en aquel momento. Era joven y estúpido.

Escuché atentamente, con el corazón palpitante. Había sido joven y estúpida muchas, muchas veces.

—Pero entonces... entonces descubrí la verdad —continuó Dash, con la voz temblorosa por una mezcla de pena y rabia—. Los Renegados no eran lo que yo creía. Me estaban utilizando, manipulando mis deseos en su propio beneficio. En resumidas cuentas, quieren destruir todo lo bueno de este mundo y sustituirlo por su propia versión retorcida del orden. No es más que una fachada, un medio para ejercer control sobre quienes consideran indignos.

—Como yo —solté, recordando lo que Sykes me había dicho. Yo también había sido un

instrumento veinte años atrás, cuando iban a sacrificarme para uno de sus rituales. Pero había escapado.

Sus palabras flotaban en el aire, llenas de arrepentimiento y decepción. Un escalofrío me recorrió la espalda al imaginar los horrores que Dash debió de presenciar, las atrocidades que se había visto obligado a cometer en nombre de aquella malvada organización.

—¿Por qué no te fuiste? ¿Por qué no te alejaste de todo esto? ¿De ellos? —Todavía no podía imaginarme a Dash siendo amigo de Sykes y el resto de ellos. No me parecía correcto.

Una sonrisa amarga cruzó sus labios, teñida de autodesprecio.

—Irse no es tan sencillo. Los Renegados... no son el tipo de grupo del que te puedes ir así no más. Son una parte de mí, una parte de la que nunca podré escapar. Guardan secretos que podrían destruir todo y a todos los que me importan si no tengo cuidado.

El mago Eli me vino a la cabeza.

—¿Supongo que no puedes darme los nombres de ninguno de los miembros? —Eli lo había intentado, y casi muere por eso. Pero tenía que intentarlo. Dash no era un mago, así que tal vez tenía algún tipo de superpoder que los practicantes mágicos no teníamos. Sin embargo, tampoco quería ver a Dash en el suelo retorciéndose y echando espuma por la boca.

Dash no respondió, pero sus ojos tenían un peso que yo nunca entendería. Podía ver el dolor reflejado en cada línea de su rostro, el peso de sus decisiones oprimiéndolo.

La frustración iba en aumento.

—¿Te maldijeron? ¿Te quitaron la memoria? —Era lo único que tenía sentido.

Dash se quedó mirando al suelo.

—Así es.

Sentí una punzada en el corazón.

—¿Por qué?

El carpintero no me miró a los ojos, pero apretó la mandíbula y la tensión de su cuerpo me dijo que le gustaría pegarle un puñetazo a quien le haya hecho eso. Tal vez matarlo.

—Ya no es importante.

—Por supuesto que lo es. —Me puse las manos en las caderas—. ¿Cómo se supone que voy a cambiar mi percepción sobre ti sin todos los detalles? El diablo está en los detalles. ¿Verdad?

Solo recibí un silencio.

Apreté los dientes, molesta. Una parte de mí quería darle una bofetada o un puñetazo. Pero eso no era más que una excusa para tocarlo. Seamos honestos. Posiblemente yo estaba experimentando un desequilibrio hormonal. Sí. Eso era lo que pasaba.

—Te negaste a hacer algo por ellos. ¿Verdad? —pregunté, observando su rostro con atención —. Querías abandonar el grupo. O quizá no querías formar parte de una facción que mata niños. ¿Por eso te maldijeron? ¿Intentaste detener el ritual con Emma y te echaron una maldición para darte una lección?

Silencio.

—Intentaron matarte, Dash. Te das cuenta de eso. ¿Verdad?

¿Era bueno o malo? ¿Tal vez bueno y a veces malo? Sus acciones me decían que era bueno, decente. Tenía que serlo. Entonces, ¿por qué tenía el estómago revuelto?

Por fin me miró a los ojos.

—No soy un buen tipo, Kat. Yo soy el malo aquí. No lo olvides. —Su voz era áspera, cortante, como si pudiera ver la lucha que había dentro de mí. Tal vez podía.

Sus palabras pesaban sobre mi pecho, oprimiéndome como un gran peso. Sacudí la cabeza.

—Si eras un tipo tan malo, ¿por qué nos salvaste? Pudiste haber dejado que Sykes me matara

a mí o a Emma. Dejar que invocara a ese rey demonio. Pero no lo hiciste. Esas no son las acciones de un mal tipo. —Sólo las acciones de alguien con intereses en conflicto.

Se quedó callado por un instante.

—No me conoces. He hecho... cosas. Cosas terribles.

—Y yo también. No digo que seas perfecto. Nadie lo es. Y todos tenemos nuestros demonios. —Y algunos más.

Suspiró profundamente, frotándose la nuca con una mano como si le incomodara el tema.

—Tienes razón. Todos tomamos decisiones, y esas decisiones a menudo tienen consecuencias. Algunas de esas elecciones son oscuras y desordenadas, y definen en quién y en qué nos convertimos.

Me dolía el corazón por él, por su carga. No podía ni empezar a comprender el peso de esas decisiones, la oscuridad que ocultaban bajo la superficie. ¿Qué demonios lo obligaron hacer Los Renegados? Nada. No podía pensar en eso ahora. Pero sabía una cosa con certeza. Sus acciones hablaban más fuerte que cualquier palabra, y decían a gritos que este era un hombre que había estado luchando por algo más grande que él mismo.

—¿Por qué nos salvaste, Dash? —Dejé que la pregunta empapara el silencio entre nosotros, esperando que dijera lo que yo quería que dijera. Que era bueno. Que le importaba.

—Vi tu magia —dijo Dash de repente, sacándome de mis pensamientos—. Manipulaste las sombras.

Mierda. Había visto mi magia.

—Así es. —No tiene sentido mentir—. Las sombras son mis amigas.

Los ojos de Dash parpadearon con reconocimiento, una mezcla de curiosidad y algo que no pude descifrar. Pude ver cómo giraban los engranajes de su mente mientras intentaba reconstruir el rompecabezas de mis habilidades. Era desconcertante quedar al descubierto de esa manera, mis secretos estaban expuestos ante alguien que ya había cargado con su buena dosis de oscuridad.

—Nunca había visto nada igual —admitió, con una pizca de asombro en la voz—. Podrías moldearlas... convertirlas en armas.

Tragué saliva, preguntándome qué podría hacer él con ese conocimiento.

—Yo puedo.

Dash seguía mirándome con abierta curiosidad.

—¿Cómo se llama?

—Magia umbra.

—Magia umbra —repitió Dash, probando las palabras en sus súper apetitosos labios—. Suena bien. —Entonces sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír así desde que estaba en casa de la tía Luna. Antes de que bebiera la poción contra-maldición, era un tipo de sonrisa que me podía meter en *muchos* problemas.

Agité la mano ante mí.

—Para con eso.

—¿Parar qué?

Le señalé la boca.

—Eso. No se trata de mí. Se trata de ti.

—También se trata de ti.

Solté un suspiro frustrado.

—Deja de tergiversar mis palabras. Sabes por qué estoy aquí.

Sentía sus ojos clavados en mí, estudiándome atentamente como si intentara descifrar las

profundidades de mi alma. El aire estaba cargado de expectativa, el peso de su respuesta permanecía entre nosotros. En ese momento, me di cuenta de que Dash y yo éramos más parecidos de lo que había pensado en un principio.

Ambos teníamos secretos, y ambos lidiábamos con la oscuridad.

Dudé, mordiéndome el labio antes de decidir qué decir a continuación.

—Me estás poniendo en una situación muy difícil.

—¿Por qué? —Dash cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Por el jefe de policía?

Sí.

—No. Porque no sé si puedo confiar en ti.

Los ojos oscuros de Dash buscaron mi cara.

—*Puedes* confiar en mí.

Solté una pequeña carcajada.

—¿Puedo? No creo que pueda. —Me froté los ojos, tratando de encontrar una manera de salir de este gigantesco desastre—. No necesito esto ahora. Tu ayuda me habría servido de mucho con el hada muerta.

Dash me miró fijamente.

—¿Qué hada muerta?

Mierda. No debí decir eso. Demasiado tarde.

—Encontramos un hada muerta detrás del Demonio Azul. Despedazada. Parece que fue un ataque de un hombre lobo o algún otro cambiaformas. —O tal vez un monstruo cambiaformas como Dash—. ¿Dónde estuviste anoche? —Pregunté antes de poder evitar que las palabras salieran volando de mi boca.

Dash entrecerró los ojos.

—No puedes hablar en serio.

—Sí puedo.

Dash suspiró por la nariz.

—Yo no maté a nadie.

Y le creí. Pero me había equivocado con él antes.

—¿Ves? Esto está tan mal. Ya ni siquiera puedo confiar en ti. —Una parte de mí quería preguntarle por la nota que había recibido esta mañana, pero no me atrevía a sacarla del bolsillo.

Dash extendió una mano, dudó un momento antes de rozar suavemente mi mejilla con las yemas de sus dedos. Fue un gesto tierno, de arrepentimiento y añoranza. Su voz apenas era un susurro cuando por fin habló.

—Puedes confiar en mí, Kat. Siempre.

Mi corazón vacilaba entre la rabia y la confusión. ¿Cómo podía esperar que lo entendiera? ¿Cómo podía confiar en alguien que se había aliado voluntariamente con quienes pretendían traer el caos y la destrucción a nuestro mundo?

—¿Puedo?

Los ojos de Dash se abrieron de par en par y algo oscuro brilló en sus profundidades. Me miró a través de un mechón de su pelo rubio oscuro.

—¿Vas a entregarme?

Se me hizo un nudo en la garganta. Me di la vuelta antes de que pudiera ver la confusión en mi cara.

—Todavía no.

Y salí del granero.

CAPÍTULO 4

Apenas recuerdo cómo llegué manejando de regreso a la casa de mi tía. Mis emociones y pensamientos estaban por todas partes, revueltos como un gran rompecabezas al que le faltan piezas y no se puede terminar del todo.

Entré en la casa, apagué el motor y fui hacia el porche. Tenía que hablar con mi tía. Tenía que contarle a alguien lo que había averiguado sobre Dash, y ella era la única persona en quien confiaba por el momento.

Además, era la bruja más inteligente que conocía. Ella podría tener una mejor comprensión de quién era realmente Dash.

Aun así, tenía que tomar una decisión. ¿Debería delatar a Dash con Blake?

Aún no podía decidirme.

Demonios. ¿Por qué mi vida era tan ridículamente complicada en este momento? Hace sólo unas semanas, mi vida era aburrida. Mundana. Tal vez incluso rutinaria. Pero no complicada. Odiaba lo complicado. Lo complicado te jodía la cabeza.

Y ahora, tenía un nuevo caso que resolver.

Se me pasó por la mente fumarme un cigarrillo, pero deseché ese pensamiento. Lo que necesitaba era una taza gigante de café.

Abrí de un empujón la puerta principal de su casa victoriana estilo Reina Ana de tres plantas y vi el revestimiento azul desconchado y la red de enredaderas que trepaban por los lados, un recordatorio de que tenía que remodelar la casa. El césped y la maleza me llegaban hasta las rodillas.

Más cosas que añadir a mi lista de cosas que hacer.

El peso de mi decisión me oprimía mientras cerraba la puerta principal. Sentía la tensión en el pecho y el corazón me latía con una urgencia que no podía ignorar.

Odiaba este tipo de cosas.

—¿Kat? ¿Eres tú? —gritó una voz desde el lado opuesto de la casa.

—Sí, soy yo, tía Luna. —Me quité los zapatos y caminé descalza por el pasillo hacia la parte trasera de la casa y la cocina, donde sospechaba que encontraría a mi tía.

Entré en la cocina, percibí un olor desagradable en el aire y...

—¡Ah! —grité.

—¡Ah! —respondió mi tía con un chillido similar.

Mi querida tía Luna, de noventa y siete años, tenía puesto un traje de baño.

Su cuerpo estaba adornado con un traje de baño de estampado floral rosa y rojo brillante que contrastaba con su cabello blanco como la nieve. Y para completar el look, unos tacones con

estampado de leopardo abrazaban sus pies.

—Tienes un...

Mi tía me lanzó una mirada mordaz.

—Es un traje de baño. No el virus del Ébola.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Sí. —¿Qué más se suponía que debía decir?

Sus ojos color avellana desaparecieron bajo los pliegues de su piel mientras me fruncía el ceño.

—Tienes las manos vacías. ¿Dónde está mi pedido de cola de lagartija?

Ay, mierda.

—Lo olvidé. Mi mirada se posó en su gran caldero de hierro sobre la estufa, hirviendo a fuego lento con ese horrible olor.

—¿Lo olvidaste? Ese era el ingrediente más importante de tu lista. Incluso yo tengo mejor memoria que la tuya. —Mi tía suspiró—. Supongo que tendré que ir yo misma a buscarla entonces.

La señalé con el dedo.

—Pero con eso que tienes puesto no. Además, no todo el mundo sabe que resucitaste. Podrías provocar unos cuantos infartos.

Mi tía encogió los hombros.

—De todas formas, somos demasiados en este pueblo. ¿Qué son unos cuantos idiotas menos?

—Escucha, tengo que decirte algo. —Me acerqué a la isla de la cocina y saqué un taburete.

Mi tía se unió a mí. Su bastón golpeaba con fuerza el suelo de madera. Arrastró un taburete de la isla y se sentó con cierto esfuerzo, sus huesos crujiendo como el crepitar de una fogata.

—¿Tiene algo que ver con que hayas olvidado mi cola de lagartija?

—Sí. Hubo un asesinato en The Blue Demon. Un hada.

Los ojos de mi tía se abrieron de par en par.

—Eso sigue sin explicar por qué olvidaste mi pedido.

—Estaba hecha trizas. Pequeñas tiras de carne.

—¿Y?

—Y... —Metí la mano en el bolsillo y saqué la tarjeta. La dejé sobre la encimera—. Encontré esto esta mañana. Se cayó en el porche. Alguien la clavó en el marco de la puerta, anoche o esta mañana temprano.

Mi tía se inclinó y leyó:

—*¿Sé lo que eres?* —Me miró—. Sigue sin explicar por qué olvidaste mi pedido.

Dejé caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Fui a ver a Dash.

—¡Ajá! —Mi tía golpeó la encimera con la mano abierta—. Eso era lo que quería escuchar. Sabía que tenía que ser algo *sustancioso*.

—Yo no lo llamaría así.

—¿No? ¿Le saltaste encima? Parece como si quisieras saltarle encima y parece que *él* quiere saltarte encima.

—Basta. —Me di una palmada en la frente—. No pasó nada. Bueno, eso no.

Mi tía se inclinó sobre la encimera y el aroma a agua de rosas me llenó la nariz.

—Entonces, ¿por qué tienes la cara roja como si tuviste un sofoco?

Necesitaba una ducha fría.

—Él me lo dijo.

—¿Que te dijo? ¿Que quería saltarte encima?

—Que es miembro de Los Renegados.

—Hmm. Eso... *es* un problema —dijo mi tía, su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido mientras se inclinaba hacia atrás.

Le había confiado a mi tía los sucesos de aquella fatídica noche en la que Emma iba a ser sacrificada, y cómo Dash llegó para rescatarnos.

A pesar de ser consciente de la singularidad de mis habilidades, cuando le revelé mi magia umbra y le expliqué cómo podía transformar las sombras en armas, respondió con un simple:

—Qué perverso.

Dejé caer la cabeza sobre la encimera con un ruido sordo.

—Es un problema grave. Él confesó que forma parte de un grupo de psicópatas que mata niños. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer ahora? ¿Entregarlo? Sé que eso es lo que Blake quiere. Ya me amenazó con que si no le entrego mi fuente, me meterá en la cárcel.

—Dash te salvó. Recuérdalo —oí decir a mi tía—. Si lo que dices es cierto, y creo que lo es, fue en contra de sus miembros para mantenerte a salvo. Esas no son las acciones de un asesino de niños.

—Ya lo sé —fui hacia la encimera—. Esto es un desastre.

—Dash me cae bien —continuó mi tía—. Parece un poco conflictivo. Está desafiando sus lealtades por tu culpa.

Levanté la cabeza, sin saber por qué, pero mi corazón empezó a latir con fuerza al oír sus palabras.

—Por mi culpa no.

Mi tía enarcó una ceja.

—¿No le diste de comer cuando estaba en su forma gatuna, cuando nadie le hacía caso al miserable gato?

—Sí, lo hice.

—¿Y no lo mantuviste a salvo aquí mientras intentabas averiguar qué le había pasado? ¿Preguntaste por ahí a ver si alguien lo conocía?

—Sí, pero...

—¿Y acaso no intervino para desafiar a tu estúpido padre en aquella cena cuando te estaba asfixiando con una maldición ilegal, y nadie hizo nada para ayudar?

Me llevé las manos al cuello. El recuerdo de aquella experiencia me hizo sentir mal. Me estremecí por dentro al sentir la trampa de pesadilla enroscada en mi cuello, asfixiándome de nuevo.

—Sí, lo hizo.

Dash había intervenido y detenido a mi padre mientras mi madre no hacía nada, y mi hermano y el resto de los invitados se reían a mi costa. Yo me moría y ellos se reían. Yo había sido su entretenimiento. Y no era la primera vez.

Si Dash no me hubiera acompañado, si hubiera estado sola, tenía la horrible idea de que me habrían dejado morir porque a mi madre le habría dado demasiada vergüenza impedirlo.

Me froté las sienes, tratando de poner en marcha mi cerebro.

—Necesito café —Me acerqué a la cafetera, contenta de verla encendida, y me serví una taza. Tragué un sorbo y me volteé para mirar a mi tía—. ¿Qué demonios hago ahora?

—Bueno —exhaló mi tía—. No sé tú, pero a mí me agrada Dash. Y entregarlo al jefe no resolverá nuestros problemas. ¿Verdad?

—¿Nuestros problemas?

—Los Renegados siguen por ahí. Cada vez más fuertes. Puede que hayas detenido incidentalmente uno de sus planes, pero no te equivoques, andan por ahí conjurando más. Peor de lo que puedas imaginar.

—Y puedo imaginar mucho. —Habían intentado invocar a ese rey demonio (dos veces) y fracasaron. No me sorprendería que ya estuvieran invocando a otros demonios y diablos—. Y Dash es parte de eso.

—Hmmm. —La mandíbula de mi tía se movió como si estuviera royendo algo de comida.

Los Renegados eran un grupo oscuro y poderoso que pretendía desatar horrores inimaginables sobre el mundo. La implicación de Dash con ellos era innegable, pero un rayo de esperanza brillaba a través de sus acciones.

Me había salvado dos veces. Nadie en mis treinta y siete años me había salvado. Jamás.

Pero él sí lo hizo.

Las palabras de mi tía hacían eco en mi mente. A mí también me agradaba Dash. Quizás demasiado para mi propio bien. Había algo en él... algo diferente a todos los hombres que había conocido. Tal vez era la oscuridad en él. Tal vez porque yo también tenía algo de eso.

Quizás quedaba en él una chispa de bondad, enterrada bajo toda la oscuridad.

Sabía que no podía entregarlo al jefe de policía. No cuando había demostrado ser un verdadero aliado. Además, podría ser la clave para derrotar a Los Renegados de una vez por todas. Si se estaban haciendo más fuertes, necesitábamos toda la ayuda posible.

—Creo que intentó alejarse de ellos y no pudo —dije tras un momento de silencio mientras sorbía un poco más de café—. Quizás por eso lo maldijeron.

—¿Así que ellos fueron los responsables de eso? Bastardos. Debería cortarles las pelotas y echarlas a mi caldero. Me han dicho que el estofado testicular es un manjar en el mercado nocturno de Tombstone.

Resoplé.

—Qué imagen tan bonita. —Suspiré—. ¿Y ahora qué? Si no le entrego a Dash en manos de Blake, la próxima vez que Los Renegados ataquen, me culparán a mí. —Y yo también me culparía. No sabía si podría vivir conmigo misma si atacaban a más niños otra vez—. Y ahora, con la camarera muerta, Blake asume que son Los Renegados otra vez.

—Lo asumirá hasta que le entregues a Dash.

Nos sentamos en silencio durante un rato, mi tía y yo, contemplando la situación. Pude ver cómo trabajaba su mente, cómo los engranajes y las ruedas giraban mientras pensaba en nuestro siguiente paso.

—Bueno —dijo finalmente, rompiendo el silencio—. No podemos permitir que te culpen por las acciones de Los Renegados, y tampoco podemos entregarles a Dash. No me parece bien. Esperemos que tengas tiempo suficiente para destruir a ese grupo antes de que vuelvan a atacar, porque lo harán... si no lo han hecho ya.

Eché la cabeza hacia atrás y terminé mi taza de café.

—¿Crees que el hada muerta fue obra de ellos? ¿Qué?

Mi tía miró mi taza vacía con los ojos muy abiertos.

—Podría ser. Quizás necesitaban algo de ella. Quizás vio algo y la callaron. Para siempre.

Me acerqué, enjuagué mi taza vacía en el fregadero y luego saqué mi teléfono y revisé las imágenes que había tomado antes de que Blake apareciera.

—Necesito volver sobre sus pasos antes de que la mataran. Ver si alguien vio algo. Tenía mucho trabajo que hacer.

—Pero, Kat —dijo mi tía. El tono preocupado de su voz me hizo sentarme más derecha—.

No puedes confiar en Dash. No cuando está vinculado al grupo. Siempre será leal a ellos... no a ti ni a nosotros. Recuérdalo.

Asentí, incapaz de decir nada. Tenía razón, por supuesto. Pero eso no significaba que tuviera que gustarme.

Mi tía agarró la nota de la encimera.

—No reconozco la letra. ¿Dices que te la encontraste esta mañana?

Asentí y me uní a ella en la isla.

—Se cayó en el porche cuando abrí la puerta.

Cerró los ojos y se colocó la tarjeta en la frente.

Incliné la cabeza para ver mejor.

—¿Puedes ver quién lo escribió? —No tenía ni idea de si las habilidades mágicas de mi tía la llevaban a ver en el pasado o en el futuro, pero me serviría.

Mi tía dejó caer la tarjeta y me miró.

—No. Me duele la cabeza.

—Claro.

—Pero hay formas de averiguar quién la escribió —dijo, y yo me animé—. Necesitaré unas horas, pero conozco un hechizo que puede revelar al dueño de esa tarjeta.

—Perfecto. Gracias. —Al menos eran buenas noticias. Quien sea que haya enviado esa tarjeta era como una amenaza para mí.

El timbre de la puerta me hizo darme la vuelta.

—Blake. Ese hijo de puta. Ni siquiera puede darme un momento de paz.

—Compórtate —me gritó mi tía mientras me dirigía a la puerta principal con mi expresión de bulldog.

Agarré la manilla de la puerta y la abrí de un jalón.

—Te lo dije. Kolton me contrató...

No es Blake. Pero tampoco alguien a quien quisiera ver.

Un hombre se paró en el umbral. Su rostro se veía bien definido, con un moderno en su cabello castaño, ojos color avellana y una familiar sonrisa burlona en la que nunca pude confiar.

—Hola, hermanita —dijo mi hermano Brad—. Tanto tiempo sin verte.

Mi rabia se encendió como el motor de un auto.

—¿Qué demonios quieres?

—¿Quién es, Kat? —El golpe de un bastón y el repentino roce del cuerpo de mi tía al apretujarse a mi lado me dijeron que ya no le importaba su falsa muerte.

—Nadie importante —respondí, sin apartar los ojos de la cara de mi hermano.

Brad se quedó mirando a mi tía y puso cara de haber mordido una cebolla.

—Mierda, qué asco. Tenías que haberte quedado muerta...

¡Zas!

Recuperé mi puño palpitante mientras Brad retrocedía tambaleándose. Sí, lo admito, puede ser que darle un puñetazo en la cara a mi hermano no fuera uno de mis momentos más brillantes, pero el imbécil se había reído mientras yo me moría asfixiada. Se merecía algo peor.

—Auch. —Brad se rio mientras se masajeaba la mandíbula—. Nunca me habías golpeado antes.

—Será mejor que cuides lo que dices —siseé. Podía insultarme todo lo que quisiera, pero no dejaría que le faltara al respeto a la única persona del mundo que me quería.

Mi cuerpo se tensó como siempre en estas situaciones, haciéndome temblar. Sentí que me recorría una oleada de energía, pero la reprimí rápidamente. Sentí cómo se despertaba el pulso de

mi magia, aunque ahora, a plena luz del día, no serviría de nada.

Mi tía me rodeó para encararse con Brad.

—De niño eras una pequeña rata, y ya veo que las cosas no han cambiado —dijo mi tía riendo.

La cara de mi hermano enrojeció.

—Ya lo veremos. Las cosas cambiaron para ti —añadió, recuperando aquella sonrisa astuta.

Iba a golpearlo otra vez. Lo sabía.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunté, con la mano derecha palpitando.

Brad dejó escapar un suspiro exagerado al contemplar la casa.

—No puedo esperar a que lleguen las excavadoras. —Extendió los brazos—. Una obra maestra moderna de tres plantas. Y una terraza en la azotea.

Mi tía me miró.

—¿De qué está hablando?

—Hablo de la nueva casa que estoy construyendo para mi esposa —respondió Brad— Aquí mismo. En este mismo lugar.

Me puse las manos en las caderas.

—Pero aquí ya hay una casa, idiota. Esta es la casa de Luna. Su propiedad. Eres un puto demente.

Sin dejar de sonreír, Brad sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta.

—Verás —empezó, golpeando el sobre con la punta de los dedos—. Llevas más de tres años sin pagar el impuesto de bienes inmuebles. Más los intereses. En una ubicación privilegiada como ésta, es muy caro. Son veinte mil dólares de impuestos atrasados.

Aspiré entre dientes mientras miraba a mi tía.

—¿Algo de esto es verdad?

Una mirada de dolor cruzó mi tía.

—Me quedé sin dinero —dijo, su voz grave me partió el corazón—. Nunca esperé vivir tanto. Mis ahorros se agotaron.

Mierda. Otra razón por la que debí regresar a casa antes.

Seguía sonriendo con esa sonrisa fría y calculada.

—Mi padre lo pagó todo, por supuesto.

—Querrás decir tu madre —refunfuñó mi tía.

—Si no nos pagas en tres semanas, la escritura de compraventa pasa a ser nuestra —dijo mi hermano—. Perderás todos tus derechos de propiedad.

Le arrebaté el sobre a Brad. Sacudí la cabeza, mis dedos tantearon mientras abría el sobre para ver si lo que decía era cierto.

—Esto no puede estar bien. —Le di un vistazo al documento. Era un recibo de los veinte mil y pico pagados por Corporación Lawless. Le di el papel a mi tía—. ¿Pueden hacer eso?

Mi tía se tomó su tiempo para leer el papel. Finalmente, cuando levantó la vista hacia mí, sus ojos estaban llenos de humedad.

—Parece que sí.

Brad se rio como si la idea de que mi tía perdiera su casa fuera lo más gracioso que hubiera escuchado en su vida.

—Mejor empieza a empacar tus cosas, hermanita.

—Vete al infierno —grité.

Brad se rio hasta llegar a su caro Mercedes Clase S blanco.

Mientras veía a mi hermano alejándose, sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Las

lágrimas de mi tía se habían deslizado por su rostro y sus manos temblorosas se aferraban al papel como si fuera su última esperanza. Miré la casa de mi tía, el lugar donde tenía mis mejores recuerdos, el único lugar donde me sentía querida. Para mí, esta casa era más mi hogar que la casa de mis padres.

Y que me condenen si dejo que Brad la derribe para construir una casa moderna.

—Te conseguiré el dinero. —Tenía la garganta ronca, y luché por contener mis emociones mientras veía las lágrimas correr por su rostro—. No te preocupes. Me encargaré de eso. Te lo prometo.

Lo decía en serio. Sólo que no sabía cómo iba a conseguir el dinero.

CAPÍTULO 5

—Lo siento, pero el banco no reconoce el trabajo independiente o por contrato como una forma estable de empleo.

Eso fue lo que me dijo la cajera del Banco Moonfell cuando entré antes e intenté obtener un préstamo.

—Pero llevo trabajando diez años seguidos. Pueden llamar al Grupo Merlín en Nueva York. Ellos responderán por mí. Estoy en su nómina.

La cajera, una mujer diminuta con el cabello rubio y que parecía un querubín, sacudió la cabeza y me sonrió mientras me rechazaba.

—Lo siento. Pero a menos que pueda demostrar que posee un empleo a tiempo completo, no podemos ayudarle. Debe comprenderlo. El banco necesita protegerse.

A pesar de mi fuerte impulso, me abstuve de sacarle el dedo medio.

Pero logré cerrar la puerta del banco de un portazo al salir. Muy maduro de mi parte. Sin embargo, sentí una profunda satisfacción.

Me negué a volver a la casa de mi tía sin una solución. Le había prometido que no perdería su casa, y no pensaba romper esa promesa.

Necesitaba dinero. Y en este momento, Kolton era mi empleador, por así decirlo. No habíamos hablado de mis honorarios, pero no se acercaban en absoluto a la cantidad que necesitaba para salvar la casa de mi tía.

Se me revolvía el estómago ante la idea de perder el único hogar que había conocido. El recuerdo de mi tía luchando por contener las lágrimas me perseguía y no podía deshacerme de la sensación de impotencia.

Maldito sea mi padre. Sabía que esto era idea de él. De él y de mi hermano. Mi madre nunca estaría de acuerdo con algo tan malo. O tal vez sí. La verdad era que no la conocía. Ya no la conocía.

Sabía que tenía que actuar rápido si quería salvar la casa de mi tía. Mi mente se agitaba mientras reflexionaba sobre mis opciones. Con Brad y la Corporación Lawless al mando, no podía evitar sentirme como un peón en un juego orquestado por quienes pretendían aprovecharse de la angustia de mi tía.

Estacioné mi Jeep en la acera frente a The Blue Demon y fui por la parte de atrás. La cinta amarilla de la policía rodeaba los contenedores de basura y el árbol donde encontraron el cuerpo de Jessie. La escena estaba vacía, pero aun así quise darle otro vistazo ahora que estaba solo y no tenía a un enorme y molesto jefe de policía respirándome en la nuca.

Me tomé mi tiempo dando vueltas y buscando pistas, cualquier cosa que pudiera ayudarme a

determinar qué había matado a Jessie. Después de unos quince minutos sin encontrar nada nuevo, me dirigí al interior del restaurante en busca del dueño.

El público de las últimas horas de la tarde no era tan ruidoso como el de la mañana. De hecho, sólo conté cuatro clientes.

Las conversaciones se acallaron cuando entré en The Blue Demon, la tenue iluminación proyectaba largas sombras sobre los desgastados suelos de madera. El aroma a fritanga flotaba en el aire, mezclado con el leve olor a cerveza rancia. Un hombre de unos cincuenta años me miró con desconfianza mientras bebía su cerveza. Los demás evitaron por completo mi mirada.

Todo el mundo parecía nervioso, a falta de una palabra mejor. Parece que la noticia de lo que le pasó a Jessie se había extendido.

Sela, la camarera pelirroja, seguía allí, tomando los pedidos en una de las dos mesas que estaban ocupadas. Vi a una mujer más joven limpiando las mesas cerca del mostrador. Tenía el pelo largo y castaño recogido en una apretada coleta y unos ojos amables que parecían contener un dejo de tristeza.

—Disculpa —dije, acercándome a ella con cautela—. ¿Eres Maggie? —Supuse que era la otra camarera que Sela había mencionado antes.

La joven levantó la vista y me ofreció una sonrisa cansada.

—Sí. ¿Puedo ayudarle en algo?

Cuando me acerqué lo suficiente, sentí las energías paranormales que emanaban de ella y el olor a caballo o incluso a ciervo. Yo apostaba por un ciervo.

—Estoy investigando la muerte de Jessie —expliqué, tratando de mantener la voz firme. Agarré mi bolso y recordé que aún no había recibido mis nuevas tarjetas—. ¿Puedes contarme algo sobre ella? ¿Eran unidas? —Por el evidente enrojecimiento de sus ojos, yo diría que sí.

Maggie asintió. Su expresión se tornó solemne y suspiró suavemente antes de indicarme que la acompañara a una mesa cercana. Cuando nos sentamos, Maggie se quedó mirando el asiento vacío de enfrente.

—Era mi amiga. —Las manos le temblaban ligeramente mientras agarraba un hilo suelto del mantel. El peso de la pena flotaba en el aire, sofocando cualquier atisbo de normalidad que pudiera haber quedado en el Blue Demon.

—¿Qué puedes decirme de ella? ¿Tenía novio? ¿Una pareja?

Maggie se limpió la nariz.

—Estuvo saliendo con Seth durante un año. Pensó que estaba a punto de pedir su mano. —Me di cuenta de que los recuerdos de Jessie pesaban mucho en el corazón de Maggie. Sus ojos amables parecían contener aún más tristeza ahora, como si la mayor parte de su dolor fuera casi demasiado difícil de soportar.

Seth. Me aprendí el nombre de memoria.

—¿Entonces ellos no se pelearon o algo así?

—No. Ella me lo habría dicho.

—¿Era un hombre lobo?

Maggie parpadeó lentamente.

—No. Era un hada. Como ella. ¿Por qué lo preguntas?

—Por la forma en que fue asesinada. —Vi cómo sus ojos se abrían lentamente a medida que iba atando cabos. Aunque este Seth no era un hombre o un cambiaformas con garras, no lo descartaría. No hasta que le hiciera una visita—. ¿Seth vive en Moonfell?

La camarera se encogió de hombros.

—Supongo que sí. No sé. Nunca hablamos de eso.

Encontrar a un hada llamado Seth en Moonfell sería bastante fácil.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Anoche. Aquí. Antes de terminar mi turno.

—¿Qué hora era?

—Medianoche.

Me incliné más cerca, picada por la curiosidad.

—¿Quién cerró?

—Yo lo hice. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pensé que se había ido. No revisé la parte de atrás. Me fui a mi casa... No sabía... —Las últimas palabras salieron entre sollozos.

Quise extender la mano para acariciar la suya, pero lo pensé mejor. Así no era yo.

Los ojos llenos de lágrimas de Maggie se encontraron con los míos.

—Blake dijo que un hombre lobo la mató. ¿Es eso cierto?

—No lo sabemos con seguridad —respondí, porque era la pura verdad. Era extraño que estuviera tan familiarizada con el jefe de policía—. Podrían ser muchas cosas. Sabremos más en unos días.

Además, el informe del forense nos lo diría. Dudaba que Blake me lo ofreciera así como si nada. Parecía que iba a tener que meterme en la morgue para conseguirlo.

—¿Puedes recordar algo inusual que haya sucedido anoche? ¿Ruidos extraños quizás? ¿Algún grupo de clientes sospechosos?

—No. —Maggie moqueó—. Sólo los habituales.

Me pareció extraño que Maggie no oyera nada. Jessie habría estado gritando, tratando de salvar su propia vida. Es imposible que nadie haya oído nada.

Mientras reflexionaba sobre las incoherencias del testimonio de Maggie, mi mente se agitaba con las posibilidades. ¿Podría estar ocultando algo? ¿O era simplemente un caso en el que el shock y el dolor nublaban sus recuerdos? En cualquier caso, sabía que tenía que indagar más si quería desentrañar la verdad que se ocultaba tras la espantosa muerte de Jessie.

—Maggie —dije, con la voz llena de empatía—. ¿Estás segura de que no había nada fuera de lo normal? Hasta el más mínimo detalle podría ser crucial para averiguar qué pasó.

Se secó las lágrimas, luchando por recordar los acontecimientos de aquella fatídica noche.

—No me acuerdo. Lo siento.

—¿Kolton está por aquí? —Miré detrás de ella hacia la zona de la cocina. Ahora sería un buen momento para discutir mis honorarios.

—Dijo que tenía asuntos que atender —respondió Maggie—. No sé cuándo volverá.

—De acuerdo. —Observé su cara—. Si recuerdas algo, llámame, por favor. —Metí la mano en el bolso, saqué el bloc de notas y garabateé mi número de teléfono—. Toma. Puedes llamarme cuando quieras. Me llamo Kat Lawless.

Sus ojos se abrieron de par en par al oír mi nombre, algo a lo que ya estaba acostumbrada.

—Él te estaba buscando.

—¿Quién? ¿Kolton?

Maggie negó con la cabeza.

—No. Acabo de acordarme. —Vaciló, aferrándose a un destello de memoria—. Había algo raro en un hombre que entró justo antes de la hora de cierre.

—¿Cómo qué?

—Tenía una bata puesta. Me pareció extraño. Olía como un brujo.

Un mago. Mierda. ¿Me buscaban Los Renegados?

Mi corazón aceleró el paso mientras escuchaba atentamente.

—Dime todo lo que recuerdes de él.

Maggie suspiró, con la voz ligeramente temblorosa.

—Era alto y tenía un aura inquietante a su alrededor. En cuanto entró, sentí como si una sombra cayera dentro del restaurante. Fue entonces cuando supe que era un brujo.

—Un mago. —Cuando me miró con duda en su expresión, añadí—: Estoy muy segura de que es un mago. Continúa, por favor.

Maggie continuó, su voz ahora era más baja, como si el recuerdo mismo lo trajera de vuelta.

—Fue al bar y pidió una copa.

Me acerqué más, con el bolígrafo sobre el papel, lista para captar todos los detalles.

—¿Dijo algo?

—Preguntó por ti —susurró Maggie, con las manos temblorosas—. Quería saber si Kat Lawless venía aquí a menudo.

Mi corazón se paralizó un segundo al oír mi nombre. ¿Cómo me conocía este mago? Y lo más importante, *¿por qué* me buscaba?

—¿Qué le dijiste?

—Jessie le respondió —dijo Maggie—. Le dijo que no te conocíamos. Y que se diera prisa porque estábamos a punto de cerrar. —Se mordió el labio—. ¿Crees que mató a Jessie? ¿Por qué? Ella ni siquiera lo conocía.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Si me buscaba a mí, tendría que decir que no. Y la forma en que destrozaron su cuerpo... —Me detuve antes de seguir, pero ya era demasiado tarde.

Maggie cerró la boca y empezó a sollozar.

Bien hecho, Kat.

—Lo siento —lo intenté. A veces podía ser insensible. En el trabajo, olvidaba que las víctimas eran personas. Hace tiempo que había aprendido que era mejor desvincularme de las víctimas y de las atrocidades que les habían ocurrido. Era más fácil resolver los casos cuando no me implicaba emocionalmente.

Pero a veces ser una roca tampoco solucionaba nada.

Maggie giró la cabeza hacia la barra.

—Tengo un cliente que atender.

Desplacé la mirada hacia la derecha, atraída por un hombre impresionantemente guapo, de pelo negro liso, pestañas espesas, ojos oscuros, nariz recta, mandíbula angulosa y cejas definidas. Desprendía un aura mediterránea. Su expresión de suficiencia demostraba que era consciente de su atractivo.

Lo reconocí inmediatamente. El vampiro Remy.

Observé a Maggie mientras se dirigía a la barra y tomaba nota del pedido del vampiro, con el estómago revuelto mientras mi cabeza trataba de encontrarle sentido a toda la información que había recibido hasta ahora.

Estaba teniendo un comienzo de semana infernal. Dash. La nota misteriosa. La camarera muerta. La futura pérdida de la casa de mi tía. Y ahora el mago que me buscaba.

Necesitaba unas vacaciones.

La camarera muerta era un problema, pero esperaba que la situación fuera sólo un extraño accidente o una pelea de amantes que se puso fea. Si Jessie había estado saliendo con un hombre lobo, y él descubría lo de Seth, es posible que la matara por celos.

Levanté la vista al oír la voz tranquilizadora del vampiro mientras le decía algo a Maggie. Sus ojos se llenaron de lágrimas y desapareció en la cocina.

Me levanté y me dirigí hacia el vampiro antes de darme cuenta de que mis piernas se movían.

—Remy —dije mientras me sentaba en el taburete junto a él.

El vampiro me miró y pude ver tristeza en aquellos ojos oscuros y hermosos. Parpadeó y se esfumó.

—Kat. Tan hermosa como siempre.

—¿Conocías a la víctima?

Remy asintió, con la mano alrededor del vaso de cerveza.

—Claro.

—¿Se te ocurre alguien que quisiera hacerle daño?

—La verdad es que no. Tenía una de esas personalidades alegres. No era mi tipo. Pero era amable.

—Hmm. —Mi teléfono vibró, y lo agarré. Era un mensaje de Jack.

Jack: El Grupo Merlín no te concederá el préstamo de los 20 mil. Lo siento. Lo intenté.

—Mierda.

—Problemas en el paraíso —ronroneó el vampiro, acercándose un poco más.

Resoplé—. Ojalá fuera tan sencillo.

El vampiro se acercó aún más.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Aparté los ojos de la boca sexy del vampiro antes de que eso me metiera en problemas.

—Una mujer tan hermosa como tú debería sonreír más —ronroneó el vampiro.

—Tus halagos no funcionarán conmigo, chupasangre.

Remy se llevó una mano al corazón.

—Me hieres, bruja. —Sonrió.

Le devolví la sonrisa. No sabía qué tenía ese vampiro, pero me estaba gustando.

Volví a mirar el teléfono, desesperada. Si el Grupo Merlín no me ayudaba, estaba jodida.

Vamos a perder la casa.

—Dime qué te pasa. Quizás pueda ayudarte. —Remy se echó hacia atrás, y todo aquel comportamiento coqueto se desvaneció rápidamente al aparecer una expresión seria en su rostro.

Tomé aire.

—Necesito un préstamo. El banco me lo negó porque no tengo trabajo fijo. Y ahora el Grupo Merlín tampoco quiere ayudarme.

—¿Cuánto necesitas?

—Veinte de los grandes.

El vampiro silbó.

—Eso es un montón de dinero.

—Y si no lo consigo en tres semanas, la Corporación Lawless robará la casa de mi tía y la destruirá para construir una casa moderna.

—Vivo en una casa moderna, pero te entiendo. —El vampiro me observó un momento sin hablar hasta que se puso un poco incómodo—. Tu familia no parece buena gente.

—No lo son. Mi tía es la única que me importa. Y si no encuentro el dinero a tiempo, perderá su casa. Todo.

El vampiro suspiró por la nariz y apoyó los codos en la barra.

—Sé dónde se puede conseguir un préstamo así.

Aspiré entre dientes.

—Espera, ¿qué? —Si podía tomarme un respiro del espectáculo de mierda que era mi vida, lo tomaría. Mi tía significaba todo.

Remy se frotó la nuca.

—Aunque no estoy seguro de que deba decírtelo. No te va a gustar.

Me incliné más hacia él.

—Si puede ayudar a asegurar la casa de mi tía, no importa si me gusta. ¿Tengo que vender un riñón o algo así?

El vampiro se dio la vuelta y apoyó la espalda en el mostrador.

—Sólo un tipo en Moonfell tiene tanto dinero. Algunos amigos míos consiguieron préstamos de él.

La información encajó.

—Es un usurero.

—Lo es.

—Pues bien. No me importa. ¿Quién es y dónde puedo encontrarlo? —Esto era bueno. Si podía prestarme el dinero, estábamos salvadas.

Los ojos oscuros del vampiro buscaron mi rostro.

—Se llama Orik. Es el dueño del bar Goat's Blood en Tombstone. Es algo así como el jefe allí.

Ay. Mierda. Ese era el nombre que se le había escapado al hada Rus Grove cuando Blake y yo lo habíamos estado interrogando sobre la camioneta.

—Estás bromeando.

El vampiro dio un sorbo a su cerveza.

—Te dije que no te iba a gustar.

—No, está bien. Me alegro de que lo hicieras. —Puede que no me gustara, pero si eso significaba que podía salvar la casa de mi tía, el tal Orik podía quedarse con uno de mis riñones. Me guindé el bolso en el hombro—. Gracias, Remy. Te debo una.

El vampiro me dedicó una sonrisa sensual.

—Cuidado. Puedo tomarte la palabra.

—Sí, apuesto a que sí.

Remy frunció el ceño.

—¿A dónde vas?

Respiré hondo.

—A la boca del lobo.

El vampiro se apartó del mostrador.

—Quiero decirte que no deberías ir sola, pero tengo la sensación de que me ignorarás.

—Acertaste. —Me di la vuelta y caminé hacia la salida.

Sip. Parecía que iba para Tombstone otra vez.

CAPÍTULO 6

Mi Jeep se tambaleó sobre las vías, marcando mi entrada en el lado equivocado del pueblo mientras rebotaba en mi asiento de camino hacia el sur por una carretera llena de baches. Tombstone era el hogar de todos los seres sobrenaturales oscuros y peligrosos que no encajaban del todo en nuestra sociedad normal.

Ir a Tombstone por mi cuenta fue estúpido. Ya está, podía admitirlo. Menos mal que tenía justo lo que necesitaba.

Estaba desesperada. Y si el tal Orik estaba dispuesto a prestarme el dinero, lo tomaría. Y pensaría en las consecuencias más tarde. Buen plan.

Cuando me ocupara de la cuestión del dinero, podría enfocarme en otros asuntos, como la camarera muerta y el misterioso mago que sospechaba que me había enviado la nota.

Pensé en llamar a Blake. Tener refuerzos habría sido lo correcto. Si no estuviera tan empeñado en saber quién era mi fuente y en amenazarme con meterme en la cárcel, le habría pedido que viniera conmigo. Pero entonces tendría que decirle por qué, y no estaba segura de sentirme cómoda con eso.

La verdad era que me sentía cómoda estando sola. Siempre había sido una criatura solitaria.

Había seguido mi pista con Seth. No fue difícil encontrarlo. Estaba sentado en la acera de uno de los bares de la zona, borracho hasta la médula mientras sollozaba el nombre de «Jessie» una y otra vez. No pude sacarle mucho, pero no me dio la impresión de que fuera responsable en absoluto. Parecía que el hada estaba de luto.

Y si Seth no la mató, ¿quién lo hizo? ¿Y por qué?

Luego de eso, pasé por la morgue del condado. Aunque el forense, un metamorfo búho llamado Stevie, estaba dispuesto a darme los resultados de la autopsia después de que le explicara quién era, me dijo que aún no había terminado. Dijo que me enviaría los resultados por correo electrónico lo antes posible.

Cuando llegué a Tombstone, el sol se estaba ocultando rápidamente. Pronto el pueblo se cubriría de oscuridad. Qué bien. Necesitaba eso. Necesitaba tener mi magia umbra si iba a enfrentarme a ese Orik.

La última vez que había estado aquí no había sido una experiencia agradable. Me había enfrentado de nuevo a ese hada Rus Grove, que años atrás me había agarrado y empujado a un callejón oscuro. Había quedado claro lo que pretendía hacerme, ya que había sido la primera vez que mi magia se había materializado y me había salvado de él.

Mis dedos apretaron el volante. No dudaba de que esta vez sería igual de desagradable.

Mi teléfono vibró y miré hacia el asiento del copiloto, donde lo había dejado. La pantalla se

iluminó.

Dash: ¿Podemos hablar?

Se me apretó el estómago.

—Mierda. —No necesitaba esto ahora. No podía pensar en Dash en este momento. No podía pensar con claridad cuando él estaba involucrado con Los Renegados. Mi cerebro entraba en modo estúpido. Tenía un punto débil en lo que a él se refería, y eso me metería en problemas.

Tal vez le preocupaba que lo entregara a Blake. Sí, tenía que ser eso. No hay otra razón por la que quería hablar conmigo, o eso me dije. Agarré mi teléfono y lo puse delante de mí para poder mantener la vista en la carretera. Reduje la velocidad hasta la siguiente parada y tecleé rápidamente una respuesta.

Yo: Estoy ocupada.

Dejé el teléfono en el asiento y pisé el acelerador. No dejaba de mirar el móvil, esperando que Dash me contestara. Pero no lo hizo. Y me sorprendió cómo me afectó.

—Agh. —Solté una bocanada de aire—. Concéntrate. Necesito concentrarme.

Por último, apareció el letrero «Goat's Blood». Por supuesto, tenía que estar pintado de rojo con la imagen de una pobre cabra con el cuello cortado. Típico.

No sabía por qué, pero la imagen me enfurecía.

Al ver un sitio a pocos autos de distancia, estacioné el Jeep y apagué el motor. Agarré mi teléfono y lo revisé por última vez en busca de un mensaje de Dash. Como no había ninguno, lo metí en el bolso y salí del Jeep.

Al salir, no pude evitar fijarme en la oscuridad que me rodeaba. Las calles estaban en una penumbra inusual y premonitoria, como si el sol poniente hubiera sido cubierto por densas nubes, convirtiendo en noche lo que quedaba de luz vespertina. No era algo natural. Eran magos oscuros en estado puro.

El aire apestaba a azufre y magia oscura, envolviéndome como un manto invisible, y una risa burlona flotaba en la brisa.

—Un cigarro me caería bien en este momento. —Probablemente. Me daría un pequeño impulso y calmaría mis nervios, pero me odiaría después. Todavía quería gustarme por mí cuando saliera de este lugar.

Di un golpecito en el bolsillo de mis jeans y fui recompensada con el duro metal de mi encendedor. Nunca sabía cuándo me sería útil mi fuego amigo. Y tenía la sensación de que necesitaba todos los amigos que pudiera conseguir.

Me acerqué a la entrada del bar, donde sonaba música desde el interior. Cuando empujé la puerta del Goat's Blood, la música subió de volumen y me envolvió en una cacofonía de tambores y guitarras chirriantes. El interior, tenuemente iluminado, se llenó de una neblina de humo que proyectaba un brillo espeluznante sobre los clientes esparcidos por el bar. La mezcla de humanos y criaturas era perfecta: vampiros, hombres lobo, hadas e incluso algunos demonios. Un lugar interesante.

Me abrí paso entre la multitud, intentando no llamar demasiado la atención. Sentía que todos y cada uno de los ojos seguían cada uno de mis movimientos. Era una extraña, una recién llegada y, por extraño que parezca, me sentía como una carnada.

En mi prisa por conseguir el dinero para resolver el asunto de la casa de mi tía, olvidé preguntarle a Remy qué aspecto tenía el tal Orik. Tenía la sensación de que él me encontraría tarde o temprano, después de todo este era su lugar.

Encontré un taburete vacío en la barra y le hice una señal a la camarera, un hada de piel verde oscura que giró la cabeza y me ignoró por completo.

—Excelente.

Se me erizó el vello de la nuca, mezclado con el hormigueo frío que siempre sentía cuando alguien me observaba. Miré por encima del hombro, intentando pasar desapercibida. El problema era que parecía que todas las personas del local me observaban.

Mis instintos y mi magia se encendieron y una sensación de zumbido invadió mi cuerpo y me erizó la piel. Extendí la mano hacia las sombras que me rodeaban y las mantuve cerca. Lo último que quería era empezar una pelea en un bar.

Pero si *ellos* empezaban...

Demonios. Bueno, tal vez venir aquí por mi cuenta fue una estupidez pero era demasiado tarde ahora. Ya estaba aquí.

Fue entonces cuando sentí que el aire se movía detrás de mí.

Giré sobre mi asiento, con las sombras preparadas. Sólo que no era Orik.

—¿Qué coño haces aquí, bruja puta?. —Rus Grove, el dueño de Grove Autoshop.

Tenía el mismo aspecto: tatuado y con piercings por toda la cara y las orejas. Sus músculos se veían a través de una sucia camiseta de tirantes y sus pantalones estaban rotos por las rodillas. Llevaba innumerables anillos en los dedos y cadenas de oro alrededor del cuello. Tenía el pelo espeso y desgreñado, con mechones grises.

No esperaba volver a verlo tan pronto. Diablos, no esperaba volver a ver a ese hada bastardo. Desprendía un olor acre, una mezcla nauseabunda de olor corporal y excreciones. Asqueroso.

Hice una mueca.

—¿Ustedes no se bañan?

Rus gruñó, mostrando sus caninos puntiagudos.

—Te dije lo que pasaría si volvía a verte, cariño.

Me acomodé para estar lista para cualquier cosa que me lanzara.

—¿Que te patearía tu apestoso culo?

Sus ojos se entrecerraron y se acercó un paso, con los músculos de sus brazos flexionándose ominosamente.

—Me traicionaste, bruja. Te dejé ir la otra vez, pero eso no significa que no vaya a matarte ahora.

Resoplé.

—¿*Tú* me dejaste ir? Si mal no recuerdo, te tenía agarrado por las pelotas, hada.

Rus soltó un gruñido que hizo que mi magia se pusiera en modo alerta.

—Debiste quedarte en tu lado del pueblo. Pero ahora que estás aquí... —sus ojos recorrieron mi cuerpo lentamente, y cuando se lamió los labios sugerentemente, casi vomité.

—Si me tocas, será lo último que hagas. Te lo prometo.

Ignorando sus amenazas, me concentré en mi magia. Las sombras bailaban un ballet siniestro a mi alrededor, hambrientas del sabor de la sangre. Tenía que tomar una decisión, y rápido. Podía mantenerme firme y luchar, o largarme antes de que las cosas se complicaran.

—Déjala en paz, Rus —ordenó una voz masculina.

Miré por encima del hombro de Rus. El hombre, o hada, avanzaba con los brazos y el cuello adornados con intrincados tatuajes tribales que brillaban tenuemente. Su gorra de béisbol gris contrastaba con su mirada oscura e intensa. Su camiseta mostraba sus tonificados brazos y sus jeans se ajustaban a sus musculosas piernas. Podía sentir el poder que emanaba de él, su aura brillante y dominante. El tipo irradiaba poder y crueldad.

Y sólo por la forma en que Rus se escabulló de mí como la rata asustada que era, supe quién era el hada. Orik, el jefe de Tombstone.

—Pensé que serías más alto —fueron las palabras que salieron volando de mi boca.

Orik entrecerró los ojos un segundo, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

¿Eh? No me lo esperaba.

Estudié su rostro. Era guapo, pero su boca tenía un gesto duro mientras sus ojos se clavaban en mí.

—¿Estás perdida? —preguntó Orik, todavía observándome con esa mirada inquietante. Sabía lo que estaba haciendo. Intentaba leerme, averiguar quién era y qué hacía aquí. Pero sobre todo intentaba averiguar si yo era una amenaza para él y su comunidad.

—No.

—¿Por qué estás aquí? —sonrió, pero su voz no contenía calidez. Dijo—: Si huelo una amenaza, te eliminaré.

Me removí en mi asiento, notando cómo la sala parecía detenida a la espera de lo que iba a decir a continuación.

—Vine a verte.

La cara de Orik ni siquiera se movió.

—¿Y eso por qué?

Aquí vamos.

—Necesito tu ayuda.

Al oír eso, las cejas del hada se movieron bajo el borde de su gorra de béisbol.

—¿Ah, sí? —Me observó durante un rato más—. ¿Y qué tipo de ayuda buscas?

La sangre se me subió a la cara mientras intentaba que no se notara la agitación de mi estómago y lo increíblemente avergonzada que me sentía. ¿Pedirle dinero a un desconocido? Eso era lo peor para mí.

—Dinero —le dije—. Necesito dinero. Me dijeron que eras la persona indicada para ayudarme. ¿Me equivoqué? —Si Remy me mintió, estaba a punto de perder unos cuantos caninos.

Orik vino a apoyarse en la barra junto a mí. Me señaló con el dedo.

—¿Acaso no eres tú la bruja que atacó violentamente a uno de mis hombres?

Sí. Sabía lo que me esperaba. Mis ojos se desviaron hacia donde Rus estaba enfurruñado en las sombras junto a otros tres hadas con un desagradable gruñido en la cara. Su cuerpo estaba inmóvil, como si esperara a que Orik le diera la señal para atacarme.

Volví a mirar a Orik y me encogí interiormente ante la intensidad de su mirada.

—Él no estaba cooperando en mi investigación. Todo ese desastre pudo haberse evitado si hubiera respondido a unas preguntas muy sencillas.

Orik me señaló con el mismo dedo.

—¿Y crees que tenías derecho a interrogarle?

—Así es. Soy investigadora. Estaba trabajando en el caso de un adolescente muerto. Y su camioneta fue vista en el sitio del suceso.

Orik emitió un sonido en su garganta que apenas era audible con el martilleo de la música.

—Pero no tienes derecho. Aquí no, no lo tienes. Tú o ese arrogante bastardo jefe de policía.

Oh oh.

El jefe hada me dedicó una sonrisa.

—Pusiste tus manos sobre mi gente en mi pueblo. He matado por menos.

Miré fijamente a los fríos ojos de Orik y tragué saliva, sintiendo el repentino aumento de ansiedad en mi pecho.

—Él se lo merecía. —Y él me había puesto las manos encima primero. Era justo que yo le

devolviera el favor.

Orik se burló, agarrando el borde de la barra con los dedos.

—No importa. Te pasaste de la raya, bruja. No puedo dejar que esto quede impune.

Mierda. Esto empeoraba cada segundo.

—Tal vez si tuvieras más control sobre tu gente, no lo habría tocado. —Sí, quizás no fue la mejor elección de palabras.

Los ojos de Orik se entrecerraron aún más. Podía ver la furia y la amenaza en ellos.

—Cuidado, bruja. Hoy me siento generoso. Pero sigue así y te cortaré esa cara tan bonita que tienes.

Estarás muerto antes de que muevas un dedo.

—Mira. No vine aquí para pelear. Vine a ver si estás dispuesto a ayudarme. Créeme, no estaría aquí si tuviera otra opción.

El jefe hada sonrió.

—Eso. Creo. ¿Cómo te llamas?

—Kat Lawless. —Si reconoció el nombre, no lo mencionó.

—De acuerdo entonces, Kat Lawless. La próxima vez que quieras interrogar a alguien de mi pueblo... vienes a buscarme a mí primero —dijo, sorprendiéndome.

Asentí con la cabeza.

—Hecho.

Los tatuajes de su cuello brillaron con más intensidad. Sus ojos estaban llenos de diversión, pero también vi una advertencia en ellos.

—Puede que te deje salirte con la tuya, pero recuerda, Tombstone está gobernado por uno y sólo uno.

—Entendido. —Podía sentir el poder que emanaba de él, y era estimulante y aterrador al mismo tiempo.

El jefe hada volvió a observarme como si aún estuviera contemplando qué hacer conmigo.

—¿Cuánto necesitas?

Santo cielo. ¿Él iba a ayudarme?

—Veinte de los grandes.

Orik ni siquiera pestañeó. Se apartó de la barra y desapareció en una habitación trasera. Aproveché para mirar rápidamente a Rus, que —sorpresa, sorpresa— seguía mirándome con la misma animosidad que un perro rabioso.

El jefe hada reapareció un momento después con un montón de billetes en las manos. Los dejó sobre el mostrador.

—Veinte de los grandes.

Me quedé mirando el montón de dinero. Nunca había visto tanto dinero en toda mi vida. No me lo podía creer. Orik acababa de darme un montón de dinero que podría cambiar mi vida. Pero sabía que no debía mostrar mi gratitud. Sabía lo que seguía.

—¿Cómo funciona esto? ¿Cuál es el trato? —pregunté, metiendo el dinero en el bolso sin mostrar ninguna emoción—. Quieres algo de mí. ¿Verdad? ¿No es así siempre?

Orik sonrió, sus ojos brillando con picardía.

—Tienes seis meses para devolvérmelo.

—Puedo hacerlo.

—Pero —empezó Orik, con una extraña sonrisa formándose en sus labios—. Aceptar mi dinero también es firmar un contrato.

Mi boca se entreabrió.

—¿Qué tipo de contrato.

Del tipo que requiere un favor. Quizás no ahora. Tal vez dentro de un mes. Pero necesitaré ese favor.

Fruncí el ceño.

—Si es sexual, puedes olvidarlo.

El jefe hada se rio antes de decir:

—No es que me queje, pero no. Nada de eso. Pero déjame decirte una cosa: Si aceptas ese dinero, me debes. No podrás negarte cuando venga a pedirte mi favor. —Apoyó la espalda en la barra—. Entonces, ¿qué? ¿Todavía quieres ese dinero? —Sus ojos se dirigieron a mi bolso.

Sabía que debía decir que no y devolver el dinero, pero no podía. No cuando eso significaba que podía salvar la casa de mi tía.

Sin embargo, hacer tratos con hadas no debía tomarse a la ligera.

—Sí.

Ante eso, la sonrisa de Orik se ensanchó.

—Bien. Hasta que nos encontremos de nuevo, Kat Lawless, la bruja.

Asentí y salí, dirigiéndome a la salida lo más rápido que pude sin correr. Quería poner la mayor distancia posible entre el jefe hada, Rus, todos los que estaban adentro y yo.

Parecía que mi viaje a Tombstone había valido la pena. Ahora tenía los veinte mil dólares en mi poder y podía salvar la casa de mi tía.

Entonces, ¿por qué me sentía como si acabara de hacer un pacto con el diablo?

CAPÍTULO 7

Ahora era veinte mil dólares más rica.

No exactamente. Más bien endeudada con veinte mil. Sin embargo, no pude evitar sonreír mientras conducía. Pensar en la cara de mi tía cuando le enseñara la bolsa de dinero valdría cualquier favor que Orik me pidiera.

No me molesté en preguntarle a Orik qué pasaría si no lo devolvía. Esa parte era obvia. Supongo que Tombstone *(Lápida)* era un nombre apropiado para el barrio, después de todo.

No paraba de mirar el celular mientras iba de regreso a casa. Odiaba admitirlo, pero esperaba que Dash me contestara.

Todavía no lo había hecho.

Aún no había tomado una decisión sobre él. El hecho de que estuviera implicado —o fuera un miembro— en un grupo de magos que sacrificaban vidas inocentes en beneficio propio iba en contra de todo aquello en lo que yo creía. Yo me ganaba la vida encerrando a bastardos así, y me sentía muy bien haciéndolo.

Pero no con Dash.

Me odiaba por ser tan indecisa cuando se trataba del metamorfo o lo que demonios fuera. Seguía sin decírmelo. Sin embargo, sabía que tendría que decidirme tarde o temprano. O le llevaba su culo a Blake, o lo dejaba ir.

Pero, ¿cómo se veía eso?

Maldición. Sabía la verdadera razón de mi indecisión. Mi corazón. Porque mi maldito corazón estaba involucrado.

Justo cuando frené en la siguiente parada, escuché mi teléfono vibrando.

Mi estúpido corazón dio un brinco al mirar la pantalla. Sentí una pequeña punzada de decepción cuando el nombre de Annette parpadeó en la pantalla.

Esperé a la siguiente señal de pare, paré el auto y agarré el teléfono.

Annette: Aquí tomando unos cócteles con las chicas. ¿Te apuntas?

No estaba acostumbrada a que la gente me invitara a sus casas a tomar cócteles. O que quisieran pasar tiempo conmigo en general. No creía ser una persona muy agradable. Me gustaba como era. Y siempre pensé que eso era suficiente. La verdad era que no quería el desastre que implicaba tener amigos y relaciones. Nunca había tenido amigos de niña ni de adulta. ¿Ahora Annette era mi amiga? Supuse que sí.

—Eres socialmente torpe —me decía mi tía Luna una y otra vez—. Tienes que salir y socializar. Abre las alas, no las piernas.

Suspiré. Ella tenía razón.

Yo: Estaré allí en cinco minutos.

Estaba a una manzana de su casa y de la de mi tía. Un trago o dos podrían hacerme bien. Eso podría ayudarme a olvidar a Dash.

Fui hasta la casa de Annette. Podía ver la silueta de su casa y la luz amarilla que salía por las ventanas. Las casas del vecindario estaban a oscuras bajo la sofocante penumbra de la noche. La mayoría tenían las luces apagadas, proyectando sombras sobre sus oscuros exteriores. Las calles estaban vacías y silenciosas, sólo iluminadas por alguna que otra farola.

Vi el todoterreno blanco de Tilly estacionado en la entrada. Busqué el de Blake, pero no lo vi por ninguna parte. Qué bien. Era la última persona que quería ver...

Una forma saltó de entre los arbustos del lateral de la casa de Annette, justo debajo del dormitorio de Emma.

—Mierda.

Pisé el acelerador, conduje hasta el vehículo de Tilly y frené en seco antes de chocar contra su parachoques. No es que ella no pudiera costear un pequeño golpe, pero yo no podía.

Con los ojos fijos en la silueta, estacioné el Jeep y salí corriendo, sin molestarme en cerrar la puerta ni apagar el motor.

Los Renegados están aquí por Emma otra vez.

Nunca había imaginado que volverían, ya que su ritual había sido un fracaso épico. Incluso le había prometido a Annette que sus hijas estaban a salvo ahora. Debí quedarme callada. Aun así, ¿por qué estaban aquí? Tal vez tenían otros planes para ella.

Y yo tenía planes para estos bastardos.

La silueta se precipitó por el césped hacia la casa vecina y yo estaba pisándole los talones.

La figura se detuvo al llegar al patio trasero, como si me hubiera oído o sentido llegar. Ahora que había dejado de moverse, podía ver mejor lo que estaba mirando.

No era humano. En realidad, no se parecía a nada que hubiera visto antes.

A la tenue luz de la luna, la figura que tenía ante mí se iluminó, revelando sus monstruosos rasgos. Aunque tenía forma humanoide, era tres veces más grande que un hombre normal. Su piel era de un tono gris enfermizo, estirada sobre músculos abultados y una estructura esquelética. Sus ojos eran pozos negros hundidos en el cráneo y su boca era una boca abierta llena de dientes dentados y puntiagudos. Estaba ligeramente encorvado, como un gorila o un simio. Sus seis brazos terminaban en garras afiladas de quince centímetros que parecían listas para atacar en cualquier momento.

El aire a mi alrededor se llenó de un olor pútrido, como a carne podrida y carne en descomposición. El hedor de la muerte se aferraba a la criatura que tenía ante mí como si las entrañas del infierno la hubieran escupido.

—¿Dash? —Dije, insegura. Lo había visto transformarse en bestia, gato y cuervo. Mi instinto me decía que podía transformarse en muchas otras formas. ¿Era este otro de sus alter egos?

La cosa ladeó la cabeza, mirándome con sus ojos negros y vacíos. No eran los ojos de Dash. Incluso en su forma de bestia, lo habría reconocido.

Esto no era él. Esta cosa era un demonio.

Ahora que ya lo sabía. Era el momento de reaccionar.

—¿Quién eres? —Supuse que empezaríamos por lo básico—. ¿Tienes un nombre?

Un gruñido húmedo y gutural emanó de la garganta de la criatura.

—¿Eres la mascota de Los Renegados?

Otro gruñido y un olfateo.

No es una gran respuesta. Pero mirando las garras de la cosa, parecían del tamaño justo para

haber desgarrado a Jessie. Esto era definitivamente lo que la había matado, o eso es lo que me parecía a mí. Tenía el qué, pero necesitaba el por qué.

Los demonios no vagaban por nuestro reino sin que alguien los invocara primero. Y había que ser experto en las artes oscuras para intentar invocar a un ser del infierno. Y si Los Renegados estaban detrás de esto, que yo creía que lo estaban, ¿por qué matar a Jessie?

Tendría que resolver todo esto más tarde. Primero, necesitaba matar a esta cosa. No podía dejar que matara a nadie más.

Como si percibiera mis intenciones, el demonio se agachó y sus seis brazos se balancearon ligeramente, como si esperara una muerte. La mía.

No lo creo.

La criatura abrió sus fauces y gimió, extendiendo sus garras.

Recurrí a mi magia, su esencia sólida pero maleable fluyó a través de mí. Con toda mi fuerza y determinación, extendí mi alcance más allá de mis capacidades físicas para agarrar a las sombras que me esperaban, mis compañeras de confianza. En ese momento, una oleada de poder se apoderó de mí, calentando cada centímetro de mi ser como un río que fluye por mis venas. Ahora las sombras estaban bajo mi control.

Y haría pedazos a este demonio.

Entrecerré los ojos, el poder surgiendo de mí y alimentando mi determinación. Las sombras se arremolinaron a mi alrededor y su oscuridad se concentró como si esperaran mi orden. Con un repentino estallido de energía, empecé a entretejerlas en un látigo feroz, enrollándolas y retorciéndolas hasta que estuvieron listas para ser usadas.

El demonio, sintiendo el cambio en el aire, enseñó los colmillos y se preparó para atacar. Sus ojos brillaban con malicia. Cuando la bestia se abalanzó sobre mí, ataqué y lancé mi látigo de sombras como una serpiente mortal para envolver sus brazos con garras y atraparla con fuerza.

—Te tengo.

La criatura rugió de dolor y furia, luchando contra las ataduras, pero mi látigo de sombras se mantuvo firme, apretando con más fuerza a su presa.

En ese momento de pura intensidad, pude ver el espíritu retorcido y malévolo que se ocultaba bajo la forma infernal de la criatura. Me concentré en controlar las sombras que se arremolinaban en mi interior, reuniendo su oscuro poder para aplastar al demonio antes de que pudiera clavar sus garras en mí o matar a alguien más.

Con un rugido infernal, mi látigo de sombras se partió por la mitad.

—Mierda, no.

Mi corazón se aceleró al ver cómo el demonio se liberaba de mis sombrías ataduras.

—Eres un hijo de puta fuerte. ¿Verdad?

Se abalanzó sobre mí de nuevo, con su inmensa fuerza y velocidad, lo que hacía imposible esquivarlo o sobrepasarlo. Además, tenía seis brazos, y ahora estaba *furioso*.

Extendí la mano para tocar las sombras una vez más, sintiendo su energía fría y oscura arremolinarse en mis manos.

Pero el Sr. Seis Brazos llegó a mí primero.

Grité cuando un dolor caliente me subió por el muslo y sentí que la humedad se deslizaba por mi pierna derecha.

Mientras me agarraba la pierna, doblada por la agonía, el demonio se alzaba ante mí con su rostro triunfante, contorsionado por la rabia y la satisfacción. Mi control sobre las sombras se debilitó y su poder se me escapó como arena entre los dedos.

—Bueno, ¿quieres jugar duro, tipo rudo?

Sí, estaba herida. Pero faltaba mucho para estar derrotada.

Mientras me agarraba la pierna herida con la mano, me levanté con dificultad, metí la mano en el bolsillo de mis jeans y saqué mi encendedor antiguo.

—A ver si te gusta el fuego.

Sí, puede que no posea la capacidad de conjurar fuego de la nada como la mayoría de las brujas blancas. Sin embargo, hace diez años descubrí que tenía otro tipo de poder: el control sobre las llamas existentes. Todo empezó cuando me quemé accidentalmente intentando encender un cigarro.

Presioné el interruptor y se encendió una llama.

Con el encendedor en una mano, recurrí a mi magia y disparé con la otra.

Una bola de fuego salió disparada del encendedor, apuntando directamente al demonio.

Le dio.

El demonio rugió sorprendido cuando la bola de fuego se estrelló contra su pecho, envolviéndolo en muros de llamas naranjas y rojas. Sus ojos brillaron con renovada malicia y lanzó un aullido ensordecedor de furia, luchando por liberarse del infierno.

Y por si fuera poco, solté otra de mis bolas de fuego.

A los pocos segundos, la segunda le dio por debajo de la cintura a la bestia.

Mi cuerpo se estremeció, y tanto la adrenalina como la magia me recorrieron mientras veía arder al demonio. Exhalé satisfecha mientras esperaba. Qué raro, no sentía el olor habitual a carne quemada.

Y entonces, con un pequeño soplido, mi fuego se apagó.

Y el Sr. Seis Brazos seguía en pie. ileso. Sin quemaduras.

—¿Qué dem...?

Una sensación de temor se apoderó de mí, la idea de que no podía ganar esta batalla.

¿Un demonio al que no le afectaba el fuego? Nunca lo había oído. Pero, de nuevo, yo no era una experta en todas las cosas demoníacas. Necesitaba tener una charla con Annette.

—¿Qué eres?

El demonio estiró las fauces en lo que supuse que era una sonrisa, aunque sólo parecía que estaba estirando la boca para ver si podía comerme de un bocado.

Bueno. Volví a meterme el encendedor en el bolsillo.

El demonio rugió y saltó hacia mí con una agilidad asombrosa, con sus seis brazos extendidos y dispuestos a destrozarme. Era feo y espeluznante, pero no tenía tiempo que perder con el miedo; tenía que confiar en algo. Si el fuego no lo mataba, y mi magia umbra apenas marcaba la diferencia... me estaba quedando sin opciones.

Canalicé mi magia umbra, atraje las sombras a mi alrededor y creé un muro de tres metros frente a mí.

Justo cuando el demonio chocó contra la pared de sombra, sólida como un ladrillo, retrocedió dando tumbos, momentáneamente aturdido por la repentina dureza de la superficie.

Y entonces salí corriendo.

No era un gran plan. Pero no era conocida por conjurar grandes planes de la nada mientras era perseguida por un demonio.

El corazón me latía con fuerza en los oídos mientras cojeaba lo más rápido que podía hacia mi Jeep. Si conseguía que me siguiera lejos del vecindario, empezaría por allí e intentaría averiguar cómo matarlo más tarde.

Llegué a la acera y miré rápidamente detrás de mí justo a tiempo para ver la figura sombría del demonio saltar a la acera.

Bajé cojeando la manzana. El aire fresco de la noche me irritaba los pulmones, pero aguanté el dolor.

Cuando me acercaba al Jeep, oí un aullido espeluznante detrás de mí. El corazón se me paró por un segundo y sentí que el demonio se me acercaba.

No iba a lograrlo.

Algo duro me golpeó en la espalda y salí disparada hacia la calle.

Tropecé, intentando no perder la concentración en el dolor que me había invadido de repente. Mi mente se agitó mientras me golpeaba contra el pavimento, preguntándome qué acababa de ocurrir. Por el rabillo del ojo pude ver al demonio, con los ojos llenos de intenciones asesinas.

Aferrándome al suelo con una fuerza suficiente para romperme la piel, me impulsé hacia arriba con la adrenalina corriendo por mis venas. Con un último impulso de fuerza de voluntad, me di la vuelta para encararlo de frente.

Llegué a este punto con la esperanza de que mi magia umbra pudiera salvarme, pero nunca pensé que el enfrentamiento final llegaría tan pronto. Cuando el demonio se abalanzó sobre mí, su malévola sonrisa se ensanchó de excitación, me preparé para el impacto.

Pero yo no había terminado. Ni mucho menos.

Desesperada, volví a recurrir a mis sombras, deseando que fluyeran de mi cuerpo, y las transformé en una lanza.

Puede que no matara al demonio, pero le haría daño y me daría tiempo suficiente para subir a mi Jeep.

Cojeando hacia delante, lancé la lanza hacia la criatura y tropecé, cayendo sobre manos y rodillas.

A pesar de mi caída, mi lanza de sombras navegó recta y segura.

Y justo cuando estaba a punto de ensartar al demonio, oí un estallido de aire desplazado. El cuerpo del demonio pareció brillar y distorsionarse como una ola de calor. Dio un paso adelante y luego desapareció, casi como si atravesara un portal.

Eso sí que fue inesperado.

—¿Kat? ¿Qué estás haciendo aquí?

Me di la vuelta, sorprendida de ver a Annette, Tilly y Cristina en el porche de Annette.

Me dejé caer de culo.

—Me estaban pateando el culo.

El demonio había escapado, pero sabía que volvería. De alguna manera, sabía que al probar la carne humana, iba a querer hacerlo de nuevo.

Y esta vez, iba a estar preparada para eso.

CAPÍTULO 8

—¿Puedes describir al demonio?

La fascinación de Annette por todo lo demoníaco seguía sorprendiéndome. Como bruja blanca, extraía su magia de los elementos, no tomaba prestado el poder de los demonios como hacían las brujas oscuras. Sin embargo, seguía fascinada por ellos hasta el punto de que parecía casi una obsesión, algo que me resultaba muy útil ahora mismo.

—Seis brazos. Grandes. Piel grisácea. Mayormente humanoide.

—Ah. —Annette se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho. A pesar de su baja estatura, su ardiente energía la hacía verse exuberante. Llevaba unos cómodos pantalones deportivos, una camiseta extragrande y el pelo recogido en un moño—. Eso parece un demonio buer. La mayoría son musculosos. No son los demonios más inteligentes. Son controlados por alguien. Así como los golems.

—¿Golems?

—Sí. Los gólems pueden invocarse con un hechizo, igual que un demonio buer. Y normalmente, necesitan usar un amuleto o algún artefacto que permita al invocador controlar al golem. Obediencia ciega. Hasta que no lo es.

Sentada en la mesa del comedor de Annette, me incliné hacia delante, curiosa.

—¿Quieres decir que a veces no obedecen? ¡Guao!

Cristina se sentó en una silla a mi lado y me miró a través de las pestañas. Su pelo pelirrojo brillaba bajo la luz y su piel pálida y perfecta parecía desprender una luz interna. Dirigió las pinzas para tejidos y el portaagujas hacia mi pierna sangrante, donde una sección rasgada de mis jeans dejaba ver la herida a mitad del muslo.

—Hago lo que puedo. No pasaría nada si dejaras de moverte.

Tilly soltó un resoplido. Se echó el pelo rubio por encima del hombro e inclinó su copa de vino hacia mí.

—Se supone que eres la bruja ruda de aquí, Kat.

—Soy ruda. —En realidad, ese corte no necesitaba puntos. Sólo tiempo para cicatrizar. Era algo que había descubierto hacía años, después de seguir a un hombre gato sospechoso de estar relacionado con una bruja asesinada en Woodbridge, Connecticut. El hombre gato me había hecho un corte bastante feo y, al estar lejos de cualquier pueblo, la caminata de vuelta había durado dos días. Sólo cuando llegué a mi Jeep me di cuenta de que los cortes se habían curado solos y sólo quedaban pequeñas cicatrices.

No iba a decirles a mis nuevas amigas y vecinas que podía curarme de una herida así. Sólo provocaría más preguntas sobre mí y mi magia. No me apetecía abrir esa caja de pandora ahora.

Además, no estaba de humor para compartir mi vida.

—Ya casi termino —dijo Cristina. Sentí un jalón de la piel donde me había cortado mientras ella volvía a coserme la pierna.

—Es un milagro que no te mataran —dijo Annette—. Tuviste suerte.

—Hmmm. —Pero no fue suerte. El demonio se había levantado y desaparecido. Por lo que Annette acababa de decirme, era más como si lo hubieran enviado de regreso. ¿Pero, quién? Esa era la cuestión.

—Toma. —Annette sirvió un poco de vino tinto en la copa que tenía a mi lado—. El vino embota los sentidos.

—No los míos —dijo Tilly con una amplia sonrisa—. A mí me pone cachonda.

Me reí y bebí un sorbo de vino. Por alguna razón, me vino a la mente la cara de Dash. Me sacudí esos pensamientos y miré hacia la sala. Al ser una casa abierta y estar sentada en este ángulo sobre la mesa, podía ver la sala, la entrada y la cocina.

Las cinco hijas de Annette estaban reunidas alrededor del televisor, viendo una película. Las dos más jóvenes, Elanor y Elsie, estaban sentadas en la alfombra con un bol de palomitas entre las dos mientras las tres mayores se sentaban en el sofá.

Emma, la mayor, se rio de algo, y me alegró el corazón verla, viva y sana, acurrucada alrededor de sus hermanas. Se salvó por un pelo. Pero al final habíamos vencido, sobre todo gracias al innombrable. Bueno, Dash.

Emily, la hermana del medio de las cinco niñas y también bruja, estaba sentada en el sofá, lejos de sus hermanas mayores. La primera vez que la vi, le había puesto un pico con un hechizo a su hermana mayor, Ella. Tenía el pelo rubio recogido en una cola de caballo alta, lo que me permitía verle la cara. Pude ver que tenía los ojos rojos de llorar y ojeras. Estaba claro que llevaba días sin dormir.

—¿Qué le pasa a Emily? —Pregunté, manteniendo mi voz baja.

Annette miró a su hija y dejó escapar un suspiro.

—Acosadores de la escuela.

Lo sabía todo sobre los acosadores escolares... y sobre los acosadores en general. El mundo sería un lugar mejor sin ellos.

—¿Se puede hacer algo al respecto? —La pobre chica se veía horrible.

Annette bebió un buen trago de vino.

—Liam ya estuvo en la escuela. Incluso habló con los padres. Pero no sirvió de nada.

Sabía muy bien lo que quería decir. Los niños pueden ser malos.

—Se cerró hace unos días —dijo Annette—. Ya no quiere hablar de eso.

—Con suerte, esos acosadores se aburrirán de ella y pasarán a su próxima víctima —le dije —. ¿Dónde está Liam? —Me di cuenta de que el marido de Annette, el hombre lobo, no estaba aquí.

—Todavía en el trabajo. —Llenó su copa vacía con un poco más de vino tinto.— Arreglos de última hora para el festival de tallado de calabazas del sábado.

Hace unos días me había enterado de que Liam era concejal del condado de Moonfell. Era difícil imaginar a aquel hombre lobo con traje y corbata. O tal vez iba a sus reuniones en jeans y camiseta.

Tilly apoyó la cadera en la mesa.

—Nos enteramos de que algo mató a una camarera del Blue Demon anoche. ¿Lo sabías?

Asentí con la cabeza.

—Así es. Estaba allí cuando Kolton descubrió el cuerpo.

Los ojos de Tilly brillaron con interés.

—¿Crees que este demonio la mató?

—Tiene sentido. Y cuando tenga el informe del forense, tendré una idea mejor. —Miré a Annette—. ¿Puedes recordar si este demonio buer tiene debilidades?

Annette me lanzó una mirada mordaz.

—No estarás pensando en ir a por él. ¿No? Eso es una locura.

—Estoy loca.

La madre de cinco hijos parpadeó mientras pensaba en ello.

—En este momento no se me ocurre nada. Déjame que lo investigue y te llamo.

—Dijiste que alguien controla al demonio —dijo Tilly, haciendo círculos con su copa de vino—. Entonces, ¿quién lo invocó?

Buena pregunta.

—Todavía no lo sé.

—Son Los Renegados.

Todos miramos a Cristina.

—Ellos hicieron esto. Estoy segura.

La cara de Annette palideció.

—Kat. ¿Pudieron haber hecho esto?

Suspiré.

—No estoy segura —mentí. Porque, a decir verdad, eran mis primeros sospechosos. También tenían los medios para conjurar una criatura así. Sólo que no sabía por qué.

La boca de Annette se movió, pero no salieron palabras.

—Pero... pero dijiste que no volverían. Me dijiste que no lo harían. Me lo juraste. Sus ojos se humedecieron y pude ver el miedo bailando en ellos.

Ay, mierda.

—Lo dije. Y también dije que no habían terminado.

Annette aspiró entre dientes. Sus ojos se dirigieron a sus hijas, que estaban en la sala, ajenas a nuestra morbosa conversación. Sus ojos se llenaron de pánico.

—No están aquí por ustedes —le dije, otra mentira. Porque la verdad era que no tenía ni idea de si estaban aquí por Emma o por otra de las hijas de Annette. Odiaba mentirle. Pero no quería que hiciera algo estúpido, como perseguir al demonio ella misma.

Annette me fulminó con la mirada.

—¿Entonces por qué estaba aquí? ¿Cerca de mi casa?

Maldita sea.

—Bueno, técnicamente no lo estaba. Lo saqué de unas manzanas más abajo. Lo vi por la calle y fui a investigar. —Otra mentira. ¿Qué demonios me pasaba? Parecía que en cuanto empezaba a vomitar mentiras, no podía detenerme.

—Pero aún está en nuestro pueblo —dijo Tilly—. Nuestras calles.

—¿Para qué quieren a mis hijas? —preguntó Annette, con la voz ronca por la emoción—. ¿Por qué, mis niñas?

Extendí la mano y se la puse en el brazo.

—No es así. No sabemos si son ellos. Todo lo que sabemos es que es un demonio que alguien invocó. Eso es todo.

—Son ellos. —Cristina me miró—. Tú lo sabes.

Así es.

A Annette le temblaban las manos y se agarraba al borde de la mesa, con los nudillos

blancos. Me miró y luego miró a sus inocentes hijas, que se reían de algo en la televisión de la sala, todas menos Emily.

—Tenemos que protegerlas —susurró Annette, con voz apenas audible—. No podemos dejar que nadie se lleve a mis niñas. No otra vez.

Tilly se acercó a Annette y le puso una mano en el hombro.

—No dejaremos que les pase nada, Annette. Encontraremos una forma de detener esto. ¿Verdad, Kat?

Asentí, aunque un gran malestar se instaló en la boca de mi estómago. Los Renegados, un aquelarre de magos oscuros que nos habían aterrorizado hace sólo unos días, habían resurgido una vez más. Su sed de poder no tenía límites, y sus acciones eran despiadadas e implacables. Sabía que no nos habíamos librado de ellos. Sólo esperaba algo más de tiempo.

Respiré hondo, intentando mantener la compostura mientras miraba a los ojos aterrorizados de Annette.

—Annette, protegeré a tus hijas. No dejaré que les pase nada. Tienes mi palabra —le aseguré, con voz firme a pesar del miedo que me invadía.

Sus ojos húmedos se encontraron con los míos, y me di cuenta de que esta vez no me creía. Una parte de mí se preguntaba si tendría alguna de las habilidades mentales de Tilly y podría leer mis pensamientos. Ver las mentiras.

Tilly se bebió de un trago su copa de vino y chasqueó los labios rojos.

—Lo que me gustaría saber es por qué querrían invocar a una criatura tan monstruosa.

Otra buena pregunta.

—Todavía no sabemos con certeza si son ellos —respondí, con voz firme mientras intentaba tranquilizar tanto a Annette como a mí mismo—. ¿Y por qué mataron a Jessie? ¿Hay alguna conexión? ¿O simplemente fue víctima del lugar y el momento equivocados? Necesito indagar más sobre quién era esta camarera. —Y ver si estaba conectada de alguna manera con Los Renegados.

El grupo había maldecido a Dash con amnesia porque suponía que había tomado represalias. Quizás Jessie también, y habían invocado al demonio buer para que les hiciera el trabajo sucio.

—Ojalá supiéramos quiénes son —dijo Tilly, agarrando el sacacorchos y enroscándolo en el corcho de una nueva botella de vino—. ¿Y ese viejo mago, el de las uñas de los pies? Quizás pueda ayudarnos. Tal vez pueda darnos una pista sobre sus motivos.

—Sus motivos son malvados —dije antes de poder contenerme—. Pero quizás vaya a ver a Eli. —La idea de que fuera a ver de nuevo a aquel viejo mago espeluznante me erizaba el vello de la nuca.

—¿Así que estás de acuerdo? —Annette me observó atentamente, y no me gustó la desesperación que vi en sus ojos—. ¿Crees que son ellos?

Abrí la boca para contestar, pero una voz fuerte y un cuerpo a juego me interrumpieron.

—¿De dónde demonios sacaste esto? —Blake, alias el jefe del condado, entró en el comedor.

Y en sus manos estaba mi bolsa de dinero.

Mierda.

Me invadió la rabia y una pizca de pánico.

—Esa es mi bolsa. ¿Entraste en mi Jeep y robaste mi bolso?

—Dejaste el auto encendido. —Liam se acercó por detrás del otro hombre lobo—. Quisimos apagarlo.

—No cambies de tema. —El jefe metió una de sus grandes manos en mi bolsa y sacó un fajo de billetes—. Aquí hay veinte mil dólares.

—Guao —dijo Tilly—. No sabía que tuvieras tanto dinero. Si quieres invertir en bienes raíces, házmelo saber.

—No, no quiere —dijo Blake, con cara de enfado.

Apreté los dientes.

—No es asunto tuyo. Devuélvemelo. —Extendí la mano para agarrar mi bolso, pero el imbécil me lo apartó—. Dame mi bolso, Blake. No te lo volveré a pedir. —Esto no iba a terminar bien.

Blake agarró mi bolso con sus gruesas manos.

—¿De dónde salió todo este dinero, Kat?

Hijo de p.... Me bajé de la mesa, sintiendo mi magia fluir a través de mí, pero fue inútil. Todas las luces estaban encendidas. No había sombras que utilizar.

—¡Espera! ¡No he terminado! —gritó Cristina—. ¡Te vas a arrancar los puntos! —Pero yo ya estaba fuera de la mesa y en dirección hacia Blake.

—Devuélvemelo. No te lo volveré a pedir —gruñí.

—Blake, amigo —tranquilizó Liam mientras se colocaba junto a su alto amigo—. Dáselo. Es su bolsa.

Blake no me quitaba los ojos de encima.

—Ese no es su dinero. No tiene dinero. Está arruinada. Si tuviera dinero, habría arreglado esa estúpida casa suya.

—Jódete —dije, sintiendo que la sangre me subía a la cara mientras deseaba poder conjurar a mis sombras para patearle su estúpido culo. Sin embargo, no se equivocaba, aunque odiaba que así fuera. Pero esto no era su asunto. No quería que supieran mis problemas de dinero.

—Blake, en serio. Dáselo a Kat —dijo Tilly, con voz calmada, mientras extendía la mano y se la ponía a él en el brazo.

Blake dudó un momento, su mirada oscilaba entre el reconfortante tacto de Tilly y mi rabia. Mi corazón latía con fuerza y podía sentir la desesperación que irradiaba de mí como un aura palpable. Si me quitaba el bolso, perdería la casa. Además, le debería un favor al jefe de las hadas sin nada que demostrar.

—¿De dónde sacaste este dinero? —volvió a ordenar Blake, esperando una respuesta de mi parte. Como no le contesté, me dijo—: ¿Qué hiciste?

—Nada.

—Tienes que haber hecho algo para obtener todo este dinero. ¿Qué fue?

—Blake. Es suficiente —dijo Annette—. Kat tiene razón. Esto no es asunto nuestro.

—Pero lo es. —Blake se acercó a mí hasta que pude oler su almizclada loción para después del afeitado—. Ella hizo algo para conseguir todo este dinero. ¿No es así? Algo estúpido.

Otra vez con los insultos. Estaba empezando a odiar a este jefe.

—Lo que hago en mi vida personal no es tu problema.

—Lo es cuando se trata de la seguridad de uno de los míos.

—No soy de los tuyos.

—Dale la maldita bolsa —dijo Liam, alzando la voz, y noté que Annette se dirigía a la sala de estar. Las chicas deben de estar alteradas y asustadas. *Bien hecho, Blake.* Pero si pudiera hacer mi magia, le habría estampado el culo contra la pared.

Blake me fulminó con la mirada.

—No hasta que me diga dónde lo consiguió.

—Devuélvemelo. —Odiaba que mi voz temblara de emoción. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Blake pareció darse cuenta de que no hablaría.

—Bien. Me llevaré esto y lo confiscaré. —Tanto Cristina como Tilly respiraron sorprendidas.

—Blake. No seas estúpido —dijo Liam.

Blake miró a su amigo y luego de nuevo a mí.

—Estoy haciendo esto por ella.

—Lo haces por *ti*, no por mí —le espeté. Si creía que robar lo que era mío por derecho era algo bueno, era más tonto de lo que pensaba. Entrecerré los ojos en señal de desafío—. No tienes derecho a llevarte eso, y desde luego no tienes derecho a invadir mi intimidad. Mi vida.

Blake puso su mandíbula en una línea firme.

—Tengo autoridad para confiscar esto si creo que está relacionado con una actividad delictiva.

Cristina puso los ojos en blanco.

—Vamos, Blake. Son veinte mil dólares. No veinte millones.

Pero para mí, era como si fueran veinte millones, porque haría cualquier cosa y pagaría cualquier cantidad si eso me permitiera salvar la casa de mi tía.

Mi cuerpo temblaba de rabia.

—¿Actividad criminal? No sabes nada —Bueno, tal vez Orik estaba involucrado en actividades criminales y lo hacía por tener esta cantidad de dinero en efectivo por su bar. Pero yo no. Todavía no.

Enarcó una ceja, con un claro escepticismo en la voz.

—Entonces, ¿por qué tanto misterio? Si no tienes nada que ocultar, ¿por qué no compartes con nosotros de dónde lo sacaste?

Liam intervino, con voz tranquila y racional.

—Blake, ya basta. Dale el maldito bolso. ¿Qué demonios te pasa?

—No hasta que me diga dónde lo consiguió.

—Eres un idiota, —dije, con la cara caliente por la rabia y la vergüenza. Esta vez, el jefe había ido demasiado lejos. Si me confiscaba el dinero, irrumpiría en su despacho y se lo quitaría. En realidad no es robar cuando te pertenece.

El jefe me agitó la bolsa.

—Nunca volverás a ver este dinero si no me dices...

—¡Hice un trato con el líder de las hadas en Tombstone, de acuerdo! —Grité más fuerte de lo que había previsto—. ¡Mi hermano amenaza con derribar la casa de mi tía si no pago los impuestos atrasados! —Grité.

Blake se me quedó mirando, atónito por un momento.

Así que, antes de que pudiera reaccionar, le arranqué la bolsa de las manos, me di la vuelta y salí furiosa de la casa.

CAPÍTULO 9

Estaba tan furiosa con Blake que me fui caminando hasta el porche de mi tía antes de darme cuenta de que me había dejado el Jeep aparcado en casa de Annette.

—Maldita sea.

Metiéndome la bolsa del dinero bajo el brazo mientras acercaba mi magia y mis sombras, me di la vuelta y corrí de vuelta para recuperar mi vehículo. Estaba preparada para Blake. Si volvía a amenazarme con quitarme el dinero otra vez, me iba a sacar de mis casillas.

Me subí a mi Jeep y conduje hasta la casa de mi tía. Sólo cuando apagué el auto me relajé un poco.

Demonios. Necesitaba un cigarro como el aire.

Maldiciéndome por ser tan débil, respiré hondo, salí del Jeep y entré a la casa.

Me quité las botas de un jalón y las tiré al otro lado de la entrada, deseando habérselas lanzado a Blake en la cara.

Mi cuerpo latía con furia y magia, una combinación muy peligrosa. Si hubiera habido sombras en casa de Annette, me temo que la situación se habría puesto fea. Tal vez no hubiera podido detenerme. Blake me había atacado de alguna manera, y mi magia sólo quería protegerme.

Salí del vestíbulo, con la cabeza cargada de emociones, y me detuve.

Toda mi furia se evaporó cuando vi a mi tía Luna sentada en un sillón de la sala a oscuras.

—¿Tía Luna? ¿Qué haces sentada en la oscuridad? —Me reuní con ella en la sala.

Mi tía me miró.

—Estoy acostumbrada. Durante dos años no pude encender la luz.

—Sí, porque fingiste tu propia muerte. Pero ya no necesitas hacerlo.

—La oscuridad es reconfortante. Es tranquila.

No me gustó el tono morboso de su voz. Y sabía por qué.

—Todo va a salir bien. Tengo el dinero.

Mi tía me miró.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás tan sonrojada?

Sacudí la cabeza.

—Sólo Blake siendo Blake. ¿Me escuchaste?

—Parece que tuviste una pelea. —Levantó su bastón y me dio un codazo con él—. Y no de las buenas.

—¿Hay algún tipo de pelea buena?

—Sí. Cuando se trata de sexo de reconciliación.

—Dios mío. —Me froté los ojos cansada y dejé escapar un profundo suspiro. Los acontecimientos del día me habían pasado factura, especialmente la rabieta de Blake, pero sabía que la batalla con el demonio era lo que realmente me había agotado. Las luchas mentales podían ser tan agotadoras, incluso más que las físicas.

Me acerqué a la mesa auxiliar y encendí la lámpara de mesa, llenando la habitación de un cálido resplandor amarillo.

—¿Qué le pasó a tus jeans? —Mi tía se inclinó hacia delante en su silla. Tenía la cara cansada y las sombras la envejecían cien años más—. Estás sangrando.

Cielos. Me había olvidado de eso.

—Luché contra un demonio. —Repasé los acontecimientos que me habían llevado a tener los jeans rotos y el muslo rebanado. Ya había dejado de sangrar y podía sentir cómo mi cuerpo cicatrizaba la herida. Mi tía sólo vio la sangre que se había filtrado cuando salté de la mesa y se me soltaron los puntos.

—Son Los Renegados —dijo mi tía mientras se reclinaba en su silla, haciéndose eco de los pensamientos de Cristina y las demás brujas—. Están con sus maldades. Ya te lo he dicho. Hasta que no destruyas a cada uno de sus miembros, no pararán.

—¿Incluso Dash?

Mi tía me miró con los ojos entrecerrados.

—Ya sabes lo que quiero decir. Y no metas a ese pobre hombre en esto. Creo que ya ha sufrido bastante. —Mi tía suspiró—. Fue víctima de las circunstancias. Un buen hombre sumergido en un pozo de oscuridad.

Sí, mi tía se preocupaba por Dash. Yo también, demonios.

Intenté ordenar mis pensamientos mientras escuchaba las palabras de mi tía. Tenía razón, como siempre. Los Renegados no se detendrían hasta erradicarlos por completo. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Esos magos eran poderosos e ingeniosos y, excepto por Dash, yo no tenía ni idea de quiénes eran.

Parecía que nuestra batalla no terminaría nunca.

Pero no podía ignorar el hecho de que Dash era uno de ellos, un miembro de Los Renegados, como Sykes y los otros contra los que luchábamos. Me dolía el corazón al pensar que estaba involucrado en actos tan despreciables.

—Sabes, no podemos salvar a todo el mundo —dijo mi tía, con voz suave pero firme—. Algunas personas están más allá de la redención.

Sus palabras dolieron. Alguna vez tuve la esperanza de que Dash pudiera ser diferente, que pudiera ser la excepción a la regla, pero tal vez simplemente no podía escapar de su verdadera naturaleza, sin importar cuánto lo intentara.

—Si esto es obra de Los Renegados, ¿por qué invocarían a un demonio y matarían a esa camarera?

Mi tía se encogió de hombros.

—¿Quién sabe por qué el mal hace lo que hace? Es el mal.

Sacudí la cabeza.

—Tiene que haber una explicación. Por lo que sé, no tenía enemigos. Y no considero que sea un miembro de pleno derecho de Los Renegados. No era una maga, y aunque era un hada con algo de magia, no parece que tuviera mucha.

—Eso no la salvó —dijo mi tía, sacándome las palabras de la boca.

—Si estaba involucrada con ellos, podría ser una acólita. Una espía. No me sorprendería que estos magos tuvieran a algunos seguidores por todo el condado. Tal vez ella se negó a hacer algo

por ellos.

—Y quizás sólo querían deshacerse de las pruebas —respondió mi tía.

—Sí. También es una posibilidad. —Lo pensé–. Y si es así, ¿invocaron a este demonio para deshacerse de sus otros espías? —Eso podría funcionar. Pero entonces, tendrían que conseguir más espías, y no creía que eso fuera fácil, ni siquiera para Los Renegados. Pero eso no explicaba por qué el demonio rondaba la casa de Annette. Juraría por mi vida que nadie en esa casa trabajaba para Los Renegados.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás.

—Annette piensa que soy una mentirosa.

—¿Por qué? ¿Lo eres?

Miré a mi tía, viendo su mueca de desprecio.

—Tal vez un poco. Le dije... no, le *prometí* que Los Renegados ya no se meterían con sus hijas. Pero ese demonio estaba merodeando fuera de su casa.

El ceño de mi tía se perdió entre todas sus arrugas.

—Eso es lamentable. ¿Crees que quieren a esa chica otra vez?

Sacudí la cabeza.

—No tiene sentido. Ese ritual se realiza cada veinte años. Lo intentaron y fracasaron. No pueden querer a Emma.

—Pero tal vez una de las otras niñas.

El corazón se me paralizó por un momento.

—No puedo dejar que eso ocurra. No lo permitiré. No a estas niñas. —Apenas las conocía, pero ya estaba muy unida a ellas. Las niñas de Annette, Emma y las demás, se habían convertido en el centro de mi atención. El demonio las estaba persiguiendo, y necesitaba protegerlas a toda costa—. Si ese demonio estaba allí por una de las niñas... necesito encontrar una forma de matarlo. El fuego no funcionó. Tampoco mi magia umbra.

—Hmmm. Eso es un problema. —Mi tía se dio unos toquecitos en los labios con un dedo torcido—. Tienes que matar al invocador. Eso cortará el vínculo entre el monstruo y el amo.

Mis cejas se alzaron ante esta noticia.

—¿Tú crees?

—Sé que es así.

Resoplé.

—Perfecto. Bueno, ¿cómo encuentro al invocador? Podría ser cualquiera del condado.

—Entonces será mejor que empieces a buscar rápido antes de que mate a alguien más.

—Haces que parezca tan fácil.

—Lo es. Pregúntale a Dash. Él te ayudará.

Su nombre me produjo un cosquilleo.

—No lo hará. No puede. Está vinculado a ese grupo. ¿Por qué iba a ayudar?

—Porque le importa.

No estaba segura de eso.

Mi tía me miró un momento y me di cuenta de que quería hablar más del tema.

—¿Por qué te peleaste con Blake? —me preguntó. Miró la bolsa como si fuera la primera vez que la veía—. Y por qué te aferras a esa bolsa como si tu vida dependiera de ella.

—En cierto modo, sí. —Nos habíamos desviado del tema. Agarré el otro sillón y lo giré para que quedara frente a mi tía antes de sentarme—. Escucha. Conseguí el dinero para pagarle a la Corporación Lawless. —Le entregué la bolsa—. Veinte mil dólares. Mañana a primera hora iré a la alcaldía y arreglaré esto.

Mi tía guardó silencio mientras rebuscaba en la bolsa, mirando fijamente los billetes. Su ceño se fruncía hasta el punto de que no podía verle los ojos.

—¿De dónde sacaste esto?

Sabía que preguntaría eso, y me había preparado para ello.

—Es un préstamo.

—¿Del banco?

—Más o menos.

Mi tía golpeó el suelo con el bastón.

—No te hagas la lista. Si no es un préstamo del banco, ¿cómo lo conseguiste?

—Con alguien llamado Orik.

Mi tía juntó las cejas pensativa.

—¿Por qué me suena ese nombre? ¿Es amigo tuyo?

—No exactamente. Lo conocí hoy.

Mi tía se sacudió en su asiento.

—Ahora lo recuerdo. Es el que controla Tombstone. Ese jefe de la mafia bueno para nada. ¿Le pediste dinero prestado a él? Kat. ¿Cómo pudiste?

Levanté las manos.

—Porque nadie más me lo prestaría. Pregunté en el banco y me dijeron que no porque no tengo trabajo a tiempo completo. El Grupo Merlín básicamente me mandó a la mierda, así que no tenía otra cosa. Esta era la única forma de conservar la casa.

Mi tía negó con la cabeza.

—Nunca hubiera querido que hicieras esto. Que te vincularas a ese hada. —Me observó un momento—. ¿Qué te pidió a cambio?

—Que le pagara en seis meses.

—Y...

Sí, mi tía no era estúpida.

—Un favor.

Mi tía se apretó las manos contra el pecho.

—Santo caldero.

—No suena tan mal.

—¡Eres estúpida! Claro que es malo.

Entrecerré los ojos.

—Estoy cansada de que me digan así.

Mi tía soltó un suspiro.

—Lo siento. No eres estúpida. Sólo descerebrada, tonta y robusta.

—Me dijiste estúpida otra vez, sólo que con otras palabras.

—Kat, escúchame. Tienes que devolverlo.

Me eché hacia atrás y crucé los brazos sobre el pecho.

—De ninguna manera. Lo necesitamos.

—Encontraré otro lugar para vivir. Me enteré de que la residencia de ancianos, Halfway to Heaven, tiene algunas vacantes.

Me levanté de un salto.

—No. No vas a ir allí. Te quedas aquí en tu casa.

—¿No lo entiendes? —Mi tía me agitó un fajo de billetes—. Te va a pedir que hagas algo malvado. Es un hada oscuro y el líder de Tombstone. No puedes involucrarte con él.

—Es demasiado tarde. Ya lo hice. —Sabía que mi tía tenía razón al expresar cautela. Pero

hacer algo un poco turbio para conservar el dinero y la casa… lo volvería a hacer sin dudarlo.

Mi tía negó con la cabeza, con los ojos llenos de preocupación.

—Kat, no entiendes en lo que te estás metiendo. Las hadas oscuras no son como nosotros. Se rigen por otras reglas y, cuando las aceptas, es casi imposible echarse para atrás.

—No me importa —dije desafiante—. Necesitamos el dinero. ¿Quieres que Brad te quite esta casa? ¿Que la derribe y construya una McMansion? Este es el único lugar que siempre me ha parecido un verdadero hogar. No quiero. No renunciaré a ella.

Los ojos de mi tía se llenaron de lágrimas y apartó la mirada de mí como si no quisiera que viera lo mucho que esto la estaba afectando de verdad.

—Todo saldrá bien —dije, con un nudo en la garganta por el dolor visible que tenía mi tía—. Pagaré lo que debo y no tendremos que volver a hablar de esto.

Mi tía suspiró, pasándose una mano por el pelo blanco.

—Bueno. Pero quiero que me prometas que tendrás cuidado. —La voz de mi tía se volvió más tranquila, más sombría mientras continuaba—. Prométeme que tendrás cuidado, Kat. Y si el favor es demasiado, me lo dirás...

—No te preocupes. Todo estará bien. Te lo prometo. —Aquí estaba de nuevo con mis promesas. Tenía la sensación de que esta no podría cumplirla.

Y mañana, iba a ir a la alcaldía a liquidar el pago.

Nadie le quitaría la casa a mi tía.

No sería mi hermano. Y ciertamente tampoco Blake.

—Ah, antes de que se me olvide. —Mi tía metió la mano en los pliegues de su vestido y sacó una tarjeta arrugada—. Toma.

—Ah. La infame tarjeta. —La agarré y le di la vuelta—. Tiene algunas manchas. Supongo que es buena señal. ¿Sabes de dónde vino?

Mi tía negó con la cabeza.

—Por desgracia, quien la envió se aseguró de que no se pudiera rastrear con magia. No conseguí absolutamente nada.

—Pero sabemos que son magos —le dije, volviendo a mirar la tarjeta.

—Magos poderosos, eso es seguro. Lo siento, Kat. Ojalá hubiera podido ayudarte.

Miré a mi tía.

—Claro que me ayudaste. —Ahora, mis sospechas de que la tarjeta pertenecía a un miembro de Los Renegados eran más fuertes. No le hablé del mago que me buscaba en The Blue Demon. Eso sólo la preocuparía. Mi mente no paraba de pensar en la carta y en el misterioso mago del Blue Demon. El peligro era real, pero ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparme, como mantener nuestra casa y detener a ese malvado demonio.

—Gracias, Kat —dijo mi tía, con una sonrisa dibujándose en su rostro mientras sujetaba el bolso con el dinero.

—De nada.

Y sólo ver esa sonrisa hizo que todo valiera la pena. Cualquier cosa que Orik me lanzara, la agarraría sin pensarlo.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente, fui hasta la alcaldía de Moonfell para hablar con el secretario responsable de los impuestos atrasados y las escrituras de venta de propiedades. Mi tía había insistido en acompañarme, pero le dije que era mejor que se quedara. Si las cosas no salían como había planeado, no quería que se involucrara. Era culpa mía que estuviéramos metidas en este desastre. Si hubiera regresado a casa antes, nada de esto estaría pasando.

—Ya vuelvo —le dije al ver la preocupación que se reflejaba en su frente—. Todo estará bien. No te preocupes.

—Cuando tú estás implicada, claro que me preocupo —había respondido mi tía. No estaba segura de cómo debía tomármelo.

Conduje mi Jeep calle abajo y me estacioné justo delante del edificio de la alcaldía, un edificio colonial de ladrillos blancos y dos plantas con cuatro pilares blancos en la fachada. No supe cuánto tiempo estuve sentada en el auto, mirando el bolso de dinero que tenía en el regazo, con el corazón latiéndome como si acabara de llegar trotando.

—Hagamos esto.

Apagué el auto y salí. Cerré la puerta con la cadera y salí a la acera...

Y con un sonoro golpe, choqué de frente contra un cuerpo duro.

La bolsa con el dinero se me resbaló de la mano y cayó con un golpe seco a mis pies.

—Mierda. —Me agaché para recogerla y miré al dueño del sólido pecho con el que mi cara había chocado.

—¿Dash?

Sus ojos oscuros parpadearon con emoción al encontrarse con los míos, provocándome un revoloteo involuntario en el estómago. Le quedaba bien esa cazadora de cuero corta. Demasiado bien. Y esos jeans oscuros se ajustaban a sus fuertes muslos y a su delgada cintura.

Me froté la cara.

—¿Estás tratando de darme una conmoción cerebral?

Dash sonrió, su voz mezclada con sarcasmo juguetón.

—Esperaba chocar contigo.

—Ja. Ja. —No pude evitar sonrojarme ante su presencia, aunque sabía que era territorio peligroso.

Antes de que pudiera protestar, Dash se agachó, me agarró de los brazos y me acercó con facilidad. No me gustó el hecho de que mi estómago se estremeciera ante su contacto. Nop. No es bueno.

—Vine a hablar contigo —dijo el hombre misterioso, con voz suave como el chocolate

derretido.

—¿De verdad? ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Tu tía me lo dijo.

—Ah. —Por supuesto que lo haría. A sus ojos, Dash era un tipo perfectamente bueno. No un miembro de Los Renegados. Incliné la cabeza ligeramente, tratando de reprimir el caos de emociones dentro de mí—.En realidad voy camino a la alcaldía para... —No estaba segura de si quería revelarle esta parte a Dash. No es que no confiara en él, pero no estaba segura de que mi tía quisiera que supiera nuestros problemas.

—Para pagar los impuestos atrasados de la casa de tu tía —dijo Dash, sorprendiéndome—. Tu tía me lo dijo. También me dijo lo que tu familia pretende hacer con la casa.

—¿En serio lo hizo?

Dash se acercó un paso y sus ojos se llenaron de preocupación.

—También me dijo de dónde sacaste el dinero.

Sí. La buena de la tía Luna nunca podía mantener la boca cerrada.

—¿Estás aquí para decirme lo estúpido que fue eso? —Los eventos de anoche con Blake volvieron a mi mente, y me llené de ira repentina. Ese jefe realmente sabía cómo sacarme de mis casillas.

Dash sacudió la cabeza y le quedaron unos mechones alborotados en la frente.

—No. Entiendo por qué lo hiciste. Yo habría hecho lo mismo para salvar la casa.

Abrí la boca y... nada. No tenía nada que decir a eso.

Mi mente se tambaleó con un torbellino de emociones contradictorias. La comprensión de Dash me tomó por sorpresa, echando por tierra las ideas preconcebidas que tenía de él como miembro peligroso de Los Renegados. ¿Cómo alguien que desprendía tal aire de peligro y misterio podía poseer también un lado compasivo? Él era el malo... ¿no?

Maldita sea. ¿Por qué no podía actuar como un bastardo y así poder entregárselo a Blake?

—Esto es un desastre —respiré antes de darme cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Dash acortó la distancia que nos separaba y sus ojos buscaron en los míos un indicio de comprensión. Me tocó con suavidad, posando su mano sobre mis dedos temblorosos. A pesar del fuego que ardía en mi interior, no pude evitar sentirme cautivada por la ternura que se dibujaba en sus facciones.

—Un consejo —dijo Dash en voz baja, su voz atravesando mi turbulencia interna—. No puedes confiar en Orik.

Aparté la mano.

—¿Lo conoces?

—Podría decirse que sí.

Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo.

—No *confío en* él. Fue puramente por negocios. Necesitaba el dinero y él estaba dispuesto a prestármelo cuando nadie más lo hacía.

—Sí, Orik te prestará dinero. No me refiero a eso. Hablo del favor que aceptaste hacerle.

Tragué saliva, sabiendo que este favor me causaría problemas uno de estos días.

—Si cree que voy a acostarme con él, puede meterse ese favor por el culo.

Dash soltó una risita y yo sonreí a mi pesar.

—Si sólo fuera sexo.

Mis ojos se entrecerraron ante su comentario.

—¿Tú qué sabes?

—Sé que será mucho peor que el sexo sin importancia —respondió Dash.

Era raro cómo había usado la palabra «sin importancia» cuando hablaba hipotéticamente de Orik y yo haciéndolo. Como si estuviera seguro de que no lo disfrutaría o me gustaría.

—¿Puedes dar más detalles? —le pregunté mientras las imágenes de Dash y yo enredados y desnudos en mi cama intentaban pasar por mi mente. No. Eso no.

Los intensos ojos de Dash se clavaron en los míos.

—Va a pedirte que mates a alguien por él.

—No. No puede. —Sabía que aceptar el favor significaría ahondar en los rincones más oscuros de mi alma y convertirme en un peón del siniestro juego de Orik, pero nunca había imaginado que me pediría que matara a alguien. Robar. Romperle los huesos a alguien. Esos eran los favores que imaginaba que me pediría un jefe de la mafia. Sin embargo, no podía rechazar el dinero. No lo haría.

—Lo hará. Eso es lo que hace. Consigue que otros, los desesperados por dinero, hagan su trabajo sucio.

—Lo dices como si hubieras experimentado esto antes. ¿Has hecho negocios con Orik? —No me sorprendía. Ahora que sabía dónde estaban las lealtades de Dash, Orik era probablemente uno de sus amigos.

—Tienes que ser consciente de sus intenciones, que son puramente narcisistas y malvadas —dijo Dash, sin molestarse en responder a mi pregunta.

Las palabras de Dash seguían resonando en mi mente mientras elaboraba cuidadosamente mi respuesta.

—Me lo imaginaba.

Mientras permanecía en estado de shock, mi mente se agitaba pensando en lo que Dash acababa de decirme. La advertencia en sus ojos me dijo que no mentía. Sabía de lo que hablaba.

—¿Estás diciendo que como accedí a este favor, me pedirá que cometa un asesinato? —le pregunté a Dash, con la voz apenas por encima de un susurro.

Asintió solemnemente.

—Me temo que sí. Te pondrá en una situación difícil que pondrá a prueba tu lealtad y tus principios.

Suspiré profundamente, sintiendo el peso de la decisión presionándome. No quería hacerle daño a nadie, ni siquiera por dinero. Pero tampoco quería enfurecer a Orik y que me quitara el préstamo que salvaría la casa de mi tía.

Me quedé mirando el bolso que tenía en la mano. Todo estaba jodido. Demasiado tarde para arrepentirme. Me había quedado sin opciones.

Miré a Dash.

—¿De eso querías hablarme? ¿De Orik?

Dash apartó la mirada de mí.

—Sí. Pero... no sólo eso. Hay algo más.

Ah. Quería saber si me había decidido sobre si lo entregaría o no a Blake.

Sabía que Dash tenía algo más en mente, y podía verlo escrito en su cara. Parecía un hombre que había pasado por demasiadas cosas y seguía lidiando con las secuelas.

—Dime lo que piensas, Dash —le pedí, tratando de leer entre líneas. Sabía que tenía sus razones para intentar advertirme sobre Orik, pero no podía evitar la sensación de que ocultaba algo.

Dash respiró hondo y pude ver la lucha en sus ojos.

—¿Has tomado una decisión sobre mí?

Sí. Estaba en lo cierto. Abrí la boca para contestar, pero mi bolso vibró con un mensaje

entrante.

—Un segundo. —Agarré mi teléfono. Era un mensaje de Annette.

Annette: Hey. Siento lo de anoche. Si te apetece hablar, estoy aquí.

Volví a dejar caer el teléfono en el bolso. No me apetecía revivir aquella experiencia ni volver a hablar de mi vida personal. Blake me había avergonzado. Me había sacado información personal a la fuerza. Había hecho un espectáculo de mí y de mi vida, y yo no lo olvidaría.

—¿Malas noticias? —preguntó Dash.

Sacudí la cabeza, su voz me sacó de mis pensamientos.

—No es nada.

—No parece que sea nada. —La voz de Dash era profunda con preocupación.

—Nada que no pueda manejar. —Me encantaría patearle el culo a Blake. Suspiré—. Y para responder a tu pregunta... no. No, no lo he hecho. Todavía no. Es que... me pasan demasiadas cosas en la vida. No puedo concentrarme. Está la camarera muerta, la casa, y ahora ese demonio.

—¿Qué demonio? —Dash frunció el ceño, con la preocupación dibujando profundas líneas en su rostro.

Pensé si debía revelarle algo más. Era miembro del grupo que sospechaba que había convocado a la criatura. Sin embargo, ya le había hablado de la camarera. Además, podría tener alguna idea.

—El demonio que casi me patea el culo anoche. —Los ojos de Dash se abrieron de par en par, asombrado, cuando le conté mi encuentro con el demonio. Ambos permanecimos en silencio un momento, con el peso de la revelación asentándose pesadamente entre nosotros.

—¿Esto es obra de Los Renegados? —pregunté—. Pensé que ya habían terminado con las hijas de Annette. ¿Por qué harían esto?

Dash apartó la mirada de mí.

—No lo sé.

—¿No sabes si son ellos? ¿O no sabes por qué invocaron a ese demonio? —No pude evitar sentirme frustrada. Dash solía ser tan comunicativo, pero parecía perdido cuando se trataba de Los Renegados. Era como volver a hablar con Eli. No quería que Dash convulsionara de repente por hablar de los miembros, como había hecho Eli. Pero necesitaba respuestas. Respiré hondo e intenté mantener la calma.

—No sé si son ellos —admitió finalmente Dash, con la voz llena de una mezcla de incertidumbre e irritación—. Los Renegados actúan en secreto. Incluso entre nuestras filas, no estoy al tanto de todo.

—Así que estás diciendo que podrían ser ellos. ¿Verdad? ¿Que no han terminado? ¿Que están matando de nuevo?

Dash asintió a regañadientes.

—Es posible. Los Renegados siempre han sido impredecibles, y sus motivos están envueltos en la oscuridad. Si creyeran que las hijos de Annette suponen una amenaza, podrían recurrir a medidas extremas para eliminarlas.

Me invadió una oleada de ira. ¿Cómo podían justificar el asesinato de inocentes?

—¿Cómo puedes ser parte de eso? —le acusé.

Dash no respondió.

—¿Cómo mato al monstruo? Mi tía me sugirió que matara al amo para matar a la bestia. ¿Es así como funciona?

De nuevo, Dash no contestó.

Lo que, por supuesto, sólo me enfureció cien veces más.

—No importa. No necesito tu ayuda.

—Cálmate —dijo Dash suavemente, con su mano agarrando mi brazo—. No puedes ir a buscar a un demonio sin un plan.

—Mírame —espeté, tratando de alejarme de él—. El único plan que tengo es detenerlos antes de que maten a alguien más.

El agarre de Dash se tensó.

—¿Y qué hay de tu propia seguridad? ¿Has pensado siquiera en eso?

Eso me hizo detenerme. Por supuesto, había pensado en ello, pero en aquel momento de furia y determinación, había quedado relegado al fondo de mi mente.

—Haré lo que haga falta —dije apretando los dientes.

Dash negó con la cabeza.

—Ese tipo de comportamiento imprudente sólo hará que te maten.

Lo fulminé con la mirada.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Cuál es tu brillante plan?

Me soltó el brazo y dio un paso atrás, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Son ellos? —Saqué la tarjeta que había encontrado en mi puerta y se la lancé—. ¿Quieren matarme? ¿Es eso?

Dash agarró la tarjeta y la examinó.

—¿Cuándo la conseguiste?

—Ayer por la mañana. Me quieren ver muerta. ¿Por qué? ¿Porque maté a Sykes? ¿Porque detuve su ritual? —Para salvar a Emma y evitar que el rey demonio viajara a nuestro mundo, lo volvería a hacer sin pensarlo.

Dash me miró, sus ojos llenos de una mezcla de simpatía y culpa.

—Podrían ser ellos, pero no estoy seguro.

—Está bien protegida —le dije, agarrando de nuevo la tarjeta—. Mi tía no pudo decirme de quién era o de dónde procedía. La carta está protegida con magia.

Dash se pasó los dedos por el pelo.

—Estás conectada a ellos. Detuviste a Sykes. Eso te convierte en una amenaza a sus ojos.

Me invadió una oleada de tensión cuando confirmó lo que sospechaba. Los Renegados me querían ver muerta porque había detenido su ritual.

—Tú también —le dije, recordando cómo había adoptado la forma de una bestia. Se me ocurrió algo—. ¿Qué te va a pasar? Deben saber lo que hiciste. ¿Verdad? ¿Te castigarán?

Dash dejó escapar un suspiro, pero guardó silencio. La ira en sus ojos era inconfundible, y entonces supe que mis sospechas eran ciertas. Planeaban castigarlo. ¿Llegarían a matarlo?

—Bien. —Exhalé y me metí el bolso debajo el brazo—. Me tengo que ir. Quiero acabar con esto. —Así por fin podré seguir adelante y centrarme en librarme del demonio buer.

Dash vaciló, con expresión contradictoria.

—Espera —dijo, tratando de agarrarme del brazo antes de que pudiera irme—. Tengo que decirte algo.

Me di la vuelta.

—¿Decirme qué?

—Lo siento —dijo simplemente.

Enarqué una ceja, sorprendida.

—¿Por qué?

—Por no estar ahí cuando me necesitabas —respondió Dash, con la voz llena de arrepentimiento—. Por no decirte la verdad sobre quién soy y lo que he hecho.

Sentí una punzada de compasión por él. Parecía realmente arrepentido y estaba claro que llevaba tiempo luchando contra esos secretos.

—No pasa nada —le dije, intentando tranquilizarlo—. No me debes una explicación. —Y realmente no quería saberlo.

—Puedo protegerte —dijo Dash de repente, haciéndome parar.

Miré al hombre apuesto.

—No. No, no puedes. Puedo protegerme sola.

Dash negó con la cabeza.

—Esto es diferente. Pusieron un objetivo en tu cabeza.

En pocas palabras, Dash acababa de confirmar que la nota era de Los Renegados.

—Que así sea. No hay nada que pueda hacer para cambiar eso.

Dash miró hacia el edificio de la alcaldía.

—Si hay algo que puedes hacer.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Te esperaré aquí. Aún tenemos que hablar. —Se alejó y se apoyó en la pared de ladrillo del edificio.

No tenía ni idea de lo que quería decir con eso. Y no pasé por alto que básicamente me había ordenado que regresara para hablar con él. Es curioso, viniendo de Dash, no me molestó ni un poco. Pero si hubiera sido Blake...

Pero ahora tenía que enfocarme en pagar la deuda y asegurar la casa de mi tía.

Con la respiración contenida, me acerqué a las enormes puertas dobles del edificio de la alcaldía, con el corazón palpitante, y entré.

CAPÍTULO 11

Entré en el edificio con las emociones a flor de piel. Dash era la última persona a la que esperaba ver esta mañana. No me había preparado mentalmente, y ahora mi cerebro estaba hecho un desastre con una dosis gigante de emociones. Y cuando eso sucedía, hacía cosas estúpidas. No podía actuar como una estúpida ahora. Tenía que ser inteligente.

Atravesé el vestíbulo del edificio, intentando calmar mi corazón acelerado y mis nervios. La grandeza del edificio nunca dejaba de impresionarme, pero hoy no hacía otra cosa que aumentar mi ansiedad.

Respirando hondo, abrí las puertas y entré en el gran vestíbulo. La luz del sol entraba por las altas ventanas y proyectaba un cálido resplandor sobre el suelo de mármol. La energía bulliciosa llenaba el aire mientras la gente se apresuraba a ocuparse de sus asuntos. Intentaba tomar nota mental de lo que me rodeaba. Sin embargo, mi mente estaba a mil por hora y sabía que lo olvidaría todo en cuanto saliera del edificio.

Mi bolso volvió a vibrar. Me detuve y saqué mi teléfono, pensando que era Dash. No era él.

Annette: Mis niñas han decidido que vengas a cenar esta noche. Sin excepciones.

Estaba usando la carta de «las niñas». Buen intento. Pero no me convencería. Necesitaba espacio. Y aunque sus hijas eran adorables y divertidas, no quería estar cerca de ellas. Hoy no.

Otro zumbido salió de mi teléfono mientras lo sostenía.

Annette: Las niñas te hicieron algunas galletas con chispas de chocolate. Tienen forma de caras de gato. Para Kat. Te quieren.

Dios. Lo estaba intentando de verdad. Supongo que se sentía culpable. Pero no debería. Lo que pasó no fue su culpa. Lo que pasó fue culpa de Blake y de su ego gigante y mentalidad alfa. Después de lo que hizo, se merecía una bofetada. Y me sentía obligada a dársela.

Otro zumbido al recibir otro mensaje.

Annette: Blake lamenta lo que hizo. Por favor, ven.

Suspiré. Dudaba que Blake se hubiera arrepentido alguna vez en su vida. Y esto se sentía como si Annette estaba cubriéndolo. Él era su amigo. Lo entendía. Pero no era mi amigo. Quería suavizar las cosas para que la próxima vez que estuviéramos juntos, no fuera incómodo. Y yo sabía que ella no iba a parar. Así que tuve que hacerlo por ella.

Yo: No puedo. Ocupada.

Allí. Preciso y directo al grano. ¿Estaba actuando como una perra? No. Estaba diciéndole educadamente que necesitaba espacio y que no quería hablar de por qué lo necesitaba, así que deja de mandarme mensajes.

Apagué el teléfono y lo volví a meter en el bolso, junto al fajo de billetes.

Tienes que matar a alguien

Las palabras de Dash hicieron eco en mi cabeza. No lo había pensado en absoluto. Demasiado tarde. Anoche me tumbé en la cama pensando en lo que Orik me haría hacer después de mi conversación con mi tía. Robar habría sido divertido, incluso emocionante, ¿pero matar? Era algo de lo que no estaba segura de ser capaz.

Sin embargo, saber que Dash estaba ahí fuera esperándome me reconfortó un poco. Él sabía más sobre Orik que cualquier otra persona que yo conociera, excepto Remy, de quien sospechaba ya que no lo conocía en absoluto. Necesitaba prepararme para lo que Orik me lanzaría, y Dash era la mejor persona para enseñarme.

Y de nuevo, el hombre alto y guapo me estaba ayudando.

Y de nuevo, no sabía qué hacer con él.

Pasar más tiempo con Dash no era mala idea. Cuanto más lo hiciera, más aprendería sobre quién era el hombre que se escondía tras aquel misterioso caparazón. O eso me decía a mí misma. Y tal vez estaba lleno de mentiras.

Ser vista con Dash probablemente tampoco era una buena idea. Este era un pueblo pequeño. La gente hablaba. Sería mejor que volviéramos a su casa —para hablar, por supuesto— lejos de las miradas indiscretas.

Me acerqué al mostrador de recepción, donde una mujer de mediana edad con lentes estaba sentada, examinando cuidadosamente con los ojos una pila de documentos. Tenía el pelo corto y castaño, como del color de la paja, y rasgos afilados como los de un elfo.

—Disculpe —le dije con una sonrisa—. Vengo a ver a alguien en relación con los impuestos atrasados de una propiedad.

La mujer me miró con expresión aburrida.

—¿Qué?

De ella emanaban energías paranormales —animales... probablemente de roedor— y, si tuviera que adivinar, apostaría que se transformaba en ratón.

—Estoy aquí para pagar una deuda.

Parpadeó como sorprendida de que yo estuviera allí.

—¿Y qué deuda es esa?

No me gustó su tono condescendiente.

—Luna Lawless. Impuestos atrasados en su propiedad.

—¿Cuál es la dirección?

—1225 Briarwood Lane.

La mujer movió los dedos sobre el teclado y empezó a escribir.

—Ah, sí. Luna Lawless. Debía bastante en impuestos sobre la propiedad atrasados. El interés es del quince por ciento.

Eso era un robo si me preguntas.

—Así es. —Asentí, sintiéndome aliviad de que todo fuera bien hasta ahora—. ¿Aquí es donde pago? —No podía ver una caja fuerte o algo que mantuviera el dinero seguro. Esto estaba al aire libre, sin privacidad.

—No —dijo el empleado—. Sólo voy a abrir su expediente. El Sr. Fletcher se encargará de la transferencia de fondos.

—Claro. —Nunca había oído hablar de él. Pero tampoco había pisado nunca este edificio.

Volvió a mirarme con una ceja levantada.

—Los registros muestran que la casa fue transferida a una tal Katrina Lawless.

—Esa soy yo.

Arrugó la nariz como si intentara captar mi olor.

—Necesitaré ver alguna identificación para confirmarlo.

Rebusqué en el bolso, saqué la cartera y le entregué la licencia de conducir. Vi cómo lo colocaba en la superficie de un escáner y le sacaba una copia.

Me devolvió el carné de conducir, con sus ojos marrones entrecerrados.

—¿Cuál es tu relación con ella?

—Es mi tía. —No es que fuera asunto suyo.

La empleada resopló.

—Escuché que volvió de entre los muertos.

Aquí vamos.

—Tremenda actuación —continuó el empleado. Una sonrisa se formó en sus finos labios—. Me enteré de que le hicieron un funeral y todo. Si pensó que haciéndose la muerta liquidaría sus impuestos, es una vieja estúpida.

—Cuidado —le gruñí antes de poder abstenerme de mostrar mi enfado.

La mujer no pareció inmutarse ante mi actitud y siguió tecleando.

—Algunas personas no tienen nada mejor que hacer, supongo. Creo que se sentía sola y fingió estar muerta para llamar la atención. Es lo que les pasa a los ancianos. Sus familias los olvidan o no quieren preocuparse por ellos. Realmente triste. Habría estado mejor muerta.

Juré que le daría un puñetazo en la boca si no dejaba de hablar de mi tía.

—Pues no lo está —respondí con tono sarcástico.

Me miró decepcionada, como si yo fuera de algún modo responsable de las acciones de mi tía. Bueno, puede ser que tuviera una parte de culpa. Pero nunca le había pedido que fingiera que había muerto.

—Bueno, según el expediente, como la transferencia del título fue a usted, era *su* responsabilidad pagar los impuestos. No de ella. ¿Por qué no lo hizo?

Otra vez con las preguntas personales. Pero ahí estaba contestándolas de todos modos para no arruinar nuestras posibilidades.

—Sí. Tienes razón. Metí la pata. Debería haberles pagado. Pero la verdad es que no tenía dinero. En parte es cierto, pero habría podido pagar la cantidad mucho menor de hace dos años.

La empleada hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Y ahora estás metida en un pequeño problema. ¿Verdad?

No me gustó que sonara como si estuviera fascinada, encantada con mi situación. Tenía la extraña sensación de que en cuanto me fuera, agarraría el teléfono y empezaría a chismear sobre mí y mi tía.

Imprimió un formulario y me lo entregó.

—Te das cuenta de que es una gran suma de dinero.

—Lo sé.

Sus ojos me recorrieron como si buscara el dinero. Sus ojos se posaron en mi bolso y se agrandaron.

—¿Cómo vas a pagarlo? Sabes, el Sr. Fletcher es un hombre muy ocupado. Espero que no estés aquí para hacerle perder el tiempo.

Toda una perra.

—No lo soy.

—Hmmm. —Agarró el teléfono y marcó un número—. Sí, aquí está Katrina Lawless y viene para verte. Sí. Sí. —Colgó y me miró—. Le está esperando en su despacho. Suba por los ascensores a la segunda planta y gire a la izquierda. Su despacho está al final del pasillo.

—Gracias. —Me dirigí a los ascensores y pulsé el botón de la segunda planta. Las puertas se abrieron y caminé hasta el final del pasillo hasta llegar a una oficina con una placa en la pared que decía: Milton Fletcher, asesor fiscal del condado de Moonfell.

Toqué la puerta dos veces.

—Adelante —dijo una voz masculina.

Empujé la puerta y entré.

Por esa puerta me esperaba el Sr. Fletcher, un hombre que tenía el poder de cambiarlo todo.

Un hombre de sesenta años, con la cabeza llena de pelo blanco como la nieve, peinado de forma salvaje y descuidada, que sobresalía por encima de su cabeza como el experimento de un científico loco, estaba sentado en un sillón de cuero desgastado. Tenía la cara llena de arrugas, como si trabajara muchas horas a cambio de un sueldo insuficiente, y tenía el ceño fruncido. Era un hombre pequeño, dado que sus pies no tocaban el suelo cuando se sentaba en la silla, y parecía compensarlo con su pelo alto.

Las paredes estaban forradas de estantes llenos hasta los topes de gruesos archivadores y carpetas. Su elegante traje y sus lustrosos zapatos desprendían un aire de autoridad, y su mirada penetrante parecía medir a cada persona que entraba.

El despacho desprendía un leve olor a libros viejos y café recién hecho, un contraste extrañamente reconfortante. Por debajo persistía el aroma de la cara colonia del señor Fletcher, una sutil mezcla de sándalo y almizcle.

Pero también detecté otro aroma, el inconfundible olor de los brujos blancos: agujas de pino, tierra húmeda y hierba recién cortada mezclada con flores silvestres.

El Sr. Fletcher era un brujo.

—Ah, señorita Lawless —dijo con una sonrisa forzada que se reservaba para todos los clientes cuando entré—. Por favor, pase.

Junté mis labios con mi propia sonrisa falsa.

—Gracias.

—Siéntese, por favor. —Me indicó que tomara una silla frente a él y luego se recostó en la suya.

—Entonces —empezó, juntando los dedos—, ¿qué le trae hoy por aquí?

Le entregué el papelito.

—Vengo a pagar los impuestos atrasados de la casa de mi tía —le dije, como si él no lo supiera ya. Su pelo... su pelo se movía ligeramente como si estuviera bajo el agua. Qué raro. Pero me dijo que lo había hechizado para que se viera así. Más raro todavía.

Sus ojos se desviaron hacia el papel que le había dado antes de volver a mirar los míos.

—Ah, sí. —Se golpeó la barbilla con un dedo, pensativo—. Si no recuerdo mal, la Corporación Lawless se hizo cargo de los impuestos atrasados. Creo que les gustaría comprar la propiedad.

Más bien robarla.

—Lo sé. —La cara sonriente de Brad apareció en mi mente—. Pero ahora estoy aquí.

—¿No eres parte de la Corporación Lawless?

—No. —Mi voz sonaba áspera, pero no estaba aquí para hablar de mi familia disfuncional, especialmente con un extraño. No quería tener nada que ver con ellos ni con su turbia empresa.

Los labios del Sr. Fletcher formaron una pequeña «o», sus cejas se elevaron.

—Interesante.

—¿Interesante? —Su pelo ondulante me estaba mareando.

—Sí. Muy interesante. —El Sr. Fletcher me miró como si yo fuera un gran rompecabezas

que quería resolver.

Una parte de mí quería salir corriendo. Huir de una escena o una situación me había resultado útil cuando era niña. Pero como adulta, tenía que mantener el culo en la silla si quería recuperar la casa de mi tía. Incluso si eso significaba soportar más el escrutinio de este brujo espeluznante.

Finalmente me hizo un gesto para que procediera.

—Los impuestos atrasados de su tía son bastante considerables, Srta. Lawless. O debería decir los suyos... porque le correspondía a usted pagarlos.

—Lo sé. Mala mía.—La carga de aquella metida de pata pesaba sobre mis hombros—. Sí, estoy consciente de eso. Quiero pagarles.

Los ojos del señor Fletcher buscaron los míos y pude ver cómo giraban los componentes en su mente.

—Comprendo su deseo de corregir un error, pero ¿está completamente segura de querer asumir esta carga? Ser propietario de una casa tan grande conlleva muchas responsabilidades financieras.

—Por eso estoy aquí.

—Pero antes no podías hacer frente a los pagos. ¿Cree que puede seguir pagándolos?

—Sí, puedo. —Bueno, tendré que hacerlo—. ¿Y una vez que haya pagado esa deuda, la casa volverá a ser nuestra? La propiedad se queda con nosotros, ¿verdad?

—Hmmm. En teoría, sí.

—¿Qué significa eso?

—Bueno. —Cruzó las manos sobre su escritorio—. Parece que tu tía ha vuelto de entre los muertos.

—Sí, lo sé.

—Y como ella te cedió el título antes de su muerte, creo que debería estar bien.

Dejé escapar un suspiro, haciendo todo lo posible para no mostrarle a este brujo lo nerviosa que estaba o cómo sus palabras estaban haciendo que mi estómago saltara la cuerda con mis intestinos.

—¿Cómo es que la gente puede hacer eso? ¿Quitar casas así?

El Sr. Fletcher vaciló antes de responder.

—Cuando una propiedad tiene morosidad en sus impuestos adeudados, el condado de Moonfell puede vender la propiedad al mejor postor o hacer arreglos para que la propiedad sea transferida a un nuevo propietario, siempre que se paguen todos los impuestos y multas impagados.

—Y la Corporación Lawless se lanzó sobre ella. —No me sorprendería que hayan estado esperando el momento exacto en que la propiedad estuviera disponible para robársela a Luna.

Se reclinó en su silla, el crujido del cuero produjo un sonido suave, casi melancólico. Su teclado empezó a teclear, pero sus manos permanecieron sobre el escritorio.

—¿Y cómo piensa pagar? ¿Con cheque o a crédito?

—Efectivo. —Dejé el bolso sobre mis rodillas y saqué el fajo de billetes—. Veinte mil dólares —dije y los dejé caer sobre su escritorio.

Los ojos del Sr. Fletcher se abrieron de par en par cuando agarró el montón de billetes. Sus labios se movieron mientras contaba el dinero.

—¿Es un retiro bancario? Necesitaré el recibo para confirmarlo.

—Eh... no exactamente. —Me di cuenta de que no era lo correcto en el momento en que el Sr. Fletcher dejó caer el dinero como si se hubiera quemado los dedos.

—¿De dónde salió este dinero, Srta. Lawless?

Mierda.

—¿Por qué importa? El dinero es dinero. ¿Verdad?

El rostro del Sr. Fletcher se ensombreció.

—¿Tiene algún papel que indique de dónde procedían los fondos? ¿Inversión? ¿De herencias? ¿Regalías?

No me gustaba a dónde iba esto.

—No. ¿Por qué importa?

—Porque importa.

Se me cayó el estómago ante sus palabras.

—¿De qué manera? —pregunté con recelo.

El Sr. Fletcher se inclinó ligeramente hacia delante y juntó las manos sobre el escritorio.

—A menos que pueda presentarme documentos financieros que me demuestren de dónde procede este dinero, no puedo aceptarlo. Es posible que usted haya atracado un banco.

—No lo hice. —Ahora estaba furiosa.

—O esto podría ser lavado de dinero. Una estafa. No queremos tener nada que ver con eso.

—¿Así que no me va a aceptar este dinero? —Esto no puede ser.

—Desgraciadamente, no —dijo—. Lo siento. Pero no puedo. Por favor, cierre la puerta al salir.

Enfurecida, me levanté y volví a meter el dinero en el bolso, sintiéndome un poco desorientada. Los billetes nuevos que representaban mi última esperanza de salvar la casa de mi tía me miraban como burlándose de mis vanos intentos. Se me encogió el corazón y se me hizo un nudo en el estómago.

—Por favor —tartamudeé, con la voz temblorosa—. ¿No hay nada más que pueda hacer?

El Sr. Fletcher suspiró con simpatía.

—Créame, señorita Lawless, ojalá pudiera hacer algo más. Sin embargo, las normas de la alcaldía exigen que se deje constancia documental de cualquier transacción financiera que implique deudas con el municipio. Tengo las manos atadas.

Sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos, amenazando con derramarse y traicionar mi frágil compostura. Di la media vuelta y salí corriendo del despacho, dejando la puerta abierta, a propósito, por supuesto.

¿Con qué cara iba a ver a mi tía ahora? ¿Qué le diría a Dash cuando me preguntara cómo había salido todo?

Las paredes del edificio me pasaron borrosas mientras me apresuraba a salir por las puertas principales. Pensé en mentirle a Dash, pero probablemente adivinaría la verdad en mi cara. Nunca llegué a dominar la cara de póquer.

Intenté mantener una expresión estoica mientras salía del edificio. Sin embargo, cuando llegué a las puertas principales, Dash no era quien me esperaba.

Blake estaba junto a mi Jeep con semblante serio.

—Hubo otro asesinato —me informó, con el rostro lleno de preocupación.

Qué mierda.

CAPÍTULO 12

Me encontraba en lo alto de una colina cubierta de hierba conocida como Moonfell Heights y contemplaba el pueblo que se extendía bajo mis pies. De adolescente, pasaba mucho tiempo aquí. Era el lugar perfecto para disfrutar de un poco de privacidad con unas vistas impresionantes del pueblo. Sin embargo, este lugar también tuvo un significado trágico para dos jóvenes amantes que encontraron aquí su destino.

Blake había dicho otro *asesinato*, pero yo estaba viendo dos cadáveres: uno de hombre y otro de mujer. Ambos estaban igualmente marcados con tajos y cortes que estropeaban más del ochenta por ciento de sus cuerpos.

—Mierda —susurré.

Sus miembros estaban torcidos y doblados en ángulos antinaturales. Parecía que se habían tropezado e intentado huir hacia el bosque antes de que la criatura los matara. Se me subió la bilis al fondo de la garganta.

Me acerqué a la víctima más cercana, me arrodillé junto al cadáver, aparté las moscas con un gesto y casi vomito.

El olor a carne podrida me llegó como el de los cadáveres que llevan días cociéndose al sol. Sin embargo, esos cadáveres acababan de morir hace apenas unas horas —quizás nueve— y sólo habían pasado entre dos y tres al sol. No deberían oler así todavía. No hasta dentro de varios días. No era natural.

Pero no era nada natural ser asesinado por un demonio buer. Sus garras y colmillos eran venenosos, equipados con venenos que no se encuentran aquí en la Tierra, lo que explicaría el estado de los cuerpos.

Yo había estado expuesta a las toxinas, pero eso era otra historia.

Si fuera una bruja blanca o una bruja oscura, podría haber realizado un hechizo o algún ritual que revelara la ubicación del invocador.

Pero yo no era ninguna de las dos cosas.

Tuve que confiar en mis instintos y en un inteligente trabajo detectivesco. Mis instintos solían ser acertados.

Otra opción sería preguntarle a Annette y a las otras brujas, pero no estaba segura de que Blake quisiera involucrarlas. Y por la forma en que Annette había reaccionado cuando supo que el buer estuvo tan cerca de su casa, no estaba segura de que eso fuera tan buena idea.

Respirando por la boca, miré el cadáver. Salpicaduras de sangre manchaban la tierra, y más sangre empapaba el suelo donde estaba la cabeza; un vómito de sangre por el olor a bilis que aún desprendía. La víctima, una joven asiática, parecía tener unos dieciséis o diecisiete años por la

llenura de su cara y sus mejillas, que estaban milagrosamente ilesas. Iba vestida con un bonito top rosa y unos jeans. A juzgar por el desgarro de su pecho, parecía que había muerto del mismo modo que Jessie, la camarera.

Mis ojos miraron al joven que estaba junto al enorme pino, a unos metros de ella. Parecía que había corrido en dirección contraria y no había intentado salvar a su novia. No lo culpaba. Si yo fuera él, estaría muerta de miedo al encontrarme cara a cara con un demonio buer. Fue un instinto de huida. Lo entendía perfectamente.

Junto a la hembra me llamó la atención una pequeña prenda desgarrada, de color rosada y manchada de sangre. La forma en que estaba desgarrada me decía que había sido dejada por las garras de lo que fuera que la había matado.

Estiré la mano, agarré la prenda rota y me la metí en el bolsillo. No estaba segura de por qué lo había hecho. Estaba robando pruebas deliberadamente.

Dash parecía que tenía buenos conocimientos sobre el demonio buer. Su ayuda me habría sido útil, pero cuando salí del edificio, no lo vi por ninguna parte. Probablemente había visto a Blake se acercaba y salió corriendo.

No estaba segura de cómo me hacía sentir eso. ¿Molesta? ¿Herida? Furiosa porque se había largado, sabiendo lo que yo había ido a hacer. A diferencia de Blake, Dash no era un imbécil. O tal vez sólo traté de decirme eso para sentirme mejor.

Sentí que un escalofrío me recorrió la espalda. Por mucho que quisiera pensar que el asesinato de Jessie había sido un incidente aislado, en el fondo sabía que no era así. El asesino, el demonio, seguía ahí fuera, acechando en las sombras y eligiendo víctimas a su antojo.

¿Por qué murieron? ¿Por qué el demonio buer los eligió como sus próximas víctimas? ¿Qué tenían en común estas víctimas? Hasta ahora, no parecía que tuvieran nada en común.

Todo parecía... ser aleatorio.

—¿Tienes alguna pista? —Pregunté, esperando que Blake tuviera alguna pista que me ayudara a atar cabos.

Blake negó con la cabeza.

—Todavía no. Sus identificaciones los hacen residentes de Moonfell. Cole Anderson y Joanne Chow. Ambos asisten a la secundaria.

Me encogí. No quería pensar en mi experiencia en la escuela secundaria. Esos horrores era mejor guardarlos en el armario.

—Annette dice que luchaste contra un demonio anoche.

Supuse que ella se lo diría. Al fin y al cabo él era el jefe.

—Deberías llevarte estos cuerpos antes de que se los lleven los buitres o los gusanos.

Blake se acercó hasta que se cernió sobre mí.

—Quería que los vieras primero. No quería que nadie tocara nada hasta que los vieras.

—Me siento halagada. Pensé que no me querías cerca de este caso. —Sí, él no tenía ninguna información y no quería admitir que necesitaba mi ayuda. Mi pericia y experiencia.

El jefe suspiró.

—Lamento lo de anoche, ¿sí? Me agarraste en un mal día.

—Guao. Siempre se trata de ti. ¿No es así? —Bastardo. No tenía tiempo para su mierda. Después de cómo me trató, en verdad debería dejarlo por su cuenta para que tratara de resolver esto. No debería ayudarlo en absoluto. Diablos, yo tampoco debí seguirlo hasta aquí.

Pero no lo hacía por él. Lo hacía por el pueblo, pero sobre todo por mí. Ahora que había visto lo que el buer podía hacer, quería detenerlo antes de que matara a alguien más. Nadie estará a salvo hasta que la criatura esté muerta.

—Dije que lo lamento. ¿Qué más quieres? —El tono de Blake estaba impregnado de irritación. Claramente, no estaba acostumbrado a disculparse. Tampoco es que esta disculpa fuera buena. No lo era.

Me levanté lentamente.

—Nada de ti. —Saqué mi teléfono y empecé a tomar fotos de las víctimas.

Blake no dijo nada mientras yo caminaba con cuidado alrededor de los cadáveres, sacando todas las fotos que podía.

—Estoy preocupado por ti —dijo el jefe detrás de mí. Su voz era suave, incluso amable—. Cuando vi esa bolsa de dinero...

—¿Qué pensabas? ¿Que había atracado un banco? —Me incliné sobre el adolescente y le tomé una foto del torso.

—No. Que estabas en problemas.

Odiaba que sonara sincero.

—No estoy en problemas. Puras mentiras. La verdad era que, ahora que no podía pagar los impuestos atrasados de la casa de mi tía, estaba en más problemas de los que me importaba admitir.

—Eso no es lo que parece. —La mirada de Blake se detuvo en mí, su preocupación crecía—. Si tuviste que pedirle dinero prestado a una basura como Orik, significa que estás en serios problemas.

—Mi vida está fuera de tus límites. ¿Entendido?

El jefe suspiró.

—Mira, sé que todavía estás molesta conmigo. Y lamento lo de la casa de tu tía. Lo siento. De verdad que lo siento.

—Bien por ti.

—Cielos, eres estresante.

Giré la cabeza en su dirección, mi ira hirviendo a flor de piel.

—¿Perdón?

Blake levantó las manos en señal de rendición.

—Sí. Fue una mala elección de palabras. —Bajó las manos cuando se dio cuenta de que yo no iba a atacar. Tampoco es que lo haría a mitad de la mañana sin sombras a mi disposición—. Eres una de nosotros, Kat, te guste o no. Por eso me preocupas.

—No es así. —Mi vida no era de la incumbencia de nadie. Ahora, sólo me estaba irritando.

Con el teléfono en la mano, miré las fotos que le había tomado a Jessie. Sus heridas coincidían con las de estas dos víctimas. El demonio buer no se alimentaba de sus víctimas. Eran más unos asesinatos. La emoción de matar. O le habían ordenado que los matara.

Metí el teléfono en el bolso. Ya había tomado bastantes fotos y la mayor parte de la escena estaba memorizada.

—Debiste llamarme. Eso es lo que estoy tratando de decir aquí —continuó Blake.

—¿Y por qué tenía que hacerlo? —Le fulminé con la mirada—. Mi vida personal no es asunto suyo, *jefe*. ¿Necesitas ayuda con este caso? De acuerdo. Pero hasta ahí.

—Yo habría ido contigo.

Negué con la cabeza.

—No. Habrías intentado disuadirme. O simplemente te habrías interpuesto en mi camino.

Las cejas de Blake se dispararon sobre su cabeza.

—Increíble. ¿Tanto me odias?

Dejé escapar una bocanada de aire.

—No tengo tiempo para esto. ¿Por qué me querías aquí? ¿Qué quieres de mí? —Ya estaba harta de esta conversación. Sabía a dónde iba. Él quería que le dijera: «No, por supuesto, no te odio, Blake... bla bla bla». Yo no era estúpida. Este fue su patético intento de tratar de suavizar las cosas. No funcionó conmigo.

Mantuve el rostro inexpresivo y esperé su respuesta.

El jefe miró los cuerpos.

—¿Esto es obra del demonio con el que luchaste anoche?

Bien. Me alegra que haya desviado la conversación hacia el trabajo.

Mis ojos se posaron sobre las víctimas.

—Parece que sí. Las comparé con la camarera muerta. No soy una experta, pero diría que la misma criatura los mató.

—El informe del forense sobre la camarera Jessie no pudo relacionar la causa de la muerte con ningún paranormal conocido —confirmó el jefe—. Por eso quería tu opinión. Ya que, ya sabes, has tratado con este tipo de cosas antes.

La verdad es que no. Los demonios y los diablos no eran mi fuerte. Me molestó un poco que el forense no me enviara los resultados.

Dejé escapar un suspiro frustrado. Puede que Moonfell fuera un pueblo pequeño, pero su gente era muy unidas y eran como de la familia. La idea de que algún demonio se aprovechara de la comunidad me enfermaba.

La mirada de Blake se fijó en la espantosa escena.

—Entonces hay un demonio suelto en nuestro pueblo. Y ya ha matado a tres personas.

—Eso es lo que me parece a mí. —Hasta ahora todas las pruebas apuntaban al demonio buer. Pero todavía no entendía por qué la criatura estaba haciendo esto, y eso era importante.

Cuando Blake volvió a mirarme, sus expresión se volvió muy seria.

—Los Renegados. Ellos hicieron esto. Ellos invocaron a este demonio. ¿No es así?

Lo había estado pensando desde que subí a mi Jeep, pero ya no estaba tan segura.

—No estoy segura...

—Son ellos. —Blake señaló a la chica muerta—. Ellos hicieron esta mierda. ¿Por qué? ¿Por qué no pueden dejarnos en paz?

Me pasé una mano por la frente.

—Ves, eso es con lo que estoy luchando. Los Renegados son organizados, inteligentes. No hacen cosas si antes no tienen una buena razón, una que les ayude a conseguir más poder, influencia, lo que sea. Pero esto... —Agité la mano libre sobre los cuerpos—. ¿Y la muerte de Jessie? ¿Cuál es la conexión? Dijiste que no tenías ninguna.

El gran hombre lobo negó con la cabeza.

—Yo no.

—Y eso es porque se siente... fuera de lugar. No parecen asesinatos premeditados o incluso que tengan sentido. Todo es aleatorio. Caótico. Como si estos pobres chicos estuvieran en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Blake se lo pensó.

—¿Crees que un demonio cualquiera decidió aparecer en nuestro mundo para matar a esos chicos porque... porque dio la casualidad de que andaba por aquí?

—Bueno, suena algo patético cuando lo dices así.

—Porque es patético. Eso no es lo que pasó.

Aquí va de nuevo con esa actitud.

—Ilumíname.

—Te lo dije —dijo el jefe, su voz espesa con veneno—. Los Renegados hicieron esto. Son magos. ¿Cierto? Tienen el poder de invocar demonios. Hacen esto por venganza porque detuvimos su ritual.

Entendí por qué Blake pensó eso. Tenía sentido que Los Renegados atacaran después de que arruináramos sus planes cuidadosamente elaborados. Sin embargo, mi instinto me decía lo contrario.

—No lo creo. Creo que esto es otra cosa.

—Pensé que eras una buena investigadora. —Se burló.

Apreté los dientes, el calor me subió a la cara.

—Lo soy. —*Eso era.* Iba a darle una patada en el trasero.

Blake levantó los brazos y señaló los cadáveres.

—Lo tienes delante de las narices, pero te niegas a admitirlo. ¿Por qué? Porque sigues protegiéndolos. ¿No es así?

Otra vez esto no.

—No. No creo que sean ellos. Es demasiado sucio, poco sofisticado. No hay un motivo real.

Blake apretó la mandíbula y sus ojos marrones se oscurecieron a la luz del sol.

—Dame el nombre de tu fuente. Si no me lleva a nada, lo dejaré ir.

Ni loca lo haría. Si delataba a Dash, lo metería en la cárcel y no volvería a verlo. Él y su equipo tratarían de sacarle respuestas y nombres a Dash ,que no podía dar, y tal vez terminarían matándolo. No iba a correr ese riesgo. Todavía había muchas incógnitas en relación con Dash. Quería resolverlas en mis propios términos. No con las amenazas de Blake.

—Mi fuente no tiene nada que ver con esto. —Pero eso era mentira, ya que en realidad no tenía ni idea. Mi instinto me decía que no, pero cuando se trataba de Dash, mi instinto se había equivocado. Y tanto.

—Pruébalo —desafió Blake—. Dame su nombre.

Sacudí la cabeza.

—Creo que hemos terminado aquí. —Empecé a caminar hacia mi Jeep.

—Estoy así de cerca de meter tu culo en la cárcel —amenazó el jefe—. Puede que no hayas matado a estas personas directamente, pero al ocultar pruebas, bien podrías haberlo hecho.

La furia sacudió mi cuerpo.

—Eres un total imbécil. ¿Lo sabías?

Blake levantó las manos, frustrado.

—Entonces dime cómo detenerlo. ¿Cómo detengo a este demonio si no sé quién lo invoca?

Lo pensé.

—Tengo una idea. —Aunque si descubría quién estaba haciendo esto, lo hacía por mí, por el pueblo, no por Blake.

Blake cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho.

—¿Cómo?

—Un hechizo de rastreo. —Había oído hablar de brujas que podían rastrear las energías que emitía un agujero en el Velo, una capa sobrenatural invisible que actuaba como protección contra todo lo demoníaco y diabólico. Pero a veces el Velo tenía fisuras llamadas Grietas, por donde los demonios se colaban.

Si había una abertura en Moonfell, un hechizo de rastreo podría encontrarla. Y si estaba en lo cierto, el invocador no debería estar muy lejos. Si encuentras a uno, encuentras al otro.

—¿Puedes hacer eso?

No.

—Necesitaré la ayuda de mi tía. Tal vez incluso Annette y las demás. Pero funcionará.

Mi tía era la bruja más experimentada que conocía. Si un hechizo de rastreo podía encontrar agujeros en el Velo, ella era la bruja que lo conjuraba.

—¿Y si lo encuentras? ¿Qué harás?

Miré al jefe. Hace sólo unos días, me había parecido atractivo, sexy y posiblemente digno de una cita. Ahora ya no.

—Matarlo.

Blake levantó una ceja escéptica.

—¿Por tu cuenta? Annette me dijo que casi te mata.

—No fue así. Es una especie poderosa, pero a los demonios se les puede matar.

—Quiero estar allí.

Estupendo.

—Bien. Te llamaré cuando esté lista.

Blake no parecía convencido, pero no siguió discutiendo. Permanecimos allí en silencio durante unos minutos, ambos perdidos en nuestros pensamientos y yo intentando calmar mi ira. Necesitaba alejarme del jefe antes de cometer una estupidez.

—Siento lo de la casa de tu tía —dijo finalmente Blake.

Me volteé hacia él, sorprendida por su declaración.

—Gracias.

Él soltó un suspiro.

—Sé que no significa mucho ahora, pero lo siento de verdad.

—Te lo agradezco. —No fue fácil para él decirlo, pero me di cuenta de que lo decía en serio.

—Pero ahora, con ese dinero, su casa vuelve a ser suya. Es una buena noticia.

—Claro. —Se me revolvió el estómago. No quería tener que decirle a mi tía que mi súper plan no había servido de mucho. Que había fracasado. O peor aún, que me había aliado con un jefe de la mafia.

—Tengo que irme. —Antes de que Blake pudiera detenerme o intentar obligarme a dejarle venir conmigo, di la media vuelta y fui hacia mi Jeep.

Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Al principio, podría haber creído que Los Renegados estaban involucrados en los asesinatos. ¿Y ahora? No estaba tan segura. Y eso me aterrorizaba.

Si no eran ellos, ¿quién había convocado al demonio buer y por qué?

Eran preguntas importantes que necesitaba responder.

Pero primero, tenía que ocuparme de algo.

CAPÍTULO 13

Incluso a última hora de la mañana y bajo un cielo azul despejado, Tombstone parecía que siempre estaba envuelta en la oscuridad y la penumbra. Los rayos del sol se esforzaban por llegar a las estrechas calles, proyectando sombras profundas y dándole un aura espeluznante al barrio. Era como si una fuerza invisible expulsara la luz y creara un estado perpetuo de oscuridad. Pero para mí era perfecto. Los rincones oscuros y los callejones ensombrecidos me funcionaban.

Conduje por Wicked Way. Mi destino era el bar Goat's Blood, ya que no tenía ni idea de dónde vivía Orik. No es que fuera a presentarme en su casa ya que podría tomárselo como una amenaza. Lo último que quería era molestar al jefe de la mafia.

Ir a verlo a solas a Tombstone era peligroso. Ir a verlo para devolverle el dinero y se olvidara de nuestro contrato era aún peor.

Pero no podía ,y no quería, utilizar el dinero que Orik me había prestado si no era para salvar la casa de mi tía. Ahora que ya no era una opción, quería devolvérselo. Todo. Limpiarme las manos, por así decirlo, y olvidar que lo había conocido.

Me sacudí en el asiento y maldije cuando el Jeep cayó en un bache. Si perdía una rueda aquí, estaba jodida. Pero la suerte quiso que el Jeep siguiera avanzando con las cuatro ruedas. Decidí no arriesgarme y reduje la velocidad.

Pensé en llamar a Dash, pero luego lo pensé mejor. Necesitaba concentrarme en una cosa a la vez. No podía tener pensamientos de Dash apareciendo en mi cabeza mientras le suplicaba a Orik. Lo mejor sería que pasara por su casa más tarde. No sabía qué esperar de aquel hombre misterioso, pero si podía darme algunos consejos sobre el demonio buer, el viaje valdría la pena.

Además, tenía la sensación de que aún necesitaba hablarme de algo.

Una forma llamó mi atención a la derecha.

Orik.

El jefe de la mafia llevaba otra gorra de béisbol en la cabeza, pero eso no le quitaba el aire de poder y peligro que desprendía.

No estaba solo.

A su lado estaba una hermosa mujer rubia, con el pelo ondulado y los ojos llenos de admiración. No podía distinguir de qué raza paranormal era, pero no emanaba ninguna vibración de hada o vampiro. Pero estaba demasiado lejos para poder suponerlo.

Los rasgos afilados y los ojos intensos de Orik desprendían un aura intimidatoria, mientras que el delicado semblante y la brillante sonrisa de la mujer contrastaban con él.

Y entre ellos había una niña.

Curiosa, estacioné mi Jeep cerca de la acera después de haberlos adelantado. Apagué el motor y ajusté el retrovisor hasta obtener una imagen clara.

Sí, allí estaba el malvado, despiadado y letal jefe de la mafia junto a una bonita mujer rubia y una niña pequeña.

—Probablemente sea una de sus empleadas —murmuré para mis adentros.

Me quedé boquiabierta cuando la niña, de no más de cuatro años, grandes rizos rubios y mejillas sonrosadas, se lanzó a sus piernas. Orik agarró a la niña en brazos y la acunó. Le besó la frente como yo había visto que hacían los padres con sus hijos.

¿Padres?

—Oh, mierda. —Me incliné hacia delante para ver mejor y me golpeé la frente contra el espejo retrovisor. *Buena esa, Kat.*

Con la frente palpitante, supe que estaba viendo a la familia de Orik. Su mujer o novia y *su* hija.

Su rostro estaba radiante. El amor que sentía por esa niña se reflejaba en sus facciones. No era la cara de un cruel jefe de la mafia, sino la de un padre cariñoso.

Me quedé sentada en mi Jeep, completamente aturdida. La imagen que tenía ante mí echó por tierra todas las ideas preconcebidas que tenía de Orik. ¿Cómo podía este hombre, tan aterrador y despiadado en su trabajo, tener tanta ternura y amor por su familia? Era como si estuviera viendo a dos personas completamente diferentes.

La mujer que estaba a su lado, cuyos ojos brillaban de adoración al ver a Orik interactuar con su hija, tenía un aire de calidez y gracia. Su presencia parecía suavizar las aristas del endurecido exterior de Orik. En ese momento, no pude evitar sentir una punzada de envidia. Ser testigo de una muestra tan pura de afecto y devoción me hizo anhelar algo similar en mi propia vida.

Incluso un hada rudo como Orik podía tener una vida normal, donde una mujer y una niña lo adoraran.

Aparté los ojos y me quedé mirando la bolsa llena de su dinero. Parecía que Orik tenía un poco de Dr. Jekyll y de Mr. Hyde: de padre cariñoso y de matón.

Cuando miré hacia atrás, la mujer y la niña se alejaban, y Orik se dirigía en dirección contraria.

Exhalé y bajé la mirada para observar la parte delantera del auto. Estaba muy nerviosa. Odiaba tener que deberle favores a alguien, sobre todo a alguien de quien apenas sabía nada. No podía dejar que la imagen de un padre modelo se interpusiera en el camino del hada oscuro que, según Dash, me haría matar a alguien en su nombre.

No. Iba a devolverle su dinero y cortar todos los lazos con él...

¡Toc, toc!

Me estremecí en mi asiento. Me giré para ver la cara de Orik en mi ventanilla lateral.

¡Mierda!

—Sal del auto —ordenó el hada. Tenía el ceño fruncido. No parecía contento de verme.

Tuve un momento en el que pensé que tal vez debería arrancar el Jeep y salir volada. Pero entonces quedaría como una idiota y daría la impresión de que le tenía miedo.

No era así.

Agarré el bolso y salí del Jeep.

—¿Viste todo lo que querías? —Orik seguía con el ceño fruncido y los labios curvados hacia abajo. Se veía demasiado enojado, como si quisiera estrangularme.

—¿Sabías que te estaba mirando? —Maldita sea, el hada tenía ojos en la nuca.

Se inclinó hacia delante hasta que el aroma de su loción para después de afeitar me abofeteó

en la cara.

—No me gustan los espías. Si no son *mis* espías, suelo matarlos.

Sí, esa imagen paternal se evaporó.

—No era mi intención espiar, lo juro. Vine a buscarte.

En ese momento, Orik salió de mi espacio personal.

—¿Qué quieres?

Eso me gustó. Directo al grano.

—Aquí está tu dinero. Ya no lo necesito. —Puse la bolsa frente a él—. Ahí está todo —dije, preguntándome por qué no lo agarraba—. Puedes contarlo. No he usado nada.

Orik me miró fijamente, con un destello de fascinación en su rostro.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué quieres decir?

Orik se burló.

—Parecía que estabas muy desesperada cuando viniste a pedirme dinero. ¿Qué cambió?

No quería compartir más de lo necesario con el hada. Tenía la sensación de que cuanto más supiera de mí, más arsenal tendría para usar en mi contra.

—Digamos que el dinero ya no me sirve. —Lo cual era cierto. Sin un rastro de papel, no me servía.

El hada macho soltó una suave carcajada.

—¿Seguro que ya no lo necesitas?

—Estoy segura. —Yo también estaba jodida. Sin un préstamo bancario o una fuente legítima de fondos, iba a perder la casa de mi tía.

Y yo tenía la culpa.

—Bien. —Orik agarró la bolsa. Sacó los billetes y los hojeó como si fueran una baraja.

—Está completo —le dije, señalando—. No usé nada de eso.

Orik me ignoró y siguió contando. Al cabo de unos minutos, me miró.

—Está completo.

Suspiré.

—Como dije. Bueno, gracias por hacer negocios conmigo. —Observé su rostro, sin que me gustara la sonrisita que se dibujó en su boca—. Entonces, ¿estamos bien? Ya no te debo nada. ¿Cierto? Te devolví tu dinero.

La expresión de Orik se endureció, y sentí el cosquilleo de la energía sobre mi piel.

—Un trato es un trato. No puedes echarte para atrás una vez hecho el trato.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

La voz de Orik tenía un tono amenazador y sus ojos brillaban con una luz de otro mundo. Me puse rígida bajo su mirada, con la tensión en aumento. Había conseguido llegar a un acuerdo con él, y ahora era el momento de que cumpliera su parte.

—No he utilizado el dinero. El trato se canceló —repliqué, tratando de mantener la voz firme —. El dinero está completo. Nuestro negocio se acabó.

—*Nuestro* negocio apenas comienza. —Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Orik mientras se acercaba un paso, el aire a nuestro alrededor crepitaba con energía. Mi corazón latía con fuerza, pero me mantuve firme, negándome a retroceder.

Me preparé mientras las palabras de Orik flotaban en el aire y un pesado silencio se instalaba entre nosotros. El hormigueo de energía se hizo más fuerte, crepitando con un toque de peligro.

Sus ojos se clavaron en los míos, sus vibrantes profundidades llenas de una intensidad que

me produjo escalofríos.

—Fíjate, cuando haces un trato con un hada, la única forma de romper ese contrato es con la muerte —dijo, con voz grave y un toque depredador.

Me llevé la mano al encendedor del bolsillo.

—¿Me estás amenazando? No soy una debilucha. A mí no me matan tan fácilmente.

—Entendiste mal —respondió Orik, con voz amenazadora—. No te estoy amenazando. Te estoy *educando*. Verás, nunca fue sólo por el dinero. Viniste a mí, e hicimos un trato. Y ese trato sigue en pie.

—¿Hasta cuándo? —No puede ser. No me esperaba esto. Esperaba que nuestro trato se cerrara con la devolución del dinero. Pero había sido una estúpida. Me precipité en una situación de la que claramente no sabía nada. Y ahora lo estaba pagando caro.

—Hasta que yo decida que has cumplido nuestro contrato. —La voz de Orik contenía un tono de advertencia cuando clavó su mirada en la mía. Había estado tan concentrada en conseguir el dinero que no había considerado las consecuencias de hacer un trato con un hada. Ahora, frente a Orik, me daba cuenta de que me había metido en un juego peligroso sin saberlo.

Sus ojos se entrecerraron y una sonrisa malvada se dibujó en sus labios.

—Me debes algo mucho más valioso que el dinero —dijo, con voz llena de malevolencia—. Siempre puedo conseguir más dinero. ¿Pero favores? Los favores son difíciles de conseguir. Con favores se consiguen cosas.

—¿Qué quieres que haga? —La ira se disparó en mi interior, alimentando mi desafío—. No voy a matar a nadie por ti. Si eso es lo que esperas. No mataré por ti —repetí.

Orik ladeó la cabeza y soltó una oscura risita, un sonido que pareció reverberar en el aire.

—Cumplirás nuestro acuerdo. —Ladeó la cabeza—. Yo te lo pediré... y tú lo harás. Es muy sencillo, de verdad.

Dio un paso adelante y su presencia me envolvió como una nube asfixiante. La ira surgió en mi interior mientras intentaba calmar mi acelerado corazón. No subestimaría el poder de hada que fluía por las venas de Orik.

—Nunca te pedí que quitaras una vida —dijo, su voz más sedosa que antes—. Pero requiero algo igualmente significativo: una tarea que sólo tú puedes llevar a cabo.

—¿Qué? —El peso de sus palabras se posó sobre mis hombros, presionando mi conciencia. El sudor resbalaba por mi frente mientras luchaba por mantener la compostura—. Dime qué es —logré decir, aunque mi voz vacilaba por la incertidumbre.

Los ojos de Orik brillaron con un destello peligroso.

—Hay un objeto que tiene un gran valor sentimental para mí. Necesito que lo recuperes para mí —reveló, con una mezcla de expectación y diversión en su voz.

Mi mente se aceleró, tratando de encontrar una manera de salir de este aprieto. No podía simplemente aceptar hacer lo que Orik me pidiera. Pero, ¿qué otra opción tenía?

—¿Qué tipo de objeto? —logré preguntarle finalmente. Si quería que robara algo, bueno, era algo con lo que podía trabajar. Sentí que me relajaba un poco.

—Eso no debes saberlo todavía —respondió Orik enigmáticamente—. Todo lo que necesitas saber es que requerirá tus habilidades y capacidades únicas.

—¿En serio? Me cuesta creerlo. —Para empezar, yo era nueva en el pueblo, en cierto modo. Orik no sabía casi nada de mí. Teníamos eso en común. No había forma de que supiera sobre mi magia umbra. A menos que... Rus se lo dijera.

Tragué saliva y mi mente se puso a pensar en todas las posibilidades. ¿Qué podía querer de mí? ¿Qué podía ofrecerle que fuera más valioso que quitarle una vida?

—¿De dónde conoces a Dash? —Ya está, podría conseguir algo de información para mí.

La sonrisa de Orik se ensanchó, mostrando unos dientes afilados que brillaban en la tenue luz del callejón.

—¿Eres amiga de Dash?

—No. Lo estoy investigando. —Totalmente cierto—. ¿Qué puedes decirme de él? ¿Qué ha hecho por ti? ¿Tratas con él en lugar de ir directamente a Los ? ¿Ese es el trato?

—Tú no sabes nada. ¿Verdad? —dijo Orik.

Odiaba la risa en su voz. Pero era verdad. No sabía nada de Dash. La verdad es que no.

—¿Puedes decirme algo sobre él? —Lo intenté de nuevo.

Los ojos de Orik se entrecerraron, un destello de fastidio pasó por su rostro. Pareció considerar mi pregunta por un momento antes de finalmente ceder. El aire a nuestro alrededor se aquietó, como si incluso el viento contuviera la respiración a la espera de su respuesta. Un destello de diversión bailó en su rostro antes de que finalmente hablara.

Se inclinó acercándose más a mí, con una voz que destilaba una mezcla de superioridad y diversión.

—Dash no es alguien con quien quieras cruzarte, querida. Es astuto, despiadado y sabe cómo conseguir lo que quiere. En cuanto a mí, tengo mis propios tratos con él, pero eso no te concierne.

—¿Eso es todo?

—Dash... es escurridizo —continuó Orik, con una voz llena de cautela—. Algunos dicen que tiene los secretos del inframundo en sus manos. Tiene las manos metidas en muchos asuntos, siempre jugando para dos bandos. Puede que forme parte de Los Renegados, pero se sabe que hace tratos con individuos como yo.

Curiosa, me incliné más hacia él, hambrienta de cualquier bocado de información que pudiera obtener.

—¿Por qué alguien como Dash necesitaría hacer tratos cuando ya tiene aliados poderosos?

Orik soltó una risita sombría.

—Porque incluso los más poderosos tienen sus debilidades. Dash tiene secretos enterrados debajo de esa fachada escurridiza que podrían derribarlo. Y ahí es donde entro yo.

Mi mente daba vueltas mientras procesaba las palabras de Orik. Dash se estaba volviendo rápidamente más enigmático y peligroso de lo que había previsto en un principio. Si iba a continuar mi investigación sobre él, tendría que andarme con cuidado.

Parecía que no tenía forma de salir de esto sin causar daño o salir lastimada yo misma.

—¿Por qué estás investigando a Dash? —preguntó Orik.

Mis labios se entreabrieron mientras pensaba en una respuesta.

—No puedo decírtelo. Es parte de una investigación en curso.

El hada macho se rio.

—Eres una criatura extraña, Katrina Lawless.

Así es.

—¿Cuándo quieres que recupere ese misterioso objeto? —pregunté—. Estoy ocupada, ya sabes. Tendré que ver si puedo incluirte en mi agenda.

El jefe hada me observó un momento antes de darme la espalda y alejarse.

—A su debido tiempo, Kat. Todo a su debido tiempo —dijo por encima del hombro.

Vi cómo el hada macho se alejaba con la bolsa de dinero, sabiendo que había metido la pata hasta al fondo al venir aquí en primer lugar.

Buscar o robar algo para el jefe hada no sonaba tan mal o peligroso.

Pero sabía que lo sería. Sabía que cualquier cosa que involucrara a ese hada tenía que ser peligrosa.

Era la peor mañana que había tenido en años.

CAPÍTULO 14

No podía darle la cara a mi tía Luna en este momento. No podía decirle cómo había fracasado después de decirle que todos sus problemas estaban resueltos. Que tenía un plan infalible para salvar su casa.

El peso de este fracaso me estaba aplastando. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan mal. Y no era una buena sensación.

El dinero de Orik no me había servido, y ahora me quedaba un sentimiento de desesperación creciente. Y la gente desesperada hace cosas desesperadas y estúpidas.

Y aquí estaba yo, haciendo lo que *juré* que nunca volvería a hacer.

Le di un vistazo a la impresionante casa de ladrillo marrón, con tejados a dos aguas muy inclinados, intrincados trabajos en piedra y albañilería e imponentes vigas de madera sobre un exterior liso de piedra o estuco. Estaba situada en medio de una gran finca que se extendía por hectáreas de exuberantes praderas. La majestuosa mansión Tudor de tres plantas rodeaba un patio central y la propiedad estaba protegida por densos bosques que desembocaban en un enorme estanque.

Avancé con mi Jeep por el largo camino de entrada y me estacioné.

Agarré el volante y lo apreté.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —El corazón me dio un golpe en el pecho al recordar los acontecimientos de la última vez que estuve aquí.

Mi padre intentó matarme.

Él había usado un hechizo ilegal conmigo, una trampa de pesadilla, y había visto cómo sucumbía lentamente a ella, cómo la vida se me escapaba poco a poco.

Peor aún, lo había hecho en una fiesta delante de sus amigos y conocidos. Mi hermano lo había observado con regocijo, pero mi madre tenía una expresión visiblemente perturbada.

Esa reacción era la única razón por la que estaba aquí ahora. Necesitaba que me escuchara.

Y si no hubiera sido por Dash, no estaba segura de que mi madre hubiera tenido el valor de detener a mi padre. Si no hubiera sido por Dash, me habría asfixiado hasta morir.

Mis pensamientos se dirigieron al apuesto carpintero. Se había ofrecido voluntariamente a acompañarme a aquella cena después de ver cuánto me atormentaba ir y luego me había salvado la vida. ¿Cómo podía delatar a alguien así?

La tía Luna le tenía cariño a Dash, y si lo entregaba al jefe del condado, tenía la sensación de que dejaría de hablarme.

Contar con la compañía de Dash de nuevo me habría ayudado a afrontar lo que estaba a punto de hacer, pero no quería involucrarlo más en mi drama familiar disfuncional.

No supe cuánto tiempo estuve sentada en mi Jeep antes de que finalmente me decidiera a salir. Revisé mi bolsillo, asegurándome de que mi encendedor antiguo estaba allí. De ninguna manera iba a entrar sin un plan de respaldo. Dicho plan era que si mi padre volvía a intentar algo, le freiría el culo.

Avancé por el camino de grava, y mis botas crujían a cada paso. Los elegantes jardines a ambos lados parecían sacados de un cuento de hadas, pero mientras más me acercaba a las imponentes puertas dobles de la casa, más asco sentía. El hermoso exterior no era más que una fachada de lo que había adentro, un lugar que encerraba tanto dolor y angustia para mí. Era casi asfixiante, como chocar contra una barrera invisible.

Decidida, presioné el timbre con el dedo y me eché hacia atrás, con la mano derecha metida en el bolsillo de los jeans y rodeando el encendedor. No iba a arriesgar más mi vida.

La puerta principal se abrió con un chirrido y salió un hombre alto. Tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para verle bien. Su pelo era una mezcla de negro y gris, cortado sin mucho cuidado, mientras que su rostro mantenía una expresión severa. Su nariz prominente le daba un aspecto casi regio. Vestía todo de negro, con pantalones grises entallados que acentuaban su figura. Sentí un leve rastro de energía fría y un olor a vinagre y azufre: el olor de los brujos oscuros. Era el mismo hombre que me había abierto la puerta cuando estuve aquí con Dash.

—¿Sí? ¿Qué deseas? —La voz del hombre destilaba una pizca de burla mientras me daba un rápido vistazo. Arrugó la nariz al verme, como si mi ropa corriente desprendiera un olor nauseabundo.

—Vengo a ver a Evangeline Lawless —le dije, con la voz desprovista de toda emoción.

El portero se me echó encima.

—¿Tienes una cita?

—No.

Una sonrisa malvada se formó en su rostro.

—Entonces me temo que perdiste el tiempo. La Sra. Lawless es una mujer muy ocupada. En este momento está ocupada con un almuerzo muy importante con gente igualmente importante. Sin una cita, no puedes entrar.

Por supuesto que no.

—Dile que su *hija* está aquí para verla. Ella querrá verme.

La expresión del portero cambió a una de burla.

—¿Su hija?

—Sí, *su* hija. Me has visto antes, hace sólo unos días. ¿O eres tan tonto que no puedes recordar una cara? —Sí, probablemente no debí decir eso, pero estaba empezando a irritarme.

La expresión del portero se torció de ira.

—Me da igual lo que digas. No permitimos que entren gamberros ni ladrones. Tendrás que solicitar una cita como todo el mundo. Adiós. —Dio un paso atrás y empezó a cerrar la puerta.

Malnacido.

Cuando la puerta se estaba cerrando, metí el pie y lo empujé con fuerza contra la puerta. Con el peso de mi cuerpo detrás, la puerta salió disparada hacia atrás.

También el portero.

Se resbaló en el suelo pulido y cayó con un grito y una ráfaga de movimientos indignos. Cuando levantó la vista hacia mí, la furia ardía en sus ojos y pude sentir las punzadas de energía elevarse en el aire. Estaba a punto de hechizarme.

Pero me le adelanté.

Agarré el encendedor con la mano izquierda mientras manipulaba una bola de fuego con la

derecha.

—No lo hagas —advertí—, porque te quemaré si intentas algo.

—¡Tu padre se va a enterar! —espetó, con la boca llena de saliva.

Sí, él sabía quién era yo, lo que sólo me enfureció aún más.

—Sé un buen perro y quédate sentado.

Giré la bola de fuego alrededor de mi mano como advertencia una última vez antes de soltarla. Me di la vuelta y caminé por el vestíbulo hacia el comedor. Caminé rápido, sabiendo que no tenía mucho tiempo antes de que mi padre me echara. Tenía que actuar con rapidez.

Los paneles de madera parecían extenderse a lo largo de kilómetros mientras corría. La casa estaba dividida por una inmensa escalera doble que creaba dos zonas distintas. Las paredes estaban decoradas con cuadros y revestimientos de madera, que creaban un ambiente acogedor. Los muebles mostraban el exquisito arte del siglo XIX, ejemplificado por los intrincados tallados de la lujosa madera.

Sí, la casa estaba muy bien hecha y amueblada. Pero me repugnaba.

Llegué al comedor, con el corazón latiéndome tan fuerte que podía sentirlo en la garganta. Alcancé a escuchar el bullicio de muchas voces. Me temblaban las manos de adrenalina y tuve que tomarme un momento para tranquilizarme antes de empujar las puertas.

Adentro estaba mi madre, sentada a la cabecera de la mesa, con la espalda erguida y regia mientras presidía un grupo de brujas oscuras. Todas se giraron para mirarme cuando entré, con expresiones que iban de la sorpresa al enfado.

—Hola, madre —dije, con voz firme a pesar de los nervios que amenazaban con apoderarse de mí. No es que estuviera nerviosa por verla, sino por lo que iba a preguntarle.

La mirada de mi madre era como el hielo cuando me miraba.

—¿Katrina? ¿Qué haces aquí—preguntó con frialdad—. ¿Y por qué estás agarrando un encendedor?

—Mierda. —Apagué el encendedor y me lo volví a meter en el bolsillo.

—¿Es esta la hija de la que nunca hablas? —preguntó una bruja con un rostro excesivamente bronceado que hacía que se viera mucho más vieja y con maquillaje suficiente para montar su propio salón de belleza.

Su tono burlón me puso los nervios de punta. Pero entonces los susurros y las risas burlonas me dieron ganas de quemar los bonitos centros de mesa florales, junto con unas cuantas brujas.

—Yo escuché que murió a los diecisiete años —dijo otra bruja de lustroso pelo blanco—. ¿No es eso lo que Alistair había dicho? ¿Que se había ahogado al caerse de uno de sus yates?

Su comentario no me sorprendió. Mi padre era un encanto.

—Yo me enteré de que estaba en un psiquiátrico —susurró otra bruja pelirroja, aunque su comentario fue lo bastante alto como para que todos la oyeran—. Encerrada después de que intentara matar a su padre. Lo atacó con un cuchillo mientras dormía.

—No, fue con veneno —dijo una bruja morena, que llevaba un collar de pequeños huesos blancos mientras entrecerraba los ojos mirándome—. Intentó envenenar a toda su familia... y a la ayuda.

Esa declaración fue recibida con una colección de oohs y ahhs.

Guao. Esto se estaba poniendo cada vez mejor.

Apreté la mandíbula, intentando mantener la calma. Los ojos de mi madre me recorrieron de arriba abajo, observando mi aspecto.

Su rostro palideció mientras esbozaba una de sus infames sonrisas falsas.

—Estoy entreteniendo a mis invitadas. No deberías estar aquí.

—Vine a hablar contigo —respondí, intentando no sonar demasiado desesperada—. ¿Podemos ir a algún sitio y hablar? Te prometo que no tardaremos.

Un rubor apareció en el rostro de mi madre.

—De verdad, Katrina. No es el momento.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No me iré hasta que hablemos.

Vi la vacilación y la decisión final reflejados en los ojos de mi madre.

—Disculpen, damas.

Mi madre miró a sus invitadas antes de levantarse con elegancia, vestida con un elegante vestido negro. El pelo oscuro y brillante le caía sin esfuerzo por la espalda. Salió de la sala. La seguí hasta el pasillo, donde podíamos hablar en privado.

—¿Y bien? —dijo, cruzando los brazos delante del pecho—. ¿De qué se trata?

—Yo también me alegro de verte, madre.

Evangeline Lawless entrecerró sus ojos color avellana hacia mí.

—¿Qué esperabas? Apareces sin avisar. Interrumpes un almuerzo importante.

Resistí el impulso de voltear los ojos. Si hacía que se molestara más conmigo, no me ayudaría.

—Lo siento —empecé, no es que sea verdad—. Es una emergencia. Y no sabía a quién más acudir.

—¿En serio?

—Necesito tu ayuda —solté antes de perder el valor. Si mi tía supiera dónde estaba, probablemente me golpearía con su bastón. Nunca habría estado de acuerdo. Menos mal que no se lo dije.

Mi madre levantó una ceja, sorprendida.

—¿De verdad? ¿Y qué tipo de ayuda crees que puedo prestarte?

—Dinero. —Era mejor que fuera directa. La palabra se sentía extraña en mis labios.

—Te fuiste sin despedirte siquiera, ¿y ahora me pides dinero?

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Te desapareciste *veinte años*. ¿Y apareces ahora? ¿Pidiendo mi ayuda?

Apreté los dientes, intentando controlar el remolino de ira que amenazaba con apoderarse de mí.

—No voy a tocar ese tema ahora. Sabes por qué me fui.

Se quedó quieta.

—Ninguna familia es perfecta.

—Una familia que recurre al abuso físico para extraerle magia a sus hijos no es una familia para nada... Es una prisión.

Mi madre se quedó con la boca abierta y se estremeció como si la hubiera agredido físicamente.

—Yo *nunca* te he hecho daño. Nunca le he hecho daño a ninguno de mis hijos.

Sonreí fríamente.

—No. Simplemente no hiciste nada al respecto.

La cara de mi madre se sonrojó y miraba todo menos a mí.

—Si estás aquí porque quieres una disculpa mía...

—No. No vine por eso. —Negué con la cabeza, aunque pudo haberse disculpado muchas veces en los últimos minutos. Pero nunca lo hizo.

—¿Qué pasa, entonces? —Mi madre me observó un momento, y luego su mirada se dirigió

de nuevo al comedor, probablemente preocupada de que sus invitadas estuvieran chismeando sobre ella. Por supuesto que lo estaban haciendo. Y, por supuesto, que ella estaba preocupada.

—Es tu culpa que yo esté aquí —dije antes de poder controlar mi temperamento—. Si hubieras dejado en paz la casa de la tía Luna... no estaría aquí interrumpiendo tu *importante* almuerzo.

Mi madre apretó los labios y me miró con ojos brillantes, mezcla de confusión e irritación.

—¿De qué estás hablando?

Suspiré.

—¿Los impuestos atrasados? Los veinte mil dólares que pagó la Corporación Lawless. ¿La transferencia de la escritura de la casa de la tía Luna a la corporación si no la devuelvo? ¿El plan de Brad de demoler la casa?. —La miré a la cara, viendo una total confusión—. No lo sabías. ¿O sí?

Mi madre abrió la boca...

—Vaya, vaya, vaya. Miren quién vino a visitarnos.

Una figura alta y dominante, de complexión ancha y pelo negro azabache, se dirigió hacia nosotros. El corte de su traje aumentaba su aire de autoridad y opulencia. A medida que se acercaba, me invadió una sensación de inquietud.

Alistair Lawless, o debería decir Alistair Vargas porque ése era su verdadero nombre antes de cambiárselo, se acercaba hacia nosotras con paso calmado. Él se había casado con mi madre por su dinero y su posición. Y se lo había agradecido todos estos años engañándola con múltiples amantes.

Si tuviera que adivinar, diría que mi madre decidió quedarse con él porque le daba vergüenza pedir el divorcio. Era demasiado débil.

Alcancé a ver cómo el portero se reía de mí antes de desaparecer por el pasillo a través de una puerta.

—¿Fender dice que lo atacaste? —acusó mi padre.

Resoplé.

—Bueno, Fender Bender mintió.

—Dijo que lo amenazaste con matarlo con fuego —Mi padre me observó con curiosidad—. No sabía que poseías magia elemental.

—No es así.

Me mostró una sonrisa fría y engañosa.

—Así que robas hechizos y finges que eres capaz de hacer magia. Típico. Y no puedo decir que me sorprenda en absoluto. Siempre fuiste muy buena fingiendo.

—Me importa una mierda lo que pienses de mí.

—Katrina —siseó mi madre—, no le hables así a tu padre.

Mi padre levantó la mano.

—No pasa nada, cariño. Siempre fue maleducada y falta de modales. Eso es lo que les pasa a los que no saben hacer magia. Se vuelven amargados y envidiosos de los que brillan con ella. Ella es simplemente una tonta. En el reino animal, los lobos suelen matar a sus crías débiles o discapacitadas.

Ya había tenido suficiente de él.

—Jódete.

Mi madre jadeó y se tapó la boca con las manos, pero mi queridísimo papá temblaba de rabia. Tenía los ojos en blanco y parecía que se le iban a salir.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el encendedor mientras esperaba a que él diera el primer

paso. Puede que fuera una idiotez decir lo que dije, pero ya me tenía harta. Si intentaba algo, le devolvería fuego. Sí, él era poderoso. Muy poderoso.

Pero yo también.

Alistair recurrió a las energías que le rodeaban. El aire bajó unos grados, así que sabía lo que venía después.

—Alistair, no —le suplicó mi madre, lo que le sirvió para ganar otros tantos puntos.

Pero yo había insultado al rey. Y ahora tenía que pagar el precio.

Mi padre invocó su poder. Sabía que podía desviar fácilmente una bola de fuego.

Pero yo iba dos pasos adelante.

Pulsé el encendedor y salió fuego. Y un hilo de fuego salió disparado, no a Alistair, sino a la enorme lámpara de araña que estaba sobre nosotros.

El candelabro estalló en llamas y luego se apagó.

Dejándonos en penumbra.

Verás, esas casas antiguas no tenían muchas ventanas ni luz natural. Eran oscuras, con pesadas cortinas. Así que si quitabas una fuente de luz, lo más probable era que te quedaras en sombras.

El estallido del candelabro dejó a mi padre temporalmente aturdido.

Era todo lo que yo necesitaba.

Recurrí a las sombras que me rodeaban, juntándolas con fuerza, y luego las solté.

Una cuerda hecha de sombras salió disparada y se enroscó en el cuello de mi padre antes de que pudiera reaccionar.

Su expresión era de pánico mientras daba puñetazos y jalaba desesperadamente, intentando quitarme la cuerda.

Su rostro se tiñó de un feo tono rojo antes de caer de rodillas.

Y entonces jalé más fuerte.

Las cuerdas de mi sombra se apretaron alrededor de su cuello.

—¿Cómo se siente?

Mi padre se agarró desesperadamente la garganta, intentando quitarme la cuerda de sombra, pero no pudo. Él no conocía esta magia. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

Mi magia umbra.

—¡Kat! ¡Para! ¡Lo estás matando! —gritó mi madre, aunque me miraba fijamente, no con miedo, sino con... ¿reconocimiento? ¿A qué venía eso?

Si yo fuera como mi padre, lo habría visto morir con una sonrisa. Pero yo no era una imbécil. Aunque se lo merecía.

Con un suave tirón de mi voluntad, solté mis sombras, y mi cuerda de umbra se disolvió en niebla.

—¡Tú! —jadeó mi padre, con una mano en su garganta—. ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera de mi casa! ¡Y no vuelvas nunca más!

Miré a mi madre mientras respondía.

—No te preocupes. No lo haré.

Y dicho eso, me fui.

CAPÍTULO 15

Herir físicamente a un miembro de tu propia familia no te deja una sensación agradable en el interior. Me inundaban emociones contradictorias, sobre todo de rabia y asco hacia mí misma por haber perdido el control.

Sí, lo sé. Lo más probable es que mi padre me hubiera matado esa noche en la cena como parte de un espectáculo para sus invitados. Era cruel. Psicótico. Demente.

Yo no *quería* ser como él. No era para nada como él. Ni siquiera me parecía a él.

Sin embargo, en el fondo, una parte de mí sentía satisfacción, casi orgullo, por haberme enfrentado a mi padre maltratador. ¿Era realmente capaz de tanta violencia? ¿Me estaba volviendo como él? La idea me revolvía el estómago.

Pero yo no era como él.

El hecho de que lo dejara vivir lo demostraba.

Aun así, quería hablar con alguien que me entendiera. Y solo cuando vi la gran granja blanca y el granero rojo me di cuenta de que esa persona era Dash.

Lamentablemente, no estaba en su casa. Y después de una llamada telefónica y un mensaje de texto sin respuesta, emprendí el camino de vuelta a la casa para enfrentarme a mi tía.

Era hora de hablar con ella. Hora de contárselo todo.

—Lo siento. Lo intenté —dije cuando estuve dentro de la casa y me dirigí a la cocina. También había decidido sincerarme y contárselo todo: desde la negativa de la alcaldía a aceptar el dinero de Orik hasta la negativa del jefe de la mafia a romper nuestro contrato y, por último, mi último intento de sacarle dinero a mi madre, que sólo terminó en una agresión a mi queridísimo papá.

Me había ido sin un centavo a mi nombre.

Me sorprendió lo emotiva que era mi voz. No estaba acostumbrada. Parpadeé, sólo entonces me di cuenta de que mi tía no iba vestida con sus habituales colores brillantes.

—¿Por qué estás vestida toda de negro?

Mi tía estaba encorvada ante mí sobre su bastón, envuelta en un vestido negro, un marcado contraste con su vibrante vestuario habitual. Llevaba el pelo teñido de morado bajo una boina negra. Sus ojos, normalmente brillantes y vivaces, estaban ahora abatidos y tristes. La tela negra le quedaba holgada, acentuando sus hombros caídos y su aspecto demacrado.

—Estoy de luto.

Saqué mi encendedor y lo dejé sobre la encimera de la cocina, dándole un golpecito como agradecimiento.

—¿Quién murió?

Mi tía miró a su alrededor.

—Este lugar. Esta casa. Tu hermano va a destrozarla hasta que no quede nada. Está muerta.

La culpa me golpeó con fuerza.

—Todavía no. Aún hay tiempo para pensar en algo. —Podía ir a ver a Helen, la alcaldesa de Moonfell, y rogarle que nos diera una prórroga para la transferencia de la escritura de compraventa. Y si eso no funcionaba, encontraría la forma de entrar en la base de datos de registros de la alcaldía y alteraría los registros yo misma. Sí, violaría la ley por mi tía. Ya me ocuparía de las consecuencias más tarde.

No me iba a rendir todavía. No lo haría.

Mi tía me miró con dureza.

—Nunca te pedí que fueras a ver a tus padres.

Fruncí el ceño, sorprendida por sus palabras.

—¿Por qué dices eso? No puedo dejar que Brad destruya esta casa. Y si eso significa que tengo que mendigarle dinero a mi madre, lo volveré a hacer sin pensarlo.

Mi tía suspiró, parecía cansada.

—No quería que te hicieran daño. ¿Y si tu padre te hubiera hecho algo mucho peor que el hechizo de la trampa de pesadilla? Pudo haberte matado, Kat.

—Pero no lo hizo. —Más bien al revés. Y ahora él y mi madre se habían enterado de mi inusual fuente de magia. No estoy segura de lo que mi padre haría al respecto. Odiaba que lo desafiaran. Mi madre ya le habría dicho la razón de mi visita. Conociéndolo, haría todo lo que estuviera en su poder para evitar que volviera a casa de mi tía. De eso, estaba segura.

—Tomará represalias —dijo mi tía al cabo de un momento—. Irá a por ti. Te pondrá en tu sitio, ese tipo de cosas. Eso es lo que hace. Enviará a Brad o a alguien más para hacerte daño.

Me lo imaginaba.

—Puede intentarlo.

—Y lo *va* a intentar. —La preocupación apareció en el rostro de mi tía—. Se ha vuelto increíblemente fuerte con el tiempo. No puedo entenderlo, pero su magia ha crecido de una manera que no parece natural.

—Estoy muy segura de que paga por sus hechizos. —Con la fortuna de mi madre.

—Sí. Seguro que lo hace. Pero es un brujo despiadado sin moral.

—Un malvado bastardo —dije—. Adelante. Puedes decirlo.

—Hay cosas peores que los malvados bastardos —dijo mi tía—. Y tu padre lo es.

A cualquier otra persona le parecería absurdo que tu propio padre te buscara para darte una paliza, pero a mí no. Justamente sabía que él era capaz de eso.

Pero él no conocía *mi* magia. Aunque se la había revelado, era sólo una muestra de lo que podía hacer. De lo que yo podía hacer.

Así que, yo digo, que venga. Yo lo estaré esperando.

Mis ojos se posaron en mi tía. Odiaba verla tan abatida, derrotada y aterrorizada. Parecía que quebrantar la ley iba a ser mi única opción para salvar la casa.

—Necesito un favor —le dije, sabiendo que si mantenía su mente ocupada con una tarea, dejaría de revolcarse en la desesperación por un rato.

Mi tía junto las manos sobre su bastón y se inclinó hacia delante con curiosidad.

—¿Qué clase de favor?

Sonreí al ver la chispa renovada en sus ojos.

—Uno que requiere tu talento *especial* —respondí y me di cuenta de lo mucho que sonaba como Orik.

Mi tía se encogió de hombros.

—¿Y? Al grano.

Agarré un taburete de la isla de la cocina y me senté.

—Bueno. Estaba pensando...

—Pensar es bueno.

—Dijiste que para matar al demonio buer, hay que matar al invocador. ¿Verdad?

—Así es.

—Pero sin saber *dónde* estará el invocador, no tiene sentido.

Mi tía se ajustó la boina.

—Sí. Tengo la sensación de que estás a punto de compartir algo importante.

El pulso me latía de emoción.

—Si has podido rastrear el origen de la grieta hasta donde el demonio entra en nuestro mundo, creo que encontraremos al invocador. Tiene que estar cerca. ¿Verdad? Si este buer se controla como un golem, necesita órdenes e instrucciones. No pueden hacerlo a kilómetros de distancia. Si podemos localizar la grieta en el Velo, encontraremos al invocador.

Mi tía me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Y me necesitas para conjurar un hechizo de rastreo?

Reflejé su sonrisa con la mía.

—Así es. ¿Puedes hacerlo? ¿Conoces algún hechizo que pueda señalar que hay una grieta en el Velo? Si no, se lo pediré a Annette...

Mi tía golpeó con su bastón, haciendo que el suelo de madera vibrara bajo mis pies.

—¿Quién te crees que soy? Claro que puedo hacer ese hechizo. —Me miró—. Tengo años más de experiencia en el lanzamiento de hechizos que todas tus amigas brujas amas de casa juntas.

Sentí que un poco de tensión abandonaba mis hombros.

—¿Cuánto tardará?

Mi tía enarcó una ceja.

—¿Cuánto tiempo tengo?

Pensé en ello.

—Bueno, vi al demonio buer alrededor de las ocho de la noche cerca de Annette. Y creo que acababa de cruzar a nuestro mundo. ¿Qué te parece hasta la medianoche?

Mi tía asintió con los ojos brillantes de determinación.

—Puedo hacerlo mejor. ¿Qué tal a eso de las diez de esta noche? Necesitaré tiempo para reunir los ingredientes necesarios y prepararme para el ritual. Creo que tengo todo aquí, en mi armario de pociones. Tráeme ese caldero grande de ahí. —Mi tía señaló el caldero de hierro que estaba encima de un gran aparador de roble.

Me bajé del taburete y me dirigí hacia el aparador.

—Sí, señora.

—¿Qué harás cuando encuentres al invocador? —preguntó mi tía mientras yo transportaba el pesado caldero hasta la cocina.

—Si logro convencerlo de que destruya al demonio o lo envíen de vuelta al infierno, no tendré que matarlo —respondí—. Y si logramos detener al invocador, puede que por fin obtengamos algunas respuestas sobre por qué están haciendo esto. Después, dejaré que Blake se ocupe de él. Está convencido de que son Los Renegados.

—Tengo que darle la razón —dijo mi tía.

Sacudí la cabeza.

—No estoy tan segura.

—¿Por qué dices eso? —Mi tía agarró un frasco del gabinete y se acercó al caldero. Vertió algo que parecía sangre en el caldero y luego volvió cojeando al armario de las pociones.

Me apoyé en la encimera de la cocina, sabiendo que mi tía sólo se frustraría si me ofrecía a ayudar cuando ella no me lo pedía, así que no lo hice.

—Un presentimiento.

—¿Un presentimiento? —Mi tía equilibró dos recipientes de cristal sobre su brazo izquierdo y volvió a la cocina—. ¿Eso se considera un buen trabajo de investigador? ¿Presentimientos?

—Ja. Ja. Sabes lo que quiero decir. Los asesinatos se sienten extraños. Como si no los hubieran planificado. Los Renegados son organizados. No hacen las cosas sin pensarlas primero.

—Los Renegados son unos bastardos malvados. No intentes meterte en sus cabezas. Podrías quedarte atascada.

—Simplemente no lo veo como ellos. —Suspiré mientras mi tía esparcía algo parecido a tierra en su olla—. ¿Eso es tierra de una tumba?

—Las cenizas de una bruja oscura. Es lo único lo suficientemente poderoso para rastrear una debilidad en el Velo.

Me estremecí.

—Qué asco. Espero que hayas tenido su consentimiento.

Mi tía vertió todo el contenido de otro tarro con líquido amarillo.

—¿Qué piensa Dash? ¿Le has preguntado?

Oír su nombre me hizo estremecer el pecho.

—Me lo encontré en la alcaldía. ¿Dónde consigues cenizas de bruja hoy en día? ¿Estuviste en Tombstone? —Era la única zona probable donde mi tía podía conseguir ingredientes tan horribles.

—Sí, le dije dónde estabas —dijo mi tía, evitando por completo mi pregunta.

—Lo sé. El cariño de mi tía por Dash no era ningún secreto, y el hecho de que él se presentara en su puerta esta mañana probablemente le encantó.

—Él me dijo que no sabía si eran Los Renegados.

Mi tía me miró fijamente.

—¿Le crees?

Por extraño que parezca, le creí. Pero no podía deshacerme de la sensación de duda que persistía en mi mente. A pesar de que mi instinto me decía lo contrario, me encontré respondiendo con una extraña certeza.

—Sí. No mentía sobre eso. Quería preguntarle sobre el demonio buer. Parece que sabe mucho al respecto, pero cuando terminé con lo del alcaldía, se había ido. Y hubo dos muertes más —dije, dándome cuenta de que había olvidado incluir esta parte de mi relato matutino—. Dos adolescentes en Moonfell Heights. Murieron de la misma forma que la camarera Jessie.

Los hombros de mi tía se hundieron y la tristeza se extendió por su rostro.

—Qué horrible que esos jóvenes tuvieron que morir de esa manera.

En mi mente apareció una visión de los cuerpos destrozados, pero lo aparté rápidamente.

—Por eso tenemos que encontrar al invocador antes de que esto se nos vaya de las manos. —Se me ocurrió algo—. ¿Es posible que Los Renegados hayan invocado a este demonio buer, y que no esté siguiendo sus órdenes?

—Es poco probable. Su único propósito es obedecerle a su amo.

Me crucé de brazos mientras pensaba más en eso.

—No. O sea, todos hemos escuchado las historias de brujos oscuros invocando demonios y

cómo sus súbditos se ponían en contra de ellas. ¿Y si eso es lo que está pasando ahora? ¿Y si el invocador la cagó?

—Cuida el vocabulario.

—Si el invocador perdió el control de su criatura... Eso explicaría probablemente lo salvajes y desenfocados que son los asesinatos. —A medida que las palabras salían de mi boca, casi tenía sentido. Invocar demonios era un asunto peligroso. La mayoría diría que era tonto. Y yo había sido una tonta en mis años de juventud cuando intenté hacer precisamente eso y terminé quemando mi apartamento. Por lo que recuerdo, una sola palabra equivocada, una runa poco clara, podía abrir la puerta al demonio que intentabas controlar.

—Si tienes razón, es mucho peor de lo que pensábamos. —Mi tía murmuró unas palabras inaudibles y vertió el contenido de un frasquito en su caldero. Se inclinó hacia atrás justo cuando sonó un fuerte estallido y una nube de niebla amarilla se elevó antes de desaparecer.

Arrugué la cara ante el hedor a podredumbre que salía de su caldero.

—¿Por qué?

Mi tía continuó revolviendo el contenido.

—Significa que tenemos un demonio asesino entre nosotros que no puede ser controlado, ni siquiera por su propio invocador.

Mierda. Tenía razón.

—¿Eso arruina mi plan? —Era el único plan que se me ocurría. Sin saber dónde aparecería el demonio buer, nunca lo encontraría antes de que matara más vidas inocentes. Podría aparecer en cualquier parte.

Mi tía apretó los labios hasta que desaparecieron por completo.

—Eso complica las cosas. Pero tendremos más posibilidades de destruir al demonio al rastrear al invocador. Todavía es probable que haya un vínculo entre ellos. Como una marca, por así decirlo.

No estoy segura de lo que quería decir con eso, pero estaba tan segura que decidí seguirle el juego.

No pude evitar pensar en la gravedad de la situación. Nos enfrentábamos a un demonio imposible de controlar que estaba causando estragos en vidas inocentes. Sentí la gran responsabilidad de ponerle fin a esta pesadilla, entre todas las demás cosas que estaban ocurriendo simultáneamente. Tendría que encontrar tiempo para saldar cuentas con la casa de mi tía.

—¿Qué aspecto tiene esta marca? —pregunté, preguntándome si una vez que el invocador lo llamaba se quedaba con él para siempre. ¿Dash tenía una marca? ¿Lo marcaron Los Renegados?

Mi tía soltó una carcajada y el sonido tétrico resonó en la cocina.

—En el reino de la invocación de demonios, siempre hay una marca, una manifestación del pacto que el invocador ha hecho con la bestia. Es parte del trato, el precio que pagan por el poder que buscan. Y, de algún modo, siempre es visible para el ojo entrenado. Puede ser algo tan sutil como una leve cicatriz o tan evidente como un emblema ardiente grabado en la piel, pero está ahí a la vista. —Mi tía me lanzó una mirada—. ¿Por qué? ¿Por qué tienes tanta curiosidad por la marca? ¿Tiene algo que ver con Dash?

Demonios, esta vieja era astuta.

—No. Sólo quiero conseguir toda la información que pueda antes de entrar en batalla. Ya sabes... conocer al enemigo.

—Hmmm. —Otro fuerte estallido resonó en la habitación. Los ojos de mi tía se abrieron de par en par cuando una niebla amarilla salió del caldero, ocultando momentáneamente su figura.

—Huele delicioso. —Me reí.

—Huele como los pies de Lucifer. Pero servirá.

Me eché a reír.

—Viejita asquerosa.

Me apuntó con la espátula.

—Y no lo olvides.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué.

Annette: Por favor, ven.

—¿Es Dash? —Mi tía me miró por encima del hombro, y odié la preocupación en sus ojos, preocupación por él.

—No. Es Annette. Lleva todo el día intentando convencerme de que vaya a su casa a cenar.

—Deberías ir. —Mi tía removió lo que había en su caldero—. Es una bruja simpática. Aunque no estoy muy segura de sus amigas. Especialmente la zorra rubia.

Me golpeé la frente con la palma abierta.

—Creo que iré a tomar unas copas con la zorra.

Mi tía resopló en su caldero, y me alegré de verla sonriente y no abatida como cuando había entrado por primera vez.

Rápidamente le envié un mensaje a Annette.

Yo: Allí estaré.

De todos modos, necesitaba matar el tiempo. Para cuando termináramos de cenar, el hechizo de rastreo de mi tía estaría listo.

Y el invocador sería mío.

CAPÍTULO 16

—Eres mi galleta —dijo Elsie entre risas. Era la niña de cuatro años con las mejillas redonditas y los mechones dorados en espiral más bonitos que jamás haya visto—. Tú. —Me lanzó una galleta de chocolate con cara de gato, tres ojos y sin boca.

—Sí. Es un gato. Como mi nombre *Kat*. —Le sonreí a la niña y agarré la galleta que me ofreció. Para ella, mi nombre y un gato eran básicamente lo mismo. Todo lo que sabía, es que ella pensaba que yo *era* un gato.

—Basta de galletas, Elsie. Kat no se comerá la cena. —Annette espantó a su hija menor y la llevó a la sala de estar, donde el resto de las hermanas se reunían alrededor de su padre lobo, Liam, que estaba acostado frente al televisor.

Me reí cuando Elsie saltó por encima de su padre y aterrizó con las rodillas en sus costillas.

—Dios, es una lindura —dijo Tilly, dándole un sorbo a su vino—. La niña perfecta.

Le di un mordisco a mi galleta, que estaba sorprendentemente húmeda y muy buena.

—¿Quieres tener hijos?

Tilly resopló.

—Dios, no. ¿Y arruinar este delicioso cuerpo? —se frotó una mano por su costado muy despacio.

Cristina soltó una carcajada y se metió una aceituna kalamata en la boca.

—Hablas de tu cuerpo como si fuera un pedazo de pastel de queso.

—No ,un pedazo no cariño, todo el pastel —respondió Tilly con una sensual sonrisa.

Annette había tenido cinco hijas, y yo pensaba que tenía un cuerpo estupendo. Pero me lo guardé para mí.

Hablando de la bruja, volvió, miró a sus amigas y preguntó en voz baja:

—¿Así que fuiste a Tombstone a ver al tal Urik? ¿Cómo es?

Rayos. Me preguntaba cuándo saldría esto.

—Es Orik. Y, sí, lo hice.

—¿Y? —Tilly se inclinó hacia adelante—. ¿Está tan bueno como he escuchado? Dicen que es muy sexy. Es un hada. ¿No es así? Las hadas son *excelentes* amantes. Créeme.

Le creí.

—Y probablemente un asesino. —Pero también era un padre.

Annette echó la mano hacia atrás y se hizo un nudo en el moño de la parte superior de la cabeza.

—No puedo creer que fueras allí sola. ¿Por qué no nos dijiste? Te hubiésemos ayudado.

Encogí mis hombros. Por eso no tenía muchos amigos. No podía soportar la forma en que

todas me miraban como si yo fuera patética. Débil.

Una parte de mí quería irse de allí. Pero clavé los pies en el suelo y soporté la humillación. Sabía que sólo intentaba ayudar. Pero eso tampoco significaba que tuviera que gustarme.

—Porque eso era un asunto privado —empecé, viendo los ojos de las tres brujas clavados en mí con cada palabra que decía—. No quería que nadie supiera de nuestros... mis problemas de dinero. Yo soy la responsable. Necesito salir de esto.

—¿Pero por qué Orik? ¿Por qué no le pediste un préstamo al banco? —Cristina se echó otra aceituna a la boca—. Conozco a André. Es el responsable financiero del Banco Moonfell. Él puede ayudar.

Sacudí la cabeza y tragué el resto de mi galleta.

—El banco se negó. Digamos que fui a ver a Orik sólo como última opción. ¿Pero de qué sirvió? La alcaldía rechazó el dinero. —No quería entrar en demasiados detalles. Cuanto menos supieran de mi vida personal, mejor.

Annette maldijo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¿Dijiste que tu hermano derribaría la casa? —añadió Cristina.

Empecé a sentirme incómoda con tanta charla sobre mis problemas.

—Ya lo resolveré. —Aparté la mirada y agarré mi copa de vino, esperando que se dieran cuenta y dejaran el tema.

—Nos enteramos de los otros —dijo Cristina, aparentemente entendiendo mi lenguaje corporal para cambiar de tema—. De los otros asesinatos.

Como Liam era el mejor amigo de Blake, no me sorprendió que las brujas lo supieran.

—¿Quiénes eran? —Tilly se metió una tortilla en la boca—. Blake no me lo dirá.

Encogí los hombros.

—Sólo un par de adolescentes que se encontraban en el camino del demonio.

—¿Así que crees que es el mismo demonio? ¿El buer? —Annette me observaba atentamente, como si intentara leerme la mente.

No parecía tan aterrorizada y alterada como antes. Supuse que si el demonio estaba matando a otros lejos de su casa, sus hijas estaban a salvo... o al menos no en el radar del monstruo.

—Sí, lo creo. —Tomé otro sorbo de vino—. Sólo que no sé por qué. Pero espero saberlo esta noche.

—Oooh. ¿Vamos a cazar demonios esta noche? —Tilly se metió otra papa frita en la boca y masticó ruidosamente. Me pregunté si ese era mi aspecto cuando masticaba mis chicles de nicotina.

—No sé nada de ninguna cacería —dije—. Pero mi tía está trabajando en un hechizo de rastreo que debería estar listo esta noche.

—¿Para rastrear al buer? —preguntó Cristina, asintiendo para sí misma como si lo supiera todo sobre el rastreo de demonios.

—Más bien al invocador. —Expliqué la conexión con el demonio y su amo, así como por qué debería funcionar el hechizo de rastreo.

—Voy contigo —anunció Annette, con el rostro fiero como si luchar contra ese demonio fuera a proteger de algún modo a sus hijas.

—Yo también —añadió Cristina mientras miraba a Tilly, quien encogió sus hombros.

—¿Qué? —Tilly se rio—. Sabes que me apunto. Pero lo que quiero saber es... —Ella se inclinó más cerca—. ¿Qué pasó con el tipo medio desnudo que vimos en tu porche?

—Aaah. Yo también. Escúpelo —ordenó Annette, con una enorme sonrisa en la cara—.

Estaba bueno.

—Muy sexy —añadió Tilly con un guiño.

Mierda. No quería hablar de Dash. Cuanto menos supieran, mejor para mí.

—No pasó nada. Es sólo un amigo.

—Ese rubor en tu cara dice lo contrario —se burló Tilly.

—¿Un amigo con derecho? —preguntó Cristina.

—Esos son mis favoritos. —Tilly se bebió lo que quedaba de vino y se sirvió otra copa generosa.

No estaba segura de qué era Dash para mí o qué era yo para él, pero cada vez me inclinaba más por «amigos».

¿En qué estoy pensando? Dash no podía ser mi amigo. No podía ser nada. Era miembro del equipo equivocado. Era del lado oscuro. Pertenecía a Los Renegados.

Mierda, ¿por qué tenía que ser tan complicado? ¿Por qué no podíamos ser enemigos y dejarlo así?

—Hablando de favoritos —anunció Tilly, y todas giramos la cabeza en la dirección que ella miraba.

El jefe de Moonfell entró en casa de Annette como si fuera el dueño del lugar o, más bien, como si estuviera aquí todo el tiempo. Nos dirigió una mirada antes de dirigirse directamente a la sala para saludar a Liam. Elsie le rodeó la pierna con sus pequeños brazos y se quedó pegada a ella como si se hubiera abrochado a sus pantalones.

—Hola, jefe —ronroneó Tilly a modo de saludo, echándose su larga melena rubia por encima del hombro.

Blake sonrió con orgullo ante el tono coqueto de Tilly antes de voltear hacia Liam. Se saludaron con la cabeza antes de entablar una conversación en voz baja. Probablemente sobre los recientes asesinatos. Liam también era un hombre lobo. Tal vez Blake necesitaba su opinión sobre algo.

Blake también había exigido estar allí cuando estuviera lista para enfrentarme al demonio. Lamentablemente, había accedido. Supongo que iba a tener que divulgarle mis planes. Como jefe, tenía derecho. Como hombre lobo idiota, no.

Annette sirvió otra ronda de vino para todas menos para Tilly, cuya copa estaba llena hasta el borde.

—Entonces... —empezó Tilly, apoyada en el mostrador con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Ya sabía a dónde iba esto, pero de todos modos fingí no saber de qué estaba hablando.

—¿Entonces qué? —pregunté despreocupadamente, tomando un sorbo de vino.

—Entonces... ¿cuándo vamos a conocer a este tipo? ¿Cómo se llama? —Los ojos de Tilly brillaron con picardía.

—Dash —respondió Annette con una sonrisa.

Suspiré.

—No pasa nada —dije en voz demasiado alta cuando vi que Blake miraba en nuestra dirección.

—Pero te gustaría que pasara —se burló Tilly—. Admítelo. Quieres brincarle encima. Demonios, a mí me gustaría brincarle encima.

—¿A quién le queremos brincar encima? —Blake apareció en la cocina, aunque yo no lo había visto ni oído llegar.

Los ojos de Tilly se dirigieron a los míos antes de mirar a Blake.

—Tuyos, por supuesto. —Se rio, aunque yo sabía que lo decía en serio.

—Claro. —Blake le dedicó la misma sonrisa confiada de «puedo meterte en la cama en cinco segundos» que les dedicaba a todas las mujeres.

Siguió un silencio incómodo, y Tilly parecía que sí tenía ganas de brincarle encima a Blake, algo así como Elsie había hecho, pero con diferentes motivos.

—¿Te ofrezco algo de beber, Blake? —preguntó Annette, cortando el silencio.

—Una cerveza sería genial.

Annette sonrió y se dirigió a la nevera.

—¿De qué me he perdido? —preguntó el gran hombre lobo. Cuando lo miré, me di cuenta de que me estaba dirigiendo la pregunta a mí.

—No te has perdido de mucho —respondí, preguntándome por qué me lo preguntaba.

El imponente hombre lobo me observó por un momento.

—Parece que estás planeando algo.

—¿Sí? —¿También era vidente? Me puse una mano en la cadera—. Pues no.

—¿De verdad? ¿Te olvidaste de nuestra cita de esta noche? —Blake había perdido la sonrisa. Sabía exactamente a qué se refería.

—¿Van a tener una cita? —La cara de Tilly se apagó. También lo hizo su sonrisa. Al principio, parecía desconcertada, pero luego su cara cambió. Y cuando me miró, fue como si me hubiera pillado en la cama con su marido.

Levanté una mano.

—Eh... no hay ninguna cita. —¿Era tan tonto como grande? ¿No podía ver lo que le estaba haciendo a Tilly? ¿No sabía que ella estaba enamorada de él?

—Sí, la hay —insistió Blake, completamente ajeno a la reacción de Tilly. O tal vez simplemente no le importaba—. Esta noche. Me dijiste que sí a esta noche.

La cara de Tilly cambiaba de color por segundos, y ahora Cristina me miraba con el ceño fruncido. Fantástico.

Miré a Tilly.

—No es lo que piensas. No es una cita de verdad. —Mierda. Ni siquiera debería haber dicho la palabra *cita*. Iba a estrangular al jefe.

Noté una visible liberación de tensión por parte de Tilly ante mi comentario. Genial. Hasta aquí todo bien.

Pero cuando el gran idiota extendió la mano y me tocó el brazo —con suavidad, con una mirada ardiente que no debería haber estado allí—, el cuerpo de Tilly se puso rígido y se marchó furiosa.

—¿Están bien tú y tu tía? —preguntó Blake, completamente ajeno a lo que acababa de hacer, a cómo había herido a Tilly.

Le aparté la mano de un manotazo.

—Bien hecho. Eres un verdadero idiota. ¿Lo sabías?

El jefe encogió los hombros.

—¿Qué?

—Eh... ¿qué está pasando? ¿Qué le pasa a Tilly? —Annette le entregó a Blake su cerveza, con los ojos puestos en su amiga que se alejaba.

—Blake —refunfuñé, aunque por la expresión confusa de la bruja me di cuenta de que se había perdido el espectáculo.

El jefe le dio un sorbo a su cerveza.

—A mí no me mires. Yo no he hecho nada.

Mi mirada se dirigió a Cristina, que era la única que había visto el intercambio, pero ella también me miraba como si hubiera coqueteado a propósito con el jefe para herir a Tilly.

Maravilloso. Debí quedarme en la casa.

Cuando conocí a Blake, por un momento fugaz, una pequeña parte de mí albergó la idea de tener una cita con el jefe del pueblo. Pero a medida que nos íbamos conociendo, se hizo evidente que su forma de ser tradicional y alfa chocaba con mi personalidad independiente y decidida. Y en cuanto me enteré de que Tilly estaba enamorada de él, cualquier idea romántica se desvaneció de inmediato. Además, no podía quitarme la sensación de que aún quería encerrarme en cualquier momento por mi negativa a entregarle a Dash.

Annette me miró. Salpicaduras de salsa de tomate manchaban su blusa.

—La cena está lista. La lasaña tiene que enfriarse un poco, pero todo el mundo puede sentarse —anunció con un tono de voz un poco más alto.

Todas las niñas se levantaron del suelo de la sala y corrieron hacia la mesa del comedor como una manada de cachorros de lobo hambrientos, su padre las seguía a paso perezoso. Todas tomaron asiento sin rechistar. Incluso la pequeña Elsie sacó una silla y se sentó en ella.

Sonreí, aunque cada vez me sentía más incómoda. No estaba acostumbrada a cenar con gente paranormal. Era socialmente torpe. No tenía sentido negarlo. Antes, usaba mis cigarros como excusa siempre que necesitaba un descanso y podía alejarme de las reuniones sociales. Pero había dejado ese hábito.

Me acerqué a la mesa del comedor. Cristina agarró una silla en medio de la mesa y se sentó, mirando a todas partes menos a mí.

Dudé un momento, sin saber dónde sentarme. Era el momento incómodo en el que no querías sentarte en el sitio habitual de alguien. Esperaba que Annette me dijera dónde quería que me sentara, pero la bruja se limitaba a mirar la mesa, moviendo los labios como si estuviera contando.

Observé la mesa. La mesa era sencilla, pero tenía cierto encanto. En el centro había un gran plato de lasaña, rodeado de seis botellas de vino. Cada lugar estaba marcado con un mantel individual diferente. Las copas variaban en altura y material, algunas de plástico con diseños de personajes de Disney descoloridos, la mayoría princesas.

—¿Nos falta una silla? —dijo Annette, rascándose la cabeza—. Traeré una silla plegable del patio. Desapareció justo cuando estaba a punto de ofrecerme voluntaria para traérsela. Cualquier cosa con tal de alejarme de la mirada de Tilly.

Blake se sentó al lado de Liam, e incluso antes de que su trasero tocara la silla, ya había llenado su plato con una generosa ración de lasaña.

Annette apareció instantes después con una silla que apretó junto a la de Ella en el otro extremo de la mesa.

—¿Dónde está Emily? —preguntó Annette, con las manos en las caderas mientras miraba rápidamente a sus hijas.

—A quién le importa —dijo Ella—. Posiblemente esté llorando en su habitación como un bebé otra vez.

—No soy un bebé —se hizo eco Elsie, sacudiendo la cabeza.

Annette suspiró.

—Voy a ver cómo está. Kat, por favor, siéntete como en casa. —La madre de cinco niñas salió del comedor y subió las escaleras hasta el segundo piso, donde estaban los dormitorios de sus hijas.

Se me encogió el corazón al pensar en Emily llorando por los acosadores del colegio. Yo

tenía mucha experiencia con esos abusadores. Diablos, hasta me consideraría una experta. Quería ayudar, pero sabía que no era asunto mío.

No pude evitar fijarme en Tilly, sentada en una silla alejada de Blake, lo más lejos posible de él. Había perdido esa chispa que tanto me gustaba de ella. Parecía... parecía herida.

Maldito hombre lobo.

Mi círculo de amigos era limitado en el mejor de los casos, y Tilly había demostrado ser una bruja capaz y una amiga. La necesitaría de nuevo si planeaba quedarme en Moonfell por un tiempo. Y así era.

De alguna manera, tenía que arreglar esto. Y para hacerlo, tenía que salir de mi zona de confort y hablar con ella.

Sin embargo, la idea de abrirme a ella me hacía sentir vulnerable, algo que odiaba. Era una decisión conflictiva e incómoda, pero sabía que tenía que tomarla.

Fui hacia ella.

—¿Tilly? No pasa nada...

La bruja se levantó y pasó a mi lado, ignorándome por completo, y se sentó en la silla junto a Cristina, en el lado opuesto de la mesa.

Me encogí por dentro. Hubiera preferido una bofetada.

Perfecto. Saqué una silla y me dejé caer en ella. Esta iba a ser una cena *maravillosa*.

Debí quedarme en mi casa.

CAPÍTULO 17

Para cuando terminó la cena, estaba hecha un desastre sudando por todas partes. Sudor de estrés. Sudor de tensión, como quieras llamarlo, mis axilas nadaban en él.

Después de otro intento fallido de hablar con Tilly cuando los machos se reunieron en la sala, dejándonos a las hembras solas para hacernos cargo de los platos, decidí que ya había sido suficiente.

No podía hacer mucho. Si ella no quería hablar conmigo, era su problema. Yo no le había hecho nada, y era demasiado vieja para andar por ahí tratando de complacer a todo el mundo. Al diablo, yo nunca complacía a nadie.

Salí del porche de Annette, contenta de que el aire fresco de octubre refrescara mis mejillas acaloradas, y caminé hacia la casa de mi tía. Estaba deseosa de poner en marcha el hechizo de rastreo. Mientras más rápido descubriera al invocador y derrotara a su demonio, mejor nos iría a todos.

—No olvides llamarme cuando estés lista —me había dicho Annette mientras me calzaba las botas.

—Claro.

—Yo también quiero estar allí —gritó Blake desde la sala, donde Elsie le cepillaba el pelo con un peine de muñeca.

—Sí. —Lo último que quería era tener a Blake en cualquier lugar cerca de mí si Tilly estaba allí también. Pero no esperaba que ella estuviera allí esta noche.

Suspiré y caminé más rápido. Tenía que enfocarme en encontrar al invocador de demonios. Puede que incluso tuviera que matarlo. Sí, sonaba un poco extremo. Pero no creía que vendría conmigo de buena gana. Por otra parte, si era un miembro de Los Renegados, nuestras vidas no significaban nada. Sería mejor librar al pueblo de ese invocador.

Estaba tan pensativa que no lo vi hasta que lo tuve delante de mis narices.

Allí, al pie de los escalones del porche de mi tía, alguien me impedía el paso.

¿Alguien? Una figura envuelta en una pesada capa negra se enfrentó a mí.

La figura era un poco más alta que yo y su rostro estaba oculto bajo la capa.

Me reí.

—¿Dash? ¿Eres tú? ¿Quieres que me dé un infarto? —Me preguntaba cuándo aparecería. Mi corazón se paralizó un segundo. No estaba segura de que me gustara el efecto que tenía en mí—. ¿Dash?

Mantenía el rostro oculto bajo la capa, y cuanto más tiempo permanecíamos allí, más rápido me daba cuenta de que tal vez *no* se trataba de Dash.

Una descarga de energía crepitó en el aire y una oleada de oscuridad salió disparada de las yemas de los dedos de la figura.

—Bueno, Dash no.

La figura se retiró la capucha.

—Definitivamente no eres Dash.

Su rostro estaba desgastado y cansado, con rasgos afilados que sólo podían describirse como masculinos. El pelo largo le caía grasiento hasta los hombros, claramente necesitaba de un lavado. Uno de sus ojos era azul, lleno de malicia y daño. El otro era pálido y estaba marcado por una cicatriz blanca que iba desde el nacimiento del pelo hasta la mandíbula, inservible. Otra ráfaga de energía recorrió el aire y me erizó la piel. Éste no era el atractivo metamorfo o lo que fuera que Dash decía que era. El olor a azufre me picó en la nariz y me hizo llorar. Estaba canalizando la magia de un demonio. De eso estaba segura.

Estupendo. Justo lo que necesitaba esta noche.

—¿Eres uno de Los Renegados?

El mago —porque eso tenía que ser— me miró fijamente durante lo que me pareció una eternidad. Su mirada inquietante sólo podía describirse como la de un «asesino en serie», aunque yo no tenía ninguna experiencia personal con ese tipo de asesinos. Estaba claro que había venido a buscarme porque había arruinado su ritual.

—¿Fuiste tú quien me envió esa tarjeta? —Miré fijamente al mago.

El mago permaneció en silencio, con la mirada fija en mí. Sus ojos destrozados parecían escudriñarme, pero no de un modo sexual. Parecía más bien que estaba decidiendo qué parte de mí dañaría primero.

—¿No pudiste elegir un peor momento para aparecer?, —comenté, dándome cuenta de que estaba ligeramente desprevenida por su repentina aparición. Pero bueno, él sólo era uno y yo podía con él. ¿Cierto?

—Tienes algo que queremos —dijo de repente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué será?

El mago ladeó la cabeza y pude ver una sonrisa retorcida en su rostro.

—Tú.

Me miré y encogí los hombros.

—Me parece un poco pervertido.

—Eres un ser que no debería existir y, sin embargo, aquí estás —replicó fríamente el mago.

—Sin embargo, aquí estoy. —Apreté los puños y di un paso más hacia él—. No sabes nada de mí —le espeté.

La expresión del mago seguía siendo estoica, pero pude percibir un destello de vacilación en sus ojos.

—Sé lo suficiente. Sé *lo que* eres —dijo, repitiendo las palabras exactas de la carta. La expresión del mago era ilegible.— Alteras el equilibrio.

Me reí.

—¿El equilibrio?

Su aspecto seguía siendo serio e inmutable. Me miró intensamente durante unos instantes antes de volver a hablar.

—No es aceptable que simples brujas alteren el orden natural de nuestra especie, —dijo con severidad.

—Ahórrate tus acertijos y dime las cosas como son. —No tenía tiempo para estas tonterías.

—Es simple. Tienes algo que queremos.

Fruncí los labios.

—Déjame adivinar. ¿Mi magia? —Tomé su silencio como respuesta—. No puedes tenerla.

Los labios del mago se torcieron en una sonrisa maliciosa.

—Oh, la tendremos de una forma u otra.

Fruncí el ceño.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —No me gustaba lo seguro que estaba como si ya estuviera planeando algo. De ninguna manera podrían quitarme mi magia. ¿O sí? Había escuchado historias de brujos oscuros que drenaban el poder de otros brujos. Siempre pensé que eran rumores.

A menos que esto fuera diferente. A menos que estuvieran planeando forzarme a la sumisión.

Los ojos del mago se entrecerraron cuando levantó la mano y una oleada de poder crepitó en el aire a su alrededor.

—Nos pertenecerás —siseó, y el aire que nos rodeaba se cargó de magia. Sentía cómo aumentaba la presión, amenazando con aplastarme si no obedecía.

—No le pertenezco a nadie. —Había luchado demasiado la mayor parte de mi vida para reclamar magia real, y no iba a dejar que un mago autoproclamado me la arrebatara ahora.

Inclinó ligeramente la cabeza; su rostro se estiró en una sonrisa que hizo que se me erizaran los vellos de la nuca.

—Tú le perteneces a Los Renegados.

—Esto es lo que le digo a tus preciosos Renegados. —Le di la espalda.

La sonrisa del mago vaciló y fue sustituida por una mirada de fría furia. El aire crepitó con fuerza cuando levantó la otra mano, con energía oscura arremolinándose a su alrededor como una tormenta malévola.

—Te arrepentirás de habernos desafiado —gruñó, y su voz resonó con un eco sobrenatural.

—Así suele ser. —Me mantuve firme, recurriendo a las sombras a mi alrededor.

Con una repentina oleada de poder, el mago lanzó una descarga de energía oscura hacia mí, cuya fuerza me hizo volar hacia atrás. Me estrellé contra el suelo y el dolor me recorrió el cuerpo mientras luchaba por levantarme.

Vale, fue más rápido en el duelo de lo que esperaba. No volvería a cometer ese error.

El mago avanzó hacia mí con gracia depredadora.

—No puedes esperar resistirte a nosotros para siempre —se burló, con los ojos encendidos de cruel triunfo.

—Lo haré. —Con una mirada desafiante, canalicé mi magia umbra hacia el manantial de poder que residía en mi interior, recurriendo a las sombras a mi alrededor y creando una espada larga.

La excitación y el deseo brillaron en el único ojo bueno del mago mientras miraba mi espada de sombra recién formada, como si quisiera un trozo de ella. Como si quisiera toda mi magia.

—No dejaré que te lleves mi magia —gruñí apretando los dientes, con la voz llena de determinación.

—¿Quién dijo que puedas opinar? —se burló el mago. Murmuró algo en un idioma que no entendí. Aunque no podía comprender el idioma, la emoción que había detrás de sus palabras era inconfundible. Estaban llenas de muerte, oscuridad y deseo de destrucción.

Una neblina gris oscura brillaba alrededor de sus manos, solidificándose a medida que sus dedos manipulaban su magia demoníaca, y sus labios se movían, dándole fuerza. El aroma a azufre era fuerte, casi me ahoga.

Una oleada de energía oscura irradió del mago y unos zarcillos serpentearon hacia mí con

intención letal. Me hice a un lado, esquivando por poco el mortífero disparo que encendió en llamas el suelo donde había estado un momento antes. Apretando los dientes contra el dolor que me subía por la pierna, me lancé hacia adelante con mi espada de sombra, apuntando al flanco expuesto del mago.

Con un hábil giro de muñeca, él conjuró un escudo de energía crepitante para desviar mi golpe. El impacto me subió por el brazo y me sacudió los huesos. Pero no desmayé en mis esfuerzos. Seguí adelante, persistente en mi ataque y decidida a atravesar sus defensas.

La mirada tuerta del mago se entrecerró concentrada mientras contrarrestaba cada uno de mis movimientos con precisión y potencia. Era como luchar contra una tempestad. Cada golpe se topaba con una fuerza igual que amenazaba con abrumarme.

Pero fue más rápido de lo que esperaba y esquivó mi ataque con un rápido paso lateral. Su mano salió disparada y una ráfaga de energía negra se lanzó hacia mí.

Maldije y blandí mi espada de sombra ante mí. La magia del mago atacó, y el impacto envió ondas de choque a través de mi brazo.

Bien. ¿Quería jugar rudo? Lo consiguió.

Apretando los dientes contra el dolor, respondí con una oleada de magia umbra, enviando tentáculos de sombra que serpenteaban hacia el mago.

Los tentáculos se enroscaron alrededor de sus miembros como ataduras vivientes, atándolo con fuerza, pero, para mi consternación, se limitó a reír, con una voz llena de malicia triunfante.

—No puedes escapar de nosotros.

—¿Quién habló de escapar? —Jalé las cuerdas de mi sombra, apretándolas más, como había hecho con mi propio padre. Sí, puede que necesite terapia después de esto.

Pero el maldito mago seguía riéndose mientras yo seguía apretando. Debería estar asustado o al menos asfixiándose. Pero no lo estaba. Estaba sonriendo.

Y entonces supe por qué.

La forma del mago parpadeó de repente y empezó a desvanecerse como un holograma translúcido, sus rasgos se distorsionaron y se volvieron indistintos. Luego, con un último estremecimiento, se desvaneció en el aire.

Mis cuerdas de sombra cayeron al suelo como serpientes retorciéndose antes de estallar en una nube de niebla sombría.

Mierda.

—Buen truco. ¿Quieres contarme cómo lo hiciste? —Giré sobre mí misma, buscando al mago, pero no pude verlo.

La calle quedó en silencio, el único sonido era el susurro de las hojas al viento. Apreté con fuerza mi espada de sombra, con el corazón latiéndome con fuerza. De repente, una voz me susurró al oído:

—No puedes vencer lo que no puedes ver.

Me giré, pero no había nadie. El pánico se apoderó de mi garganta al darme cuenta de que estaba completamente expuesta. El mago tenía razón. ¿Cómo podía luchar contra él si no podía verlo?

Mierda. En este momento, la ausencia de magia blanca u oscura era una realidad frustrante. Si tan sólo pudiera conjurar algún tipo de hechizo para revelar al mago o un contrahechizo para eliminar su invisibilidad. Pero con sólo mi magia umbra, estaba jodida.

—Estoy aquí —resonó una voz detrás de mí.

Giré con mi espada y no golpeé nada más que aire.

Grité al sentir un dolor punzante en la nuca. Caí de rodillas y se me nubló la vista.

Esto había ido de mal en peor en cuestión de segundos.

La oscuridad brilló en los bordes de mi mente y sentí que mis fuerzas flaqueaban. Me había lanzado una maldición. Podía sentir su poder malévolo corriendo por mis venas como un virus, infectándome y propagándose a cada instante. Cada centímetro de mi cuerpo se sentía consumido por la maldición, como un espeso veneno que se filtraba lentamente en mi ser.

No estaba en forma para luchar contra un enemigo invisible, pero tenía que hacerlo.

Me empujé hacia arriba, lo que hizo que la cabeza me martilleara aún más. *¿Dónde está el Tylenol cuando lo necesito?*

—Deja de pelear, bruja —se burló—. No tiene sentido. Déjate llevar. Únete a nosotros. Ríndete y únete a nosotros. Abraza nuestro poder y disfruta de la adoración de los que nos temen.

—¿Es eso lo que le dijiste a Dash? Necesitas trabajar en tu tono de voz.

Apreté los dientes contra el dolor, negándome a sucumbir a la oscuridad que amenazaba con apoderarse de mí. Con manos temblorosas, concentré toda la energía que me quedaba en aprovechar mi magia umbra. La maldición se retorcía dentro de mí, pero canalicé mi poder hacia ella, intentando deshacer su dominio.

Sentí una liberación, no mucha, pero suficiente para poder ver con claridad.

Durante una fracción de segundo, la silueta del mago se hizo visible antes de desvanecerse de nuevo en la invisibilidad. No podía verle con claridad, pero ahora percibía su presencia.

Era suficiente.

Con una feroz determinación, me lancé hacia adelante, blandiendo mi espada de sombra a ciegas en su dirección. La espada chocó con algo sólido, provocando un gruñido de sorpresa en mi oponente.

—No tan invencible. ¿Verdad? Imbécil. —Jadeé. Animada por esta pequeña victoria, seguí adelante implacablemente, sin darle la oportunidad de contraatacar.

—Tuviste suerte —me dijo una voz al oído.

—¡Ah! Salté y me giré, cortando el aire con mi espada. Pero esta vez, eso fue todo lo que obtuve. Aire.

Respiré hondo para tranquilizarme y me concentré en mis sombras. Cerré los ojos y extendí los sentidos, buscando con mi magia cualquier perturbación en el aire. Y entonces, un leve susurro de energía malévola rozó mi piel.

Mis ojos se abrieron justo a tiempo para ver al mago materializarse detrás de mí, con los ojos brillantes de malicia. Antes de que pudiera reaccionar, desató una descarga de energía demoníaca.

En una fracción de segundo, algo oscuro y veloz chocó contra mi cuerpo, haciéndome caer al suelo. Un dolor agonizante me atravesó la cintura, haciéndome gritar al caer. El dolor del hueso de la cadera era tan intenso que me castañeteaban los dientes.

Llena de pánico, intenté levantarme, pero mi cuerpo se sentía débil y no respondía. Cuando volví a caer al suelo, cada respiración era superficial y forzada, como si estuviera sufriendo un ataque de asma. Sentía como si no hubiera suficiente aire en el mundo. Cada músculo de mi cuerpo ardía de dolor. Algo iba mal. ¿Qué estaba ocurriendo?

Y entonces ocurrió lo más extraño.

El mago simplemente se fue.

Me quedé mirando, con la mandíbula en alguna parte de mi pecho, mientras un miembro de Los Renegados caminaba por Briarwood Lane y desaparecía en la fría noche.

¿Acaso no estaba aquí para matarme? Entonces, ¿por qué no había terminado el trabajo?

El estómago se me retorció en un espasmo de náuseas. Me rodé sobre un costado mientras vomitaba. Luego vino la fiebre del siglo.

La agonía me consumía mientras mi cuerpo estallaba en un infierno ardiente, cada poro de mi piel rezumaba sudor. Mis miembros se agitaban sin control, traicionándome y volviéndose irreconocibles para mi propia conciencia.

El dolor aumentaba sin cesar y las náuseas se apoderaban de mí. La oscuridad se acercaba amenazando con engullirme. Luchando por mantener los ojos abiertos, supe exactamente lo que estaba pasando. Él me había lanzado una maldición y me había dejado aquí para que me muriera.

No había escapatoria de esta maldición. Sólo me esperaba la muerte. El final estaba cerca, demasiado cerca.

Mientras sonaban pasos pesados en el fondo, mi visión se desvaneció en negro.

CAPÍTULO 18

Mis sueños eran un abismo interminable de oscuridad y terror. El sonido de la muerte y la agonía resonaba en mi mente, pero no podía distinguir si los gritos procedían de mí o de otra persona. Me sentía como si estuviera tumbada en un ataúd con algo frío y duro apretándome la espalda. El frío se me filtraba en los huesos, como si hubiera caído a través de una fina capa de hielo, quedando completamente expuesta a las gélidas aguas que estaban debajo. El miedo adoptaba muchas formas en mis sueños, y en aquel momento experimentaba dos: el miedo que me mantenía paralizada y el miedo que me hacía gritar de terror. Los sueños pueden ser así de extraños.

—No te pases. Harás que le dé un infarto —una voz socarrona interrumpió mi sueño.

—¿Puedes dejar de gritarme, por favor? —Otra voz intervino, destilando ira y frustración—. Necesito espacio para trabajar.

—Déjame a mí —dijo una tercera voz—. No sabes lo que estás haciendo.

—Apártate de mi camino. —Una fuerte bofetada resonó en la habitación.

Mi cabeza cayó hacia delante y un líquido caliente tocó mis labios. Sentí que me bajaba por la garganta, pero no me sentía bien. Algo me obstruía las vías respiratorias y temí ahogarme mientras dormía. Presa del pánico, empleé toda mi fuerza de voluntad para despertarme. El aturdimiento desapareció y me di cuenta de que no era un sueño.

Lentamente, abrí los ojos y vi cuatro caras que me miraban fijamente.

Las manos de Annette aplaudieron.

—Gracias al caldero.

Mi Tía Luna se inclinó más cerca, su nariz estaba casi rozando la mía.

—¿Kat? ¿Puedes oírme?

Asentí con la cabeza, pero, de repente, mi cuerpo empezó a sufrir espasmos y convulsiones. Jadeé cuando me atacó otra ola de frío y me estremecí de dolor. Una pequeña parte de mí deseaba volver al sueño. Cualquier cosa era mejor que esta muerte lenta desde mi interior. El mago me había maldecido con algo que me estaba matando lentamente.

—Dale el tónico —exigió mi tía a alguien detrás de ella.

Escuché el ruido de unos pies que corrían y luego a alguien que me tapaba la cara con un paño mientras me levantaba y me vertía un líquido por la garganta. Sabía dulce y ácido, como zumo de limón mezclado con miel.

Pero no sirvió de nada. Las convulsiones continuaron, cada una más violenta que la anterior hasta que no pude contenerme más.

Todo salió disparado de mí —agua, bilis y sangre— hasta que no me quedó más que vómitos

secos.

—¿Se va a poner bien? —gimoteó una voz que yo sabía que pertenecía a Cristina.

—Claro que sí. —La voz de mi tía se quebró mientras me frotaba la espalda en círculos tranquilizadores—. Ella es fuerte. Es una Lawless. Estará bien.

Durante lo que me pareció que era una eternidad, permanecí tumbada sobre algo blando, una cama o un sofá, temblando y sudando mientras mi cuerpo intentaba deshacerse del veneno que llevaba dentro.

En mi trabajo, ya me habían lanzado varias maldiciones, pero nunca con algo tan fuerte, poderoso y mortal.

Mis ojos se abrieron de golpe para ver a Tilly acechándome desde arriba. Vaya, qué sorpresa. Evitó mi mirada y no dijo nada, lo cual estaba bien. No era asunto mío, sino de ella. Si tenía un problema con sus sentimientos por Blake, era cosa suya.

Me puso la mano en la frente mientras mi cuerpo se convulsionaba como si intentara montar un caballo salvaje en un rodeo.

—Todavía está ardiendo —dijo preocupada.

—No lo entiendo —gimoteó Cristina, con la voz temblorosa por el miedo—. ¿Por qué no le hace efecto el tónico? No debería tener tanta fiebre. Debería mejorar o al menos no empeorar. ¿Verdad?

—Dale otra dosis del tónico curativo —ordenó mi tía con firmeza—. Dáselo todo.

Siguiendo las instrucciones de mi tía, Annette me levantó suavemente la cabeza y me acercó una taza a los labios.

—Toma un sorbo de esto. Lleva ingredientes potentes, como aceite de orégano y romero. Te ayudará a combatir la maldición y te hará sentir mucho mejor. —Su sonrisa era forzada a pesar de la preocupación en sus ojos. Intenté tragar, pero mi cuerpo tembló y parte del tónico se derramó por mi cuello y mi ropa. Aun así, conseguí meterme unos cuantos tragos generosos en la boca.

El cálido tónico volvió a bajar por mi garganta, pero esta vez trajo consigo una sensación de alivio, como una ola de magia terrenal que fluyera por mi cuerpo, curando y aliviando cada centímetro que tocaba. Mi mente se sintió más clara y llena de energía mientras agradecía la sensación de calor. El pozo de energía que había dentro de mí giraba y se revitalizaba, calmando mi pulso y ralentizando mi respiración. Aunque todavía me sentía dolorida y enferma, el tónico me había mejorado y ya no me sentía como si me hubiera atropellado un auto. Al menos por ahora.

Cuando las violentas convulsiones cesaron, abrí lentamente los ojos y observé mi entorno. Me fijé en la acogedora sala de mi tía, donde el cálido resplandor de la luz de las lámparas proyectaba sombras sobre las paredes. Noté la suavidad de las almohadas que me acunaban la espalda y me di cuenta de que estaba tumbada en el lujoso sofá.

Algo suave me rozó la mejilla y giré la cabeza para ver la cara sonriente de mi tía. Y entonces frunció el ceño.

—¡Me diste un susto que casi me mata! —gritó. La preocupación en su voz me hizo arder los ojos—. No vuelvas a hacer eso. ¿Me oyes?

Asentí y le dediqué una débil sonrisa.

—¿Recuerdas quién te hizo esto? —preguntó Annette.

Mi cuerpo se levantó cuando ella se sentó al borde del sofá, cerca de mis pies.

Tilly chocó su cadera contra el reposabrazos del sofá.

—¿Fue el buer? ¿Volvió? ¿Sigue aquí? —Giró la cabeza como si esperara ver al enorme

demonio irrumpir en el salón.

Sacudí la cabeza y reuní fuerzas para pronunciar una palabra:

—Mago. —Maldición, mi voz era áspera y sonaba igual que cuando había estado de fiesta toda la noche, bebiendo y fumando cigarrillos.

—¿Un mago?—corearon mi tía, Annette, Tilly y Cristina.

Asentí con la cabeza, sintiendo que otra oleada de fiebre me azotaba. Respirando entrecortadamente, dije:

—Los Renegados. El bastardo me echó una maldición.

—Nos dimos cuenta. —Mi tía exhaló, apoyándose pesadamente en su bastón.

—Te encontramos medio muerta al frente de tu casa —dijo Tilly.

—Escuchamos un alboroto afuera y luego te vimos —añadió Annette.

—Gracias —tragué saliva—. Gracias por traerme hasta aquí.

—No fuimos nosotras. —Tilly me miró fijamente, y yo no estaba segura de lo que vi en su mirada—. Fue Blake.

Me estremecí por dentro al pensar que el jefe me llevaba cargada.

—Ah.

—Le dije que se fuera para poder trabajar en mi tónico curativo —dijo mi tía—. No necesitaba a ese gran hombre lobo en mi camino.

—¿Por qué te atacó el mago? —Annette me miró fijamente, con curiosidad en sus facciones.

Porque quiere mi magia.

—Porque arruiné su ritual. —No quise entrar en detalles sobre la verdadera razón por la que el mago me atacó. Los Renegados querían mi magia. La querían porque era diferente. Deseaban su singularidad. No lo iba a permitir.

Él había dicho que sabían lo que yo era. Ni siquiera *yo* sabía lo que era. Todo lo que sabía era que mi magia era diferente a la de cualquier bruja que conocía.

Aun así, no me gustó.

Quería respuestas, pero al mismo tiempo temía lo que pudieran revelar. Una guerra se libraba en mi interior mientras luchaba por aceptar mi verdadera identidad. Pero no era el momento.

—Pero nosotras también estábamos allí —dijo Annette—. Todas los detuvimos.

—Quizás por eso enviaron al demonio —añadió Cristina—. Para matarnos a todas.

Tilly negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué mató a esa camarera y a esos chicos?

—Claro. —Cristina torció la cara mientras pensaba en ello.

—Es porque maté a Sykes. —Me senté, sintiéndome un poco mejor por momentos—. Quieren venganza porque yo lo maté. —Otra vez con las mentiras, pero no estaba lista para divulgar la verdad en este momento.

Annette se apoyó las manos en los muslos.

—Te ves mejor.

Mi sonrisa vaciló porque aún me sentía un poco mareada, pero ya me estaba recuperando. Respiré hondo y exhalé lentamente.

—Me siento mejor. Sin mi tía o la ayuda de ustedes, habría muerto. —Alejé ese pensamiento, pero me rondaba por la cabeza. Si no hubieran venido a buscarme, esta vez no habría salido viva.

—¿Crees que el mago volverá? —preguntó Cristina—. ¿Para matarte?

—Cristina —siseó Annette, fulminando con la mirada a su amiga.

Me moví contra el sofá.

—No, está bien. Y sí, creo que volverá. O él o alguien más.

—Lo que me gustaría saber es... ¿por qué no viniste a buscarme? —dijo mi tía, con una mirada asesina en los ojos.

—Estaba demasiado ocupada recibiendo una paliza. —Tomé aire y dije—: Si hubiera pensado que tenía tiempo, probablemente habría entrado corriendo en la casa. —Les di un vistazo a las caras que me rodeaban, tratando de ver alguna expresión de fastidio, pero no encontré nada. Sólo expresiones de preocupación por mí.

Mi tía negaba con la cabeza.

—Él volverá, Kat. En cuanto sepa que sigues viva, volverás a verlo. A él o a otro mago. Y esta vez, si su maldición no te mata, usará otra cosa. Algo peor.

—Genial. Me encanta ser popular.

—Tendrás que quedarte dentro de la casa —continuó mi tía.

La miré, agradecida de que se preocupara por mí.

—No puedo hacer eso.

Mi tía levantó la barbilla y me mostró su característico ceño autoritario, capaz de espantar a cualquiera.

—Ah, sí, puedes, y lo harás si yo lo digo.

Separé los labios y me reí.

—Escucha. Te agradezco tu ayuda. Te agradezco por salvarme la vida, pero no puedes esperar que me quede en esta casa para siempre. Tengo un trabajo que hacer. —Un demonio que matar.

—Tu tía tiene razón —dijo Annette—. Tienes que quedarte aquí dentro. Es el lugar más seguro para ti por ahora. No es para siempre. Sólo hasta que averigüemos cómo evitar que esos magos intenten matarte.

Sacudí la cabeza.

—De verdad aprecio su preocupación, pero no funcionará.

Los ojos de mi tía se arrugaron de preocupación.

—No estás comprendiendo la gravedad de la situación. Los Renegados nunca se rendirán. Seguirán viniendo hasta que mueras. Podría ser mañana, o dentro de un mes, o incluso dentro de veinte años. Para ellos, el tiempo es intrascendente cuando se trata de vengarse de un objetivo. Y cuando creas que lo han superado, atacarán sin piedad y acabarán con tu vida.

—¿No me dijiste que mi trabajo era librar al mundo de Los Renegados?

Mi tía apretó sus labios formando una línea dura.

—Lo hice.

—¿Y cómo voy a hacer eso metida dentro de una casa?

—Dejemos que el jefe se ocupe de ellos un rato —dijo mi tía—. Ese es su trabajo.

Pero también era mi trabajo. Miré fijamente a mi tía y me preparé mentalmente para lo que iba a preguntar a continuación.

—¿Está listo el hechizo de rastreo?

Los ojos de la tía Luna se abrieron de par en par y me miró con mucha seriedad.

—¿No estarás hablando en serio?

—Tan serio como un ataque al corazón —respondí, robándole su infame frase.

—Tu tía tiene razón. —Annette ladeó la cabeza, sus ojos me recorrieron como si buscara heridas y moratones—. Casi te mueres.

Levanté un dedo.

—*Casi* es la palabra clave aquí.

Mi tía golpeó su bastón contra el suelo de madera con un sonoro estampido.

—Actúa con seriedad, Kat —repitió mi tía, alzando la voz con incredulidad.

—Eso hago. Lo digo muy en serio.

—Es demasiado peligroso —dijo, sacudiendo la cabeza—. Tienes que enfocarte en curarte y mantenerte a salvo esta noche.

Dejé escapar un suspiro de frustración.

—Ya estoy bien. Mejor que bien. —Me levanté de un salto y luché contra un ligero mareo—. ¿Ves? Todo mejor. —En realidad estaba mejor, pero podía entender que ninguna de ellas me creyera, ya que hace unos momentos estaba en mi lecho de muerte.

—Estoy de acuerdo con tu tía —coincidió Tilly—. No estás preparada. Al menos quédate aquí esta noche. Podemos ir a buscar al demonio mañana por la noche.

Apreté los dientes.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó Annette.

—Porque no puedo tener otro cadáver en mi conciencia cuando sé que podría haberlo evitado —respondí, con la frustración filtrándose en mi voz.

Una feroz determinación ardió en mi interior cuando clavé los ojos en mi tía, negándome a echarme para atrás. Podía ver la preocupación reflejada en sus rasgos, una súplica silenciosa de que reconsiderara lo que había hecho. Pero no podía ignorar la llamada a la acción que resonaba en lo más profundo de mi alma.

Ellas no habían visto esos cuerpos destrozados, lo que ese buer les había hecho.

—No puedo quedarme de brazos cruzados —declaré, con voz firme—. Tenemos los medios para localizar al invocador ahora, y no podemos perder el tiempo.

La urgencia de mi tono coincidía con los latidos de mi corazón, alimentados por una mezcla de determinación y miedo. Cada segundo perdido podía provocar la pérdida de más vidas inocentes y más devastación en nuestro mundo. No podía vivir con eso.

La sala se quedó en silencio. Todas sabíamos que tenía razón. Había que detener al demonio, y no teníamos tiempo que perder.

—¿Y si el invocador resulta ser uno de esos magos? —disparó mi tía—. Apenas sobreviviste a este ataque.

—Pudo haberte matado —añadió Annette.

—Casi te mata —repitió Tilly mientras Cristina y ella compartían una mirada cómplice.

—Pero no lo hizo. —Me encogí de hombros—. Me tomó por sorpresa. Ahora estoy preparada. —Si no hubiera hecho un hechizo de invisibilidad, su maldición nunca me habría alcanzado. Pero si tan sólo pudiera encontrar una manera de disipar o contrarrestar esa magia con mis propios poderes, acabar con él sería fácil. Mi magia umbra ya había conseguido penetrar ligeramente en el hechizo. Con más concentración, podría romperlo por completo.

Annette se debatía entre estar de acuerdo conmigo y querer protegerme. Mi tía, en cambio, no cedía.

—Esto no se discute —dijo mi tía con firmeza—. Te quedarás en esta casa hasta que estés completamente curada.

Me crucé de brazos obstinadamente y miré a mi tía.

—Agradezco tu preocupación —dije apretando los dientes—, pero estoy completamente curada. Si no lo estuviera, me quedaría. Te lo juro. Pero me encuentro bien. Y tengo un trabajo que hacer.

Las arrugas del rostro de mi tía se hicieron más profundas cuando abrió la boca para discutir,

pero luego volvió a cerrarla con el ceño fruncido y resignada. Sabía que cuando yo había tomado una decisión, no podía cambiarla.

Me incliné hacia ella, curiosa y ansiosa, y volví a preguntarle:

—¿Ya está listo? —La observé atentamente, captando cada movimiento de sus cejas y cada pliegue de sus labios.

Me miró con ojos cansados y dijo:

—Está listo.

CAPÍTULO 19

—Será más eficaz si la realizas en el lugar donde te encontraste por última vez con el demonio —me había dicho mi tía justo antes de salir de su casa, con mis tres compañeras brujas siguiéndome el paso.

—Entendido.

Annette no parecía muy contenta de que me aventurara tan cerca de su casa, pero mantuvo la boca cerrada y pareció relajarse cuando opté por utilizar un lugar un poco más alejado de su porche, como en la acera.

—Listo. Le acabo de mandar un mensaje a Blake. —Tilly metió su teléfono en el bolsillo.

Nuestras miradas se encontraron y esperé a que dijera algo como lo había hecho antes. Pero se limitó a mirar causalmente hacia la casa de Annette justo cuando se abría la puerta principal y salía el gran hombre lobo.

Desvié la mirada. No me hacía mucha ilusión que estuviera con nosotras, pero sabía que a mi tía le haría sentir mejor que fuera así. Era la única razón por la que no me oponía. Y técnicamente había aceptado que estuviera allí.

Ahora, con el hechizo intacto y los refuerzos, estaba lista.

Más bien lista para ver.

No podía hacer un hechizo de rastreo ni ningún tipo de hechizo. Así que ahí es donde mis nuevas vecinas entraban en juego.

Sabía que tanto las brujas blancas como las oscuras tenían sus propias versiones de hechizos localizadores o rastreadores. Como mi grupo estaba formado por brujas blancas, íbamos por ese camino.

—Aquí está el mapa que pediste —dijo Blake al llegar hasta nosotras.

Agarré el mapa de papel.

—¿Esto es todo Moonfell?

—Lo es —respondió el hombre lobo.

—Bien. —Me arrodillé en la acera de cemento y desplegué el mapa con cuidado. Utilicé la linterna de mi teléfono para pasarla por encima del mapa. Sus bordes crujían con la brisa mientras alisaba las arrugas con la mano. Las coloridas calles y los puntos de referencia se desplegaban ante mí como un rompecabezas por resolver. Mis ojos recorrieron los intrincados detalles, tomando nota de cada giro e intersección.

—¿Y ahora qué? —preguntó Blake, y percibí cierta tensión en su tono.

Miré a Annette.

—Ahora hacemos el hechizo de rastreo de mi tía.

Annette se arrodilló a mi lado.

—Gracias por ayudarme —le dije. No tenía ni idea de hechizos ni maldiciones. No me funcionaban, así que hace años había renunciado a ellos.

A Annette se le iluminaron los ojos.

—Me hace mucha ilusión probar el hechizo de tu tía. He hecho mis propios hechizos localizadores, ya sabes, para encontrar los juguetes perdidos de las niñas, sobre todo. Elsie ha estado metiendo sus muñecas por el retrete.

—¡Qué asco! —Me reí—. Suena peligroso.

Ella suspiró.

—Sí. No quieres saberlo.

Recordando lo que me había dicho mi tía, agarré el trozo de tela rosa ensangrentada que había robado de la escena del crimen y lo coloqué con cuidado sobre el mapa. Era nuestra única conexión con el demonio. Lo único que tenía su marca. Si Blake lo reconoció, no dijo nada.

Me eché hacia atrás y le di una pequeña nota garabateada con el hechizo de rastreo de mi tía, a Annette.

—Tu turno.

Annette agarró la nota y recorrió el hechizo con la mirada. Después, levantó la mano y se colocó suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja antes de tomar un frasquito del tamaño de un salero. Le quitó la tapa y esparció con cuidado un poco de polvo sobre el mapa que tenía frente a ella. El polvo de color verde cayó ligeramente, casi como purpurina de maquillaje, cubriendo el mapa y la tela rasgada con una capa brillante.

Annette se inclinó hacia atrás, con los ojos fijos en el hechizo que tenía en la mano. Su voz sonó clara y dominante mientras recitaba:

—Poder de los elementos, te invoco. Busco tu ayuda para encontrar al demonio que atravesó el Velo, que acecha en las sombras.

El viento se levantó, agitando nuestros cabellos. Pude sentir la presencia de algo de otro mundo agitándose ante sus palabras. Con cada sílaba, el aire parecía volverse más denso y pesado, cargado de poder.

Mi cuerpo se tensó y sentí que mi respiración se aceleraba. La poderosa energía de los elementos se fusionó con mi propio aura, haciéndome perder el equilibrio. Con determinación, apreté la mandíbula e intenté recuperar el control mientras una sensación de hormigueo se extendía desde la punta de los dedos de las manos hasta los pies. Para estabilizarme, apoyé una mano en el suelo mientras la energía se hacía más fuerte y me sacudía como una fiebre con intensos temblores.

Ese era un hechizo de verdad. Bien hecho, Luna.

Un destello cegador de luz estalló frente a nosotros cuando la magia surgió en la atmósfera. En el mapa, la tela desgarrada y manchada giraba rápidamente sobre su eje como un torbellino.

—¿Se supone que tiene que pasar eso? —Blake estaba inclinado detrás de mí, pude sentir su aliento caliente en la nuca.

Me quedé mirando la tela.

—Sí. —En realidad, no tenía ni idea, pero creía en los hechizos de la tía Luna y en la magia de Annette.

—Esto es mucho mejor que pescar en retretes—dijo Annette, con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa en la cara.

Tilly se frotó los brazos.

—Y por eso no tengo hijos.

En un instante, un resplandor verde envolvió el mapa, haciendo que el polvo se levantara y se arremolinara como una tormenta en miniatura. Mis ojos se abrieron de par en par, asombrados, cuando las partículas se fusionaron para formar una flecha que apuntaba hacia la parte inferior izquierda del mapa. Con la misma rapidez, el polvo se condensó en una diminuta esfera del tamaño de un guisante antes de volver a caer sobre el mapa con un suave ruido sordo.

—¡Mierda! —exclamé incrédula.

—Tu tía sabe de hechizos —dijo Cristina con igual asombro en su voz que en la mía.

—Así es. De verdad. —Me incliné hacia adelante con la linterna de mi teléfono, agitándola en el mapa—. El punto está cubriendo un área que parece un bosque.

—Ese es el parque Oak Ridge —dijo Annette, inclinándose hacia adelante—. Está a cinco minutos en auto desde aquí.

Bien. Eso era bueno. Me invadió una sensación de alivio.

Me levanté y me sacudí los jeans con la mano libre.

—Vamos a pie.

—Estoy de acuerdo —dijo Blake, mirando el mapa con desconfianza, como si fuera a saltar y morderla—. Será más discreto si llegamos allí a pie y no en nuestros autos.

—Cierto. Ni siquiera había pensado en eso. —Annette agarró rápidamente el recipiente con el polvo verde, dobló el mapa y los metió en un enorme bolso de mano.

—Vamos. El invocador está allí ahora. —Guardé mi teléfono en el bolsillo.

—¿Qué? ¿Ahora? —Tilly me miraba como si tuviera hongos en la frente.

—Sí, ahora. Antes de que el demonio cobre las vidas de otras víctimas. —Miré a todos a mi alrededor—. Ahí es donde encontraremos al invocador. Si detenemos al invocador, detendremos al demonio.

—¿Y si llegamos demasiado tarde? —preguntó Tilly, con la voz ligeramente temblorosa—. ¿Y si el demonio ya ha matado a alguien más?

—No podemos pensar así —dije con firmeza, sabiendo que era una posibilidad—. Primero tenemos que concentrarnos en detener al invocador. Luego nos ocuparemos del demonio. —Esperaba obligar al invocador a desterrar al demonio de vuelta al infierno. Pero sabía que no sería tan simple. Habría una pelea. Habría sangre. Y tal vez uno de nosotros moriría, pero no sería yo.

—Por aquí —dijo Blake, tomando la delantera, lo que me molestó un poco.

Tilly asintió, con expresión decidida, mientras se levantaba, agarraba su bolso y se acurrucaba rápidamente junto a Blake.

Annette me lanzó una mirada penetrante.

—Lo odias. ¿Verdad?

—Odio es un poco extremo. Digamos que me desagrada mucho su presencia constante.

La bruja se rio.

—A veces puede ser mandón.

—¿A veces? —Me burlé—. Más bien *todo* el tiempo.

La tristeza se reflejó en el rostro de Annette.

—Sabes. Hay una razón por la que es así.

—¿Un imbécil?

La bruja sonrió.

—No. Mandón. Sobreprotector.

—Pensé que eso venía con su condición de jefe arrogante.

—Cuando sólo tenía siete años, su madre fue brutalmente asesinada delante de él —dijo

Annette, con voz cuidadosamente baja—. Estaba escondido debajo de la cama. Demasiado asustado para moverse. No es que hubiera podido hacer nada. Era sólo un niño. Liam me lo contó.

Suspiré, con la mirada fija en el gran hombre lobo mientras él y Tilly caminaban delante de nosotros.

—Lamento escuchar eso.

—Recuérdalo la próxima vez que se ponga sobreprotector —dijo Annette—. Él se preocupa. Quiere proteger a todo el mundo. A veces se deja llevar. Pero sus intenciones son buenas.

No estaba segura de cómo me hacía sentir Blake. Por un lado, podía entender sus acciones ahora, la forma en que siempre parecía poner a la comunidad en primer lugar. Era una cualidad admirable para un jefe de policía. Pero yo tenía demasiada fuerza de voluntad como para que alguien me dictara cómo hacer mi trabajo o llevar mi vida. Por mucho que lo respetara como jefe, me negaba a que me presionaran.

Un pesado manto de silencio nos envolvió mientras nos acercábamos cautelosamente al parque Oak Ridge. El crujido de las hojas bajo nuestros pies resonaba en la quietud como si temiéramos molestar a la entidad que nos acechaba. Mi corazón se aceleró de expectación mientras seguíamos las indicaciones de Annette. Y tal como nos había prometido, tras diez minutos de caminata, una hilera de altos árboles surgió frente a nosotros, marcando el final de las casas pulcramente organizadas.

—Aquí es —dijo Blake, por encima del hombro—. Nada de linternas —ordenó.

Resistí el impulso de lanzarle el teléfono a la nuca, después de mi conversación con Annette. Fue difícil.

Con el molesto hombre lobo todavía al frente, todas lo seguimos a través de la densa espesura de los árboles. El suelo bajo nuestros pies se movía y crujía bajo el peso de las hojas secas y las ramitas mientras avanzábamos por el estrecho sendero de tierra que parecía extenderse interminablemente hacia la oscuridad.

—Menos mal que los hombres lobo pueden ver en la oscuridad —susurró Cristina.

No podía discutirlo. Haber traído a Blake estaba dando sus frutos.

El bosque de pinos, robles y abetos se cerraba a ambos lados, por lo que era muy difícil ver algo mientras avanzábamos por el sendero de tierra. Aun así, la luna iluminaba lo suficiente como para no arrancarnos los ojos con las ramas más cercanas.

El bosque se hacía más denso alrededor del sendero. Cuanto más nos adentrábamos, más oscuro se volvía, hasta que apenas pude distinguir los árboles, sólo sus siluetas y los grandes hombros de Blake.

La oscuridad crecía y hacía más frío a medida que subíamos. Un escalofrío me recorrió, y no era por el aire más fresco. Esto era diferente. Esto era demoníaco.

Íbamos por buen camino.

El parque estaba envuelto en un inquietante silencio mientras avanzábamos entre la densa espesura de los árboles. Nuestras respiraciones emergían en tenues nubes blancas que flotaban en el aire frío. El único sonido era el crujido de las hojas y las ramas bajo nuestros pies; un marcado contraste con el bullicio del pueblo que acabábamos de dejar atrás. Las imponentes ramas proyectaban sombras que bailaban sobre nuestros rostros, creando una atmósfera inquietante. Teníamos la sensación de ser los únicos seres vivos en aquel lugar desolado.

El olor a humo de un incendio me llegó justo cuando Blake se dio la vuelta y todas nos detuvimos. La sangre me latía en los oídos.

Hizo algún gesto policial o militar con la mano que no tenía ni idea de lo que significaba.

Pero lo entendí.

Estábamos cerca. Ellos estaban cerca. Y teníamos que seguir callados.

Con el corazón en la garganta, intercambié una mirada con Annette y Cristina. Tilly seguía delante de nosotras, junto a Blake, y lo siguió mientras se desviaba del sendero y se adentraba en la maraña de árboles y maleza.

El mago no lo sabía, pero su fuego nos estaba llevando directo a ellos.

El humo impregnaba el aire a medida que avanzábamos por el denso bosque, siguiendo sus tenues rastros. El olor era abrumador y ahogaba cualquier otro aroma. A pesar de no poder ver ni oír el fuego, lo percibía sólo por el olor.

Cuanto más nos acercábamos al fuego, más profundo se hacía el silencio.

—Recuerden —susurré, sabiendo que Blake podía oírme, aunque no estaba tan segura de Tilly—. Estos magos son muy poderosos. Manténganse alerta. Y no dejen que el bastardo se escape.

La penumbra se disipó a mi alrededor a medida que el bosque se hacía más denso. Sorprendentemente rápido, llegamos a lo que parecía un claro donde crecían hierbas altas en lugar de árboles.

A través de un hueco entre los árboles, pude ver una pira de leña de unos treinta centímetros de altura. Altas llamas de color rojo anaranjado ondeaban en el aire, el humo llenaba el claro y proyectaba sobre todo el lugar un resplandor infernal.

A la tenue luz de la luna y a pocos metros del fuego había una criatura de pesadilla.

Se alzaba sobre nosotros, humanoide pero monstruoso. Su piel grisácea y enfermiza se tensaba sobre unos músculos enormes y una estructura esquelética con pozos negros como ojos y dientes puntiagudos en unas fauces abiertas. Estaba doblado como un simio y tenía seis brazos, todos ellos terminados en afiladas garras.

El demonio buer.

Y allí, de pie junto al fuego con un libro en la mano, no estaba un mago, sino una joven.

Parpadeé la oscuridad de mis ojos.

—¿Emily?

CAPÍTULO 20

Obviamente, mi plan de matar al invocador se fue a la mierda.

Emily, la hija de diez años de Annette, había invocado al buer. Apenas podía creer lo que veían mis ojos, pero era ella.

Se dio la vuelta al oír que nos acercábamos y su expresión decayó. Parecía... aterrorizada. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —tartamudeó—. Sólo intentaba que pararan. Sólo quería que pararan. —Las últimas palabras salieron entre sollozos. El libro que sostenía se le escapó de las manos y cayó al suelo junto a sus pies.

Supuse que hablaba de los acosadores del colegio.

No puede ser. Emily había intentado invocar a un demonio para darle una lección a los abusadores de su colegio. La niña tenía una gran habilidad mágica aunque le faltaba dirección. Me alegré de no estar en el lugar de Annette en ese momento.

El buer estaba allí de pie, mirando, como si no hubiera decidido a quién matar primero. No parecía interesado en Emily. Gracias al caldero por las pequeñas misericordias.

—Esto es una locura —dijo Tilly, sus ojos parpadeando entre el buer y la pequeña Emily.

Miré a Annette y vi el dolor en su rostro, pero sobre todo vi culpabilidad. Se sentía responsable de las acciones de su hija, y tuve la sensación de saber por qué.

—¡Emily! —gritó la bruja.

Y luego corrió hacia su hija. Tilly y Cristina salieron corriendo detrás de ella.

—¡Espera! —grité. Una extraña sensación de déjà vu surgió en mí cuando la imagen de su otra hija, Emma, atada a una roca pasó por mi mente.

La atención del buer se centró en la figura que se acercaba. Annette.

Con un poderoso impulso de sus patas, se lanzó hacia ella.

—Mierda.

Hice el intento de moverme, pero un fuerte brazo me empujó hacia atrás. Tropecé justo cuando Blake se arrancaba la camisa, los pantalones y todo lo demás hasta quedar en todo su esplendor desnudo bajo la luna.

Bajo su piel, vi cómo sus rasgos se ondulaban y cambiaban: una mandíbula más larga, una cabeza más ancha y unos dientes carnívoros del tamaño de mis dedos. Luego, en un destello de pelaje gris y un gruñido, el hombre se transformó en un lobo de cien kilos.

El lobo, Blake, nos miró con sus inteligentes ojos amarillos, gruñendo. Con una enérgica patada de sus patas traseras, el lobo salió disparado hacia el demonio.

El demonio lanzó un rugido gutural cuando el enorme lobo gris se abalanzó sobre él, con las

garras brillando en la tenue luz que se filtraba entre los árboles. El aire crepitó con una energía de otro mundo cuando los dos seres chocaron, dientes y garras se encontraron en una ráfaga de golpes mortales.

Con un movimiento de muñeca, invoqué a las sombras y les di forma de daga afilada. Mi corazón latía con fuerza mientras sopesaba mis opciones. Si pudiera clavar esta hoja en el cerebro del demonio, podría acabar con el reino de terror de esta criatura. Pero un movimiento en falso podría significar golpear a Blake por error. No podía correr ese riesgo.

Mierda. Se me aceleró el corazón cuando tomé una decisión en una fracción de segundo y corrí hacia las brujas. Annette estrechó a su hija contra su pecho, con los nudillos blancos de miedo. El rostro de Emily había perdido el color y se tambaleaba sobre sus pies. Cuando me acerqué, pude ver una marca roja en el cuello, justo debajo de la mandíbula.

Sabía que estaba mirando la marca de la que me había hablado mi tía, una señal que unía al invocador y al demonio.

—Saca a Emily de aquí. Ahora —grité.

—Pero, ¿y el demonio? —preguntó Cristina.

—Lo resolveremos —les dije—. Primero llevemos a Emily a su casa sana y salva. —No quería que le pasara nada a esa brujita. No en mi guardia.

—Me quedaré —dijo Tilly—. Tal vez pueda persuadir al demonio. Puedo meterme en su cabeza. Hacer que se vaya.

Lo pensé.

—Este tipo no está a tu nivel. Ni siquiera creo que Blake pueda derrotarlo. —Ante mis palabras, los ojos de Tilly se abrieron de miedo, y rápidamente añadí—: Pero juntos, podemos.

Tilly pareció relajarse un poco ante mis palabras, pero conociéndola un poco y sabiendo lo que sentía por Blake, no se iría a ninguna parte sin él.

—Anda —insté a Annette—. Agárrala y vete. Rápido. —Emily se aferró a su madre como a un salvavidas. Podía verla temblar de miedo y se me rompió el corazón. Era sólo una niña atrapada en algo que no entendía.

Sin decir nada más, Annette arrastró a su hija en dirección contraria y de vuelta a través de la enmarañada maleza del bosque. Al menos hizo lo que le dije.

Un aullido ensordecedor rasgó el aire.

Todos giramos la cabeza en la dirección del sonido.

—Eso sonó como Blake —exclamé. Era su aullido inconfundible, pero sonaba diferente, casi desesperado. Definitivamente, algo iba mal. Sonaba como si estuviera en problemas.

El inquietante silencio que siguió tampoco fue una buena señal.

—¡Blake!

Tilly corrió en dirección al aullido, sus botas golpeaban el suelo del bosque. La seguí de cerca, con el corazón acelerado por una mezcla de miedo. Las fuertes pisadas de Cristina me indicaron que estaba justo detrás de mí.

A medida que nos adentrábamos en el denso follaje, el aire se volvía pesado con una palpable sensación de temor. Blake no era mi persona favorita en este momento, pero no quería que muriera. Sólo quería que se alejara de mi vida.

Pronto llegamos a un claro donde el lobo se enfrentaba al imponente demonio. Sus seis brazos se balanceaban amenazadoramente como si se estuviera preparando para rebanar a Blake.

El lobo se mantuvo firme y pude ver manchas de sangre sobre su pelaje gris claro. Su costado izquierdo estaba empapado de sangre.

Mierda.

Tilly no perdió el tiempo, sus ojos brillaban con feroz determinación mientras galopaba hacia el lobo. Tacha eso. Hacia el demonio.

—¿Va a intentar hacer sus trucos mentales con el demonio? —pregunté.

—Sí.

—¿Lo había intentado antes? —Sabía que podía manipular a los sobrenaturales normales con su magia mental. ¿Pero a los demonios? Era otro tipo de bestia.

Cristina estaba haciendo rodar pequeñas piedras, sus piedras mágicas, en su mano derecha como si estuviera tirando dados.

—No lo creo.

La bruja pasó corriendo a mi lado. Su voz se elevó en un canto cadencioso, tejiendo un hechizo que crepitaba con energía.

Corrí tras ella, y lo que vi después casi me hizo tropezar.

Tilly se puso en pose de superheroína —no sé muy bien cómo llamarla— mirando al demonio. Con la cabeza inclinada en señal de concentración, supe que intentaba introducirse en la mente de la criatura con la esperanza de controlarla.

La atención del buer se fijó en ella, olvidado al lobo. Y entonces se quedó inmóvil.

Santo cielo. ¡Estaba funcionando! Tilly estaba dentro de la cabeza de la criatura.

Cristina parecía haber llegado a la misma conclusión mientras aminoraba la marcha, observando a Tilly desde la distancia.

El aire del claro crepitaba con la magia de Tilly. La bruja era implacable. Y tenía pelotas de mujer. Gotas de sudor se formaron en su frente mientras mantenía su concentración, profundizando en la psique del demonio para mantenerlo sometido.

Ahora, yo podría matarlo.

Con mi espada de sombras aún en la mano, avancé, viendo mi única oportunidad. Tenía que hacer que esto contara.

Pero entonces un sonido salió de la garganta del demonio. Un cacareo horrible y húmedo. La cosa se estaba riendo.

—¡Tilly! —Grité mientras el miedo me recorría la espalda—. ¡Sal de ahí!

La bruja se quedó inmóvil, con los ojos vidriosos como si su propio poder de manipulación mental se hubiera puesto en contra de ella. Estaba paralizada por el miedo, sin escapatoria.

El buer saltó hacia ella. Balanceó sus manos de tres garras hacia Tilly...

Un destello de pelaje gris y Blake estaba allí. Gritó al recibir de frente el golpe, uno que habría partido a Tilly por la mitad.

Se estrelló contra un árbol con un ruido sordo y su cuerpo cayó al suelo.

—No. —Tilly salió de su trance, con el horror grabado en su rostro mientras corría al lado de Blake.

El demonio soltó otra carcajada gutural, deleitándose con el caos que había provocado.

Bastardo.

Agarré con fuerza mi espada de sombra, y salí corriendo en dirección al demonio. Pero Cristina se me adelantó.

Con un grito primitivo, disparó un puñado de sus piedras mágicas. Volaron por los aires y golpearon al demonio, estallando en una ráfaga de fuego blanco al contacto.

El buer lanzó un chillido sobrenatural cuando un muro de llamas blancas se elevó sobre su cabeza, iluminando la zona como un potente foco. Se agitó y retorció, tratando de liberarse del fuego.

Y entonces, al igual que había hecho mi umbra, los fuegos se extinguieron.

Pero en lugar de arremeter contra nosotros, el buer dio la vuelta y huyó hacia las sombras del bosque.

Supongo que ya había tenido suficiente.

Pero yo no había terminado todavía.

—¿Él está bien? —Corrí hacia Tilly, que estaba arrodillada junto al lobo. Su pecho subía y bajaba. Estaba vivo. Y cuando sus ojos amarillos se movieron para mirarme, supe que estaría bien.

Miré a Cristina cuando se unió a nosotros.

—Quédate con ellos.

—¿Y tú? —˜preguntó Cristina mientras guardaba sus piedras en una pequeña bolsa de cuero.

—Tengo una cuenta que saldar.

Las voces de Cristina y Tilly se alzaron en objeciones detrás de mí mientras yo salía corriendo detrás del buer. No iba a dejarlo escapar.

Esta vez no.

CAPÍTULO 21

Mi magia por sí sola puede que no haya sido suficiente para derrotarlo en el pasado. Pero me aferraba a la posibilidad de que, tras ser atacado por el lobo, influenciado por el control mental de Tilly y abrasado por el fuego de Cristina, se hubiera debilitado lo suficiente como para matarlo. Era una apuesta, pero era todo lo que tenía.

El sonido pisadas en el suelo resonaba en el bosque. Mi corazón se aceleró con la adrenalina mientras pensaba en la cuenta que debía saldar. Salí corriendo hacia delante, decidida a enfrentarme y derrotar al buer que había causado tanto caos y muerte. A cada paso, sentía que el peso de la responsabilidad y la venganza me impulsaban.

Esto tenía que acabar ya. Ahora que sabía que Emily era la invocadora, la única forma de deshacerme del demonio era matándolo.

Tal vez no fuese capaz de ver en la oscuridad como Blake para encontrar el buer, pero sí podía olerlo.

Seguí el olor a azufre mezclado con carne quemada.

Y lo encontré.

A unos quince metros delante de mí, la silueta imponente del buer apareció a la vista. Se giró cuando me acerqué. No es que intentara acercarme sigilosamente con todo el ruido que hacía.

El buer me siseó, enseñó los colmillos y emitió un gruñido grave en lo más profundo de su pecho cuando me acerqué. De su enorme cuerpo salía humo. La magia de Cristina había hecho bien su función.

La criatura se abalanzó sobre mí, con los colmillos desnudos y las garras extendidas. A duras penas conseguí esquivar sus afiladas garras, pero un arañazo me hizo un agujero en el brazo antes de que pudiera retroceder.

Una ráfaga de dolor me recordó que no era invencible. Pero no me importaba. Tenía que acabar con esto esta noche.

Retorcí mi espada de sombra en la mano mientras me lanzaba otra vez hacia adelante.

El suelo tembló cuando emergió el buer, cuyas enormes garras desgarraron la tierra mientras corría hacia mí a una velocidad que parecía imposible para su tamaño. Rápidamente me esquivé para evitar ser acuchillada por sus afiladas garras, lo que provocó que el demonio rugiera de frustración. Volvió a salir corriendo hacia mí con renovada ferocidad. Su enorme brazo me golpeó, haciéndome tambalear y desorientándome. Cuando el demonio se giró para enfrentarse a su enemiga, sus ojos ardían de odio y rabia primitiva. Mi mente se inundó de miedo; era un oponente formidable, y no parecía estar tan herido como esperaba.

Esto no es bueno.

El demonio se acercó para matarme, me golpeó por el costado mientras se aferraba a mí y sus fauces chasqueaban cuando caímos al suelo. La agonía me atravesó el pecho cuando las garras del demonio se clavaron en mi suave piel. Mierda. Iba a hacerme pedacitos.

No podía morir así. Acabo de dejar de fumar.

—U'qtir es pa —llegó una voz que reconocí demasiado bien.

La liberación en mi pecho fue instantánea.

Tragué aire mientras observaba cómo el buer se alejaba de mí y pasaba a situarse junto a un hombre alto y apuesto.

—¿Dash? —grazné, completamente desconcertada.

—Krit um d'ak —dijo Dash, con voz fuerte y autoritaria.

El buer agachó la cabeza, parecía tan sumiso como un buen perro con mucho adiestramiento en obediencia a su amo.

Un chisporroteo de energía recorrió el aire y me cosquilleó la piel como electricidad estática. Un tenue resplandor plateado se materializó, como el contorno de una puerta.

El buer dejó escapar un sonido bajo y gutural, casi como un quejido, y atravesó el reluciente portal antes de que desapareciera por completo. Lo mismo hizo el portal o lo que fuera aquello, dejando sólo una línea oscurecida en la hierba como si la hubieran quemado.

Sí, ahora tenía muchas más preguntas para Dash.

Con esfuerzo, me puse de pie.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Lo controlaste? ¿Te obedeció? —Nunca había visto a nadie controlar así a un demonio. Si no hubiera visto a Emily de pie junto a su círculo de invocación, habría pensado que Dash había conjurado al demonio.

Dash sonrió.

—Uno de mis muchos talentos.

—No juegues. —Me quedé mirando el lugar donde el demonio había estado hace unos momentos—. ¿Está muerto?

Dash sacudió la cabeza.

—Está de vuelta a donde pertenece.

Entrecerré los ojos.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —La última vez que lo había visto fue en la alcaldía, y no había vuelto a saber de él. Incluso si Dash me estuviera acosando, me resultaba extrañamente excitante.

—No te buscaba a ti. Estaba rastreando el buer.

—Eres un mago. ¿Verdad? —Sólo un mago, un mago oscuro muy poderoso, podía devolver un demonio al infierno cuando él no lo había invocado en primer lugar. También explicaría sus vínculos con Los Renegados. Después de todo, la mayoría eran magos. Sentí un hilo de humedad en la sien y me lo limpié con la manga. Cuando miré hacia abajo, una mancha de color rojo brillante la cubría.

—Estás herida.

Dash estaba a mi lado en un instante.

—Estoy bien —dije, lo cual no era técnicamente una mentira—. Me curo rápido. —Estaba bien. Estaba viva, pero probablemente no lo habría estado por mucho tiempo si Dash no hubiera aparecido cuando lo hizo—. ¿Por qué te importa?

—Me importa. —Sus palabras flotaron en el aire entre nosotros, su mirada tan intensa que sentí que iba a entrar en combustión espontánea. Cuando sus ojos se clavaron en los míos, bajaron hasta mis labios, encendiendo un fuego en lo más profundo de mí.

—Claro.

Se inclinó más hacia mí y su aliento me rozó la cara. El deseo brilló en sus ojos oscuros antes de inclinar repentinamente la cabeza y presionar sus labios contra la comisura de mis labios. Se me aceleró el corazón cuando hizo lo mismo con el otro lado, tirando suavemente de mis labios.

Me tomó por sorpresa, pero respondí con entusiasmo, devolviéndole el beso con el mismo fervor. Cuando deslizó su lengua entre mis labios, no pude evitar estremecerme de placer y sentir cómo un calor se apoderaba de mi piel.

Hace muchísimo tiempo que no me besaban así, con pasión y deseo, que todo mi cuerpo ardía.

Su mano se deslizó por mi espalda mientras la otra se enredaba en mi pelo, acercándome más a él. Instintivamente, le rodeé la cintura con los brazos y nuestro beso se hizo más intenso. Gemí suavemente mientras exploraba mi boca, con un ligero sabor a café. Sólo quería más.

Mis dedos se enredaron en su pelo y él me acercó aún más, provocando una oleada de calor que me recorrió por dentro. Una parte de mí quería arrancarle la ropa y tocar cada centímetro de su duro cuerpo.

Dejé escapar otro gemido mientras me apretaba contra él, sintiendo la electricidad entre nosotros. Sus manos empezaron a recorrerme por debajo de la camisa, provocándome cosquilleos en todo el cuerpo mientras yo ansiaba más. En respuesta a mi deseo, sus caricias se volvieron más agresivas y el placer recorrió cada fibra de mi ser.

Y entonces se apartó.

Me quedé allí como una idiota sin aliento, observando cómo las facciones y el cuerpo de Dash se contorsionaban y cambiaban hasta que apareció ante mí como un cuervo. Y entonces, con un poderoso batir de alas, alzó el vuelo y desapareció en el cielo nocturno.

—¡Kat!

Me giré al oír mi nombre y vi a Tilly, Cristina y Blake corriendo hacia mí a través del dosel del bosque.

—¿Dónde está el demonio? —El pecho de Blake se expandió mientras respiraba pesadamente, vistiendo sólo sus jeans. Podía ver un gran corte en su costado derecho donde el buer lo había cortado mientras estaba en su forma de lobo. Aparte de eso, parecía que estaba bien.

—Ya no está. Lo maté —mentí y señalé el lugar de la hierba chamuscada donde la luz de la luna brillaba lo suficiente como para ver por dónde había desaparecido el demonio a través de un portal. Sí, mentí. Era más fácil mentir y mantener en secreto mi encuentro con Dash si eso significaba mantenerlo alejado de Blake. No me sentía muy bien mintiéndoles, sobre todo cuando estaban aquí intentando vencer al demonio como yo, pero no tuve elección.

—Dios mío, tienes la cara roja —observó Tilly, acercándose—. Parece que tienes fiebre. —Sus ojos se dirigieron a mi cabeza—. Estás sangrando.

—Estoy bien. —Mierda. Unos segundos antes, me habrían encontrado abrazándome apasionadamente con Dash. Tilly y Cristina probablemente me habrían animado. ¿Blake? Blake habría hecho un berrinche y luego habría interrogado a Dash. No era estúpido. Él sabía que Dash era mi fuente. Pero por alguna razón, estaba esperando a que yo se lo dijera.

—¿Sabes algo de Annette? ¿Cómo está Emily? —pregunté, queriendo desviar las preguntas de mí.

—Annette acaba de llamarme —contestó Cristina, arrancándose una ramita del pelo—. Llegaron bien a casa.

—La pobre niña está hecha un desastre —añadió Tilly.

—La pobre niña hizo que mataran a unas personas. —Blake miraba fijamente el lugar donde había desaparecido el buer.

Un destello de ira se disparó en mis entrañas.

—¿A dónde demonios quieres llegar?

Blake seguía mirando el punto en el suelo.

—Si no hubieras matado al demonio, Dios sabe cuántas personas más habrían muerto. No tenía por qué invocar a un demonio. ¿En qué demonios estaba pensando? —Se pasó los dedos por el pelo.

Me puse las manos en la cintura.

—Pensaba que quería librarse de esos acosadores. Metió la pata. Eso es lo que hacen los niños. Los errores forman parte del crecimiento.

Blake negó con la cabeza.

—No puedo dejarlo pasar —añadió, con la voz baja y llena de angustia. Parecía estar en el infierno.

Lo miré incrédula. No me importaba lo herido que parecía.

—¿Qué vas a hacer? —grité, y puede que se me saliera algo de saliva—. ¿Meterla en la cárcel? ¿Ese es tu plan? ¿Así crees que aprenderá de su error? Sólo tiene diez años. ¡Diez años!

Blake me fulminó con la mirada.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que metería a la hija de mi mejor amigo en la cárcel?

—Nadie mete en la cárcel a niños de diez años —dijo Cristina.

—No. Pero hay un reformatorio para delincuentes mágicos. —Tilly encogió los hombros cuando la fulminé con la mirada—. Sólo digo.

El miedo me atenazó la garganta mientras miraba a Blake.

—No. No puedes hacerle eso. Es una niña.

—Una niña que hizo que mataran a tres personas —respondió Blake, con la voz llena de pena—. Hay reglas en nuestras comunidades paranormales. Todos sabemos que a *ti* te importan una mierda. Pero al resto de nosotros sí. A mí sí. —Sus facciones se tensaron al añadir—: Emily tiene que pagar por lo que hizo.

Me quedé mirando con los puños a los lados mientras el gran hombre lobo se alejaba de nuevo entre los árboles. Me quedé mirando hasta que desapareció en la oscuridad.

—No lo hará —dijo Tilly—. En este instante está muy consternado. Todos lo estamos. Todavía estamos conmocionados al saber que Emily invocó a ese demonio. Conozco a Blake. Él no haría eso.

Observé cómo Tilly y Cristina iban detrás de Blake, a un paso mucho más lento, mientras se agachaban bajo las ramas y evitaban que les clavaran una lanza en los ojos. Ambas parecían seguras de que Blake no metería a una niña de diez años a algún centro de detención juvenil paranormal.

Yo no estaba tan segura.

Como hombre de leyes, el jefe de este condado, sabía que tenía que hacer *algo*. Los padres y seres queridos de los asesinados por el demonio buer exigirían justicia.

Me alegraba de que eso no formara parte de mi trabajo. Blake no era mi persona favorita últimamente, pero no desearía estar en su pellejo ahora mismo.

Suspiré. Necesitaba un maldito cigarrillo, pero ya había dejado ese asqueroso hábito.

CAPÍTULO 22

—No puedo creer que una bruja de diez años invocara a un demonio tan poderoso como lo es un buer —decía mi tía mientras sorbía su café—. ¿Dónde aprendió a hacerlo?

Encogí los hombros.

—¿En internet? Quién sabe. Mi suposición es que probablemente se tropezó con un libro que su madre había escondido. Annette está obsesionada con los demonios. No me sorprendería que tuviera libros de invocación de demonios. Muchos. —Recordé su cara de culpabilidad cuando vio a su hija por primera vez. Apuesto a que Emily encontró la biblioteca sobre demonios de Annette.

Mi tía me señaló con un dedo nudoso.

—Esos libros deberían estar bajo llave y escondidos con hechizos. ¿En qué estaba pensando al dejar unos libros tan peligrosos a la vista de los niños? Es como tener una pistola cargada en la mesa. Muy irresponsable por su parte.

Me quedé mirando mi taza de café.

—Hmmm. Era fácil repartir culpas. Yo no tenía hijos, así que no tenía ni idea de lo difícil que era criarlos y cuidarlos. Sólo tenía que cuidarme a mí misma, y eso por sí solo era un trabajo a tiempo completo, y no siempre lo hacía bien.

Pero lo que sí sabía era que Emily probablemente estaba aterrorizada ahora que su secreto había salido a la luz. Y lo más probable era que Annette se estuviera volviendo loca de dolor y odio hacia sí misma.

—Y Dash desterró al demonio —comentó mi tía.

Sentí un calor en mi vientre al pensar en sus labios sobre los míos.

—Sí. Dijo que lo había estado rastreando.

—¿Y crees que él sea un mago?

Le di un sorbo a mi café.

—Un mago oscuro. Deberías haber visto cómo controlaba esa cosa. Como un perro bien entrenado.

Mi tía apretó los labios pensativa.

—Hmmm.

—¿Hmmm qué?

—Los magos no controlan a los demonios si no fueron ellos quienes los invocaron en primer lugar. Nunca había escuchado de un mago con esas habilidades. Y he estado por aquí mucho tiempo.

—Sólo una razón más por la que Los Renegados tienen sus garras en él. Porque Dash es un

mago poderoso. Es único. —Y lo suficientemente poderoso como para transformarse en diferentes bestias. Cuanto más pensaba en eso, más empezaba a tener sentido. Sólo alguien con una gran habilidad mágica podía adoptar diferentes formas. Y ese era Dash.

Mi tía levantó una ceja escéptica.

—¿Un mago convertido en carpintero?

Encogí los hombros.

—¿Por qué no? Es muy bueno con las manos. —Ups. Demasiado tarde para retractarme.

Una sonrisa se dibujó en la cara de mi tía.

—¿Ah sí?

—Ja. Ja. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Un poderoso mago que se dejó maldecir? ¿Cómo es posible?

Tenía razón.

—Aun así. Si no estaba preparado para la maldición, no tenía forma de protegerse.

—Bueno, me alegro de que estuviera allí —dijo mi tía—. Ese buer pudo haberte matado.

—Lo sé.

Dash era miembro de Los Renegados, un grupo de individuos malvados a los que sólo les importaba el poder y estaban dispuestos a sacrificar vidas inocentes para conseguirlo.

Y me había salvado.

Otra vez.

Y me había besado.

Mierda. Mierda. Mierda.

Agarré mi teléfono y le envié un mensaje a Dash.

Yo: Tenemos que hablar.

Dejé caer el teléfono sobre la mesa y me esforcé por no mirarlo.

Mi tía golpeó su taza.

—Esa brujita. ¿Dices que tiene diez años?

—Sí.

—Es mucho poder para una bruja tan joven —dijo mi tía—. Será una fuerza a tener en cuenta cuando crezca. Recuerda mis palabras. Hay que vigilarla.

—Si Blake se sale con la suya y la mete en un reformatorio paranormal, su vida quedará arruinada. ¿No es suficiente con que tenga que pasar el resto de su vida sabiendo que sus acciones les costaron la vida a tres personas? Yo pensaría que ya es suficiente castigo.

Mi tía frunció el ceño.

—¿Crees que el jefe haría eso? ¿No me dijiste que la niña bruja es la hija de su mejor amigo?

Asentí con la cabeza.

—Una de cinco hijas. Sí.

Mi tía chasqueó la lengua con desaprobación.

—Bueno, supongo que no siempre se trata de relaciones personales cuando se trata de la ley. Y si los poderes de Emily son realmente tan fuertes como dices, puede que sientan que no tienen más remedio que tomar medidas drásticas.

Se me hizo un nudo en el estómago al oír su tono.

—¿Peor que un reformatorio?

Mi tía suspiró.

—Hay cosas peores que enviar a tu hijo a uno de esos desgraciados centros. —Se quedó mirando un punto de la mesa, con las cejas fruncidas como si estuviera rememorando algún recuerdo pasado no tan bueno.

Me incliné hacia delante y empujé mi taza de café.

—¿Cómo qué? Dímelo. —El peso de la situación me oprimía.

Los labios de mi tía se movieron como si los estuviera preparando para lo que iba a decir.

—Tal vez ellos sientan la necesidad de suprimir sus poderes.

Me quedé con la boca abierta y sentí que mi lengua era demasiado grande para mi boca.

—Disculpa. ¿Ellos pueden hacer eso? Espera un segundo, ¿quién puede hacer eso? ¿Ellos? ¿Quiénes?

—El Consejo Gris. El Consejo Blanco. Básicamente, cualquier maldito consejo con un viaje de poder. Dirán que es por su propio bien, para salvarla de sí misma, pero en realidad es porque temen lo que pueda hacer.

El Consejo Gris, una antigua organización que gobernaba la comunidad sobrenatural, tenía un inmenso poder e influencia sobre el jefe. Eran conocidos por sus estrictas normas y su inquebrantable cumplimiento, y a menudo consideraban cualquier uso de la magia fuera de sus normas como una amenaza para su control. Y todos sabíamos lo mucho que me importaban las normas.

Emily había demostrado ser una bruja muy capaz, y con sólo diez años. Tenía un talento especial. ¿Pero ser privada de sus poderes porque cometió un error?

—Esto es malo. —Diablos, esto era incluso peor que quedarse unos meses en el reformatorio con un montón de otros niños jodidos o simplemente confundidos. Tendría una vida, haría amigos, y sería la misma cuando saliera. Pero esto... esto era como que te hicieran una lobotomía.

Mi tía asintió solemnemente.

—Sí, así es. Si deciden seguir ese camino, podrían despojarla de sus poderes por completo. Ella sería como cualquier humano ordinario mientras que toda su familia es paranormal. No podría hacer magia en toda su vida.

—No pueden hacer eso. —Un escalofrío me recorrió la espalda al imaginarme a Emily perdiendo su conexión con el reino sobrenatural. Sería un destino peor que la muerte para ella, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que había asimilado sus habilidades. La idea de que se volviera impotente e inconsciente me provocó una oleada de ira.

—Sí pueden —respondió mi tía—, y lo harán si creen que es una amenaza para los demás.

Observé la cara de mi tía.

—Hay más. ¿Verdad que sí? Me doy cuenta. Tienes esa mirada.

Mi tía forzó una sonrisa.

—No tenía ni idea de que tenía una mirada.

—Dímelo.

—Yo tenía la edad de tu madre cuando me enteré de lo que le había pasado a una bruja llamada Erika. Era una poderosa bruja oscura con una inclinación por la invocación de demonios.

—Como Emily. Pero ella es una bruja blanca. —¿O no?

—Los poderes de Erika se incrementaron —continuó mi tía—, y entonces, un día, sorprendió a su marido con otra mujer en su cama.

—Qué bien.

—Ella reaccionó por sus emociones e invocó a un demonio. Antes de que pudiera detenerlo, el demonio mató a su marido y a su amante.

Comprendí su reacción.

—¿Así que la despojaron de sus poderes?

Mi tía parecía preocupada.

—Peor.

—¿Peor?

—Le quitaron sus poderes, sí, pero luego le borraron la memoria. Borraron la persona que era. No recordaba este lugar. Sus amigos. El mundo paranormal. Se volvió inconsciente del mundo sobrenatural del que una vez formó parte.

Un poco de ira afloró en mí al pensar en Dash.

—¿Qué pasó con ella?

—Le dieron algo de dinero, una nueva identidad y la empujaron al mundo humano. No volví a escuchar de Erika después de eso.

Las palabras de mi tía me golpearon como un tren de carga.

—¿Y crees que le harán eso a Emily? ¿Borrar su magia *y* su mente? Eso es una barbaridad.

—Puede que sí —respondió mi tía, con la voz cargada de preocupación—. El consejo se ha vuelto cada vez más despiadado a la hora de hacer frente a las amenazas, reales o imaginarias. Dicen que es por el bien común, pero me temo que han perdido de vista lo que de verdad importa.

Mi mente pensaba en todo tipo de posibilidades, contemplando el destino que le aguardaba a Emily si el consejo descubría sus poderes, si Blake la denunciaba. ¿Vendrían a buscarla en plena noche, se la llevarían a la fuerza para borrar todo lo que apreciaba y delante de su familia? ¿De su madre y su padre? ¿De sus hermanas? Ese pensamiento me dio un escalofrío.

—Emily es sólo una niña. Una niña de diez años. No se merece esto. Es una bruja. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. —Bueno, tal vez eso fue un poco exagerado. Tenía que saber lo que estaba haciendo y estudiar durante semanas para poder invocar al demonio. Tal vez sólo quería asustarlos. No creía que quisiera matar a esos acosadores.

Pero bueno, la verdad es que no conocía a Emily.

—No podemos dejar que eso pase —dije con firmeza, apretando los puños—. Tenemos que encontrar una forma de protegerla, de alejarla del consejo.

—Estoy de acuerdo. —Los ojos de mi tía brillaron de ira—. Eso dependerá del jefe. Depende de cuánto vaya a informar. Y de *qué* vaya a informar.

Asentí, comprendiendo el peso de sus palabras. El jefe tenía el poder de condenar a Emily a una vida de normalidad mundana o a luchar por su derecho a conservar sus poderes.

—Tendré que hablar con Blake —declaré, con la determinación reflejada en mi voz. No quería tener que hablar con él, pero lo haría si el destino de una niña estaba en peligro. Se estaba portando como un idiota conmigo porque yo no quería delatar a mi fuente, pero esperaba que de verdad sintiera algo por Emily. La había visto crecer. Era prácticamente su tío.

—Es un comienzo —convino mi tía.

—Le haré entender que Emily no es una amenaza. Sólo es una niña asustada que quería protegerse. Cometió un error. No pueden crucificarla por eso.

Mi tía resopló.

—A las brujas las han quemado en la hoguera por mucho menos, querida.

Me froté las sienes, sintiendo que se aproximaba una migraña. Estoy bastante segura de que yo habría hecho lo mismo y también habría invocado a un demonio para darle una lección a mi hermano, si hubiera tenido poderes como ella. Sabía lo que se sentía cuando te acosaban. Podía verme a mí misma en Emily, o a ella en mí. Entendía por qué lo hizo, y eso no la convertía en un monstruo. Ella sólo quería que los acosadores la dejaran en paz.

La mirada de mi tía se suavizó y me puso una mano reconfortante en el hombro.

—Sé que te preocupas por tu amigo y por esa brujita. Pero convencer al jefe no será fácil. Recuerda dónde están sus lealtades.

—En el consejo.

—Sí. Lo mejor para ella es que encuentres pruebas que apoyen tus afirmaciones y que demuestren que Emily no tenía ninguna intención maliciosa.

—Ella no tiene ni un pelo de maliciosa. Es sólo una niña.

Mi tía levantó las cejas.

—Una niña muy poderosa.

No podía deshacerme de la sensación de hundimiento en el pecho mientras las palabras de mi tía hacían eco en mi mente. ¿Suprimir los poderes de Emily? Parecía impensable, cruel.

El consejo tenía un poder inmenso, y su influencia llegaba más hondo de lo que nadie podía imaginar. Los titiriteros ocultos movían los hilos de nuestro pueblito, asegurándose de que lo sobrenatural permaneciera oculto ante el mundo mundano. Era un equilibrio delicado, y la situación de Emily amenazaba con alterarlo todo.

—La verdad es que no conozco al jefe lo suficiente como para saber lo que hará.

—Si se lo dice al consejo, la vida de esa niña está acabada.

No me gustó la firmeza de la voz de mi tía. Cualquier consejo que le hiciera eso a una niña era malvado en mi opinión. Y yo me ganaba la vida pateando traseros malvados.

—Una vez salí con un concejal —declaró mi tía. Se le dibujó una sonrisa en la cara—. Tenía una mente brillante. Lástima que no pudiera usarla en el dormitorio. Era como acostarse con una tortuga.

El café salió volando de mi boca.

—Tía Luna. No puedes decir estas cosas cuando estoy tomando café.

Mi tía encogió los hombros.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Soltó una risita y yo le sonreí, limpiándome los labios. Disfrutaba verla sonreír. No sonreía desde que la amenaza de perder su casa había salido a la luz. Se me retorcieron las entrañas al pensarlo.

Una cosa a la vez…

Me sacudí el pensamiento y me enfoqué en lo que tenía que hacer en ese preciso momento.

Me bebí el resto del café y salté de la silla.

La tía Luna me observaba con la preocupación grabada en el rostro.

—¿A dónde vas?

—Necesito advertirle a Annette primero. Ella necesita saber lo que me acabas de decir.

Y luego tendría mi *charla* con Blake.

CAPÍTULO 23

Subí los escalones, respirando hondo a medida que avanzaba. Mi ansiedad estaba por las nubes, pero me obligué a tocar a la puerta. Miré por encima del hombro y reconocí la camioneta BMW de Blake estacionada en la acera.

Supongo que mi charla con Blake se daría antes de lo que esperaba.

Mi teléfono vibró con un mensaje. Lo saqué del bolso.

Dash: Tienes que alejarte de mí.

Fruncí el ceño al leer el mensaje.

—¿Qué demonios significa eso? —Como si iba hacerle caso. Sólo me hizo querer verlo más.

Volví a meter el teléfono en el bolso justo cuando la puerta se abrió y Annette apareció con los ojos enrojecidos.

—Hola —dije suavemente—. ¿Puedo pasar?

La bruja asintió y me hizo pasar.

—Por supuesto. Adelante.

La seguí dentro y fuimos a la cocina, donde Tilly y Cristina estaban sentadas alrededor de la isla.

Liam y Blake estaban sentados en la mesa del comedor y su conversación se interrumpió en cuanto me vieron.

Me pregunto qué fue eso.

Miré a Tilly, curiosa por saber cómo me recibiría. Se había enfadado porque Blake me había mostrado afecto —afecto no deseado—, pero me dedicó una breve sonrisa cuando me miró a los ojos. Qué bien. Al menos no tenía que preocuparme de que volviera a ponerse celosa sin razón.

Me asomé a la sala. Estaba vacía. Ninguna de las hijas de Annette estaba allí viendo la tele o jugando con sus tabletas.

—Hola, Kat —saludó Cristina.

—Hola. —Me apoyé en la isla y miré a Annette—. ¿Dónde están las niñas? —Odiaba admitirlo, pero tal vez Annette y Liam enviaron a sus hijas lejos para mantenerlas a salvo del consejo. Yo también habría hecho lo mismo.

Annette se limpió la nariz.

—Arriba en sus habitaciones.

Mierda. Hubiera preferido que me dijera que estaban en un lugar remoto como Groenlandia.

—Vine a ver cómo está Emily. —Sentí los ojos de Blake y Liam clavados en mí en cuanto las palabras salieron de mi boca.

El cuerpo de Annette se puso rígido y sus labios temblaron.

—Lo siento mucho —dijo, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos—. Nunca quise que pasara nada de esto.

—No es culpa tuya —la tranquilicé. Pensé en agarrarle la mano, pero cambié de idea.

—Pero lo es —insistió—. Si hubiera tenido más cuidado con mis libros... si le hubiera enseñado mejor....

—Eres una madre maravillosa —le dije con firmeza, dándome cuenta de que yo había tenido razón sobre su colección de tomos demoníacos.

Annette dejó escapar un suspiro tembloroso y agarró un pañuelo de la caja que había sobre la mesa.

—No lo soy.

—No podías saber que esto pasaría. Los niños hacen estupideces. Es parte de su crecimiento.

—Kat tiene razón. —Cristina agarró la mano de Annette—. Ojalá hubiera tenido una madre como tú. No puedes culparte por lo que pasó.

—Y tampoco puedes vigilarlas día y noche —añade Tilly—. Los niños son listos. Y si Emily quería usar tus libros para invocar a ese demonio, iba a encontrar la forma de hacerlo.

—Tenía que haber quemado esos malditos libros hace años —dijo Annette.

—Habría encontrado otra forma de hacerlo —añadí a la teoría de Tilly—. Los niños son extremadamente ingeniosos.

Annette se secó los ojos.

—No puedo creer que hiciera lo que hizo. Mi dulce Emily.

—Más bien es una chica ruda —dijo Tilly.

—Bueno... ahora está definitivamente asustada —admitió Annette—. Pero también está muy arrepentida. Sabe que cometió un gran error. No sabía lo que hacía. Sólo tiene diez años. A los diez no sabes nada.

Pero Emily sí. Era lista. Ingeniosa. Una vez más, me recordaba a mí a su edad, pero sin la magia, claro. Pero sabía que ella no quería que el demonio matara a esas personas. Pensó que podía controlarlo. Al recordar lo pálida que tenía la cara y lo angustiada que había estado los últimos días, supe que la brujita se arrepentía de su decisión. Ella estaba tratando de resolverlo, pero eso estaba más allá de su habilidad.

Annette suspiró pesadamente, sus ojos reflejaban una mezcla de emociones.

—Nunca pensé que llegaría tan lejos —susurró, con la voz llena de pesar—. La crie para que fuera mejor que esto. Siempre fue una niña tan bondadosa.

Cristina apretó con más fuerza la mano de Annette, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora.

—Sigue siéndolo. Cometió un error. Todos cometemos errores cuando somos jóvenes. Aprendemos y crecemos con ellos.

Annette nos miró a cada una de nosotras, sus ojos brillaban de gratitud.

—Me alegro de que todas ustedes estén aquí. No sé qué haría sin su apoyo.

Tilly se inclinó hacia delante y puso una mano reconfortante en el hombro de Annette.

—Puedes contar con nosotras.

La sala se sumió en un pesado silencio mientras todos contemplábamos la magnitud de la situación. Era difícil creer que una niña de diez años hubiera invocado a un demonio, independientemente de sus intenciones.

Pero lo había hecho. Todos lo habíamos visto.

—¿Y ahora qué hacemos? —Cristina rompió por fin el silencio, con voz preocupada.

Annette nos miró a cada una de nosotras, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas.

—No lo sé.

Miré al jefe y, al ver que estaba conversando de nuevo con Liam, pensé que era un buen momento.

—¿Qué ha dicho Blake sobre todo este asunto? ¿Ha dicho algo sobre Emily?

El rostro de Annette se endureció.

—¿Qué quieres decir?

Bajé la voz.

—¿Ha tomado una decisión sobre Emily? —Ante el silencio entre las brujas, añadí—: ¿Ha hablado del consejo? —Sabía que sería un tema delicado, pero Annette y Liam necesitaban saberlo. Necesitaban saber lo que el consejo podría hacerle a su hija de diez años.

Un destello de pánico apareció en los ojos de Annette cuando mis palabras por fin calaron hondo.

—¿Crees que la denunciará?

—No lo hará. —Tilly me fulminó con la mirada, su voz llena de convicción—. Conozco a Blake. No te haría eso ni a ti ni a Liam.

—Por la pequeña Emily —coincidió Cristina.

Yo, bueno, no estaba tan segura.

—¿Él lo dijo? ¿Dijo que no la denunciará? —No es que no le creyera. Sólo quería asegurarme.

—No exactamente. —Annette miró hacia donde estaban sentados Blake y Liam, que seguían conversando profundamente—. ¿Crees que están hablando de eso?

—Sí, creo. —Tenía sentido que Blake hablara primero con su mejor amigo antes de anunciarle su decisión a Annette.

Cristina dejó la taza de café sobre la encimera.

—Incluso si lo hace, y no estoy diciendo que lo hará, pero si así fuera. ¿Qué podrían hacer?

—Te lo dije. La meterían en un reformatorio mágico —dijo Tilly.

Ojalá fuera tan sencillo.

—¿Qué pasa?

Giré la cabeza y me encontré con Annette mirándome.

—¿Qué?

—Tú sabes algo. ¿Verdad? —Annette cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué sabes? Dímelo. Si tiene algo que ver con mi hija, quiero saberlo.

Asentí con la cabeza y empecé a divulgar lo que había venido a decir, todo lo que me había contado mi tía, y vi cómo los ojos de Annette volvían a llenarse de lágrimas cuando llegué a la parte de la lobotomía mágica.

Las manos de Annette temblaban mientras se secaba una lágrima perdida. Su mirada se desvió entre mí y la mesa donde Blake y Liam seguían conversando en voz baja.

—Así que estás diciendo que me quitarían a Emily —susurró Annette, con voz apenas audible.

Asentí solemnemente, con la garganta contraída por la empatía.

—Lo harían. Según mi tía, no dudarían en apartarla de ti si la consideran un peligro. Si Blake la denuncia.

Annette tomó aire y se agarró con fuerza al borde de la mesa, mientras la angustia se dibujaba en su rostro.

Tilly entrecerró los ojos.

—¿Por qué sigues diciendo eso? Ya te lo dije. No lo hará. Él no haría esto.

—Aunque él lo hiciera —añadí—, no creo que sepa lo que harían. Probablemente él sólo

cree que la niña terminará en un reformatorio, no que le quitarán sus poderes y sus recuerdos.

En ese momento, pensé en Dash. Él había estado confundido, destrozado. Sólo me imaginaba lo malo que sería para una niña, una brujita.

Aun así, no creía que el jefe denunciara a Emily si sabía de lo que era capaz el consejo, si no lo había hecho ya.

Me sentía mal por ella y por la situación imposible en la que nos encontrábamos. Había sido testigo del increíble potencial de los poderes de su hija. Estaba claro que si se dejaba sin supervisión, sin entrenamiento, eso llevaría a otros problemas.

Las temblorosas manos de Annette le taparon la boca mientras asimilaba la horrible revelación. Las lágrimas corrían por su rostro, su angustia se mezclaba con la incredulidad. Tilly y Cristina intercambiaron miradas preocupadas, su inquietud reflejaba la mía.

—Pero... pero no pueden hacerle eso a Emily —susurró Annette, con la voz entrecortada por la emoción—. Es sólo una niña.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver la agonía grabada en el rostro de Annette. El instinto maternal que llevaba dentro era ferozmente protector, inquebrantable en su determinación de proteger a su hija de cualquier daño. Ese tipo de amor trascendía todas las fronteras.

Tilly se adelantó, con voz suave pero firme.

—No dejaremos que eso ocurra, Annette. Haremos lo que sea necesario para mantener a Emily a salvo.

Cristina asintió, con la determinación brillando en sus ojos.

—Ella también es nuestra familia.

Annette negó con la cabeza.

—Pero, ¿y si él lo hace? ¿Y si me la quita?.

Un pedazo de mi corazón se rompió ante la angustia en su voz. Primero fue Emma, secuestrada por Los Renegados y casi asesinada. Y ahora era Emily.

—Te lo estoy diciendo —la voz de Tilly se elevó con preocupación—. Blake no haría esto.

—¿Hacer qué?

Todas nos estremecimos cuando el fornido hombre lobo se colocó detrás de nosotras como un muro de músculos. Cruzó los brazos sobre el pecho y sus ojos brillaron en la penumbra de la cocina. Su expresión severa hacía juego con su sólida constitución y su imponente estatura.

Liam apareció detrás de él, con una expresión de preocupación y con un aspecto muy parecido al de la noche en que se llevaron a Emma.

Tilly lanzó una mirada en dirección a Annette antes de contestar.

—Bueno... verás... Kat nos estaba informando de que... bueno, lo que hizo Emily... si la denunciaban...

—¿Vas a denunciar a mi hija al consejo? —Annette se enfrentó a Blake, con una mirada feroz y como si estuviera a punto de lanzarle un hechizo si decía algo equivocado.

Blake me miró despreocupadamente.

—¿Qué les has estado diciendo?

Por supuesto, iba a culparme por la angustia de Annette.

—La verdad.

Annette se acercó a Blake.

—¿Vas a hacerlo? ¿Vas a entregar a mi niña a ese consejo para que la lobotomicen? ¿Quitarle sus poderes? ¿Quién es ella? —Las lágrimas caían libremente de sus ojos—. ¿Tan desalmado eres?

La cara de Blake y la punta de sus orejas se enrojecieron mientras me miraba.

—Qué bien. Súper bien.

Apreté los dientes. Sí, el imbécil me estaba culpando de esto.

—¡Dímelo! —Annette golpeó al jefe en el pecho—. ¡Vas a llevártela! ¡Hijo de puta!

—Annette, basta. —Liam agarró a su esposa por los hombros y la arrastró lejos de Blake antes de que pudiera asestarle más puñetazos. Ojalá hubiera podido asestarle unos cuantos.

Annette luchó por zafarse del agarre sin salida de su marido, pero Liam no la soltó.

—No dejes que se la lleve. No dejes que se lleve a nuestra bebé —gritó Annette, con la voz entrecortada por los sollozos—. Es sólo una niña. No sabía lo que hacía. No puedes dejar que se la lleve.

—No lo haré —tranquilizó Liam—. Porque él no se la llevará. ¿Verdad, Blake?

Todos miraron a Blake, pero por supuesto el bastardo seguía mirándome, como si yo fuera la instigadora de la miseria de Annette. Tal vez lo era.

—Él tiene razón. —Finalmente Blake miró a Annette—. Es mi trabajo informar lo que pasó, pero no lo haré.

No estoy segura de que me gustara que empezara con eso.

Los sollozos de Annette se hicieron más fuertes, y todo su cuerpo temblaba bajo el agarre de Liam.

—¿No lo harás? ¿No vas a denunciarla? —le preguntó con voz temblorosa.

La postura rígida de Blake vaciló durante una fracción de segundo, como si lo tomaron por sorpresa al creer que sí lo haría. Respiró hondo, recuperando la compostura.

—No lo haré.

Annette se secó las lágrimas.

—Necesito que me lo prometas, Blake —suplicó, con la voz entrecortada por la desesperación—. Prométeme que no me quitarás a mi bebé.

Blake suspiró con pesadez, su ira se desvaneció en un cansancio resignado. Su mirada se suavizó y dio un paso hacia Annette.

—Te lo prometo —dijo, con voz suave pero decidida—. No te la quitaré. Te lo juro.

—Gracias al caldero. —El rostro bañado en lágrimas de Annette se volvió hacia su marido, con los ojos llenos de una súplica angustiada mientras él la abrazaba con fuerza.

—¿Por qué no? —Mi voz cortó el repentino silencio. No quería tener que hacer esta pregunta, pero tenía que hacerlo—. ¿Por qué no? —repetí.

—Kat —dijo Cristina entre dientes, y negó con la cabeza cuando la miré. Incluso Tilly me miraba ahora con el ceño fruncido. Era casi como si pensaran que yo quería que denunciara a la brujita. No quería. Sólo quería que fuera sincero con nosotros, con Annette y Liam.

—Porque no creo que represente una amenaza —dijo Blake con firmeza, con los ojos fijos en el rostro de Annette, bañado en lágrimas—. Pero tienes que encontrar una forma de controlar sus poderes, por su propia seguridad y la de los demás. Si esto vuelve a ocurrir... si le hace daño a alguien más...

—No lo hará. —Los ojos de Annette se abrieron de esperanza, su desesperación transformándose lentamente en un destello de alivio. Intentó calmar su voz, aún temblorosa por la emoción—. Ella aprendió la lección. No la perderé de vista. Ahora que sé lo que puede hacer. Y quemaré todos mis libros de demonios.

Blake asintió.

—Ese es un gran comienzo.

La tensión en la habitación se relajó cuando esas palabras flotaron en el aire. Annette se

inclinó hacia el abrazo de su marido, buscando consuelo en su apoyo inquebrantable.

Por supuesto, tenía que interferir.

—Entonces, ¿qué vas a informar? —pregunté, y la atención de todos volvió a centrarse en mí —. ¿Qué le dirás a Helen? ¿O a los seres queridos de las víctimas? ¿A sus familias?

La mirada de Blake volvió a fijarse en mí.

—¿Qué?

Encogí los hombros.

—Es decir... que tendrás que informar de algo. ¿Verdad? ¿Esas tres muertes? ¿Cuál es nuestra historia?

—Tiene razón —dijo Tilly, y me alegré de que alguien más viera este problema—. Si esto va a funcionar, todos tenemos que ceñirnos a la misma historia.

Blake observó a Annette durante un momento.

—Bueno, que era un demonio rebelde. Un demonio que se coló a través del Velo. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Y Kat lo mató. Eso es todo lo que tienen que saber.

—De acuerdo. —Estaba bien. Además, en parte era verdad, según ellos. Dash había vencido al demonio, no yo. Pero no tenían que saber la verdad.

—Ahora que ya está todo arreglado, los veré a todos después. —Me despedí de las brujas y de Liam y me fui por el pasillo.

—¿A dónde vas? —exigió Blake, como si fuera mi jefe.

Miré por encima del hombro, sintiendo los ojos de Tilly sobre nosotros, pero mantuve la mirada fija en el jefe.

—No es que sea asunto tuyo, pero necesito ver a alguien.

Y con eso, crucé la sala de estar y salí.

CAPÍTULO 24

En el Blue Demon había muchos más paranormales que la última vez que estuve aquí. O bien Blake ya había llamado a Helen, que había difundido por el pueblo la noticia de que se habían ocupado del demonio, o bien estaban intentando recuperar un poco de normalidad en sus vidas.

Una gran variedad de calabazas, tanto talladas como intactas, adornaban cada rincón de la cafetería. Algunas se alineaban en el suelo de la entrada, mientras que otras se posaban sobre las mesas e incluso sobre la barra. Sus rostros deformes parecían parpadear con vida en el comedor poco iluminado, como un grupo de espíritus juguetones esperando cobrar vida en la oscuridad. El aroma a canela y nuez moscada persistía en el aire y contribuía al ambiente festivo mientras me abría paso entre el mar de calabazas hacia la barra.

El festival de tallado de calabazas se me había olvidado por completo, pero cuando iba conduciendo por el centro del pueblo, me encontré con coloridas pancartas que anunciaban el evento. Como los autos no podían entrar en la zona cerrada del centro, me estacioné a unas manzanas de allí y caminé el resto del trayecto. Por el camino, no pude evitar detenerme a admirar las calabazas hábilmente talladas que se exhibían en varias mesas de la plaza, cada una con un diseño único y elaborado.

Dash habría tallado cualquier calabaza con los ojos cerrados.

No. No estoy pensando en Dash ahora mismo.

Me abrí paso por la cafetería llena de gente, hombres y mujeres, amigos y familiares, reunidos alrededor de mesas y cabinas. Devoraban con avidez sus platos de pasta, hamburguesas y papas fritas.

Me fijé en Sela entre la multitud, tomando pedidos de una de las mesas ocupadas. Maggie, la camarera más joven, levantó la vista de una de las mesas con un bloc de papel en la mano. Sus ojos se abrieron de par en par al verme y una expresión de terror cruzó sus bonitas facciones.

Maravilloso. Parecía que me estaba ganando una reputación: la portadora de la muerte.

Ignorando a la camarera, me dirigí hacia la barra, donde un fornido hombre negro limpiaba el mostrador.

Me acerqué a la barra, agarré un taburete vacío y me senté.

—Hola, Kolton.

El hombre lobo levantó la vista.

—¿Es una visita social o estás aquí para ponerme al día?

Le sonreí.

—Las dos cosas.

—¿Qué te ofrezco? —Los músculos de Kolton se flexionaban mientras pulía la encimera. Ahora que sabía que había intentado convertirse en jefe de este condado, no podía sacarme ese pensamiento de la cabeza, preguntándome cómo serían las cosas de diferentes.

—Una cerveza por favor. Heineken si tienes.

El hombre lobo colocó delante de mí un vaso alto de cerveza recién servida sobre una servilleta de papel cuadrada. Apoyó las manos en la encimera y se inclinó hacia delante.

—¿Y?

—Y ya se ocuparon del demonio. Por si no lo sabías, era un demonio.

Una visible tensión abandonó los hombros de Kolton.

—Eso es lo que dice la gente. Sólo quería oírlo de ti.

—Lo era. —Tomé un sorbo de mi cerveza—. Mmm. Bien.

—Y lo mataste.

Levanté la vista de mi cerveza y miré los ojos oscuros y penetrantes del hombre lobo. Sabía que tenían los sentidos agudizados y que probablemente podían analizar muy bien a las personas. Mentirle a un hombre lobo no era aconsejable. Pero tampoco podía decirle la verdad. Por mucho que quisiera.

—Sí. —Mantuve mi cara tan inexpresiva como pude—. Era un buer demonio buer —continué, añadiendo algo de verdad a mi mentira—. Una criatura desagradable.

—¿Cómo cruzó a Moonfell?

Me limpié los labios.

—No estoy segura. La explicación lógica es que cruzó por un punto frágil del velo. Eso pasa. Es una mierda, pero pasa.

—¿Y seguía pasando por el mismo sitio cada noche?

No había pensado en esa parte, pero no iba a contarle lo de Emily.

—Eso parece. —No estaba muy familiarizada en materia de Demonios 101, y no tenía ni idea de si eran capaces de colarse en nuestro mundo utilizando la misma grieta—. No son tan estúpidos como creemos. Al encontrar una forma de entrar a nuestro mundo, siguió viniendo.

—Hasta *que* lo mataste —concluyó el hombre lobo. Me miró fijamente, su mirada inquebrantable. Era como si pudiera ver a través de mi fachada, directo al núcleo de mis secretos.

Me removí incómoda en mi asiento, evitando su mirada penetrante.

—Sí —respondí—. Casi me mata. —Lo cual era cierto.

—Pero no lo hizo. Tú lo mataste. —Las fosas nasales de Kolton se encendieron, al captar mi olor. ¿Podía oler el sudor del estrés? Mierda. Sí, lo hizo.

A pesar de mis intentos de mantener una cara de póquer, la aguda intuición del hombre lobo me hizo sentir expuesta, como si pudiera ver a través de mis mentiras.

Bebí un buen trago de cerveza.

—Sí —dije, fingiendo despreocupación. Odiaba mentirle al hombre lobo, pero no podía arriesgarme a contarle lo de Dash o que la pequeña Emily había invocado al maldito demonio.

Kolton se echó hacia atrás y cruzó sus musculosos brazos sobre el pecho. Su mirada se clavó en la mía, inflexible e insistente.

—No me lo estás contando todo.

—¿Eh?

—Puedo olerlo en ti.

Maldita sea. Odiaba que tuviera razón.

Arqueó las cejas.

—Escúpelo.

Golpeé mi vaso de cerveza con las yemas de los dedos, intentando averiguar cuánto podía contarle sin exponer a Emily y a Dash.

—Tengo magia. Es diferente.

—Ya lo sabía —respondió el hombre lobo.

Lo miré fijamente.

—¿Lo hiciste? —¿Podría oler mi magia umbra?

El enorme hombre lobo asintió, con una sonrisa cómplice en la comisura de los labios.

—Los sentidos de los hombres lobo no se limitan al olor —dijo—. También podemos detectar la presencia de magia.

Me incliné ligeramente hacia delante, sintiendo curiosidad.

—¿Así que lo sabías desde el principio? ¿Desde la primera vez que vine preguntando por Dash? —No estaba segura de cómo me sentía al respecto. Me hacía sentir expuesta. ¿Eso significaba que Blake también podía olerme? Maldición, eso sonaba mal.

Se rio suavemente.

—No todo el tiempo, pero sí desde hace un tiempo. Tu aura lo delata. Es... inusual. Como tú.

No me sentí insultada porque me llamara inusual. Me lo tomé como un cumplido.

Me sentí aliviada al darme cuenta de que era más perspicaz de lo que creía. Tal vez pudiera confiar en él después de todo. Él no le había contado a nadie lo de mi magia. Si lo hubiera hecho, ya me habría enterado.

—¿Pero por qué no dijiste nada? —pregunté, sólo para poner a prueba mi teoría.

La mirada de Kolton se agudizó al mirarme.

—No es mi secreto.

—Bien.

—Pero estoy aquí cuando quieras hablar —añadió el hombre lobo.

—Gracias. Puede que lo necesite uno de estos días.

Kolton llenó un cuenco de frutos secos y lo puso a mi lado.

—¿Por eso te fuiste de Moonfell cuando tenías diecisiete años? ¿Porque eras... diferente?

Mi mano se cernía sobre el bol de nueces.

—Sí. —No tiene sentido mentir.

—Pasa mucho en las manadas de hombres lobo —dijo Kolton—. A veces los cachorros son rechazados por su familia, o su manada, por las razones que sean. La mayoría de las veces es porque son débiles. Tienen que irse y tratar de encontrar otra manada.

—Eso no me parece bien —le dije—. Especialmente a una edad temprana. Ser expulsado así por tu propia gente. —Los recuerdos de mi juventud me invadieron. Mi propia familia, mis propios padres también me habían rechazado porque me consideraban débil, una vergüenza para el apellido Lawless. Me querían fuera, y al final, habían conseguido su deseo.

Kolton lo pensó.

—Los hace más fuertes. Realmente no tienen elección. Es supervivencia. Al final, se dan cuenta de que era lo correcto. Era su camino.

Lo miré y mastiqué unas nueces.

—¿Hablas por experiencia? —Cada vez más curioso. Uno de estos días, quería tomarme una cerveza con Kolton y oírlo todo sobre su vida. Tenía la sensación de que era una historia *muy* interesante.

El gran hombre lobo sonrió.

—Tal vez.

Sonreí.

—Entonces tú y yo tenemos mucho en común, amigo mío.

Kolton se echó a reír, una carcajada sincera y profunda que convirtió mi sonrisa en una gran mueca bobalicona.

Pero lo que dijo Kolton era cierto. Por haber sido abandonada a mi suerte a una edad tan temprana, era definitivamente más fuerte por ello. Y como dijo el hombre lobo, mi propia manada me había rechazado.

—Así que... —Me removí en mi asiento—. ¿Existe una señora Kolton? —Ahora que lo pensaba, no lo había visto con una mujer lobo ni con ninguna mujer en absoluto. ¿O tal vez le gustaban los hombres?

Kolton entrecerró los ojos pero siguió sonriendo.

—Hoy estás llena de preguntas.

Encogí los hombros.

—Me siento un poco salvaje —Y extrañamente cómoda hablando con él.

La sonrisa en la cara de Kolton desapareció.

—Existió. Murió.

Me agarroté en el asiento.

—Lo siento. No debería haber hecho una pregunta tan personal. Soy una estúpida.

El hombre lobo negó con la cabeza, recuperando la sonrisa.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. —Agarró un paño y empezó a limpiar unos vasos —. ¿Qué hay de ti? ¿Hay alguien en tu vida?

Una imagen de Dash apareció en mi mente.

—No. Y ahora no es el momento. Están pasando demasiadas cosas en mi vida.

—¿Y Dash?

Miré al hombre lobo y descubrí una sonrisa cómplice en su atractivo rostro.

—¿Qué pasa con él?

—Es un tipo decente. ¿No son amigos?

—Claro. Supongo que podría decirse eso.

—¿Nada más?

Le fulminé con la mirada.

—Nada más. —Entonces, ¿por qué mi corazón golpeaba en mi pecho?

Kolton se rio mientras seguía secando unos vasos. Lo más probable es que el maldito hombre lobo pudiera oír mi estúpido corazón palpitante.

Empezaba a sentirme más a gusto con este hombre lobo grande e imponente. Tenía una cualidad fiable en él, en su forma de ser. Era leal, el tipo de hombre que siempre te cubría las espaldas. Habría sido un jefe de policía fantástico.

—Así que, jefe de policía, ¿ah? —Yo era una bestia curiosa. Además yo era la que quería dirigir esta conversación.

Kolton se rio entre dientes.

—A ti tampoco se te escapa nada. ¿Verdad?

—No.

Kolton suspiró y apartó la mirada.

—Me arriesgué y perdí. Fin de la historia.

—Sí, claro. —Tomé otro sorbo de cerveza—. Hay una historia mucho más grande aquí. Puedo sentirlo en mis huesos. —No es que pensara que Blake era un mal jefe, pero tenía curiosidad por saber cómo sería la dinámica con Kolton como jefe de Moonfell.

—¿Qué historia?

Me giré. A mi derecha, un hombre de rasgos sorprendentemente apuestos se inclinaba sobre el mostrador.

—¿Qué puedo ofrecerte, Remy? —preguntó Kolton. Miró al vampiro con tanta ferocidad que dijo—: Pregunta por la historia y te parto la cabeza.

El vampiro esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Tomaré lo mismo que ella.

Kolton miró al vampiro un momento más antes de apartarse del mostrador.

—Entonces. —Remy se inclinó más hacia mí—. ¿Te encontraste con Orik?

Los músculos de la espalda de Kolton se estremecieron, pero no volteó.

—Así es.

—¿Y? ¿Pudo ayudarte con tu... problema?

Miré al vampiro.

—No pudo. —De hecho, ir a ver a Orik sólo había servido para tener más problemas. Había firmado un contrato con el jefe hada. Estaba jodida.

Remy parecía realmente decepcionado.

—Lo siento. Desearía poder haberte ayudado.

Suspiré.

—A estas alturas, nadie puede ayudar. —Porque dentro de unas semanas derribarían la casa de mi tía y la sustituirían por una casa moderna, y tendríamos que buscar otro lugar donde vivir.

De hecho, deberíamos empezar a buscar ahora.

Tomé otro sorbo de mi cerveza, sintiendo cómo se revolvía en mi estómago.

—¿Sabes de algún alquiler en el barrio?

—¿Te mudas de la casa de tu tía? —Kolton había vuelto con la cerveza de Remy. Esperé a que preguntara por Orik, pero no lo hizo.

—Sí —le dije al hombre lobo.

—Pensé que te gustaba estar allí —dijo Kolton.

—Así es. Pero mi queridísima familia nos obliga a irnos. —Le conté lo que mi familia había hecho y lo que mi hermano vino a decirnos. Cuando terminé mi historia, la cara de Kolton se llenó de preocupación. Y ahora mismo, parecía que quería destrozar algo.

—No tengo veinte mil. Y como los bancos no me prestan nada, no tenemos elección. Pero no te preocupes. Encontraré algo adecuado para nosotros.

—Lo siento —dijo sinceramente.

Encogí los hombros, intentando que no me molestara demasiado.

—No te preocupes. Ya se me ocurrirá algo. —Siempre lo hacía.

Kolton cruzó los brazos sobre su gran pecho.

—¿Blake sabe algo de esto?

—Algunos detalles. No quiero que se involucre. —Claro que no.

—Es el jefe de policía —continuó Kolton—. Quizás pueda ayudar.

Sacudí la cabeza.

—No puede.

Kolton enarcó una ceja. Su expresión estaba llena de escepticismo.

—¿No puede? ¿O no se lo permites?

Dudé un momento, pensando cuánto debía revelar a Kolton y Remy, ya que el vampiro estaba demasiado cerca.

—Es complicado. Pero ni siquiera el jefe puede ayudar. Cuando mi familia entierra sus garras en algo, nunca lo sueltan.

Kolton se inclinó más cerca, sus ojos llenos de preocupación.

—Necesitas encontrar otra manada.

—Amén. —Incliné la cabeza y terminé mi cerveza.

—Deberías buscarte un abogado —dijo Remy. Dio un trago a la cerveza y la dejó sobre la encimera con un ruido sordo.

Solté una carcajada fingida.

—No puedo pagar uno. Y no estoy segura de que nadie pueda hacer nada en este momento, pero lo que sí necesito es un lugar para mí y mi tía.

Kolton asintió, con expresión pensativa.

—Bueno, quizás pueda ayudarte —dijo—. Tengo un amigo que tiene algunas propiedades por aquí. Hablaré con él para ver si tiene algo disponible. No será tan grande ni tan lujosa como la casa de tu tía, pero les servirá de techo.

Me invadió el alivio y no pude evitar sonreír agradecida a Kolton.

—Gracias. En este momento, acepto cualquier cosa.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió encogiendo los hombros—. Entonces, ¿cuánto te debo? —Kolton buscó algo bajo el mostrador y, cuando volvió, tenía un bolígrafo y lo que parecía un bloc de cheques en blanco.

Su comentario me desconcertó por un segundo hasta que me di cuenta de lo que estaba hablando.

—Nada. No puedo aceptar tu dinero. —Aunque estaba desesperada por conseguir dinero, aceptar el dinero de Kolton por algo que ni siquiera había hecho me parecía mal.

El hombre lobo frunció el ceño.

—Te contraté para que te encargaras del asesino de Jessie. Y lo hiciste. Mataste al demonio.

—¿Mataste a un demonio? —Remy me miraba como si quisiera devorarme entera o llevarme a la cama.

—Así es. —Odiaba mentir, pero no podía decirles la verdad. De nuevo, la cerveza se revolvió en mis tripas. Tenía que haber optado por el café.

Kolton me miró fijamente.

—Siempre pago mis deudas.

Le creí.

—No es una deuda. Y no puedo aceptar tu dinero. Además, no fue oficial. No firmamos un contrato. —No, porque el único contrato que firmé fue con Orik—. Ayudé a un pueblo. Eso es todo.

Kolton me observó con sus ojos oscuros.

—Te lo pagaré de alguna manera.

Sonreí.

—Seguro que sí.

Ahora que había hecho lo que había venido a hacer, necesitaba encontrar a Dash. Ese mensaje de texto que había enviado estaba empezando a molestarme.

¿Tienes que alejarte de mí? ¿Y después de ese beso? Sí como no.

—Debería irme. —Me levanté del asiento y busqué mi cartera.

—No. —Kolton me hizo un gesto desdeñoso—. Tu dinero no sirve aquí.

—Ah. Cierto. —Sonreí—. Gracias. Los veo luego.

Mi corazón se aceleró mientras me retiraba apresuradamente, sabiendo que tenía que enfrentarme a Dash.

Tienes que alejarte de mí...

En mi cerebro, eso era un código para que moviera mi culo hasta allí.
Y así lo haría.

CAPÍTULO 25

Durante los diez minutos que duró el trayecto hasta la casa de mi tía, mi mente solo pensaba en Dash.

El mago era realmente un misterio. Tenía sus demonios. Todos los teníamos. Era un alma torturada. ¿Era malo? Probablemente. Pero yo había visto lo bueno en él. Tenía que hablar con él, desahogarme de una vez por todas.

Pero antes, quería decirle a mi tía que teníamos un plan B. Dicho plan era un posible alquiler para las dos. Por el momento. Hasta que se me ocurriera nuestro siguiente movimiento. Preferiblemente, golpear la cabeza de mi hermano. Después iría a ver a Dash. No me importaba que me hubiera pedido que me alejara de él. Iba a ir.

¿Me salvó la vida, me besó y luego me dijo que me alejara?

Sí, como si eso fuera a pasar.

Y no podía seguir ignorando la atracción hacia él, por muy conflictiva que me hiciera sentir.

Justo cuando llegué a la entrada de la casa de mi tía, me fijé en un hombre que estaba en el porche junto a ella. Lo reconocí. Era Milton Fletcher. El recaudador de impuestos del condado de Moonfell.

—No... —Gruñí mientras apagaba el motor y salía corriendo de mi Jeep. Subí las escaleras a toda velocidad, llena de ira—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Katrina —reprendió mi tía, apoyándose pesadamente en su bastón. Parecía cansada, vieja, abatida. Odiaba verla así, sin ese toque excéntrico. No era ella.

—Todavía nos quedan dos semanas y media —le grité y me acerqué bastante a su cara—. No puedes sacarnos de aquí. Inténtalo y te haré daño. —Mi cuerpo se estremeció y mi magia, aunque limitada a plena luz del día, salió a la superficie. Supongo que tendría que freírle el culo.

El Sr. Fletcher se echó hacia atrás.

—Le estaba explicando a su tía...

—¿Mi padre te envió? ¿Es eso? —Mierda. Sabía que atacarlo de esa manera terminaría siendo usado en mi contra. Debería haberlo pensado mejor. No estaba preparada. No estábamos listas para irnos a otra casa. Y ahora parecía que nos echarían a la calle.

El Sr. Fletcher dio un paso atrás.

—No. La Corporación Lawless no me envió. Estoy aquí por asuntos fiscales del condado de Moonfell.

—Para quitarle la casa a mi tía —siseé—. ¿No tienes nada mejor que hacer que destruir el sustento de la gente?

El Sr. Fletcher se quedó con la boca abierta.

—Yo...

Le señalé con el dedo a la cara.

—Debería darte vergüenza. ¿Cómo pudiste hacer esto? Mi tía es una anciana.

—Gracias por hablar de mi edad —refunfuñó mi tía.

—Ni siquiera he tenido tiempo de buscar un nuevo sitio para vivir —grité, sintiendo que me subía la tensión. Empecé a arrepentirme seriamente de mi visita a la casa de mi familia. Esto era obra de mi padre. Estaba segura. Si sólo fuera yo la que quedara en la calle, podría arreglármelas. ¿Pero mi tía?

No. Esto estaba mal. Me negaba a que dejaran a mi tía a la calle, sobre todo cuando había hecho tanto por mí.

Mi cuerpo tembló al sentir la oleada de magia dentro de mí, y supe que tenía que calmarme antes de perder el control delante del señor Fletcher. Pero si iba a decirnos que nos fuéramos, no podía culparme por lo que estaba a punto de hacer.

Él era un brujo. Tenía magia, y la usaría para defenderse. Sabía que atacar a un miembro de la división de finanzas del condado estaba mal, pero si venía a echarnos a la calle, lo haría.

La cara del señor Fletcher tenía varios tonos de rojo.

—Ahora, no hay necesidad de amenazas...

—Claro que sí —insistí, inclinándome más hacia él—. Mientras tu boca se mueva, yo amenazo.

Podía sentir la magia burbujeando en mi interior, ansiosa por liberarse y arremeter contra el hombre que teníamos delante. Estaba perdiendo el control sobre mi temperamento y estaba a punto de decir algo lamentable.

—Katrina, deja hablar al hombre —dijo mi tía, aunque parecía que quería golpearlo con su bastón si se pasaba de la raya. Yo pagaría un buen dinero por ver eso.

Respiré hondo e intenté recuperar la compostura.

—¿Para qué? Sé que no me gustará lo que tenga que decir.

—Que lo diga de todos modos.

El dolor en su voz me hizo girarme y mirarla.

—Nos va a decir que nos vayamos.

Mi tía encogió los hombros.

—Entonces que así sea.

Por supuesto que no.

—No. —Volví a mirar al Sr. Fletcher—. Esto no está bien. Y usted lo sabe.

La irritación brilló en la mirada del Sr. Fletcher.

—¿Me dejas hablar o vuelvo cuando no estés histérica?

Entrecerré los ojos hacia él.

—¿Acabas de decirme histérica?

—Kat. Deja hablar al hombre, por el amor al caldero.

—Bien. —Me eché para atrás y crucé los brazos sobre el pecho.

El señor Fletcher se aclaró la garganta y sacó un gran sobre manila del maletín que yo no había notado que llevaba en la mano. Se lo entregó a mi tía.

—Vine a decírtelo antes de que a tu sobrina le diera un ataque...

—Cuidado —le advertí.

—Que la escritura de esta propiedad le fue revertida a usted, Katrina Lawless. —El Sr. Fletcher miró entre nosotros—. Así que, como ves, en realidad no había necesidad de amenazas. Esta casa vuelve a ser tuya.

—¿Qué? —Agarré el sobre de mi tía y saqué un montón de papeles—. ¿Pero cómo es posible? —Mis ojos buscaron entre los papeles, pero en realidad sólo veían letras borrosas. Me temblaban mucho las manos.

El Sr. Fletcher volvió a aclararse la garganta.

—Alguien llamado Dash Dreux pagó la factura pendiente a la Corporación Lawless. Y al hacerlo, la propiedad vuelve a ser tuya.

Los papeles resbalaron de mi mano.

—Disculpa, ¿qué dijiste?

—Dijo que Dash pagó nuestra deuda —respondió mi tía, y cuando la miré, sus ojos nadaban en lágrimas—. Nos salvó.

Me quedé allí, dejando que las palabras se asentaran.

Dash había pagado nuestra deuda. Mi deuda, ya que yo era la culpable de no haber pagado los impuestos.

Dash. El mago oscuro. El miembro malvado de Los Renegados. El hombre que me había salvado dos veces... ahora me había salvado de nuevo. A mí y a mi tía.

El corazón me latía tan fuerte en el pecho que pensé que iba a vomitar.

—Kat...

Era sólo una palabra, pero la advertencia que había detrás me hizo correr hacia mi tía.

Y justo a tiempo.

La agarré antes de que cayera. La rodeé con mis brazos y la levanté.

—Vamos a llevarte adentro para sentarte en una silla.

El señor Fletcher nos abrió la puerta principal y yo ayudé mi tía a sentarse con cuidado en uno de los sillones de la sala.

La bajé al sillón y me tomé un momento para tranquilizarla. Parecía exhausta, agotada por la intensidad del momento. Me invadió una oleada de alivio, junto con una extraña mezcla de gratitud y confusión.

¿Por qué Dash haría esto por nosotras? Sabía que él y mi tía se llevaban muy bien, pero eso no incitaría a una persona a pagar una deuda de veinte mil dólares.

Sin embargo, aquí estaba, salvándonos. No pude evitar sentir un poco de curiosidad, preguntándome cuáles serían sus motivos. Tal vez yo estaba pensando demasiado las cosas. Tal vez Dash era sólo un buen tipo, y yo era la que tenía problemas.

Las lágrimas resbalaban por su cara mientras me miraba, con los ojos llenos de gratitud.

—No lo puedo creer... ¿por qué Dash haría esto? —Sus ojos se encontraron con los míos—. Lo sabía. Te estás acostando con él.

Solté una carcajada avergonzada.

—¿Yo? No. Claro que no. Para nada. —Me pregunté por qué tenía que confirmarlo tres veces. Quizá porque el señor Fletcher seguía aquí observando la situación.

Mi tía resopló y se secó los ojos con un pañuelo de papel escondido en el cojín de su sillón.

—Gracias, Sr. Fletcher. Ha sido de gran ayuda.

El Sr. Fletcher asintió y cerró el maletín.

—No te preocupes, Luna. Es mi deber como asesor fiscal del condado de Moonfell ocuparme de estos asuntos. Me alegro de que hayamos podido resolverlo. —Su expresión se suavizó—. Me alegro mucho de que puedas conservar tu casa.

—Ya somos dos. Pensé en disculparme con el brujo y luego lo olvidé tan pronto como el pensamiento entró en mi mente.

—Bueno, dejaré que recuperen el aliento —dijo el Sr. Fletcher—. Que tengan una buena

noche.

El brujo asintió y se fue hacia la puerta. Lo seguí y cerré la puerta cuando salió.

Me quedé allí un momento, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Estaba segura de que el señor Fletcher iba a decirnos que abandonáramos la casa porque Brad y las excavadoras vendrían por la mañana. No me lo esperaba.

En cuanto la puerta se cerró, a mi tía se le salieron las lágrimas. Me miró, secándose la cara.

—No puedo creer que haya hecho esto por nosotras.

—Lo sé.

Mi tía me miró con ojos cómplices.

—Tienes una conexión especial con él.

—¿Por qué? ¿Porque le di de comer cuando era un gato? —Volví a la sala y me dejé caer en el otro sillón. Intenté pasar por alto su observación, pero en el fondo ella sabía que había algo entre Dash y yo. Sobre todo después de aquel beso.

Mi tía me dedicó una sonrisa socarrona.

—Eso... entre otras cosas.

—Ja. Ja.

—Bueno, sea lo que sea, me alegro de que haya podido ayudarnos. Sólo un hombre con un corazón de oro se desviviría por ayudar a una anciana así. De verdad es de una rara especie.

—Así es. —No pude ocultar el alivio en mi voz. Este peso que había estado colgando sobre nuestras cabezas durante tanto tiempo finalmente se levantó. No teníamos que mudarnos. Podíamos quedarnos.

—Tendremos que devolvérselo —añadió mi tía.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé. Puede que tarde unos años. Pero lo haré. Todo esto es culpa mía.

Nos sentamos en silencio durante un rato, ambas perdidas en nuestros propios pensamientos. Por fin, mi tía rompió el silencio levantándose de la silla.

—Necesito un trago para relajarme.

Salté de mi silla.

—Siéntate. Yo te lo busco.

—Hay ginebra en el armario junto al fregadero —me dijo mi tía mientras iba a la cocina. Le serví un buen vaso de ginebra y volví a la sala.

—Gracias, Kat —dijo mi tía mientras agarraba el vaso con manos temblorosas y bebía un sorbo. Cerró los ojos y se reclinó en la silla—. Necesitaré otro dentro de un rato.

—¿Te importaría servírtelo tú? —Me dirigí hacia el vestíbulo y me calcé las botas—. Tengo que salir.

Mi tía sonrió con maldad y levantó la copa.

—Espero que se lo agradezcas bien. Más de una vez.

Le devolví la sonrisa.

—Criatura malvada. Aunque mentiría si dijera que no había pensado en el apuesto mago y yo, en nuestros cuerpos desnudos enredados en su cama—. Nos vemos luego.

Cerré la puerta y corrí hacia mi Jeep. Podía llamarlo. Pero esta situación ameritaba un encuentro cara a cara. El último mensaje que había recibido de él decía que quería que me mantuviera alejada.

Pero después de pagar esa deuda, ni siquiera los sabuesos del infierno podían impedir que me acercara a él.

CAPÍTULO 26

A medida que el sol se ocultaba en el horizonte, el cielo se transformaba en una fascinante mezcla de tonos rosa oscuro y azul marino. El Jeep se sacudía en la transición de una carretera asfaltada a un camino de tierra, mientras las ramas rozaban los lados. Avancé por la ruta serpenteante, ascendí una colina y divisé una granja blanca enclavada entre exuberantes prados e hileras de manzanos. Un granero rojo completaba la pintoresca escena.

Y un viejo Land Rover verde bosque estaba en la entrada. Dash estaba aquí.

Justo cuando subía en mi Jeep por el camino de entrada, se abrió la puerta principal de la granja y salió Dash.

Mi corazón dio un salto al verlo. No pude evitarlo. Y después de ese beso, parecía que mis sentimientos por él sólo se habían intensificado. No. No estaba aquí para empezar una relación. Tampoco era como si él quisiera tener una. Además, Dash seguía siendo parte de mi investigación sobre Los Renegados.

Estaba aquí para saber por qué había pagado la deuda. O eso es lo que me dije a mí misma.

Me estacioné detrás del Land Rover, apagué el vehículo y salí. Cerré la puerta con la cadera y, de repente, Dash estaba a mi lado.

—¿Viniste volando? —Me reí.

—Te dije que te mantuvieras alejada. —Los apuestos rasgos de Dash se retorcieron de rabia.

Maravilloso.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —No esperaba que me mirara como si me odiara porque así era como me estaba mirando en este momento. Intenté que no afectara a mi ego, pero sentí que se quebró un poco.

—No tenías que haber venido. —Las palabras de Dash me golpearon como una patada en el estómago.

En sus ojos se desató una tormenta. Intenté asimilar esta nueva tensión, pero lo único que sentía era un nudo en el estómago que se negaba a aflojarse.

—Qué rudo —le dije—. No eres mi dueño. Voy y vengo cuando quiero.

Pasó a mi lado.

—Vuelve a tu Jeep y vete.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿No me iré hasta que me digas qué mierda está pasando?

La ira se reflejaba en sus facciones mientras se paraba junto a mi Jeep.

—¿No recibiste mis mensajes de texto?

—Sí.

—Te dije que te alejaras de mí. ¿Qué parte de eso no entendiste?

—Lo entendí perfectamente. Decidí ignorarlo.

Dash se pasó los dedos por el pelo.

—Esto es serio, Kat. No tienes ni idea de lo serio que es.

—Cuéntame. —Busqué en su cara—. Dime, ¿cómo es que pagaste nuestra deuda, un acto de pura generosidad y bondad, y ahora te comportas como un completo imbécil?

Dash respiró hondo y me miró con los ojos entrecerrados.

—Kat, no estoy tratando de ser un imbécil. Es sólo que... no conoces toda la historia.

—Entonces dímelo —insistí, con la voz temblorosa por la frustración—. ¿Qué está pasando? Sabes, mi tía va a estar muy decepcionada de ti. —Sí, así no es como había imaginado este reencuentro en mi mente.

Suspiró y volvió a pasarse las manos por el pelo. Parecía estar pensando en decírmelo, pero cambió de idea al abrir la puerta de mi Jeep.

—Tienes que irte. Por favor, Kat. Solo vete.

Apreté los dientes, tratando de no sentirme herida por su repentino rechazo.

—No.

—¡Maldita sea! —Dash cerró de golpe la puerta de mi Jeep—. ¿Qué te pasa? Eres tan terca como un pnifrit.

Levanté una ceja.

—Me sentiría insultada si supiera lo que es un pnifrit. —Ni idea.

El alto mago dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Por qué *tú* me haces esto? —Esperé hasta que volvió a mirarme—. Pagaste nuestra deuda. Mi deuda. ¿Por qué?

Dash apartó la mirada de mí.

—Porque no quería que tu tía perdiera su casa.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Mentira. —Sí, le estaba diciendo mentiroso—. ¿Y ese beso? ¿Qué demonios fue eso?

Los ojos del mago se oscurecieron.

Un error. Un momento de debilidad. No volverá a ocurrir. —Volvió a apartar la mirada.

Auch.

—Perfecto. —La verdad es que no—. Entonces, ¿por qué no me miras? —No era idiota, y no había nacido ayer. Ese beso significaba algo. Significaba algo para él.

Dash sacudió la cabeza y por fin me miró.

—Te dije que te alejaras.

—No me va bien cuando alguien me da órdenes. —Lo miré a la cara—. ¿Qué te pasó? Creía que eras mi amigo y ahora te comportas como un imbécil. —Cada segundo se parecía más a Blake.

Dash miró hacia el granero. El sol poniente proyectaba rayos brillantes sobre el tejado metálico.

—No soy un buen tipo, Kat.

—Ahora mismo, creo que estoy de acuerdo.

—Esto no es un chiste.

—Y yo no me estoy riendo. Apreté los puños, decidida a no dejar que sus palabras me afectaran—. Pero eso lo decido yo —repliqué, con la voz llena de desafío—. Puede que tú no te

veas como un buen tipo, pero sé que hay algo más en ti de lo que aparentas.

Los hombros de Dash se tensaron cuando se giró para mirarme de frente. Sus ojos se clavaron en los míos, llenos de una mezcla de ira y vulnerabilidad.

—No sabes quién soy... lo que he hecho.

—No me importa —dije, con la voz llena de frustración—. Así que eres un mago oscuro. ¿Y qué? Hay muchos magos oscuros.

Dash soltó una carcajada amarga.

—¿Un mago oscuro? ¿Eso es lo que crees?

Encogí los hombros.

—Es la única explicación que tengo de cómo le diste órdenes y luego desterraste a ese demonio buer. Si me equivoco, por favor, ilumíname.

Sus nudillos se volvieron blancos al apretar los puños.

—No lo entenderías —espetó, la frustración evidente en su voz.

—Bueno, eso lo decido yo —repliqué—. No puedes decirme que me aleje y esperar que lo acepte sin una explicación. —Y menos después de aquel beso y del deseo que vi en sus ojos.

Pero mentiría si dijera que esa fue la única razón. No lo era. Dash había demostrado ser un verdadero amigo. Un amigo leal. Y yo no tenía muchos de esos. Diablos, yo no tenía ninguno.

Dash exhaló pesadamente, su frustración evidente en sus puños apretados.

—No es seguro que estés cerca de mí —confesó finalmente.

La confusión y la preocupación invadieron mi mente mientras me acercaba un paso más a él.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué no iba a ser seguro?

Vaciló como si luchara con sus demonios internos. Las sombras bailaban en su rostro, reflejando la agitación de su alma.

—Hay fuerzas en juego, Kat, fuerzas oscuras y peligrosas que no se detendrán ante nada para conseguir lo que quieren. Y si te encuentran aquí... si te encuentran conmigo... harán todo lo que esté en su poder para destruirte.

—¿Los Renegados? Sé que me persiguen. Luché contra uno de sus magos. —Cuando Dash no respondió, añadí—: Sé que estás ligado a ellos, y tengo la sensación de que tal vez desearías no estarlo. Pero eso no significa que no podamos ser amigos.

—Así es. No soy un mago oscuro.

Entrecerré los ojos.

—¿Un mago, entonces? ¿Un brujo? —Se me apretaron las tripas al pensar en lo siguiente—. ¿Un nigromante? —Pero eso no explicaría su control sobre aquel demonio.

Por fin se encontró con mi mirada, sus ojos transmitían un dolor que no entendía.

—No sabes lo que estás pidiendo. Los Renegados son más que un enemigo. Son una plaga, una enfermedad que consume todo a su paso. Y si me quedo cerca de ti, corro el riesgo de infectarme, de perderme en esa oscuridad.

—Conozco la oscuridad —le dije—. ¿No te has dado cuenta? Es donde vive mi magia. Donde prospera.

La voz de Dash se endureció y sus ojos brillaron con la intensidad de un hombre que ha sido llevado al límite.

—Los Renegados son una fuerza de pura oscuridad. Su alcance va mucho más allá de lo que puedas imaginar.

—Tengo una gran imaginación.

Dash suspiró, con la frustración y la culpa grabadas en sus facciones.

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero Los Renegados son implacables, y no puedo arriesgarme a

ponerte en peligro.

—Te dije que puedo cuidarme sola.

Dash negó con la cabeza.

—Con esto no. No con ellos.

Suspiré.

—Aún no estoy muerta, así que ya está. ¿No es eso prueba suficiente de que puedo cuidar de mí misma?

Dash vaciló, sus ojos parpadeaban entre los míos, buscando una respuesta.

—Tú... me haces sentir cosas que nunca había sentido, y no puedo controlarlo.

Ah. Ahora sí.

—¿Y por qué esto es algo malo?

Suspiró, su angustia evidente en la forma en que sus anchos hombros se desplomaron.

—Lo es.

Me moví para que estuviéramos cara a cara.

—Así que eres un alma torturada con imperfecciones. ¿Y qué? Lo perfecto es aburrido. Me gustan los chicos malos. Me mantienen en alerta. —Me reí. No se rio.

—Mira —lo intenté de nuevo— no vine aquí por el beso. Bueno, en parte. Sino porque quería agradecerte en nombre de mi tía por lo que hiciste. No sabes lo feliz que la has hecho. Mi tía significa el mundo para mí. Y verla tan angustiada y asustada... No quiero volver a ver eso. —Tragué con fuerza, las emociones me hacían un nudo en la garganta—. Te lo devolveré. Te lo juro.

—No quiero tu dinero.

—Bueno, siempre pago mis deudas, así que en algún momento lo tendrás, pero puede que tarde un tiempo. Como... cinco, seis años. ¿Dash? Dash. Extendí la mano para agarrar la suya, pero se apartó.

Perfecto, dos strikes a mi ego. ¿Iba a esperar el tercero?

—Me salvaste, como, dos veces —dije—. Y salvaste la casa de mi tía. ¿Por qué actúas así? No me importan Los Renegados. Que se jodan Los Renegados. —Se me cortó la respiración—. ¿Estás casado? —Sí, eso explicaría sus acciones.

La ira se agitó en mi interior. Di un paso atrás, tratando de procesar la información. Estaba casado. ¿Cómo pude pasar por alto un detalle tan importante? La noticia me dolió, atravesando el incipiente afecto que me había permitido sentir por Dash. Fue como una bofetada que me despertó de mi enamoramiento temporal.

—No estoy casado.

—Entonces tienes novia.

Dash negó con la cabeza y no dijo nada.

Levanté las manos.

—Entonces, ¿qué demonios es? ¿Qué? Dímelo.

Miré fijamente a Dash, el silencio entre nosotros se hacía cada vez más pesado. La confusión se mezclaba con la frustración mientras intentaba averiguar la verdad. Si no estaba casado ni tenía novia, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué me apartaba? Parecía que la respuesta se me escapaba de las manos como el humo.

Busqué en sus ojos alguna señal de la verdad, tratando desesperadamente de descifrar las emociones que escondía. Una vulnerabilidad marcaba sus rasgos, un atisbo de tristeza, y me oprimía el corazón. Era como si quisiera decir algo, pero las palabras se le quedaban en la garganta.

—Sólo dímelo —supliqué—. ¿Por qué me alejas de ti?

Dash respiró hondo, sin apartar su mirada de la mía.

—No se trata de otra persona —admitió por fin, con una mezcla de pena y arrepentimiento en la voz—. Se trata de protegerte.

Parpadeé.

—De Los Renegados. Ya lo hablamos.

—De mi parte.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Estás diciendo que vas a hacerme daño?

Finalmente, Dash dejó escapar un profundo suspiro, con los hombros caídos como si llevara una carga.

—Mira —empezó, con la voz llena de resignación—. Es complicado.

—Me encanta lo complicado. Cuéntamelo. No me iré hasta que me lo digas. —Podía sentir cómo la frustración se incrementaba en mi tono.

Dash se acercó un paso, con los ojos llenos de una mezcla de angustia y añoranza.

—No puedo explicártelo todo ahora —murmuró—. Pero, por favor, créeme cuando te digo que tengo razones por las que no puedo estar contigo.

Estudié su rostro, buscando cualquier indicio de engaño, y a pesar del dolor y la confusión que se arremolinaban en mi interior, no podía negar la sinceridad grabada en sus rasgos. Había algo genuino en él.

—Si no quieres que sigamos siendo amigos, me gustaría escuchar la razón.

Dash se me quedó mirando un momento.

—Soy del linaje de Los Renegados.

Encogí los hombros.

—Lo sé. Ya eso está claro.

Sacudió la cabeza.

—Soy mitad humano y mitad demonio, Kat. Condenado por existir en este reino, pero nunca he podido pertenecer realmente a ningún lugar... ni a nadie. —Hizo una pausa, como si estuviera ordenando sus pensamientos.

Me quedé con la boca abierta.

—No me digas.

La revelación de Dash me golpeó como una tonelada de ladrillos, pero todo empezó a tener sentido. Cómo fue capaz de controlar a ese demonio buer. Cómo podía transformarse en diferentes animales y bestias.

Dash era mitad demonio.

Nunca había conocido a un demonio mestizo.

—De acuerdo. Asentí dentro de mí mientras analizaba esta nueva revelación—. Eres medio demonio. Y pensaste... ¿qué? ¿Que no querría estar cerca de ti si lo descubría? No me importa lo que seas. Para mí, eres Dash. El tipo que me salvó el culo dos veces y que ayudó a salvar la casa de mi tía. Eso es todo lo que importa.

—Esa es parte de la razón. —Sus facciones se tensaron como si estuviera recordando algo—. Pero es más que eso. Estoy obligado a servirles.

—¿A Los Renegados? —pregunté, aun intentando asimilarlo todo.

—Es una larga historia respondió Dash, con la mirada distante como perdida en sus pensamientos—. Creía… yo fue un idiota... pero era joven e impresionable. Me aceptaron por quién era y cómo era. Sólo años después descubrí sus verdaderos motivos.

—¿Y cuáles son?

Me miró y dijo:

—Tener el control.

—¿Control de ti?

Dash giró la cabeza hacia el granero como si hubiera oído o sentido algo.

—¿Qué? —Miré por encima de su hombro, pero no vi nada.

Dash extendió la mano y me agarró con fuerza del brazo.

—Tienes que irte.

—Oye —forcejeé, intentando liberarme de su agarre. El maldito semidemonio tenía fuerza de hombre lobo en ese agarre.

Abrió la puerta y me empujó al asiento.

—Vete. Vete ahora. Y no vuelvas.

Le miré, intentando no enfadarme por lo que acababa de decirme, pero ese trato brusco no me gustó.

—No iré a ninguna parte...

Me cerró la puerta del Jeep en las narices y, con una última mirada, dio media vuelta y se marchó.

Apreté los dientes, mirando fijamente su sexy culo mientras avanzaba hacia su granja. Admitiría que eso me dolió. Había dejado que mis sentimientos se interpusieran. Nunca lo había hecho. Había aprendido a temprana edad a protegerme, a proteger mi corazón.

—Maldita sea. —Golpeé el volante, frustrada conmigo misma—. Al diablo con esto. Encendí el motor, retrocedí y salí lentamente del camino de entrada. Después de haber retrocedido por el largo camino de entrada, giré el Jeep y volví a la carretera.

Había sido un error venir aquí. Tenía que haberme quedado con mi tía. Dash y su sexy culo podían irse al infierno. No lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Estaba bien sola.

Pero, ¿por qué actuaba de forma tan extraña?

Tras un minuto conduciendo por el camino de tierra, pisé a fondo el freno.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Con las manos agarrando el volante, di media vuelta y regresé. A medida que avanzaba por el camino de tierra, mi mente se llenaba de preguntas. Necesitaba respuestas y Dash iba a dármelas.

No me importaba que fuera mitad demonio, una raza muy rara. Demonios, yo mismo era una rareza. Teníamos eso en común.

Reduje la velocidad de mi Jeep al divisar la entrada del camino de Dash, no quería que viera lo imprudente que había estado conduciendo. Estacioné el Jeep justo en la entrada. Sentada allí, respiré hondo para tranquilizarme antes de enfrentarme a él. No quería enfrentarme a él con las emociones a flor de piel. Podría hacer alguna estupidez. O decir alguna estupidez. O ambas cosas.

Cuando apagué el motor, se oyeron voces a través de la ventanilla abierta. Me incliné hacia el asiento del copiloto y miré a través de los arbustos.

Un grupo de hombres con pesadas túnicas oscuras rodeaba a Dash. Hablaban con él, pero estaban demasiado lejos para poder distinguir algo. Como Dash vivía en una calle tranquila y sin tráfico, no podía imaginarme cómo habían llegado hasta allí. Exploré el cielo en busca de un helicóptero, pero no vi nada. Era como si hubieran aparecido de la nada, como si hubieran atravesado algún tipo de portal.

Supe quiénes eran en cuanto los vi.

Los Renegados.

El grupo se fue a la parte de atrás del granero, Dash iba con ellos. Observé hasta que desaparecieron detrás de él.

Bueno, por supuesto que los seguí.

CAPÍTULO 27

Me arrastré en silencio por detrás del granero, con cuidado de no hacer ruido mientras me acercaba al lugar donde Dash y Los Renegados habían desaparecido.

Con el sol ya completamente puesto, la oscuridad me rodeaba. Y le di la bienvenida.

Recurrí a mis amigas, las sombras, y las mantuve a mi lado, cubriéndome como una manta. No iba a correr ningún riesgo.

Esta era mi oportunidad de ver más de cerca quiénes eran Los Renegados. Sí, había luchado contra algunos de esos magos que estaban con Sykes, pero todos habían desaparecido después de que yo les dañara su ritual.

No teníamos nombres ni caras. Blake ya me estaba acosando por el nombre de Dash, y yo sabía que no iba a esperar para siempre. Esta era mi oportunidad de darle a alguien más.

Tenía que aprovecharla.

Además, yo era una bestia curiosa. Quería saber por qué estaban aquí y qué querían de Dash.

Mientras me acercaba cautelosamente al granero, mi corazón latía con fuerza. El aroma familiar de las astillas de madera llenó mis fosas nasales, mezclado con un trasfondo de algo siniestro. Podía sentir el cambio de energía en el aire, una pesadez palpable que me erizaba la piel de inquietud.

Sí, definitivamente tramaban algo.

Al doblar la esquina, me encontré con una escena peculiar.

Un patio oculto se materializó ante mis ojos, bañado en un resplandor espeluznante. Los Renegados formaban un círculo con sus oscuras túnicas ondeando al viento mientras entonaban cánticos en un idioma que no podía comprender. En el centro de esta reunión mística se encontraba Dash, con los ojos cerrados y el cuerpo completamente inmóvil.

La curiosidad se mezclaba con el miedo en mi interior mientras observaba este ritual encubierto. ¿Qué le estaban haciendo? ¿Por qué estaba de pie en el círculo?

Los Renegados continuaron con su conjuro y sus voces fueron aumentando en un crescendo. La energía en el aire se volvió densa y opresiva, dificultando la respiración. Conté seis, y ninguno de ellos llevaba una túnica roja como Sykes. Las suyas eran de un negro idéntico.

De repente, una luz cegadora surgió del centro del círculo, iluminando brevemente la escena antes de sumir de nuevo la zona en la oscuridad. Dash gritó y tropezó, cayendo de rodillas mientras luchaba por mantener el equilibrio.

Bastardos.

¿Qué demonios le estaban haciendo? Era casi como si le estuvieran drenando su magia. O eso, o se la estaban quitando para reponer la de ellos.

—¿Dónde está?—ordenó una voz, aunque no pude distinguir de qué imbécil encubierto provenía.

—No lo sé —respondió Dash, aún de rodillas.

—Estás mintiendo —dijo la misma voz masculina—. Te dije lo que pasaría si no nos la entregabas.

Mierda. Estaban hablando de mí.

—Me decepcionas, cambión —dijo el mismo mago—. ¿De qué nos sirves si no puedes hacer lo que te ordenamos?.

Dash se levantó lentamente y se me revolvió el estómago al ver la sangre que le salía por la nariz y la boca.

El dolor me recorrió el pecho al ver sus heridas. Se veía tan débil y vulnerable, rodeado de esos magos oscuros que parecían tener un control absoluto sobre él.

—Se los dije —dijo Dash, con una voz sorprendentemente fuerte. Enderezó los hombros—. No sé dónde está.

El mago dijo.

—Respuesta equivocada.

Los labios del mago se curvaron en una sonrisa perversa mientras recitaba un conjuro. Desde las profundidades de la oscuridad, unos tentáculos de oscuridad brotaron como alquitrán venenoso de sus manos extendidas. Podía sentir la energía demoníaca palpitando en el aire, provocándome escalofríos.

Con un movimiento de su muñeca, el mago desató un rayo de oscuridad pura que golpeó a Dash con la fuerza de mil golpes.

Se dobló y se desplomó en el suelo, retorciéndose de dolor. La maldición demoníaca le había alcanzado y se había hecho un ovillo mientras corría por sus venas. El olor a carne quemada invadió mis sentidos. La carne de Dash ardía desde dentro.

Sólo pude contemplar con horror cómo yacía inmóvil, consumido por la magia oscura que fluía por su cuerpo.

Hijos de puta.

El cuerpo de Dash dejó de convulsionarse y yo aspiré con dificultad mientras se levantaba de nuevo, pálido y mucho peor que hace un momento. La camisa se le había quemado, dejando profundas ampollas en el pecho y la espalda.

Los ojos del mago se ensombrecieron con un sentimiento de superioridad y una sonrisa de suficiencia se dibujó en sus labios.

—Podría hacer esto toda la noche, cambión —se burló, con las manos firmemente plantadas en las caderas, como si desafiara a Dash a un juego—. Pero pararé si me escuchas y nos la entregas. Júralo y pararé.

Dash permaneció en silencio.

Ahora la actitud de Dash y sus textos empezaban a tener mucho más sentido. Le habían encargado que me entregara a Los Renegados y se había negado. Y ahora estaba pagando el precio.

La furia apareció en el rostro del mago. Extendió la mano y una bola de oscuridad líquida salió disparada y golpeó a Dash en el pecho.

Dash retrocedió dando tumbos, resistiendo lo que fuera que la magia demoníaca le estaba haciendo. Su cuerpo se estremeció y su rostro se llenó de rabia.

En un momento rápido y explosivo, el cuerpo de Dash se contorsionó y se expandió. Su forma humana se vio envuelta en un espeso pelaje negro mientras sus huesos se resquebrajaban y

se transformaban en los de una enorme criatura de dos metros de altura con cabeza de león feroz y afilados cuernos bovinos. Sus ojos brillaban rojos como ascuas ardientes y sus garras tenían la longitud de dagas. La bestia lanzó un rugido ensordecedor que hizo temblar el suelo bajo mis pies.

El mago levantó la mano y se materializó un látigo de un verde enfermizo. Lo blandió contra Dash, la criatura, que soltó un gemido desgarrador al tiempo que le aparecían profundos y sangrientos cortes en el cuerpo. El rostro del mago se contorsionó en una retorcida sonrisa de diversión mientras seguía golpeando a Dash, disfrutando del dolor que le causaba. Incluso en la penumbra, podía ver el placer evidente en su expresión. Estaba disfrutando. Disfrutaba al causarle dolor a Dash.

Siseé entre dientes. ¿Por qué no se defendía? Había visto a su bestia antes, bueno, a esta. Era aterradora y fuerte. Como mínimo, podía transformarse en cuervo y salir volando.

A menos que no pudiera. A menos que, al igual que Eli no pudiera darme los nombres de Los Renegados, Dash no podía defenderse.

No tenía poderes.

Mierda.

Pero no podía quedarme aquí mirando. Tenía que hacer algo. Estaban hiriendo a Dash por mi culpa.

Me acerqué con cuidado, tratando de permanecer oculta entre las sombras. De repente, Dash, los ojos de la bestia se abrieron de golpe, revelando un intenso resplandor rojo que me produjo escalofríos. Su mirada recorrió la zona y se posó en mí.

Ups.

Me quedé inmóvil, con el corazón latiéndome en la garganta. Los ojos de Dash tenían una intensidad que nunca había visto antes. Toda la ira que había visto antes en su mirada había desaparecido. Me invadió una sensación de inquietud al darme cuenta de que me habían descubierto. Un destello de miedo recorrió sus facciones... y entonces... estaba de nuevo en su forma humana... y muy desnudo.

—¿A quién tenemos aquí? —El mago que había estado torturando a Dash se dio la vuelta. Ahora podía ver su cara claramente, pálida, con ojeras bajo sus ojos claros. Sin cejas, y yo diría que sin pelo.

Mierda. Supongo que mi cubierta de oscuridad no me mantenía oculta como pensaba. ¿O estos tipos podían sentirme? ¿Tal vez podían sentir mi magia?

La adrenalina corrió por mis venas al darme cuenta de que sabían que estaba aquí, observando desde las sombras. Los Renegados giraron la cabeza en dirección a mi presencia y sus ojos brillaron siniestramente en la oscuridad. Podían sentir mi magia y mi ansiedad, pero no descubrieron mi ubicación exacta.

Respirando hondo y con mi magia umbra a mi lado, salí de las sombras y entré en el círculo de luz, con los ojos fijos en Dash.

—Déjalo en paz —gruñí, con la voz cargada de ira.

El mismo mago, llamémosle su líder, se bajó la capucha. Sí, era calvo.

Su piel era suave y pálida, como la de un huevo recién puesto, pero marcada con líneas profundas que delataban su edad. Una sonrisa pícara se dibujaba en su rostro, haciendo que sobresaliera su barbilla puntiaguda.

—Y nosotros que pensábamos que no la habías traído —dijo con voz suave y una sonrisa cómplice. Se me erizó el vello de la nuca. Era espeluznante e inquietante, escalofriante como el infierno.

—Él no lo hizo, imbécil. Yo te seguí.

—Kat, sal de aquí... —gritó Dash y cayó de rodillas.

El brazo del líder mago estaba extendido, sus dedos curvados en un gesto amenazador, y sus labios se movían rápidamente mientras terminaba de lanzar su maldición.

—Perfecto. Se acabó el espectáculo.

Cerré los ojos y me concentré en la oscuridad que me rodeaba. El corazón me latía con fuerza y las manos me temblaban con una mezcla de miedo e ira. Al canalizar mi energía, las sombras parecían palpitar y arremolinarse en respuesta.

Con un poderoso impulso, extendí la mano y agarré las sombras, sintiendo cómo sus frías hebras se deslizaban entre mis dedos como hebras sedosas. Acercándolas, las moldeé y les di forma hasta que se transformaron en dagas afiladas y mortíferas. Abrí los ojos y me enfrenté a mis enemigos.

Iba a destrozar a esos hijos de puta.

Sería difícil luchar contra seis magos aparentemente poderosos, pero no imposible.

Además, si pudiera alcanzar a Dash, podría teletransportarnos fuera de aquí usando las sombras. Esa habilidad aún necesitaba práctica, pero era todo lo que tenía por el momento.

El líder de Los Renegados enarcó una ceja ante mi despliegue de magia.

—Impresionante —dijo con desdén, y pude distinguir lo que parecía deseo en sus ojos. Y no era nada —. Pero no será suficiente.

—Suéltalo. —Agarré mis espadas de sombra, estaba lista para usarlas a la primera señal de movimiento.

—Kat —suplicó Dash, con el cuerpo tembloroso mientras caía hacia delante sobre manos y rodillas.

Tal vez lo más inteligente hubiera sido escabullirse y dejar a Dash a merced del destino que Los Renegados tuvieran para él. Luchar contra Los Renegados era simplemente una locura.

Pero no pude.

Algo dentro de mí se negaba a dejarlo así. Dash me había salvado la vida. Él había pagado mi deuda. Lo menos que podía hacer era liberarlo de esos bastardos de una vez por todas.

El hecho de que no me hubiera entregado a ellos lo decía todo. Yo tampoco podía traicionarlo. No iba a entregarlo. Ni ahora. Ni nunca.

El líder entrelazó los dedos ante él.

—Tu magia... es muy sorprendente. Nunca he visto nada igual. Comprenderás que cuando me enteré del destino del hermano Sykes, sentí mucha curiosidad por la bruja que lo había matado con una lanza hecha de sombras. ¿De dónde salió?

Encogí los hombros.

—Me la saqué del culo.

El líder soltó una risita, un sonido oscuro y siniestro que me produjo escalofríos.

—Eres engreída, ¿verdad? Me gusta.

—Deberíamos agarrarla ahora y drenarle su magia, hermano Algar —dijo otro mago de nariz larga. No podía verle la cara bajo su pesada capucha.

El tal Algar negó con la cabeza.

—Paciencia, hermano Owen. No queremos asustar a la criatura. Si la asustas, echarás a perder la carne.

Todos los magos asintieron satisfechos como si yo fuera la comida mágica del día.

Puede que haya vomitado un poco en mi boca.

—No lo entiendo. ¿Querías que Dash me trajera aquí, no? Entonces, ¿por qué enviaste a uno

de tus magos para tratar de matarme con una maldición?

La sonrisa de Algar se transformó en una mueca siniestra.

—Todo fue sólo una prueba. Una forma de confirmar nuestras sospechas sobre tu verdadera identidad. Y ahora que estás aquí delante de mí, está claro que teníamos razón.

—¿Tenían razón sobre qué? —pregunté, aunque tenía la sensación de que ya sabía la respuesta.

—Kat, sal de aquí —llegó la voz de Dash—. Estaré bien. Vete. Vete ahora.

Lo miré de reojo, sintiendo mucho dolor al verlo maltratado y abatido.

—No. Saldremos de aquí *juntos*. Aguanta un poco más.

—No lo entiendes —siseó Dash—. Tienes que irte.

—Ustedes dos están haciendo un bonito vínculo —musitó Algar, con voz grave y sensual—. Es una lástima que tenga que romperlo.

Volví a centrar mi atención en el líder mago.

—Jódete. Suéltalo o empezaré a hacer llorar a hombres adultos.

El Algar me dedicó una sonrisa lenta y malvada.

—Aunque logres acabar con todos nosotros, no importará. El contrato del cambión con nosotros permanecerá intacto. Los Renegados somos numerosos e implacables. Estamos en todas partes, y no puedes matarnos a todos.

—Pruébame.

La risa profunda y gutural del mago resonó en la oscuridad cuando se volteó para mirar a Dash.

—Puedo ver por qué eres tan devoto de esta bruja. Tiene fuego por dentro.

Me acerqué a Dash hasta que estuve a unos tres metros de él, con las manos enroscadas alrededor de mis espadas de sombra. Un poco más y lo alcanzaría. Tendría que luchar contra el calvo, pero era un riesgo calculado.

La ceja del mago se arqueó cuando avancé, lo que me hizo acelerar ligeramente el paso.

—Nuestras muertes no romperán el pacto —me informó—. Cuando te sometes a Los Renegados, tu alma nos pertenece. No hay vuelta atrás.

—Mentira. —Los miré fijamente, sabiendo que sólo intentaban despistarme. Sin más de esos magos, Dash sería libre. Estaría a salvo.

Incluso antes de que yo volviera a Moonfell, Los Renegados estuvieron abusando de Dash. Lo habían maldecido, lo habían dejado vagar como un gato sin saber que podía volver a su forma humana. Lo encontré medio muerto de hambre, con un brazo roto y sin recuerdos.

Odiaba a esos bastardos. Odiaba lo que seguían haciéndole.

—Es verdad —llegó la voz de Dash—. Incluso si los matas a todos, todavía estoy estaré atado a ellos. A Los Renegados. Nunca me libraré de ellos.

Hmmm. No es exactamente lo que quería oír, pero aún podría lidiar con eso.

—¿Qué hace falta? —Sentí una punzada de náuseas cuando los pálidos ojos del líder de los magos se clavaron en los míos. Me froté los brazos con las palmas de las manos mientras me invadía una sensación enfermiza de pavor.

—Kat. —Dash se levantó con dificultad—. No lo hagas. Lárgate de aquí. —Mi corazón saltó ante la emoción en su voz, pero mantuve mis ojos en el calvito.

Algar me dedicó una fría sonrisa mientras los otros magos murmuraban palabras que no pude captar. Pero su lenguaje corporal lo decía todo. Estaban fascinados.

—La única forma de que el cambión rompa su voto... es que *otro* ocupe su lugar. Una sonrisa malvada e intrigante se dibujó en el rostro de Algar.

Cierto. Sabía exactamente lo que estaba sugiriendo. Podía sentir los ojos de Algar clavados en mí, retándome a tomar una decisión.

Sentí que una fría certeza se asentó en mis huesos. El corazón me latía con fuerza y el peso de lo que estaba a punto de decir me oprimía el pecho.

—¡Kat! ¡Lárgate de aquí! —gritó Dash.

De todas las estupideces que había hecho en mi vida, ésta ocupaba el primer puesto.

Antes de darme cuenta, abrí la boca y pronuncié las palabras que sellarían mi destino.

—Yo lo haré. Ocuparé su lugar.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie Las Brujas de Moonfell!



LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today*, galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com